

EL COLEGIO DE MEXICO
CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

LAS MUJERES Y EL AMOR EN EL MEXICO DEL SIGLO XIX
A TRAVES DE SUS NOVELAS.
(1816-1868)

FRANCISCA CARNER
TESIS DE MAESTRIA.
MEXICO, D. F., 1975.

A la memoria del Dr. José Gaos

A José y Renée Carner

A Fernando de Mateo.

TOMO I

Quisiera agradecer aquí a todos los que han contribuido en una forma o en otra a la realización de esta tesis. Ante todo mencionaré a Fernando de Mateo, mi esposo, - quien colaboró en todas las fases del trabajo, desde la elección del tema y de las fuentes hasta la redacción final, pasando por la discusión de cada punto incluido. Quisiera hacer público mi agradecimiento (y mi amor... del siglo XX).

Gracias a los que no me dejaron en paz hasta que no volví a un trabajo largo tiempo abandonado, que no olvidado: José y Henés Carner, Eligio y María de Mateo, -- Refugio Saldivar, José María y Julia Murid, pero, sobre todo, Mercedes Carreras y Rodolfo Velasco.

También agradezco la gentil ayuda y los valiosos comentarios de todos mis profesores y compañeros del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, y en especial de Andrés Lira, mi director de tesis; de la Dra. Ma. del Carmen Velázquez, directora del Centro cuando cursé la carrera; de la Dra. Josefina Vázquez de Knauth, actual directora; del Maestro Luis González; de la Dra. - Elsa Frost; de los Dres. Enrique y Alejandra Florescano; del Dr. Jan Bazant; de Ma. de los Angeles Yáñez de Morfín; de Alicia Orive; de Elías Trabulse; de Anne Staples, y de Silvia M. Arrom de la Universidad de Stanford.

Agradezco igualmente a la Sra. Meneses, así como a las Srtas. Sara Audelo y Guadalupe Sánchez por su excelente labor mecanográfica; agradezco también la ayuda prestada

per Miguel Carner.

No olvido a los que apartaron de mi lado, para que pudiera yo dedicarme a la tesis, a los tan adorables como ruidosos hijos.

INDICE

	<u>Pag.</u>
Introducción.....	1
I. La educación de las mujeres.....	25
II. La vida conventual.....	69
III. La vida social y el cortejo.....	89
IV. El conueteo y la seducción.....	117
V. El matrimonio.....	181
VI. El amor para el matrimonio.....	227
VII. El amor pasión.....	252
VIII. Las modalidades del amor pasión.....	288
Conclusiones.....	347
Apéndice: El amor ranchero.....	A1
Bibliografía.....	B1

INTRODUCCION

I - ANTECEDENTES Y JUSTIFICACION DEL TEMA.

El tema que hemos escogido para realizar la tesis de la Maes---
tría en Historia tiene su origen en los trabajos ejecutados pa
ra el Dr. Gaos en sus seminarios de Historia de las Ideas, empe
zando con un estudio detallado del amor en El banquete de Fla--
tón, hasta un análisis de la concepción del amor en la novela -
de J. J. Rousseau: Julie ou la Nouvelle Heloise.

De esta línea de estudios surgió la idea de trabajar el tema --
del amor en la Historia de México y particularmente en la prime
ra parte del siglo XIX.

Parece ser que un tema como el que se intenta estudiar necesita
una explicación de las razones de su elección. Pero sea cual --
sea la idea o concepción que se profese sobre el amor, es preci
so reconocer su papel fundamental en la vida humana, por lo que,
conocer lo que sobre él se ha pensado y cómo se ha vivido, puede
interesar a nuestra vida actual.

En la vida personal y cotidiana, el amor, por su presencia o su
ausencia, da la tónica de una existencia o de una personalidad,
permitiendo o impidiendo el desarrollo pleno de las facultades_
personales, según la forma de entenderlo y de vivirlo.

Por otro lado, en el mundo de hoy, la preocupación por el amor es de orden universal. Su extensión abarca tanto el amor al nivel del sexo como las más altas teorías filosóficas y morales, pasando por concepciones más o menos elaboradas. Se expresa bajo mil formas diversas: en la literatura, artes plásticas, en la publicidad, etc. En todas las ramas de la vida humana se puede notar una mayor utilización del incentivo del amor, sobre todo en su forma más sensual.

Desde el punto de vista religioso, el cristianismo, base de nuestra civilización occidental, considera al amor como la concepción base del mundo entero. Dios es su plenitud y su ley es amor; el pecado se concibe como falta de amor, a Dios y a los hombres. Desde los textos bíblicos, y las concepciones clásicas, hasta las ideas de las culturas orientales, ahora incorporadas a nuestra forma de pensar, el amor toma expresiones distintas y variables, o muy parecidas unas a otras, pero siempre importantes. El saber como se han ido integrando estas concepciones -- unas a otras, las corrientes que se generan y cómo y porqué se desarrollan en ciertas sociedades y en ciertas épocas y no en otras, las contradicciones que se engendran tanto en el nivel de las ideas como en el de la realización del amor, puede ayudarnos a buscar soluciones a los problemas que plantea la revolución de los valores morales a que asistimos.

También se nos presenta una grave crisis del matrimonio, base de la sociedad, y cuyo fundamento es el amor. ¿Se debe a la propia institución matrimonial, o a una forma de concebir el amor que no se adapta a ella?

Se dan igualmente fenómenos colectivos nuevos como la participación cada vez mayor de las mujeres en todos los niveles de la vida activa de la sociedad y el conocer cuál ha sido el papel de la mujer puede propiciar la reflexión sobre las nuevas situaciones creadas.

Observamos sociedades que han tenido desarrollos, valores y mentalidades distintas y que pretenden erigirse como modelos. Ante el fracaso de las soluciones adoptadas urge inventar soluciones adecuadas a cada sociedad particular.

Por otro lado, la mujer ha estado siempre sujeta a la idea que de ella tiene el hombre. En nuestra época, la liberación femenina tiene como metas el igualar y asemejar a las mujeres con los hombres. Esta etapa que parece ser necesaria para plantear una figura femenina plenamente humana es todavía una aceptación de los cánones masculinos.

Falta todavía la elaboración de un pensamiento y de un modo de ser y de actuar propiamente femeninos que, tomando en cuenta el pensamiento masculino, no se sujete a él. Esto solamente podrá

lograrse investigando la personalidad esencial e histórica de las mujeres.

Por otro lado, nuestras sociedades, convertidas en sociedades de masas en que la relación personal se ha perdido, muestra la necesidad vital de replantear los valores humanos, entre ellos el amor.

En todas las épocas el amor ha sido objeto de preguntas que nunca se han logrado contestar totalmente, y, a pesar de todos los tratados filosóficos o teológicos, o de los poemas más hermosos, de las acciones más bellas o generosas, sigue siendo una incógnita y conservando ese misterio, que es el que precisamente hace su encanto, y es motor de grandes realizaciones. Como lo concebía Platón, el amor es poeta, es decir creador, y sólo se crea por amor y con amor.

Ahora bien, hasta este momento se ha planteado el amor como un elemento universal, tomándolo como una entidad absoluta y siempre igual a ella misma. En esta concepción ¿cuál sería entonces el objeto de estudiar la idea del amor en el siglo XIX si no se experimentarían cambios? Existe pues la necesidad de presentar el problema de la historicidad de las ideas del amor y del amor él mismo.

Tenemos sin embargo, que distinguir varios planos en que esto -

es posible. Uno de ellos es el del sentimiento, de sus aspiraciones, de sus metas y de su manera de considerar al amado; -- otro es la forma de expresarlo y de vivirlo, y, por fin, la -- idea que de él se tiene, tanto de lo que es como de lo que debería ser. Es evidente que el amor mismo está tan ligado con las -- formas de expresarlo y de vivirlo que es difícil separarlo en -- la práctica, aunque parezca lógico hacerlo en la teoría, y la -- idea que se forja uno del amor también está ligada a esas mis-- mas expresiones; existe un lenguaje particular a cada tipo de -- amor.

Por lo tanto, el amor puede ser objeto de Historia; existen formas de amar distintas según las personas, las épocas y las costumbres e ideas.

En gran parte estas diferencias se fincan en elementos culturales y sobre todo en la concepción que se tenga del mundo y de -- Dios, de la sociedad, de la posición social de la mujer y de la idea que se profese sobre su función y su misión. "

En una misma sociedad pueden coexistir varias concepciones del -- mundo, y como lo expresa el Dr. Gaos, una idea vive todavía -- mientras otra se desarrolla. Las mentalidades y las costumbres -- varían lentamente. Algunas posiciones mentales e ideas se en-- cuentran todavía en nuestra época en México y por ello puede --

ser interesante conocerlas para estudiar después como unas se mantienen y otras se modifican."

Este trabajo intenta pues analizar las ideas sobre el amor en México a mediados del siglo XIX, con un interés especial en las mujeres. Buscaremos en la sociedad, en sus valores, en su mentalidad y sus costumbres, las causas del surgimiento de estas ideas, sin pretender hacer historia social, pero quizá aportando una visión particular que pudiera servirle.

II - LAS FUENTES.

Ante la multiplicidad de fuentes que se ofrecían como posibilidades para tratar el tema del amor, se tuvo que pensar en limitar la extensión del trabajo. Se ofrecían tres posibilidades: la limitación en el tiempo, que estaba dada grosso modo en el tema, la primera parte del siglo XIX; la limitación en el espacio, en abstracto México; la limitación de las fuentes.

La elección de un periodo corto con una variedad de tipos de fuentes llevaba consigo el doble inconveniente de faltar de homogeneidad y de ocuparse de un momento demasiado fugaz como para notar algún cambio o evolución. La diversidad sería proporcionada por las fuentes y no por el tiempo. Sin embargo, a mi juicio, debido al ritmo más bien lento del tipo de fenómenos que se buscaba analizar, era necesaria una extensión de tiempo más larga.

Si se reducía el tema en el espacio, podrían disminuir las fuentes, aunque podría suponerse que se circinscribirían a la región central del país, como en efecto ocurrió, con algunas excepciones en el norte de México o en la península de Yucatán.

En concreto, nos decidimos por la limitación del tipo de material y ella es la que da la pauta a la del tiempo y del espacio.

Se escogió la literatura como fuente, ya que era de más fácil obtención este tipo de material (que por ejemplo correspondencias particulares) y porque lograba un más amplio y más general tratamiento del tema (las revistas se refieren más a problemas precisos, a los que, a pesar de su gran valor, se prefirió el alcance más general de las novelas); por otro lado las novelas publicadas bajo forma de libro son de más fácil manejo que las que se encuentran en folletines o en revistas. Es evidente que estas revistas, sobre todo las que se dedican a las mujeres, serían de una utilidad inestimable.

Por otro lado, se encontró una gran abundancia de material que en vez de ser abrumadora daba algunas esperanzas de tener algún día la satisfacción interna, aunque vana, de haber revisado lo principal.

Se eligieron de preferencia las novelas por su relativamente có

modo acceso y sobre todo porque, casi por su propia naturaleza, tratan del amor. Además, la novela se puede considerar como el modo de expresión más propio del siglo XIX coincidiendo su florecimiento con la explosión del romanticismo y de su concepción particular del amor.

En el caso especial de México, la novela empieza su carrera -- (fuera de algunos esbozos de novela en la época colonial) a principios del siglo XIX con el Periquillo Sarniento de Lizardi y presenta caracteres que se dan por primera vez en el país.

La homogeneidad del tipo de material utilizado permite comparaciones y, sin embargo, es suficientemente variado para proporcionar diversidad de puntos de vista, de ideas y opiniones dentro de también variados estilos, expresiones, temas y extensiones. Los ámbitos tocados van desde lo social y económico hasta lo religioso-filosófico, tratando con amplitud lo referente al amor.

La novela ocupa también un lugar privilegiado dentro de la literatura por la libertad que se le concede, tanto en la extensión, que por ejemplo se encuentra limitada en el teatro, como en la expresión.

En efecto, existe más libertad para tocar ciertos temas por escrito y para ser leídos que para ser vistos y oídos, como son --

los temas eróticos (aunque se da el caso inverso, en que se pueden decir cosas y no escribirlas)

Se le concede también mayor libertad que a la poesía. Esta se ve limitada por el ritmo y la rima, además de que existe el problema para el tema que ahora nos ocupa de un vocabulario especial que se acomoda en imágenes y formas más estereotipadas si no se trata de gran poesía. También se puede añadir que la larga tradición de la poesía en México pesaba fuertemente sobre su originalidad y su espontaneidad, o sinceridad.

Pensamos igualmente que al ser literatura, la novela es o por lo menos aspira a ser arte. El arte estiliza al mundo que pinta, pero, en cierta forma, esta simplificación nos permite estudiar los caracteres más dominantes de una época y de una sociedad.

Entre la literatura y la "realidad" existe una interacción constante que engendra dos procesos de signo diferente que la hacen más valiosa aún para nuestro propósito. En tanto que caracterización, extrae de la sociedad tipos que a su vez podrán actuar sobre ella como modelos, dándose este movimiento más bien en las novelas costumbristas. Por otro lado, la fuerza creadora propia de la literatura le permite en cierta forma inventar conceptos y tipos nuevos que serán acogidos como modelos o ideales en la medida en que respondan a las necesidades latentes, casi

siempre informulas, de una sociedad particular. El nuevo -- ideal, muy exigente y elevado en un principio, es adoptado por una élite y va perdiendo fuerza y diluyéndose mientras se expande y pretende realizarse en una escala mayor. La literatura irá entonces adaptándose a los deseos del lector.

Debido a este último proceso, no es útil interesarse sólo por la buena literatura y las novelas eminentes. Las malas novelas precisamente por su bajo nivel permitirán, al expresar lugares comunes, apreciar las ideas del común de los mortales.

Los ideales existentes en una sociedad pueden tener tanta influencia en ella como por ejemplo, los fenómenos de índole meramente económica.

En fin, al ser, en la mayoría de los casos, la visión de un autor sobre su propio momento histórico, se establecen para nosotros dos niveles de captación de las ideas de la época, conscientes e inconscientes en el autor, y la novela se constituye en fuente primaria y secundaria a la vez.

Aunque las novelas forman la mayor parte de nuestro material, hemos utilizado subsidiariamente, como base de nuestra visión de la sociedad mexicana, algunos relatos de viajeros extranjeros, que conocieron México de 1824 a 1854.

Es evidente que el propósito de estos autores al describir el -

país que visitan es totalmente distinto al de los novelistas me
xicanos, empezando por el público a quién va dirigida la narra-
 ción. Por otro lado, su concepción del mundo en general no se ve
 teñida por los valores que reconoce la sociedad que describen. _
 El proceso de interacción de la literatura y de la sociedad que
 hemos procurado analizar anteriormente, no funciona.

Sin embargo, justificaremos su utilización al considerar las --
 fuentes complementarias de las descripciones costumbristas in--
 cluídas en las novelas mexicanas. Al verse los visitantes con--
 frontados con una sociedad que no es la suya, perciben precisa-
 mente lo que los del propio país no describen por considerarlo _
 obvio o sabido.

Los valores distintos, la simpatía o antipatía, y aún los pre--
 juicios de estos autores se hacen evidentes al compararlos ya -
 sea con los escritores de México, ya sea con los viajeros de --
 otras nacionalidades, quedándonos una visión de lo peculiar y -
 diferente de la sociedad mexicana.

Los costumbristas mexicanos definen sus costumbres derivándolas
 de su propia concepción del mundo y, sin embargo, deben separar-
 se un poco de ella para poder observarlas mientras los extranje
 ros las describen como ajenas a la suya propia, permitiéndonos _
 así apreciar características propiamente mexicanas.

Por estas razones utilizaremos su testimonio en algunas descripciones que haremos de las costumbres y señalamos que la lectura de sus relaciones de viaje nos ha sido muy útil para integrar nuestra visión de la época.

III EL METODO

El método empleado fué el que se consideró adecuado para el tipo de fuentes que se utilizó. En efecto, como lo que nos interesaba era la Historia, y no el Arte, no se tomaron en cuenta los valores artísticos de las obras, más que en la medida en que -- una obra de arte, por su estilización misma, expresa más profundamente la verdad que enseña.

Por otro lado, al tratarse más precisamente de Historia de las Ideas, se considera que toda expresión es testimonio digno de tomarse en cuenta y si no es "verdadero" en el sentido de la crítica tradicional, tiene valor en la medida en que trasmite las ideas de una época, en una forma u otra, y la novela tiene doble utilización, como fuente directa e indirecta.

Sin embargo, al realizar esta operación nos encontramos con el problema de situar a un escritor que expresa conscientemente su opinión en contra de un valor, de una idea o de una actitud comúnmente aceptada en su época, y que, en otra parte, inconscientemente se deja llevar por lo que tan amarga o tan violentamen-

te criticaba páginas antes. En estos casos lo más lógico sería calificar al autor de hipócrita o de inconsistente.

Sin embargo no es posible hacer lo primero, ni fructífero hacer lo segundo. Buscando un poco más profundamente la razón de tal dicotomía, encontramos que el hombre que se encuentra frente a una situación toma mentalmente una posición a favor o en contra pero que su reacción natural y vital es la que se le ha inculcado y de la cual no ha podido deshacerse.

Podríamos pues decir que la mentalidad, que es la que engendra las actitudes vitales ante una situación, cambia a un ritmo mucho más lento que las ideas sobre la misma situación.

La limitación del trabajo en el tiempo planteaba los clásicos problemas de la fijación de límites en Historia, aún más agudos cuando se trata de apreciar las ideas, mentalidades y costumbres en que las "épocas" se superponen y en que la diferencia del ritmo de variación de los distintos fenómenos estudiados no permite cortes tajantes.

Para empezar no tuvimos problema metodológico pues escogimos -- 1816, fecha de publicación del El Periquillo Sarniento de Lizardi, como principio de nuestra investigación.

Habíamos fijado para terminar la fecha de 1870 y sus alrededores

res a priori por las siguientes razones: la estricta primera mitad del siglo, a más de ser ficticia, sólo registraba un reducido número de novelas, pero éstas se multiplican por los años -- cincuentas y sesentas. Por otro lado habíamos pensado que la -- Historia política en sus grandes momentos de la Reforma y del -- Imperio, podía haber marcado también su época en los fenómenos_ que teníamos que analizar. Aunque sea indudable que estos acontecimientos hayan influenciado las ideas y las costumbres, es -- muy poco probable, y por lo menos no es visible en las novelas, que los valores básicos y la mentalidad general hayan cambiado_ mucho en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos, como podría probarlo un estudio detallado de la Carta de Melchor_ Ocampo, que se debe leer en la ceremonia del matrimonio civil -- instituido en 1859.

En este campo como en los demás, los límites los darían las -- Fuentes. En efecto, para el aspecto de la relación entre los se_ xos, los valores de la sociedad (1), la mentalidad que engen-- dran y la pintura de las costumbres, encontramos una constante_ desde la obra de Lizardi en 1816 hasta las novelas de Tovar o -- de Ramírez hacia los años 65-68. Aún más, esa visión perdura -- hasta la redacción y publicación de Los bandidos de Río Frío de Payno, en 1889-91. La utilización de esta obra para nuestro tra_

bajo se justifica en su importancia para la descripción de la - sociedad mexicana de la primera parte del siglo XIX, complementando la visión de El pistol del diablo escrita en 1844-46, - - siendo el mismo Payno que vivió esos años y los reflejó en sus_ obras. Es evidente que estas dos obras presentan muchas diferen_ cias y estudiaremos algunas de ellas. Se localizan más en los - temas tratados que en la afirmación de ciertos principios.

En el nivel de la escala de valores y de las mentalidades, so-- bre todo lo que preside a las relaciones entre los sexos, tene-- mos un plano cuasi estático en todo el periodo que cubre nues-- tro trabajo.

De estos valores que nosotros llamaremos básicos, y cuyo núcleo está generalmente constituido por valores ético-religiosos, encontraríamos muchos que todavía están vigentes en nuestra socie_ dad, si fuera este el propósito de nuestro trabajo. Pero sola-- mente tratamos de recalcar aquí la lentitud con que cambian es-- tos fenómenos.

Por otro lado, el movimiento de cambio que sufren las costum--- bres es menos lento, aunque todo lo relacionado con lo que rige la vida cotidiana tampoco se modifica esencialmente en todo el_ periodo que estudiamos.

Así, a pesar de la diversidad de estos dos grupos de fenómenos_

que se transforman con un ritmo distinto, en el periodo de tiempo que escogimos, unos cincuenta años, de 1816 a 1870, aparecen ambos estáticos y así los presentaremos, destacando únicamente de vez en cuando ligeros cambios ocurridos.

Si estos dos tipos de manifestaciones de una sociedad se nos muestran fijos, son de una naturaleza totalmente distinta.

Como ya lo hemos expresado, lo que denominaremos valores básicos son los que por su permanencia dan la tónica de una sociedad y son en general de índole ético-religiosa. En la escala de valores que podemos percibir a través de las novelas mexicanas, existen una serie de contradicciones que toman cuerpo al reflejarse en las costumbres.

Las costumbres son en general reflejo de la escala de valores básicos. Sin embargo, ésta actúa a diversos niveles sobre la realidad de la vida y sobre la conducta personal y colectiva. En cierta forma los valores tienen una existencia autónoma; están ahí, en la mente de todos. La reacción se dará en las costumbres que variarán según su apego o adecuación a ellas.

Se podrán afirmar y seguir, o bien olvidar, creando una escala de valores parciales o personales, o negar rebelándose contra ellos.

Cuando el olvido o la negación superan la afirmación ideal y --

práctica se forma una brecha entre las costumbres y los valores. Si además en la concepción del mundo integrada por esos valores existen contradicciones, éstas se acentúan. Surge entonces la -- cuestión de saber si esos valores son adecuados a la sociedad y se buscan soluciones. Y esto es lo que precisamente sucede en - la sociedad mexicana del siglo XIX.

Se plantean entonces ideales que buscan colmar la brecha entre costumbres y valores ya sea infundiéndole vida a los valores an tiguos y reformando las costumbres, ya sea evadiéndose de estos problemas y creando un nuevo ideal que viene a llenar el vacío.

El éxito que tendrán estas tentativas estará directamente ligado a lo acertado que esté la respuesta para la sociedad que la solicita, el anhelo que llegan a satisfacer y el poder de seduc ción que tengan.

En esta creación de ideales-solución, la literatura tiene un in menso papel.

En los novelistas que hemos estudiado se percibe claramente este proceso: surgen dos grandes respuestas a la inadecuación de las costumbres a sus valores básicos y a las contradicciones in ternas de la concepción del mundo de que se derivan.

Estas soluciones nacen ambas de esta concepción del mundo, pero

cada una toma una de sus partes y la lleva a sus conclusiones - extremas, sin poder deshacerse totalmente de la otra parte que la contradice, y sin que el autor logre evadirse del poder de la tradición que se opone a su teoría.

La primera de estas soluciones es la que Lizardi plasma en su obra, especialmente en La qui jotita en 1818-1819 y que se vuelve a publicar completa en 1832 por la necesidad que de ello percibían los editores.

Plantea de nuevo los valores antiguos y les da fuerza a base de un instrumento diferente, la razón novelada y el ideal del justo medio, e intenta reformar las costumbres por dentro, eliminando lo que no lo lleve a su meta.

La segunda solución se debe a la corriente del romanticismo, cuya teoría pura expresa Florencio del Castillo en sus novelas. Partiendo de un germen que ya existía en la visión del mundo de esta sociedad, lo desarrolla, llevándolo al extremo opuesto de las ideas de Lizardi.

Las dos tentativas de dotar a la sociedad con un ideal se sitúan en la primera mitad del siglo. Ambos encuentran el principio de su construcción en la tradición, pero Lizardi trata de salvar todo el aparato que ya existía, mientras Florencio del Castillo constituye el suyo al margen.

Para observar una reacción a las ideas de Lizardi sería necesario apreciar si propiciaron un cambio de costumbres pues su ideal en cierta forma reforzaba los puntos más importantes del que estaba vigente. Sin embargo no podemos decir que logró su meta pues la pintura de la sociedad y de las costumbres que él hizo en 1818-19 sigue vigente en El pistol del diablo de Payno en 1844-46 y en Los Bandidos de Río Frío en 1889-91. Como su ideal era precisamente una novela para "mejorar" la situación real, se deberían haber dado los resultados en la vida de la sociedad y las costumbres y reflejado en la pintura que de ella hacen los novelistas posteriores.

Pero su falta de éxito puede venir de que precisamente trata de renovar una serie de valores que iban decayendo y cuya revitalización no presentaba más que medios nuevos para ponerlos en práctica, y no ideales nuevos y atractivos.

En cambio, el ideal que plantea Florencio del Castillo, expresando oportunamente la teoría pura de la concepción que fuera la base del romanticismo, por su novedad en ese momento histórico y su atractivo, florece en la novela que, como lo veremos, es su modo de expresión particular, y no la vida real. Una serie de imposibilidades esenciales hacen chocar ese ideal con el mundo y con la sociedad, planteándose como un fracaso frente a él, y refugiándose en la literatura. Pero por la interacción de

la literatura y de la sociedad este ideal va degradándose de -- forma tal que intenta penetrar los valores ya existentes creando así un elemento más de discordia entre las costumbres, las -- ideas personales que se van haciendo generales, y los valores -- todavía reconocidos por todos. Es este proceso el que estudiare^{mos} después en las obras de los autores posteriores a Castillo. Sin embargo se plantea todavía en los años 70 la lucha entre -- los distintos valores y la imposibilidad de hacerlos coincidir, como lo mostraremos al estudiar la obra de Ramírez, Una rosa y un harapo publicada en 1868.

Hasta ahora hemos hablado de la sociedad en abstracto sin men-- cionar sus límites y sus características. El material, precisa-- mente, es el que nos permite definirla.

Hay que hacer hincapié en que todos los autores que hemos estu-- diado se ocupan casi exclusivamente de la ciudad de México y -- de los grupos sociales más altos y medios cuya característica -- común reside en lo que podríamos llamar lo criollo, aunque el -- término ya no conviene textualmente a la época que tratamos; no se interesan por los indios, ni por las clases populares de la -- ciudad, excepto Lizardi en el Periquillo y Payno en Los Bandidos y ésto solamente en la medida en que se relacionan con el grupo que hemos denominado criollo.

Tampoco pintan la vida del campo, fuera de la que llevan los hacendados ricos que visitan sus haciendas, con la excepción de - nuevo de Los Bandidos y de Luis G. Inclán en Astucia, novela de costumbres rancheras. (2)

No hay ningún autor que describa la vida de provincia. La obra de Palomo, Luisa o San Luis Potosí de 1858-1860 se desarrolla - en gran parte en la capital y en Tula y no aporta una visión de la sociedad provinciana. En cuanto a Justo Sierra O'Reilly, aun que sitúa sus dos novelas en su tierra yucateca, se ocupa precisamente de dos parias, la hija de un judío en tiempos de la colonia, y un leproso en el siglo XIX, que al no ser admitidos -- por la sociedad, demuestran la cerrazón y la rigidez (3) a que -- estaba sujeta.

En cuanto a los autores extranjeros, cuyas relaciones de viaje -- nos han ayudado a integrar nuestra visión de la época, aunque -- describen las costumbres de las clases populares se dedican -- más bien a observar las de los grupos superiores. El testimonio de la marquesa Calderón, el más abundante para nuestro tema, se -- refiere casi exclusivamente a la clase alta con quien convivió.

La sociedad que estudiaremos se compone pues de la llamada aristocracia, de nombre y de dinero, hacendados, grandes comerciantes, agiotistas; de los que por su carrera o estudios han logrado cierta posición social, sacerdotes, abogados, médicos, escri

tores, de los militares, oficiales, de los empleados de gobierno, de los que Díaz Covarrubias denomina "clase media" o sea de los que se han arruinado, que han caído en la pobreza, pero que no se confunden con el pueblo por su educación, sus valores y - su traje.

Hemos prestado especial atención a la situación de las mujeres. En efecto, el hombre se define a sí mismo; la mujer siempre lo hace en relación al hombre, es decir en relación a la idea de lo que es y de lo que debe de ser que impere en el sexo masculino. Las memorias de la Sra. Calderón constituyen el único testimonio que hayamos estudiado de una mujer del siglo XIX sobre la situación femenina del México de su tiempo. (4) Esto no significa que no esté influenciada por esta visión masculina, sino que queremos puntualizar que es la única voz de mujer que conocemos. - Desgraciadamente, su nacionalidad escocesa la aleja de las mexicanas y le da un carácter externo a su narración: no contamos - para este trabajo con ninguna información proveniente de una mujer mexicana de esta época.

Los autores, al ser todos del sexo masculino, se dedican a expresar sus ideas sobre el sexo femenino, a plasmar en sus obras su concepción de la mujer y en proyectar su ideal.

La función particular que le ha sido asignada a la mujer en la

sociedad hace que toda su vida se vea orientada a regular sus relaciones con los hombres mientras el hombre se dedica a las mujeres, pero también a otras cosas. Por eso adquiere para la vida de las mujeres especial importancia todo lo referente a las relaciones entre los sexos.

IV CONCLUSION

En resumen, tendremos varios niveles en la tesis que se verán en los capítulos indicados en el índice.

I. Lo estático 1816-1870

- a) Los valores Fuentes: Todas las novelas así como los testimonios de viajeros extranjeros.
- b) Las costumbres

II. El surgimiento de ideales

- a) Lizardi 1818-19. El remozamiento de los antiguos valores.
- b) Florencio del Castillo El nuevo ideal.

III. El nuevo ideal y el mundo 1842-1870

NOTAS

- (1) Después precisaremos de qué sociedad se trata.
- (2) En un apéndice incluiremos un pequeño capítulo describiendo los valores, costumbres e ideas relativos a las relaciones entre los sexos que se dan en la vida ranchera.
- (3) Nos ha llamado la atención el papel importantísimo del mar en las novelas de Sierra O'Reilly. El mar es el medio de comunicación de un grupo criollo aislado en tierra de indios rebeldes: Comunicación con el México central y con el extranjero que tanta influencia tiene sobre Yucatán; por el mar llegan las buenas y malas noticias, la ayuda para sobrevivir; el mar es también el principio de la libertad. Es bien significativo que en las dos novelas de este autor terminen los protagonistas embarcándose para buscar en otro lado la felicidad imposible en Yucatán.
- (4) Agradezco la gentileza de Alejandra Moreno de Florescano y de Silvia M. Arrom quienes me señalaron varias obras de mujeres en el siglo XIX que desgraciadamente por falta de tiempo no he podido revisar, cosa que espero hacer pronto.

LA EDUCACION DE LAS MUJERESI - La educación de las mujeres a mediados del siglo XIX.

El estudiar el tema de la educación de las mujeres nos parece ser el primer paso en la comprensión de la mentalidad, de los ideales y de las costumbres en lo que a las relaciones entre los sexos se refiere. En ella se plasma la escala de valores básicos y generales de la sociedad, la de cada grupo, así como la de las personas en particular. Por otro lado, en ella se proyectan los ideales y las metas de una concepción específica de las mujeres por los hombres. Por estas razones podremos encontrar en la educación femenina, según la visión que los novelistas mexicanos nos presentan, una de las causas más importantes del buen o mal funcionamiento de los valores en la vida social y moral, especialmente los aspectos que se relacionan con el matrimonio y la familia, bases de la sociedad.

Se podría objetar que es tan o más importante la educación de los hombres en este aspecto. Sin embargo, no la describiremos en este trabajo porque por la propia visión del mundo y de la sociedad dividida en dos grupos sexuales, de los cuales uno vive exclusivamente para el otro, no se considera, al parecer, necesaria una educación especial de los hombres para dirigir

su trato con las mujeres. El sólo punto en que es probable, - pero no visible en las novelas estudiadas, que se diera, es - en lo que se refiere a inculcar las ideas sobre la maldad del sexo en general, y la meta lícita que constituye el matrimo-- nio.

Las mujeres en cambio, por naturaleza propia, se consideran - obligadas a orientar toda su existencia a la reglamentación - de sus relaciones con el sexo masculino, ya sea condenando to da convivencia, apartándose de él en el encierro de la vida - conventual y en la virginidad, ya sea dirigiendo su vida acerta damente para llevar esa virginidad al matrimonio.

Sea cual fuere la idea de los autores sobre la educación de - las mujeres, ésta se estima terminada el día de la boda o el - de la entrada al convento. Lizardi es el único que piensa que el matrimonio y la vida conventual continúan siendo una educaci on de las mujeres, y por esto también es el único que insiste sobre una educación acertada de los hombres para el matrimo nio en que serán educadores de sus esposas e hijas. Aparece, sin embargo, que en la educación para ser "hombre de bien" seda el conocimiento para saberse manejar en la forma acertadada con el sexo opuesto.

El tema de la educación de las mujeres, excepción hecha de Li

zardi, no se juzga esencialmente interesante para la novela, y no hallamos en los demás escritores mexicanos ninguna descripción metódica del sistema educativo imperante ni de sus metas. No obstante, en ellos podemos recoger algunos comentarios y juicios sobre el asunto.

La obra de Lizardi, La quijotita y su prima, publicada en 1818-19, constituye un caso único y, más que una novela, en forma narrativa para agradar al lector, es un tratado sobre la educación de las mujeres encaminado a un fin bien preciso que consiste en regenerar el matrimonio a través de un plan educativo concreto. Este abarca toda la vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte y se realiza, como lo acabamos de señalar, no sólo antes sino también durante la vida conyugal. Nuestro propósito era presentar este proyecto de reforma, tanto de la educación como del matrimonio, como un todo. Sin embargo, para evitar repeticiones fastidiosas incluiremos la parte relativa a la educación propiamente dicha en este capítulo, reservando la descripción del matrimonio perfecto que resulta de ella para otro capítulo.

Como lo hemos expresado en la introducción, el propósito de Lizardi no es básicamente el cambio, sino la reforma de las costumbres dentro de un marco tradicional que le está dado --

por la sociedad. Para lograrlo recurre a ideas tradicionales_ y a conceptos ilustrados, nuevos en cierta forma. Pero estos_ últimos, en el aspecto privativo de las relaciones entre los - sexos, se limitan a la manera y no afectan a la meta esencial_ mente tradicional.

Su obra novelística nos servirá para dos fines: el de utili-- zar su concepto de la novedad y crítica de las costumbres pa-- ra intentar describirlas, relacionando su visión de los pro-- blemas con su solución, y, por otro, presentar su ideal de re-- forma.

En el nivel de la descripción de las costumbres hemos acudido igualmente a testimonios incidentales de los viajeros extran-- jeros y particularmente a la opinión detallada de la Marquesa Calderón de la Barca en su interesante y amena obra La vida - en México. (1)

Visita México de 1839 a 1842, en calidad de esposa del primer Ministro Plenipotenciario de España después de la Independencia. Es recibida por la alta sociedad de México con fiestas y agasajos. Las condiciones de su estancia y su carácter iróni-- co pero benévolo, unido a un cariño cada vez mayor hacia Méxi-- co, le hacen pintar la vida del país en colores agradables, - lo que no le impide mostrar también las características que -

considera negativas en la sociedad.

Su posición de aristócrata y de mujer le hace fijar la atención sobre la condición de las mujeres de la alta sociedad -- con quien convive. Es cierto que su curiosidad natural la lleva a interesarse en las mujeres de todas las capas sociales, pero los datos que nos proporciona son escasos y poco sistemam tizados sobre aquellas que no sean de la aristocracia.

Todas estas condiciones nos mueven a servirnos frecuentemente de su testimonio para el presente capítulo, sobre todo si recordamos que su madre, la Sra. Inglis, dirigía un colegio de señoritas en Boston.

Según podemos colegir tanto de los libros de los autores mexicanos como extranjeros, la educación de las mujeres en México era bastante rudimentaria. Lo atestiguan principalmente la -- Sra. Calderón y Lizardi en sus críticas ligadas a sus ideas -- de reforma:

Hablando por tanto, en términos generales, he de decir que las señoras y señoritas mexicanas, escriben, leen, y tocan un poco, cosen, cuidan de su casa y de sus hijos. Cuando digo que leen, quiero decir -- que saben leer; cuando digo que escriben, no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía, y -- cuando digo que tocan, no afirmo que posean en su mayoría conocimientos musicales. (2)

Este juicio, un tanto severo, se ve confirmado por otros viajeros extranjeros (3) y por el propio Lizardi que tantas veces se queja y se opone a esta pobreza intelectual, aunque fija límites a la instrucción de las mujeres.

Por otra parte no existen lugares ni personal adecuado para impartir la enseñanza.

Lizardi, con su interés hacia la educación de niños y niñas en la primera infancia, señala tanto en el Periquillo como en la Quijotita los defectos de la educación hogareña, como los de las escuelas.

En la educación hogareña deplora el abandono de las madres -- que entregan a sus hijos en manos de "chichiguas", "pilmamas" y demás criadas sin educación ni posibilidades. Desde la deplorable costumbre de "consentir" (4) a los niños, y permitirles todo bajo pretexto de su corta edad, hasta el hecho de -- cambiar constantemente de niñeras (lo que hace que los niños adopten un sin fin de vicios de cada una), el reformador critica el descuido de los padres y les recuerda su responsabilidad en la educación tanto física (5) como moral de los niños.

(6)

A los cuatro o cinco años se solían poner a los niños de ambos sexos en las "amigas", donde recibían la enseñanza de pri

meras letras. Pero a las muchachas adolescentes se les sacaba para evitarles todo trato con el sexo opuesto (7), ya que se consideraban muchos los peligros de tales reuniones: (8)

Otra máxima recomendable observaba, que debería admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela, porque decía que tenía mucha experiencia en las malas resultas que -- trae la mezcla de los dos sexos, aún en los tiernos años. (9)

A pesar de la falta de escuelas que antes se mencionó, subsisten establecimientos de la época colonial que realizaban una buena labor educativa, por ejemplo el Colegio Vizcaíno, citado por la Marquesa Calderón, donde se educaban señoritas de la alta sociedad y muchachas de pocos recursos económicos.

La educación que reciben las alumnas pobres y las ricas es de tipo muy general: coser, escribir, leer y hacer cuentas. Sin embargo, las actividades restantes están de acuerdo con la clase social a que pertenecen las alumnas, las pobres aprenden las labores domésticas, y las ricas el canto y la declamación.

Hay que notar, en una época que no conocía la radio ni la posibilidad de repetir a voluntad la música mediante discos o cintas grabadas, la importancia de saber cantar y tocar instrumentos. Esta agradable tarea recaía en general sobre las mujeres, y no hay autor que no mencione las dotes musicales --

de alguna señorita, y el mismo Lizardi hace que su modelo, Matilde, dedique largos ratos a tocar su clave.

Se insiste en la educación que se imparte en el hogar en el aprendizaje de labores exquisitas como el bordado y en el conocimiento de los talentos útiles para brillar en sociedad.

Ya ve usted que en esa edad sabe leer y escribir; -- sabe todo el catecismo; está aprendiendo a bordar y a hacer trencitas de chaquira; a coser no, porque, gracias a Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan para que no esté ociosa y algún día sepa lo que está bueno y lo que está malo. A más de esto, ya usted ha visto que bala un campestre, unas boleras, un alemandado, un vals, y todo con primor. El diantre de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo a tocar y a cantar por arte; ello poco a poco...

Por lo que mira al estilo, a la decencia, al aire de taco, al tono y todas aquellas cosas que debe haber una señorita de su clase, que algún día ha de hacer su papel, ya usted ha visto también que me he despulsado por enseñárselas. (10)

El ideal de una señorita de la buena sociedad expresado por Payno son los finos modales, el lenguaje distinguido y los talentos artísticos como la música, el baile, a veces la pintura.

A los tres años de esta vida, Lucecilla hablaba -- francés como una parisiense, tocaba el piano, pintaba paisajes, escribía correctamente el español, tenía nociones de historia natural y sobre todo modales decentes y finos, para brillar en la mejor sociedad. (11 *)

En cierta forma toda esta educación para la vida social se dedica a la consecución del matrimonio bajo formas encubiertas o claramente expresadas:

Bien, bien, no cantarás, pero irás mejor vestida -- que todas las que canten. Es menester que te vean, porque alhaja que no es vista no es apreciada. (11)

Por otra parte, la religión juega un papel preponderante, ya en las propias clases que no empiezan ni terminan sin oraciones, ya por el deber de maestras y alumnas de asistir puntualmente a misa y confesarse a menudo.

Este papel de la religión se prolonga durante toda la vida de las mujeres y aunque destacaremos su importancia en la sociedad, aquí solamente apuntaremos la importancia que se les -- atribuye a los confesores. Ellos dirigen las conciencias de las mujeres desde su infancia y las siguen paso a paso. Su influencia en las jóvenes solteras, en las casadas y en las monjas no se deja percibir del todo y al actuar desde el interior de las familias adquiere una fuerza insospechable. (12)

A falta de planteles educativos donde mandar a las señoritas, la educación se imparte dentro del hogar, pero el esfuerzo se ve disminuído por el poco tiempo que los padres le dedican.

Lizardi muestra que un padre y una madre conscientes instru--

Adaptación de algunas ideas de la autora

yen a su hijo mejor que cualquier persona y pide que ello se tome en cuenta para evitar que se estropeen las tendencias naturales del género humano, llevándolo a la virtud por una buena educación.

Es evidente que a la regla general existen excepciones y algunos padres transmiten a sus hijos una esmerada educación, ya sea europea, ya sea según la tradición. (13)

El tipo de educación que reciben las mujeres en general no sólo no les da los conocimientos adecuados, sino que tampoco les proporciona las bases y el interés necesarios para seguir cultivándose por iniciativa propia, por lo cual la lectura no es un hábito en ellas:

No creo que existan más allá de media docena de mujeres casadas y algunas muchachas por encima de los catorce, que lean un libro al año, con excepción -- del misal. (14)

Y bien lo hace notar Lizardi cuando ataca a las mujeres sobre su poca lectura:

Si supiera que no me gusta leer nada ¿qué dijera? ... porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como usted no tenga lugar para dedicarse a -- leer un libro poco a poco. (15)

Por otra parte, la educación de las mujeres, si no les daba una cultura intelectual, excepto en casos contados, tampoco les daba las bases para ser amas de casa cuidadosas y económicas

cas. Lizardi es el único que en su ideal de reforma de la educación estudia el tema y lo hace básico en su visión del matrimonio.

En efecto, las grandes casas de la ciudad plantean problemas difíciles de gestión por el gran número de personas que en ellas habitan, por la cantidad de muebles y la propia extensión de la casa y por el mal servicio proporcionado por la servidumbre.

El ama de casa no se preocupa demasiado con estos problemas y se contenta con llevar la casa al día:

The mistress of the house has few cares no supplies of provisions is laid up for the winter and the washing is done every week... The requisites for each meal are purchased in the booths (tiendas) by the cook or her satellites, just as they are wanted. (16)

En Lizardi, la mujer que goza de cierta posición económica aparece igualmente como poco interesada en los cuidados de la casa y las preocupaciones sociales impiden que las mujeres se dediquen a ocupaciones que no corresponden a "su clase".

... ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad, y no para todas, sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas y muy mujeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. (17)

El rango social se exterioriza entre otras cosas por el número

ro de sirvientes que realizan todas y cada uno de los quehaceres de la casa:

Por una parte, (las señoritas de ciudad) para todo -- han de menester mozas; para guisar una olla y un -- principio, quieren cocinera; para remendar sus trapos, quieren costurera; para lavar su ropa quieren lavandera; para hacer la cama y barrer la casa quieren recamarera; para hacer los mandados, mandadero; para dar el gasto, ama de llaves; para cerrar la -- puerta de su casa, portero y para cada cosa un criado. (18)

Tampoco se preocupa por formar a la servidumbre y los defectos de los sirvientes son "una fuente inagotable de quejas -- aún en las mexicanas", (19) y motivo de innumerables conversaciones.

Si la Señora Calderón censura la indolencia de las amas de casa que toleran que en sus criados se observen "impropiedades en el vestir" y desconocimiento de los usos, lo hace refiriéndose a una etiqueta extranjera que no encuentra en México. En cambio la crítica severa de Lizardi, dirigida a las mujeres que contratan sirvientes sin ni siquiera conocer su virtud ni su estado de salud, se refiere más a los daños morales y físicos que esto puede acarrear a la familia, especialmente a los niños que se les entregan casi totalmente. Sus descripciones de madres y niñeras consentidoras y de niños consentidos y altivos con sus criados parecen pertenecer a nuestra -- época. No se siente ajeno a la suerte de los sirvientes, pues

las relaciones entre amos y criados pertenecen a la regu-
 lación de la vida doméstica y al concepto de la familia tradi-
 cional cristiana. Pide al ama de casa que les enseñe la doc-
 trina (20) y que no se les haga trabajar todo el día, y ade-
 más esperar toda la noche hasta que vuelvan de sus diversio-
 nes. (21)

Sin embargo, los autores extranjeros hacen notar que se trata
 ba con familiaridad y cariño a los servidores que a veces se
 quedaban en casa de sus amos y eran considerados como parte -
 de la familia.

Podría considerarse esta permanente convivencia de amos y -
 criados desde la más tierna infancia como un elemento de - --
 transculturación del criollo a lo mestizo y a lo indígena que
 lo hace radicalmente distinto al peninsular. Un ejemplo de es-
 to podría ser el de la serie de supersticiones, creencias, --
 cuentos y consejos que se transmiten a través de las sirvien-
 tas a los niños de las casas "criollas" y que tanto censura -
 Lizardi. Su afán de desterrarlas puede deberse tanto a su re-
 ligión cristiana, en que no tolera la mezcla de un fondo paga-
 no, como a su ideal de razón con el cual chocan, pero también
 a su deseo de evitar a un grupo social particular la intromi-
 sión de valores que él considera ajenos o nefastos.

Dentro de esta perspectiva puede considerarse el hecho de que las sirvientas a menudo fueran mensajeras de los enamorados - haciendo llegar cartas y recados a las muy custodiadas señoritas.

Todos los autores mencionan su participación en estas comunicaciones ilícitas y se puede explicar su existencia por el - concepto menos rigorista que en materia de relaciones entre - los sexos tenían estas personas, frente a las ideas de los -- que las empleaban.

En este aspecto las madres cuidadosas lograron descubrir los - engaños y evitar a sus hijas errores que pudieran ser funes-- tos a su reputación. El despedir a la culpable de haber entregado la carta de amor es el primer paso.

La señora Franco era inflexible, y mucho más tratándose de la reputación de su hija, de su Luisa, a la que no quería confundiesen con las coquetuelas del barrio.

La pobre Soledad tuvo que recoger sus efectos y - salió de la casa llorando y protestando que no lo había hecho con malicia (23)

Pero si la Sra. Franco tomó medidas rápidas y severas, no todas las madres, como lo lamenta Lizardi, según lo veremos en el tema referente a la reputación de las mujeres, están alertas y las muchachas se venden a sus sirvientas que conocen -- sus secretos y debilidades.

¿Acaso yo seré la primera niña doncella que tolere - a sus criadas, porque ha tenido la debilidad de - - fiarse de ellas? (24)

En cuanto a la religión y a la moral, fuera del aprendizaje - de memoria del catecismo del padre Ripalda (25) y de los dogmas fundamentales de la religión, de la aceptación global de - ciertas ideas morales sin ahondar en su significación ni en - las formas de llevarlas a cabo como son las referentes a la - vida sexual plasmadas en la estimación de la virginidad y de - la fidelidad conyugal, se cuenta más con los impedimentos ex- ternos que pone la familia y en particular la madre a los cor- tejantes de sus hijas, que con una buena educación moral que, como veremos, también pide Lizardi y cuya ausencia deplora -- Payno:

... en México la educación que se da a las mujeres - es la más absurda que se puede concebir; se le en- seña a coser, a bordar, a hacer curiosidades, y, -- cuando saben bien o mal estas cosas, se cree con--- cluído todo; y entonces los novios, que las más ve- ces son petimetres y casquivanos vienen a completar la educación de las muchachas; pero, qué educación... Suele acontecer que cuando algunas ricas fami- lias temen que su capital pase a manos de algún ad- venedizo disipado, que se instala en casa bajo el - modesto título de hijo, mantienen a las niñas en un perpetuo encierro y aislamiento; y entonces el con- fesor es el encargado de la educación... Pero ningun - na madre se dedica a formar el corazón de su hija, - a enseñarle cual es el camino de una virtud sólida - y segura, indicándole con prudencia las sendas del - mal donde una niña puede perder su inocencia, su -- tranquilidad, la dicha de toda la vida: ninguna ma- dre, en una palabra, procura educar el corazón de - su hija, y todas quedan contentas con las exteriori- dades (26)

Algunos autores extranjeros también hacen notar que las muchachas, por falta de sólidas nociones de moral, se dejan fácilmente seducir, tema que también trataremos con mayor extensión más tarde. Por lo pronto diremos que la educación que recibían corrientemente las mujeres no les daba armas para resistir.

... in Mexico, however, the females are sadly in want of a good moral education, and are limited to the catechism, which is learnt, but not felt. The admonitions of the mothers are for the most part preached to death ears, as example effects more than precept, and passion more than laws. (27)

La religión se concebía como parte integrante de la educación y de la vida de las mujeres a través de las oraciones dentro del hogar, la asistencia puntual a los oficios religiosos, -- así como la práctica de la caridad.

Asimismo, las mujeres realizaban una serie de actividades sociales dentro del marco de la Iglesia como las obras de caridad que iban desde la organización de casas de cuna hasta visitas a la cárcel de mujeres, pasando por las ocupaciones dentro de los hospitales y los arreglos de la Iglesia para los días festivos, y para las procesiones (28).

Todas las actividades sociales amparadas por la Iglesia eran un requisito necesario para ser bien vista en sociedad.

Y mientras una mujer asiste a la Iglesia asiduamente, patrocine alguna institución de caridad y no -- cause escándalo en su conducta exterior, bien puede hacer lo que le venga en gana. (29)

En conclusión podríamos decir que el mundo de hombres y mujeres se presenta de una forma totalmente distinta y se les -- prepara para un diverso destino. Las mujeres sólo tienen dos_ posibilidades honestas, el apartarse de la sociedad enclaus-- trándose, o vivir en ella en el matrimonio como esposas y ma-- dres. A las mujeres les toca la vida hogareña y a los hombres la extrahogareña.

En la práctica a las mujeres se les imparten sólo los rudimen_ tos de instrucción para saber leer, escribir y contar, lo que no les permite continuar cultivándose por interés e iniciati_ va propias. Se les da más bien una educación para brillar en_ sociedad (la música, el canto, el baile) o para ejecutar labo_ res exquisitar como el bordado. No cuentan con las bases nece_ sarias para ser amas de casa y educadoras. Del punto de vis_ ta moral y religioso, se cuenta sobre el catecismo (del Padre Ripalda), .aprendido de memoria; sobre la asistencia puntual a los oficios religiosos y a la práctica de la caridad con los_ pobres, y sobre las barreras exteriores que la familia coloca a su alrededor. Sin embargo, cuando estas barreras son burla_ das, las muchachas, al no tener convicciones morales profun--

das, son fácil presa de los seductores.

Las consecuencias de esta educación son las siguientes. Del punto de vista intelectual las mujeres no tienen ningún incentivo. Se les aparta del casamiento, dirigiéndolas hacia la vida conventual o se les busca un marido haciendo valer sus talentos; pero el matrimonio no funciona, en parte por la falta de virtudes domésticas. En fin, por confiar más en los cuidados exteriores que en las virtudes morales se ven fácilmente seducidas. Sin embargo, su trato social y su carácter amable las hace ser siempre apreciadas y agradables, según comentan los viajeros extranjeros.

Si la Marquesa Calderón critica esta educación comparándola con los cánones europeos, que su madre seguramente debía aplicar en su escuela para señoritas en Boston, Lizardi lo hace porque piensa que no es adecuada a la misión que la sociedad les encomienda a las mujeres.

Por un lado se les presenta la posibilidad de la vida conventual, que él considera que no se debe abrazar sin una especial vocación y, por otro, el matrimonio, que las conduce a ser esposas y madres.

Sin embargo, la Marquesa Calderón de la Barca, tan instruída y culta, disculpa los defectos de la educación de las mujeres

mexicanas, frente a las europeas. El clima de México, tan - - agradable, no permite "reconcentrarse en la lectura, cuando - por las ventanas abiertas se puede contemplar un cielo azul y siempre sonriente". (30) La herencia del "farniente" (31) de las españolas también pesa en su carácter, pero todo se logra perdonar por su naturaleza propia:

Pero si las muchachas mexicanas son ignorantes muy rara vez se les echa de ver. Poseen por lo general un tacto sorprendente, y nunca corren el riesgo de salirse de su medio, y jamás una palabra o gesto - traicionan su ignorancia acerca del tema que se -- discute... Tienen mucho talento natural, y cuando han sido educadas con esmero, no hay mujeres que - puedan superarlas. (32)

Y acabamos con una opinión masculina:

In company they (the ladies) are amiable and - - - animated and whatever European ladies may have to object to, it is certain that the gentlemen who -- are masters of their beautiful language, will - -- invariably find their society attractive and - - - praise their charms. (33)

II - Los Ideales de Reforma en la Educación de las Mujeres.

José Joaquín Fernández de Lizardi disculpa también a las mujeres por su falta de educación, culpando a los hombres de ella. Pretende, gracias a una profunda reforma razonable dentro de la tradición cristiana, la mejoría, no sólo del sexo femenino, sino también de todos los hombres; el papel de la madre, preponderante en la educación de los niños, los predispone para

toda su vida.

Su meta consiste en regenerar a hombres y mujeres y con ello_ lograr matrimonios felices que no sólo reportarán la felici-- dad de los esposos y de los hijos, sino también de la socie-- dad, alcanzando a través de ella la bienaventuranza en el - otro mundo.

Su afán educador se plasma tanto en el Periquillo Sarniento - (1816) como en La Quijotita y su prima (1818-19), pero sobre_ esta última obra se fundamentará la mayor parte de lo que ex-- pondremos a continuación sobre las ideas del escritor.

B. La Concepción de la Mujer.

La Quijotita y su Prima se presenta como novela y es en reali-- dad un tratado novelesco y en cierta forma alegórico sobre la educación de la mujer. Es pues normal que el autor plantee su concepción de la mujer.

La posición de la mujer es inferior a la del hombre según la_ ley natural, (34) la ley civil (35) y la ley divina. (36) Las - mujeres son más débiles que los hombres para que gracias a -- eso se conserven en la posibilidad de ser madres.

Por la ley natural, por la civil, y por la divina, la mujer, hablando en lo común, siempre es infe--- rior al hombre. ... su Sapientísimo Autor, no con-

cedió a las mujeres la misma fortaleza que a los - hombres, para que éstas, separadas de los trabajos peculiares a aquellos, se destinasen únicamente a ser la delicia del mundo, y de consiguiente fuesen las primeras y principales actrices en la propagación del linaje humano. (38)

De estas leyes se deriva una desigualdad de derechos entre -- los dos sexos, pues las mujeres están sujetas primero a los - padres y después a los maridos.

Dios condenó a Eva y a todas las mujeres a estar sujetas a -- los hombres en castigo al pecado original. Nunca se le ocurre, ni se le podría ocurrir, que el autor del Génesis hubiera podido culpar del pecado original a la mujer como una explica-- ción a posteriori de la sumisión de las mujeres a los hombres. Fué una gran comodidad para los varones el poder achacarles - todos sus males a las mujeres...

Sin embargo, según el cristianismo, las mujeres son iguales - espiritualmente frente a Dios aunque su inferioridad en otros campos, especialmente en el físico, deje su huella negativa - en su espíritu.

La desventaja es grande pues la mujer no podrá elevarse sola - a la salvación. Necesitará siempre la guía y el apoyo moral y espiritual del varón; sin embargo, ella tiene toda la responsa - bilidad de sus actos.

Su papel en el mundo debe restringirse al de madres y esposas, apartándose de toda clase de negocios que no las lleve a cumplirlo. Esta separación de todos los asuntos calificados como masculinos se hace exclusivamente como premio a sus especiales trabajos para propagar el género y ser delicias del mundo, que es en lo que consiste su feminidad.

¡Qué bien se acomodaría una mujer con un niño en --
 los brazos asido de un pecho y sobre otro apoyado --
 un fusil! Lo mismo digo de una pluma... u otros --
 instrumentos peculiares de los hombres: era menester que abandonara el instrumento o el niño. (39)

La cortesía y el trato que reciben, la aparente superioridad de las mujeres en la vida social, es solamente un efecto de la generosidad de los hombres y la mujer prudente siempre los considerará así.

... más estos respetos y atenciones debe recibirlos la mujer juiciosa, o sea como un premio debido a su virtud, o como un efecto de la generosidad de los hombres, y nunca los exigirá como unos derechos debidos a su soberanía por ser mujer. (40)

Las mujeres deben forjarse en la feminidad más auténtica que no consiste en sus defectos más conocidos, sino en la grandeza de ser esposas y madres.

Ves aquí, hija mía, cuanta es la dignidad de las mujeres consideradas como esposas y madres de familias, y que bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituídas respecto de los hombres. (41)

Y aquí tenemos la esencia de la feminidad:

pero en cambio, quédese para las mujeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el iris de sus disturbios, el imán de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas y el último consuelo en sus adversidades y desgracias. (42)

El destino de la mujer se supedita totalmente al del hombre. Solamente se encuentra en la tierra para propagar la especie y para permitir a los varones el continuar en sus labores. Su personalidad y educación deben doblarse a su destino y al carácter de los hombres con quien ha de vivir, padres, esposos, hijos.

De aquí la vital importancia para éstos el saberla educar si quieren encontrar en ellas las virtudes que pretenden. La mujer no tiene aspiraciones autónomas y tendrá pues que sujetarse a las normas de vida que se le indiquen en todos los campos. Esto la convertirá en una mujer amada siempre dentro de los límites santos y morales del matrimonio.

La base de esta feminidad radica en la dulzura para brindar al hombre la ternura que necesita y en la docilidad para reconocer su inferioridad frente al hombre que será su guía ilustrado en el camino del bien. En el espíritu de Lizardi no tiene otra forma de salvarse que el entregarse con fé y sumisión al elemento masculino, pero asumiendo toda la responsabilidad de su conducta:

mas no concederé que el alma de la mujer, siempre - que quiera hacer buen uso de la razón, no tenga bas - tantes fuerzas para vencerse sobre la particular in - fluencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad - inconcusa, las mujeres serían en lo general menos - responsables que los hombres ante Dios ... lo que - no es así pues a todos nos obliga la ley y todos te - nemos a proporción los auxilios necesarios para ob- servarla. (43)

Por lo tanto, las mujeres que desconocen su importancia den--
tro de la verdadera feminidad y son el desastre de su casa, -
esposo e hijos, y aunque culpables, resultan de la mala educa--
ción impartida por los hombres: los hombres de bien lograrán -
mujeres buenas.

El hacer responsables a los varones por las malas mujeres a -
primera vista es un rasgo notable que podría salvarlas. Al --
contrario, se limita todavía más su campo de acción pues

El hombre recibe sólo una educación, que es la de -
sus padres, y la mujer casi siempre dos, la de sus -
padres y la de su marido, y ésta, ayudada del amor,
influye sobre su corazón más poderosamente que aque -
lla. (44)

Y la mujer buena se logrará sólo si las dos son adecuadas.

A esto podremos contraponer una idea que nos surge al contem-
plar a través de las novelas a la sociedad mexicana del siglo
XIX. La mujer tiene una sola vida relacionada básicamente con
el amor, que debe realizarse en el hogar. Al hombre le han to

cado dos vidas, la hogareña, la de amor, y la extrahogareña, la del mundo exterior.

Es curioso notar esta contradicción en que incurre Lizardi: Las mujeres son iguales espiritualmente a los hombres. Primera aseveración que hace plantear la grandeza femenina. Para Dios todos somos iguales, en teoría. Pero ya en la práctica la mujer se ve supeditada a sus otras inferioridades, especialmente la física. Necesita, pues, el apoyo del hombre. Tendrá pues más trabajo para llegar a la virtud y si no la alcanza se culpa a los hombres que no supieron darles una buena educación como padres y como esposos. Pero en fin de cuenta la mujer tendrá toda la responsabilidad de sus actos y de su conducta.

No se puede acusar a Lizardi de mala fé, pues él trata de conciliar la tradición cristiana de la salvación de todos los humanos por Cristo, incluyendo a las mujeres, con su ideal de razón, y con las realidades sociales y económicas de su tiempo .

Su anhelo es depurar a las mujeres de sus defectos por medio de una educación acertada para lograr esposas y madres de familia que tanto influirán sobre la mejoría de la humanidad. Ellas son las que forman hijos e hijas y quienes transmiti-

rán lo que habrán recibido.

Su afán de reforma educativa de hombres y mujeres parte del concepto de que el ser humano, fundamentalmente bueno, se vicia por una educación viciada que no le permite enfrentarse a la maldad que existe en el mundo. En esta tarea le asisten la fé y los auxilios de la religión católica, todo organizado por una razón y justo medio que aspira igualmente a la felicidad terrestre en la "medianía", como a la salvación eterna, que precisamente así se conseguirá.

C. Los Conceptos y Métodos Educativos de las Mujeres.

Bajo este rubro resumiremos y organizaremos el cuerpo de ideas de Lizardi dispersas en su obra.

a) La Educación de los Pequeños.

El bebé al nacer puede ser moldeado por una buena educación, pero para ser eficaz debe empezar desde el primer momento. No hay que dejar de explicar o castigar al niño desde su infancia, sólo por su corta edad y que "ya aprenderá cuando crezca". Con una justa medida se le dará a entender donde está el bien (45).

Por medio de explicaciones agradables (46) y adecuadas a su edad, el niño aprende en la práctica e intelectualmente, --

así como las nociones básicas de la moral y de la religión. La educación será bien impartida por los que más quieren al niño y los que más interés tienen en él: sus padres. Por lo tanto no se necesitan:

ni chichiguas. La madre alimentará a su hijo ella misma y así se formará un lazo de unión con él desde su nacimiento, (47) o en caso imprescindible las escogerá sanas y virtuosas. (48)

ni pilmamas. Estas por su poca educación, superstición y vicios estropean a los niños para la vida entera. (49) Mejor es tener una ayudante en la educación del niño, de bastante poca edad para que se eduque también ella.

ni las amigas o escuelas de primera enseñanza porque las maestras tienen muchos niños que cuidar y no los pueden atender bien a cada uno. Existe el peligro de contaminación de malos modales, de maldades o de vicios (50) sobre todo en las escuelas que admiten a niños de los dos sexos. (51)

Fundamental es el acuerdo de ambos padres sobre la educación de sus hijos,

Felices los casados cuyas voluntades van acordes - en un asunto de tanta gravedad; pero más felices - los hijos a quienes cupo en suerte tener tales padres. (52)

A falta de ese acuerdo sobrevienen desgracias: uno de los esposos, generalmente la madre, protege al hijo del justo castigo. Este queda impune y acentúa sus vicios. Tampoco encuentra ejemplo en sus progenitores para su vida futura, incluyendo su matrimonio, y finalmente, el hogar se vuelve un infierno y los hijos unos viciosos.

b) La Cultura y Enseñanza de las Mujeres.

La educación particular de las mujeres debe llevarlas hacia el buen manejo de sí mismas y de su casa y les servirá si son monjas o casadas, aunque toda su exposición del tema se vea encaminada a lograr la perfecta casada y madre de familia.

Las mujeres deben ser cultas y agradables, lo suficiente para adornar su espíritu y su mente.

Conque, según eso, será prudencia y conveniencia - propias (este es el principio que no debes olvidar) de la mujer, trabajar por ilustrar su entendimiento con la instrucción, y adornar su alma con las virtudes morales, cuyos medios son más eficaces -- que la belleza de la cara para hacerla amable de los hombres sensatos y conducirla a una felicidad sólida y permanente. (53)

La misma inferioridad de las mujeres hace que los hombres, como premio a sus especiales trabajos y a su delicadeza, las aparten de los negocios importantes. Así se dedicarán a ser agradables, madres y esposas. Las mujeres excepcionales que-

desempeñaron cargos importantes son más dignas de ser admiradas que imitadas.

Esto es lo que debe saber una mujer:

leer y escribir

gramática

aritmética para el gobierno de sus casas (54) y de su fortuna.

jurisprudencia (para poderse defender si queda sola) (55)

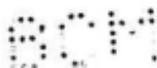
un oficio para poder vivir decentemente si se queda en la miseria, (relojera, platera, etc.) y cuyos trabajos no se paguen tan poco como los de costura que todas conocen. Este oficio se ajustará también a la natural delicadeza femenina.

Para precaver estas fatales consecuencias, (la miseria y la prostitución) sería de desear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñase a sus hijas algún arte o ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo.

... cualquier oficio de éstos seguramente les proporcionaría más ventajas en los tiempos críticos - de la necesidad que no las costuras más bien trabajadas. (56)

Si ha de ser casada deberá dominar las reglas para la economía doméstica, para cuidar bien a los hijos y conducirse con la familia, en fin "gobernar bien lo que ha de gobernar" (57)

En cuanto a la religión y a la moral conocerá y comprenderá a fondo las bases y dogmas de la religión para no incurrir en



supersticiones, reconocer las virtudes y los vicios y conducirse con arreglo al decálogo.

Finalmente, toda su educación se complementa con las buenas maneras de la cortesía, del corazón y del respeto a los mayores.

Algunos refinamientos como el tocar algún instrumento y leer para cultivarse dentro del marco ya delimitado, le proporcionarán entretenimiento y harán su trato más agradable para su familia.

c) La Adolescencia.

La adolescencia es un momento crítico para padres e hija, El principio de base para pasar airadamente sus peligros lo constituye la confianza mutua (58) de la hija con los padres y de los padres con ella para poner en claro y resolver todos los problemas que puedan surgir: aprenderá a conocer a los hombres y podrá elegir un buen marido guardando su virtud.

Los padres tienen la obligación de abrir los ojos a sus hijas sobre los problemas, tanto de su cuerpo como de su mente, con cariño y con ilustración.

El papel de la madre es fundamental en esta iniciación de la

vida. Lizardi no mide sus condenas a las madres que no cumplen su misión, que no les explican lo debido a sus hijas, - ni les enseñan a manejarse con recato y prudencia con los -- hombres, ni las cuidan debidamente, permitiéndoles familiaridades con los hombres y que acaban prostituyéndolas. Además de que, después de haberles dado una mala educación, las critican y las castigan cuando su manera de actuar no es conforme a la buena educación que no les han dado.

Lo más gracioso es que muchas madres de éstas, después que ellas mismas permiten a sus hijas cuanta libertad apetecen, se asustan y se escandalizan -- así que las muchachas traen a sus casas el fruto -- del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes; -- golpes que más bien los merecen ellas que sus hijas porque son la causa original de su ruina. (59)

Lizardi presenta todo un plan de educación sexual y moral de las adolescentes tendiente a evitarles el perder su virginidad, su reputación y, por éstas, su casamiento y su felicidad. Destaca la necedad de los que creen que la virtud está en la ignorancia.

Es una ridícula preocupación la de muchas madres -- que, con pretexto de no abrirles los ojos a las niñas, las crían con tal encogimiento y con tal ignorancia, que ni saben qué es ser doncellas ni casadas, madres ni esposas. Esto no llamo yo recato si no groserísima tontera. ¡Cuántas pobres muchachas han dejado de ser vírgenes sin saber lo que han -- perdido, ni las funestas resultas de ésta pérdida! (60)

Las explicaciones se darán con "modo y prudencia" y versarán no sólo sobre los cambios del cuerpo sino también sobre los del espíritu que le son consiguientes.

Las muchachas cuando entran en la pubertad no son lo mismo que en la niñez... Luego que entran a -- esa edad entran a un mundo nuevo. Pasiones, inclnaciones, sensaciones, deseos, apetitos, ocasiones y lepigros, todo es nuevo para ellas. Si al fermento de su sangre, si al trastorno de sus vas ideas, unidos a su poca experiencia, se junta una suma ignorancia acerca de lo que puede pasarles en el mundo, están muy expuestas a perderse, o lo que es lo mismo, a perder su virginidad con desventajas, porque mal guardará una alhaja el -- que no sabe lo que vale. (61)

Sabrá lo que le puede suceder, se le dirá en qué consiste la virginidad y la manera de perderla o conservarla y, ligado con esto, las leyes del honor. Se le señalará el recato como "señal segura" de su integridad corporal. También se le instruirá en lo que es ser mujer y madre, recalcando que el hombre de bien busca la virginidad en su novia, y la desgracia que se cierne sobre la que se casa sin ella.

Será instruída en los artificios que usan los hombres para seducir a las mujeres y se le encomendará no creer ni corresponder a nadie sin instruír a sus padres, puesto que los hombres de honor se conducen con medida cuando solicitan a una muchacha por esposa.

Las condiciones de salvación de la muchacha son las siguien-

tes:

Su madre deberá cuidarla sin cesar, dándole el buen ejemplo en cada momento; su padre aconsejarla con prudencia, y ella consultar todo con sus padres y seguir con docilidad sus consejos, huyendo de toda ocasión de familiarizarse sola con los hombres. Su salvación consistirá entonces en evitar las seducciones y burlas conservando su reputación sin mancha, y, por fin, logrando su casamiento con un hombre de bien. En efecto, habrá evitado los contactos impuros y el "manoseo" rehusándose a bailar el vals, no habrá dado oportunidad a las malas lenguas recibiendo en su casa a muchos admiradores, sino que, observando los méritos y las virtudes, reconocerá a los hombres de bien, y, por fin, jamás se encontrará sola, lejos de su vigilante madre, y menos en la calle. Fundará su felicidad en la sólida virtud y no en la pasajera belleza.

Primera: que siendo la belleza de la mujer un bien tan fugaz y tan frágil, que se pierde con cualquier grave enfermedad e infaliblemente con la vejez, será harta imprudencia fiar en ella una felicidad constante.

Segunda: que los defectos del cuerpo se hacen muy tolerables compensados con las perfecciones del espíritu; pero los defectos de una alma grosera y corrompida con los vicios, jamás pueden hacerse tolerables, aunque se escondan bajo un rostro hermoso.

(62)

En una palabra, sabrá cuidar su tesoro, pues sabrá cuanto vale, porque teniendo solamente las mujeres tres destinos, monja, casada o prostituta, tendrá que escoger con discernimiento y prudencia uno de los dos primeros para no caer en el último.

Lizardi considera que entre la monja y la casada que erraron - vocación hay más posibilidades de salvación para la casada. En cuanto a la prostitución, cuyos efectos nefastos podemos observar tan a menudo en sus obras y en las de muchos otros autores, especialmente Payno, parece describir una triste y sórdida realidad. Su existencia se podría atribuir a la presión excesiva de la moralidad y de la reputación sobre una primera falta que bien se hubiera podido remediar sin ella y precipitaba a la mujer "caída" por la única vía que le quedaba.

... y rendidas a uno, después son el estropajo de todos. Andan de mano en mano como en el juego de los dados, y este es el modo más corriente con que se labran su desgracia. (63)

La prudencia parece ser la virtud que debe predominar en la mujer porque le proporciona los elementos de juicio y de reflexión necesarios para conducirse con arreglo a la moral y a la razón.

¡Qué cierto es que la prudencia compone todo, mejor que los gritos y los escándalos!. (64)

La felicidad será consiguiente, porque precisamente se encuentra en la vida virtuosa.

Lizardi plasma su ideal educativo con la oposición de dos familias, de dos tipos de educación, de dos sistemas de vida.

Pudenciana representa el ideal educativo del autor. Educada -- con amor, prudencia y razón por su ilustrado padre y por su -- tierna y dócil madre, Matilde, se desarrolla plenamente y hace -- feliz a su familia.

Por el contrario, la educación que hay que combatir es la de -- Pomposita, hija de los mundanos Dionisio y Eufrosina, cuyo matrimonio no funciona por estar supeditado a los caprichos onerosos de doña Eufrosina.

Pomposa acaba tristemente pobre, enferma, prostituída y sola -- mientras que Pudenciana se ve feliz, rica, saludable, gozando -- de virtuosa vida y reputación, rodeada por toda su familia. La religión católica podría permitir pensar que las dos mujeres -- se salvan, pero los pecadores mueren en el remordimiento y los justos en la tranquilidad.

En fin de cuenta este es un ideal de felicidad muy a la medida del hombre, y de la mujer dentro de un justo medio razonable, -- en un marco bien delimitado: el hogar doméstico y la vida familiar.

Lizardi deja traslucir influencias ilustradas en su fé en la -
educación y en la razón y por su convicción de que la virtud -
lleva a la felicidad terrenal primero y eterna después.

Esta visión se complementa con la tradición cristiana y vere--
mos en el capítulo dedicado al matrimonio que no se aleja su -
concepto del que se tenía originalmente en la Iglesia.

NOTAS

- (1) Agradecemos al Dr. Jean Bazant quien nos hizo notar algunas - diferencias importantes en cuanto a la situación de las mujeres se refiere, entre la edición mexicana, incompleta, y la original en inglés. Por falta de tiempo no hemos todavía podido revisar estas diferencias para incluirlas en nuestro trabajo. Sin embargo esperamos que no modificarán esencialmente -- nuestra visión de la educación de las señoritas mexicanas, a través de esta obra.
- (2) Calderón, Op.cit., XXIII, p. 167.
- (3) "... They work beautifully with the needle, weave and embroider, play and sing; the intellectual element however, is wanting, the understanding and the heart are uncultivated, and sensuality therefore easily obtains the upper hand."
Sartorius, Op.cit. XI, p. 59
- "L'éducation littéraire des femmes était encore plus négligée que celle des hommes. On commence a s'en occuper avec fruit."
Fossey, Op.cit., VI, p. 258
- "I do not think that the ladies of Mexico are generally well educated... The ladies read very little."
Thompson, XVII, p. 162
- (4) "Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos aunque fuera injustamente. ...y como me enseñaron a darme cuanto gusto quería, porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto."
Lizardi, Periquillo I, p. 14
- (5) "La pobre criatura comía aquellas golosinas perniciosas con la misma indiscreción con que se las daba la pilmama, y de repente perdía la gana de comer, padecía ansias, licuaciones..."
Lizardi, Quijotita. II, p. 9
- (6) "y si tan mal le fué en su crianza física al lado de éstas - ¿qué sería en su educación moral? Sin duda, debía ser conforme eran sus primeras ayas o cuidadoras con quienes estaba -- continuamente."
Ibid., p. 9

- (7) "Niños y niñas aprenden a leer en común, o cualquier otra ta
rea que las viejas maestras pueden enseñarles; pero a los do
ce años se les considera ya demasiado grandes para seguir --
concurriendo a estas promiscuas asambleas, y se les ponen --
maestros de música y de dibujo para completar su educación."
Calderón, Op.cit., XXIII, p.168
- (8) "Que las maestras que tienen esta mezcla deben ser demasiado
vigilantes y prevenidas, porque tienen sobre sí una responsa
bilidad muy grave; lo mismo que los padres que, advertidos --
de estos inconvenientes envían a sus hijos a semejantes ca-
sas, especialmente a las niñas, en cuya educación ningún pu-
dor es nimio."
Lizardi, Quijotita, III, p. 19
- (9) Ibid. p. 18
- (10) Id. VI, p. 47
- (11) *) Payno. Los bandidos..., II, LXVIII, p.758.
- (11) Payno. El Fistol, I, XXIII, p. 139
- (12) Lizardi parece considerar que esta influencia es extrema y
recomienda la prudencia.
- "En la elección de confesor o director espiritual debe po--
nerse mucho cuidado por los padres de familia, pues de una
mala elección de estos han venido y vienen muy malas resul--
tas".
- Id. XXXII, p. 251, nota 1
- (13) "La condesa de Casaflores ha estado mucho tiempo en Europa...
y ahora se consagra por completo a la educación de sus hijas,
proporcionándoles cuantas facilidades existen en México, en
lo que a maestros se refiere. Le asiste un aya española, mu-
jer excelente, que ellas ven como a una segunda madre."
Calderón, Op.cit., XII, p.87
- La Sra. Calderón menciona a las Sras. de Fagoaga que poseen
el francés, inglés, alemán y aún, el latín. "Deben su educa--
ción a los empeños de su padre..."
- Calderón, Op.cit., XLV, p. 314

"He was the father of a lovely and accomplished daughter, who could fluently converse in French and English as well as in Spanish. Her education and refinement, obtained by dint of application, were of the first order, and would have made her pre-eminently attractive in any country."

William, Op.cit., XVI, p. 285

"Hay en México unas cuantas familias de la vieja escuela, -- gente de elevado rango que se mezcla muy poco en sociedad, -- apenas conocidas de la generalidad de los extranjeros, y que dejan a sus hijas encerradas en casa para que no se contaminen con el mal ejemplo. Esta minoría selecta, rica sin ostentación, está haciendo sin duda cuanto se halla a su alcance para remediar los males que causa la falta de escuelas adecuadas y de maestras competentes para sus hijas."

Calderón, Op.cit., XXIII, p. 169

(14) Ibid., p. 168

(15) "Si supiera usted que no me gusta leer nada ¿qué dijera? y no solo porque no me gusta, sino porque me falta lugar para mis cosas. No piense usted, ahí tengo muy buenos libros que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que son del bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, según dicen. Pues ¿para qué he de mentir? yo no los he leído pero todos lo dicen y yo lo creo."

Lizardi, Quijotita, VI, p. 49

Los libros que recomienda Lizardi a las mujeres son los siguientes:

"La Educación de las hijas, por el señor Fenelón; La Familia regulada, por el padre Anbio; La Eufemia o la Mujer Instruída, por el alemán Campe; Cartas de madame de Maintenon; La Mujer feliz, y otros muchos que tratan del modo con que una mujer debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa."

Ibid., p. 49

Los que tiene en su biblioteca dona Eufrosina:

"... Las Novelas de Doña María de Zayas, las Obras jocosas de Quevedo, las Aventuras de Gil Blas, la Pamela, Eusebio, Novela sin vocalcs, la Clara, la Diana enamorada, la Atala, Alejo en su casita, Soledades de la vida y desengaños del mundo, Don Quijote de la Mancha..."

Ibid., p. 49

"...unos son buenos, otros razonables y otros perniciosos y de pésimo gusto..."

Ibid., p. 49

pero no dice cuáles.

(16) Sartorius. Op.cit., XI, p. 59

(17) Lizardi. Quijotita, VI, p. 51

(18) Id. XIII, p. 107

(19) Calderón, Op.cit., XIX, p.38

(20) "...porque ya sabes que es obligación de los amos enseñar - la doctrina a sus criados."

Lizardi, Quijotita, VI, p. 50

(21) "... es una grande imprudencia de aquellos amos que, después de hacer trabajar a sus criados todo el día los tienen en vela hasta las quinientas de la noche que llegan a sus casas del juego, de la tertulia o la visita."

Ibid., p. 51

(22) "Esta ardorosa misiva fué envuelta en una cubierta perfumada... Buscó al cochero; el cochero a la recamarera; la recamarera a la costurera de la niña, y la carta fué encaminada a su dueño por estos conductos."

Payno, Fistol del Diablo, V, p. 39

(23) Elizaga, Mauricio el ajusticiado, p. 212-213 -1868

(24) Lizardi, Quijotita, XXIII, p. 183 y

"Yo le sufro sus retobos por cierta cosa, y mi mamá porque - le debe seis meses de salario."

Ibid., p. 182

(25) En cuanto a la obra del Padre Ripalda sería interesante estudiar su difusión y permanencia como texto básico de catecismo desde la época colonial hasta nuestros días y ver su influencia. Podría quizá plantearse como un factor importante de permanencia en la concepción general de las ideas religiosas.

- (26) Payno, El pistol... I, XXV, p. 163
- (27) Sartorius, Op.cit., XI, p. 55. También tenemos el siguiente testimonio:
 "Women, instead of being taught to regard certain acts as impossible to be committed, and therefore not apprehended or guarded against, are brought up with an idea that the temptation of opportunity is one which is never resisted."
 Thompson, Op.cit., XVII, p. 162
- (28) Calderón, Op.cit., XLVII, p. 332-333
- (29) Id., XXIV, p. 170
- (30) Calderón, Op.cit., XXIII, p. 167.
 "Critiquera-t-on la négligence de quelques unes pour des occupations sérieuses...? Mais la faute première vient de la nature: plus le pays qui nous voit naître est fécond en ressources, plus la vie y est facile, et moins nous pensons au lendemain."
 Posey, Op.cit., VI, p. 259
- (31) "Comparémoslas con las mujeres españolas, y así juzgaremos - con menos severidad a las que heredaron su farniente."
 Calderón, Op.cit., XXIII, p. 167
- (32) Calderón, Op.cit., XXIII, p. 167
- (33) Sartorius, Op.cit., XI, p. 60
 "... qu'elles naissent avec un bon sens et un esprit naturel qui les rendent aptes a comprendre facilement et a imiter promptement; qu'un sentiment profond et intelligent des convenances sociales donne meme a la femme de la condition la plus humble une aisance dans les manieres et une grace dans le langage qui lui permettent de figurer dans une société plus élevée, sans ridicule comme sans embarras."
 Fossey, Op.cit., VI, p. 259
 "... les dames mexicaines ont tant d'esprit naturel qu'elles donnent aux riens qu'elles débitent une grace toute particuliere; l'ennui ne peut guere loger a coté d'elles."
Id., p. 282-83

- (34) " ... después de todo, esta misma debilidad las hace inferiores a ellos por ley de la naturaleza."
Lizardi, Quijotita III p. 28
(el subrayado es del texto mismo)
- (35) " ... pero al fin de todo, hemos de confesar que justísimamente, las mujeres son inferiores por las leyes civiles."
Ibid., p. 28
- (36) "Que las mujeres sean inferiores a los hombres por ley divina, no tiene duda."
Ibid., p. 28
- (38) Ibid., p. 27
- (39) Ibid. p. 28 (En el transcurso de la redacción de este trabajo hemos empezado a reconocer lo acertado de esta idea...)
- (40) Id. IV, p. 32
- (41) Id., III, p. 28
- (42) Ibid., p. 28
- (43) Id., IV, p. 35
- (44) Id., VIII, p. 63
- (45) No hay que consentir a los niños, (cf. nota (4)), dice Lizardi. La única cita que hemos encontrado sobre el tema es la siguiente que encontramos en el libro de Lorenzo Elizaga:
"... la dominación que ejercía sobre los habitantes de la casita era absoluta.
Adquirió así un hábito de mando que traía enagenadas (sic) a Marietta y a las dos ancianas.
El niño crecía en aquella atmósfera de cariño... como jamás se le contradecía, nada había que le exasperara, y adquirió un carácter suave que le hacía querer de todos."
Elizaga, Mauricio el ajusticiado, p.6
- Parece ser que no había tratado mucho con niños...

- (46) "Como esto no tenía para ella cara de lección, ni advertía - ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete y en un instante perdió miedo a la plua y se fué acostumbrando a su - - uso."

Lizardi, Quijotita, VII, p. 55

- (47) "¿Yo había de abandonar a mi hija a otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija y el rato que la tengo colgada de mis pechos la quiero más que nunca."

Id., I, p. 7

- (48) "Pero en este caso se debe pulsar con mucho tiento la elección de las nodrizas... "

Ibid., p. 6

- (49) "... se deben buscar para pilmamas mujeres de virtud y de talento."

Id., II, p. 10

(solamente en casos de enfermedad de las madres).

"Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome y dinero que se gaste no está por demás, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran."

Ibid., p. 10

- (50) "... porque es muy difícil, por no decir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aun no sabe hacer buen uso - de su razón, se contenga dentro de los límites de lo justo - con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos alrededor de sí, adopte los primeros, separándose de los segundos."

Id., VII, p. 59

- (51) Cf. nota 8

- (52) Id., XI, p. 90

- (53) Id., XXI, p. 170

- (54) "... cuán útil es a las niñas aprender a lo menos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la más crasa ignorancia, decir que las mujeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que un día ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos y hacer otras cosas que les costaría sumo trabajo sin el socorro de la aritmética."

"¿Qué se puede esperar de la mujer que de la noche a la mañana se halla con un principal, y ella no lo sabe girar ni conservar, porque no sabe hacer cuentas."

Id., VII, p. 57

- (55) "No será fuera de propósito que tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida."

Id., XIII, p. 109

- (56) Id., XII, p. 101

- (57) Cf. Lizardi, Quijotita, XIII, p. 109

- (58) "Míranos, no sólo como a tus padres, sino como a tus mejores amigos y los más interesados en tu bien."

Id., XIX, p. 159

- (59) Ibid., p. 162

- (60) Ibid., p. 161

- (61) Ibid., p. 160

"... No, no consiste la virtud en ser estúpidos ni en ignorar lo que nos conviene saber; consiste en la sencillez del corazón y en la exacta observancia de los preceptos de ley."

Ibid., p. 161

- (62) Id., XXI, p. 170

- (63) Ibid. p. 169

- (64) Ibid. p. 173

LA VIDA CONVENTUAL.

La fuerza de la Iglesia y la importancia de la religión en un país tan católico y de tradición hispánica como México, determinaba que gran número de jovencitas tomaran el hábito, algunas desde temprana edad.

No hay autor que deje de mencionar los conventos, ya que en casi todas las novelas estudiadas se citan casos de mujeres que profesan, por grado o por fuerza. Tan general tratamiento del tema muestra su frecuencia en la vida diaria y, entre los autores extranjeros, la Sra. Calderón describe varias tomas de velo. En calidad de esposa del primer representante de España en México, esta autora obtiene del Arzobispo de México el permiso - heredado de las virreinas - para visitar los conventos de la ciudad y tratar con las religiosas en ellos recluidas.

Entre los autores mexicanos que tratan con más profundidad el tema encontramos a Lizardi disertando sobre lo que deberían ser las causas de ingreso a un convento; a Vicente Riva Palacio que describe la desesperación de una muchacha encerrada en el convento contra su voluntad, y a Payno que también trata el tema con cierta extensión.

Pero antes de pasar a esto trataremos de observar lo que en la opinión de estos escritores lleva a las mujeres a entrar -

al claustro.

I - Motivos de las mujeres para ingresar al convento.

La Marquesa de Calderón intenta explicarse estos motivos y considera que son los siguientes: La falta de enseñanza y de diversiones en el hogar, la influencia de su confesor que las ha convencido que es el camino más directo a la gloria.

Otras han vivido toda su vida en el convento y no quieren separarse de él. Otras no han encontrado, ni han tenido oportunidad de conocer, algún joven con quien casarse. Por fin, casi todas esperan encontrar compañeras de su edad y recibir el afecto de las monjas más antiguas, ya que siempre han vivido un tanto aisladas.

Las atrae el esplendor de las ceremonias de ingreso en la que son el centro de interés de la sociedad.

... También pudieron herirla las desavenencias -- del hogar mexicano. ¡La sociedad de los hombres!
(1)

Los novelistas mexicanos se extienden más bien sobre éste último motivo, dándole variadas causas.

En efecto, la peculiar situación de los conventos en la sociedad, apartados del mundanal ruido y por todos respetados, les permite adquirir una doble función además de la propiamente religiosa. Pueden ser refugio de las mujeres que ya no quie--

ren o no pueden vivir en la sociedad. Son un puerto donde -- pueden aspirar a la calma y al olvido del mundo que en general las ha hecho sufrir.

Es curioso notar que, como algunas novelas terminan en el matrimonio de sus personajes sin ahondar en lo que realmente - significa la vida matrimonial, otras se acaban con la entrada al convento de la protagonista sin pensar en lo que es la vida conventual.

Desde el exterior se presenta pues el convento como un refugio, pero del interior ya puede parecer prisión a la que no tenía vocación real aunque entró por su gusto, y sobre todo a la que ha sido obligada por sus padres, tutores o familiares.

La dependencia total de las mujeres respecto a los padres, - hermanos o esposos determinaba que en el momento en que les llegara a faltar ese apoyo necesario en la sociedad, quedaban expuestas a las asechanzas de seductores o de codiciosos de sus riquezas.

En general los novelistas nos las muestran que terminaban pobres o seducidas o ambas cosas, no quedándoles más remedio, - para evitar la prostitución, que el albergarse en un convento.

Esa misma dependencia tenía consecuencias directas cuando --

por la autoridad de sus padres eran encerradas en un convento a su pesar y obligadas a tomar el hábito.

Lizardi se opone con su espíritu razonable y con las disposiciones del Concilio de Trento a estos abusos:

Si Dios mismo nos concede la libertad para escoger nuestro camino, no tienen los padres más derechos que El sobre sus hijas (2), sobre todo en lo que atañe a hacerles tomar un estado para el cual no tienen vocación pues de ella depende su felicidad en la tierra y su salvación eterna. (3)

El castigo que el Concilio de Trento (4) dispone contra los padres que violentan a sus hijas para ser monjas es la excomu-
nión y

Muchos, ...muchos han ido a los infiernos por violentar el albedrío de sus hijas. (5)

Grave pues, era el forzar a una mujer a profesar contra su voluntad. Y sin embargo muchas lo debían aceptar por temor a -- sus padres o a las mismas monjas. En efecto, todas las diligencias hechas para encontrar o sacar a una muchacha escondida por sus padres en un convento resultaban inútiles y aún -- más cuando había ya hecho sus votos.

La autoridad de la Superiora en un convento rara vez podía -- contrarrestarse. Disponía de todo un sistema de espionaje y -

de vigilancia para impedir cualquier comunicación con el exterior y para evitar se enteraran del paradero de la muchacha que se quería ocultar. (6)

El viejo se unió con la abadesa y entre los dos tomaron todas las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara a nadie donde estaba. Continuamente tenía sobre sí los ojos de la tía o de una monja de su confianza; no se le permitía jamás bajar a la puerta, subir a la azotea, ni tener reja; se le prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento; se le quitó de la celda el tintero; se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa o con la monja, su perpetua centinela, y para acabar de quitarle todo recurso, se le hacía dormir sola en un cuarto, bajo de llave. (7)

Es evidente que estos tratamientos severos llevan al abatimiento moral conducente a la enfermedad. Pero llega ya a desesperada la situación de la monja que quiere ser relevada de sus votos y no ve más salida de su triste situación que la muerte.

De edad de dieciséis años, he tomado el velo impulsada por la tirana voluntad de mi hermano... Sin vocación para esta santa vida, mi existencia aquí es el tormento más agudo y más continuado que verse pueda, ni pienso más que en mi libertad, ni anhelo más que en dejar estos respetables hábitos, que pesan para mí como si fueran de bronce. Siete años he pasado tras estos muros, siete años de lágrimas y casi de desesperación. (8)

Dios os libre, señora, de soñar siquiera una noche que estáis en el convento contra vuestra voluntad, porque os ahogaríais; es preferible ser emparedada...

Y un día, y un mes, y un año, y otro y lo mismo, y vivir en un sepulcro, sin esperanzas, sin ilusiones, sin amor, ¡sin amor!... (9)

A los ojos de los novelistas parece que para obligar de esta forma a una muchacha a tomar el velo, tutores y familiares se movían por el interés de apoderarse de sus riquezas, como el hermano de Sor Blanca, Pedro de Mejía, en la novela de Riva Palacio

Los padres por lo general tenían otros motivos ligados con las posibilidades de matrimonio de sus hijas.

Algunos querían apartar a sus hijas del matrimonio para siempre, por considerarlo como una degradación. Esta idea responde a la antigua tradición que hace recaer sobre los sentidos todo el peso del mal. No es posible santificarlos aún en el matrimonio y la única manera de salvar a la muchacha consiste en conservar su virginidad y su pureza en un convento.

En una expresión muy clara deja el padre salir todos estos sentimientos acerca de su propia hija:

- Ojalá se muera, más bien la quiero muerta que casada. (10)

De esta manera también le aseguran una tranquilidad para toda la vida.

... vas a asegurarte de los peligros de este mundo; vas a llenarte de la gracia de Dios; a merecer la bienaventuranza con tus virtudes y a ser nada menos que esposa del mismo Jesucristo . (11)

Y Payno:

No creía que ninguna mujer pudiera salvarse sino en el claustro . (12)

Como lo dice el Dr. Gaos:

La estimación de la virtud de la virginidad como la más alta por debajo de las virtudes teologales, y el estado de virgen de por vida como el estado de vida también moralmente más alto, de donde su consagración en el estado de vida religioso . (13)

Suele presentarse la castidad de las religiosas como una virtud, la más alta ante Dios, pero lleva en sí el peligro de desconocer la naturaleza humana y de llevarlas a extremos a que en el mundo no habrían llegado como lo expresa Riva Palacio:

Adivino las pasiones entre las que miro venir al templo, sorprendo en mis libros frases de amor, que yo no quiero dirigir sólo a Dios. (14)

Estos anhelos pueden volverse verdaderos delirios en los caracteres de gran sensibilidad, al concentrarse toda su vida en ellos.

Estos arrobamientos eran demasiado frecuentes en la huérfana; era que su imaginación, exaltada desde la infancia, había adquirido mayor poder y extensión en la soledad y el silencio de los claustros; con--

centradas sus ideas en un sólo punto, hacia el cual había hecho converger todas sus facultades... su al ma completamente libre de los sentidos, tendiendo a exhalarse, comunicaba un exceso de vida al cerebro a expensas de las demás partes del cuerpo. Tal vez esto no era más que el resultado de la vida aislada de la joven; la consecuencia de la imposibilidad en que se hallaba de compartir con otros seres más sen cillos el amor, la simpatía que encerraba su pecho... (15)

Por ello Lizardi pide reflexión y es amigo de la moderación.

... que lo más perfecto es lo mejor, pero no lo más seguro para todos, y según esto, el estado de casti dad es el mejor en lo general; pero si prudentemente considera que no lo puede observar como se debe, mejor es que se case. Este es el consejo del Apóstol: Más vale casarse que abrasarse . (16)

Otros padres no se oponen al matrimonio en sí, sino más bien al que pretenden contraer sus hijas con alguien que no les parece digno de ellas, en general por su pobreza:

... padecía la misma enfermedad que Carlota, esto -- es estaba apasionada por un hombre de bien, pero -- era pobre y los padres de ella, para ver si lo olvi daba la pusieron en el convento . (17)

Entre las muchachas que ingresan al convento obligadas por las circunstancias se encuentran las que no tienen apoyo en el mundo y buscan un lugar seguro, las mujeres que han perdido su reputación, pero no su honra, y que no pudiendo vivir más en la sociedad, buscan que ésta las olvide.

Mientras mi conciencia ha estado tranquila, yo he podido afrontar la envidia y las murmuraciones; pero ahora que hay un fondo de aparente verdad que me condena ¿quién me creará inocente? La sociedad es bien injusta, madre mía, y mi lujo y mi juventud no harían otra cosa sino recordar todos los días la deshonra de mi casa. El olvido y el silencio son el único remedio que tiene una mujer, cuando una calamidad semejante ha venido a interrumpir la serenidad de su vida. (18)

La muchacha seducida traicioneramente, después de graves sufrimientos, también encuentra un asilo en el convento. Amparo, sin embargo, había renunciado al matrimonio con un joven fino y enamorado a quien no le importaba su deshonra conociendo su inocencia. No se encuentra digna de él:

¡Imposible! En su conciencia, pura como la de un niño... se retrataba con los colores de un crimen un matrimonio entre ella, mujer deshonrada y físicamente impura, aunque inocente, y aquel joven tan noble, tan generoso que la perdonaba y la amaba. Por consiguiente ella no podía vivir lícitamente a su lado, ella no podía más que adorarle en silencio... hasta morir de amor, pero sin proferir una palabra, sin aceptar tampoco su ardiente amor y sus leales ofertas. (19)

La Aurora de Payno no había aceptado el matrimonio con Arturo para no estropear la felicidad del matrimonio con el recuerdo de una conducta ligera pero inocente. Amparo, de Díaz Covarrubias, no se interesa por la felicidad terrenal. Su preocupación es de índole moral y espiritual. No es posible enturbiar una unión con la impureza física, aunque no culpable, de una mujer que ha sido degradada contra su voluntad.

En ambos casos, la única posibilidad que queda es el convento y la separación voluntaria.

En una infinidad de novelas observamos que el convento sirve para esperar la unión con el amado en la otra vida, es decir la muerte mereciendo la unión por las buenas obras. Algunas -- no son correspondidas, otras lloran la muerte de su amado -- (20) y otras, por fin, para purificarse se separan del que -- aman, y él por su lado va a buscar también la bienaventuranza. (21).

Este último motivo, quizá el más novelesco y el más romántico, ligado fuertemente al concepto del amor pasión, es probable -- que no se haya dado en la realidad. El hecho de mencionarlo -- implica una idea muy específica del amor y del mundo y, por -- una separación voluntaria en la tierra, se espera la unión en el más allá.

A pesar de que el convento no era un asilo al alcance de todas, a causa de requisitos como la limpieza de sangre y la dote, la decisión de encerrarse en él se veía generalmente favorecida por todos; ricos y piadosos dejaban en sus testamentos dotes para que muchachas pobres profesaran.

A los padres, sin embargo, les costaba ver a sus hijas separar-

se de su lado de una manera tan irrevocable, pues si con relativa facilidad se podía ingresar al claustro, resultaba casi imposible salir de él. De la que ya había profesado no salía más que su alma con la muerte, pues su cuerpo se enterraba en el mismo convento.

Lizardi recomienda pues mucho cuidado a las mujeres en cuestión de vocación:

Antes de tomar el hábito debía toda niña entender -- que no es lo mismo ser monja que religiosa. Para lo primero, basta con vestir el hábito y cumplir, aunque sea a fuerza, con lo material de las reglas. Para lo segundo, es necesario saber desprenderse del todo de su propia voluntad, renunciar de corazón y para siempre al mundo y sus placeres, y no perder ni un instante sin aspirar a la verdadera perfección .
(22)

Como siempre, para Lizardi la verdad está en el conocimiento profundo de las posibilidades y responsabilidades ligadas a cada estado:

¿Cuántas muchachas entran a los conventos, toman el hábito y profesan, llevadas de un fervor mundano que ellas juzgan vocación? ¿Cuántas ignoran qué cosa es ni a qué obliga el voto de castidad? ¿Cuántas lo hacen sin estar en edad para saber cuál es su vicio -- opuesto? ¿Cuántas se retiran a los monasterios por no perder la dote o lugar que se proporciona o tal vez por fines menos honestos, como por no sufrir los desprecios de algún hombre querido e inconstante? -- ¿Y cuántas por último, profesan por carecer de la resolución necesaria para oponerse a la perversa voluntad de sus padres...? (23)

Por fin, Lizardi, después de recordar la desesperación de las que sin vocación se ven ligadas a un destino que no era el su yo, compara las salidas de esas situaciones trágicas.

La casada que no consultó bien su elección y se halla ligada con un hombre que le da mala vida, tiene aún dos esperanzas que la consuelan: una es el divorcio, que protegen las leyes y los cánones en ciertos casos, y la otra es que muera el marido...

La monja no es así: si no tiene un derecho muy claro para anular la profesión, y dinero suficiente para dirigir a Roma su negocio, lo que no se facilita sino de tarde en tarde, bien puede creer que no tiene remedio si no es a costa de su vida, que es lo mismo que no tenerlo. (24)

Las leyes canónicas y civiles caen con todo su peso sobre la monja que ose fugarse de su convento así como sobre todos los que la ayuden, empezando con la excomunión.

Anne Staples refiere en su trabajo sobre los conventos de monjas en el siglo XIX las tentativas del gobierno para dejar de ejercer la coacción civil para el cumplimiento de los votos religiosos.

Acabaremos pues el tema de los motivos de las mujeres para entrar al convento con el prudente consejo de Lizardi siempre - amigo de la moderación y del justo medio:

... que lo más perfecto es lo mejor, pero no lo más seguro para todos. (25)

II - La ceremonia.

Como todas las ceremonias del culto católico de la época, las de toma de velo son especialmente fastuosas. La muchacha, cubierta con sus joyas y vestidos más ricos sale de su casa para recorrer la ciudad, para decirle adiós al "mundo", convirtiéndose así en la atracción de todas las miradas.

Bajaron solas madre e hija por las escaleras y entraron al coche, que, conforme a la costumbre, había de llevarlas por todas las calles principales - para que el mundo contemplara a la monja y ella al mundo, y los dos se mirasen por última vez. (26)

El ceremonial de la toma de velo consistía en entregar a la muchacha, vestida mundanamente y entre música, cirios y sermones, al obispo de la ciudad. Posteriormente y ya con el hábito, era aceptada por la comunidad religiosa.

... veinticinco monjas cubiertas con ropas negras, - de los pies a la cabeza, postradas a cada lado de la novicia, sus rostros humillándose en el suelo y en las manos sendos grandes cirios encendidos... y en el centro, arrodillada, la novicia, vestida aún de raso azul, su velo blanco de encaje y sus joyas, y llevando ella también un gran cirio encendido en la mano.

En el "segundo acto" estaba la joven tendida en el suelo, despojada de sus ropas seculares y cubierta con un lienzo negro... después, ella sola, fué abrazando a todos aquellos negros fantasmas que permanecían inmóviles. (27) y (28)

Estas ceremonias daban lugar a grandes fiestas y, a veces, aún a reuniones populares.

El pueblo, atraído por la novedad del monjío, había acudido a divertirse, a comer golosinas y a ver el castillo que se debía quemar a la oración. (29)

Sin embargo, tanto la futura monja como sus familiares experimentaban una gran tristeza ante una separación tan definitiva, pues en algunas órdenes el enclaustramiento era riguroso y total.

III - La vida en los conventos.

Los conventos se caracterizaban por ser grandes edificios cerrados en todos los sentidos a la vida secular; por sus agradables jardines y por su escrupulosa limpieza. (30)

Sin embargo, algunos conventos, por la falta de religiosas, han visto disminuir los cuidados que se les dedicaban, como lo comenta Payno en su descripción del Convento de la Concepción.

(31)

Según la orden religiosa, los hábitos diferían sensiblemente:

El hábito que visten es de finísimo casimir blanco, con un espeso velo de crespón negro y un largo rosario. (32)

Visten la tela más áspera y burda, que pegada contra la piel, es en sí una perpetua penitencia. -- (33)

La frugalidad, la oración y la penitencia son las normas de vida en el convento:

Visitamos las celdas, y nos llenó de horror el ver los tormentos que ellas mismas se infligen. (34)

Este tipo de vida con frecuencia las predispone a las enfermedades:

Mas sucede a menudo que muchas jóvenes que entran en este convento, se ven precisadas a abandonarlo por enfermedad mucho antes que termine el noviciado. (35)

Pero cierta relajación en las costumbres y en la disciplina se habían manifestado en los conventos, hace notar Anne Staples (36). De todas maneras no todos seguían un rigor tan ejemplar. Este es el día de la novicia según Payno:

Se levantaba antes del toque del alba; empleaba media hora en asearse y se dirigía al coro. Regresaba a su celda, tomaba un buen pocillo de chocolate, y se dedicaba enseguida a preparar, en unión de las hermanas sacristanas, lo necesario para el servicio diario. Después, volvía al coro, se sentaba al órgano... Así que acababa el servicio, las novenas y jaculatorias, bajaba a la portería.

Este era el rato más agradable: frutas, dulces, galletas, mercerías y otros efectos de comercio, cuanto se puede apetecer se encuentra a ciertas horas en la portería de los conventos de monjas...

... subía al refectorio y después daba sus paseos por los patios del espacioso convento, cansada ya de este ejercicio, se retiraba a su celda, empleando el tiempo que le dejaba libre las distribuciones de la regla, en lecturas piadosas o en coser y bordar. (37)

También algunas de las monjas pertenecientes a las órdenes me nos severas aligeraban sus trabajos con la ayuda de sirvien--tas para su uso personal.

A menudo las monjas tenían algunas ocupaciones artesanales co mo la fabricación de muñecos de cera, dulces, galletas que te nían fama de ser exquisitas y que mandaban por finura a sus - bienhechores y amigos.

Otras religiosas, que salían a la calle y tenían un trato con el mundo exterior, como enfermeras casi siempre, eran las Herma nas de la Caridad a las que Payno profesa tanta admiración. En efecto, oponiéndose a las otras órdenes encerradas en su - propio mundo, a veces funcionando como colegios, las Hermanas llevaban un poco de alivio a los desvalidos.

El doctor, aunque algo descreído y de costumbres - ligeras, era entusiasta admirador de las Hermanas de la Caridad y las estimaba, pues era testigo de su admirable abnegación y de su intachable conducta en el servicio de los hospitales. (38)

Pocas veces en las novelas se pinta el carácter de las monjas, aunque Justo Sierra O'Reilly describe alguna encantadora. Muchas aparecen como celadoras de prisión, y la Sra. Calderón - que visitó tantos conventos, opina que, excepto las monjas de Santa Teresa, pecaban, por lo regular, de soberbia.

Terminaremos este capítulo recordando que el convento era una de las dos posibilidades "decentes" de las muchachas, pues si no se casaban, dadas las cortas esperanzas de vida que se tenían en aquel entonces, era muy probable, según lo dicen los autores mexicanos, que se quedaran sin el amparo de sus padres y que cayeran entonces en la triste vida de la prostitución.

- (1) Calderón, La vida en México, XIX, p.142. cf también XXXV, -- 252.
- (2) "... Sabe usted muy bien que la autoridad de los padres no - llega hasta el extremo de violentar a las hijas a que abra- - cen un estado para el que no tienen vocación, esto es, para - violentarlas sin justicia. El mismo autor de la naturaleza, - ... no quiso apropiarse su albedrío, sino que les dejó su -- plena y absoluta posesión de su voluntad para que obrasen en - todo según les pareciese. Pues si el dueño de los hombre les - deja esta inestimable libertad, ¿porqué los padres han de -- querer apropiarse unos derechos que el mismo Dios renunció - en favor de los míseros mortales?
Lizardi, Quijotita, XVII, p. 147.
- (3) "Vea usted, amigo, si podrán los padres forzar a sus hijas a abrazar un estado de cuya buena elección depende su felicidad temporal y eterna". Id p. 147
- (4) "El Santo y General Concilio de Trento, ...fulmina con una - terrible excomunión contra aquellos padres temerarios que -- tienen la osadía de violentar a sus hijas para ser monjas." Id. p. 148
- (5) Id. p. 147
- (6) Parece increíble que se haga desaparecer con tanta facilidad a una muchacha dentro de un convento sin que nadie sepa de - su paradero. Sin embargo, conozco un caso semejante ocurrido - hace menos de 20 años en España. La comunicación entre la mu - chacha y su actual marido se estableció por medio del padre - confesor pues las muchachas que salían del convento eran to - talmente registradas para ver si no llevaban cartas de sus - compañeras al exterior.
- (7) Lizardi, La Quijotita... XVII, p. 145. cf también Payno. El - fistol... IV, X, p. 612.
- (8) Riva Palacio. Monja y casada, virgen y mártir. III, II, - -- p. 475.
- (9) Id. p. 476.

- (10) Lizardi, La Quijotita... XVII, p. 145
- (11) Id. p. 144
- (12) Payno, El fistol... III, XI, p. 512
- (13) Gaos, Historia de nuestra idea del mundo, XIV, p. 660
- (14) Riva Palacio, Monja y casada... III, II, p. 475
- (15) Castillo. Corona de Azucenas. II, p. 65-66
- (16) Lizardi, La Quijotita... XIX, p. 158
- (17) Lizardi, La Quijotita... XVII, p. 145
- (18) Payno, El fistol... III, XI, p. 515
- (19) Díaz Covarrubias, La clase media. XII, p. 393
- (20) Margarita, en Cuéllar. El pecado del siglo. p. 398-99
- (21) Castillo, ¡Hasta el Cielo!
- (22) Lizardi, La Quijotita... XIX, p. 156
- (23) Ibid. p. 156-157
- (24) Ibid. p. 157
- (25) Ibid. p. 158
- (26) Calderón. Op.cit. XX, p. 148
- (27) Id. p. 145-146.
- (28) "Vió sin conmoverse caer de su cabeza las blondas y sedosas trenzas de sus cabellos, vió desaparecer serena las galas y las joyas con que estaba ataviada y aceptó con la fé del -- más positivo bien el tosco sayal que le vistieron las mon-- jas. Se abrió por fin la puerta del coro, y la comunidad de religiosas, con vela en mano, la esperaba formada en dos -- alas. Allí se despidió por última vez del mundo y oyó ce--- rrarse tras de sí las pesadas puertas, ya en el seno de la _ Iglesia, de donde ya no saldría más que su espíritu."
Cuéllar. El pecado del siglo. II, XXX, p. 399

- (29) Cuéllar, Ibid p. 399
- (30) Calderón, Op.cit. XXVII, p. 204
- (31) "La falta de cuidado y el transcurso de más de dos siglos -- ha hecho que el jardín sea un campo melancólico lleno de -- yerbas y matorrales, que el canal se azolve, y que aquellas viviendas, que otras veces estaban alegres y aseadas, se -- llenen de polvo y telarañas por falta de religiosas que las habiten, pues siendo ya en menor número, se han reunido en_ los claustros más acompañadas, abandonando el resto del con_ vento."
- Payno, El fistol..., IV, X, p. 609
- (32) Calderón, Op.cit. XV, p. 106
- (33) Id. XXVII, p. 206
- (34) Ibid. p. 204
- (35) Ibid. p. 204
- (36) Stapler Anne, La cola del diablo..., I, p. 15-38
- (37) Payno. El fistol..., IV, X, p. 609
- (38) Id. V, XIX, p. 840.

LA VIDA SOCIAL Y EL CORTEJO

En una sociedad como la que nos describen los novelistas del si glo XIX, las ocasiones en que pueden reunirse personas de ambos sexos se dan en las actividades domésticas y familiares como en las de la vida social.

No existen en la vida profesional o política, puesto que las mu-
jeres se encuentran totalmente apartadas de ella. En cuanto a -
las actividades artísticas y literarias, el único campo en que -
destacan las mujeres es la música, y esto en un plan estricta--
mente "amateur". Ninguna muchacha que se considerara bien educa-
da dejaba de tocar algún instrumento o de cantar. Algunas se de
dicaban "a pintar paisajes", sin que parezca muy común el caso. -
Al tomar las clases o al hacer valer su talento en sociedad se -
reducían estas oportunidades.

Dentro de la casa misma se encuentran ocasiones de trabar rela-
ciones entre los dos sexos, entre los sirviente y aún entre el -
ama y el lacayo, o entre los dependientes de una tienda y la mu-
chacha de la casa, pero las diferencias sociales impiden, la ma-
yoría de las veces, la idea misma de tal posibilidad.

Dentro de lo que se llamó "buena sociedad" se nos pintan varios
tipos: la muchacha modelo que permanece en su casa dedicada a -
las labores de su sexo que consistían en cuidar la casa, coser,

bordar, regar tiestos y macetas y alimentar a los numerosos pájaros que solían tener en alegres jaulas, asistiendo puntualmente a misa y practicando la caridad; este es el ideal de Lizardi.

También se nos muestran, aunque rara vez, algunas muchachas -- que se quedaban igualmente en casa leyendo novelas y poesía, -- cantando y tocando y desarrollando una imaginación extraordinaria, influidas por las ideas románticas, ideal de los poetas.

Finalmente aparece como el tipo más común de esta sociedad, la que se dedicaba a una activa vida social visitando amigas, concurriendo a las tertulias y a los bailes, acudiendo a los paseos de moda y al teatro, todo esto con el debido y variado -- guardarropa, adornadas con ricas y valiosas joyas.

De los sitios más a propósito para reunirse los dos sexos y empezar a intercambiar miradas eran las iglesias -- y algunas más a propósito que otras, con horas de preferencia:

De diez a once y media -- ésta es la hora exclusiva -- de los enamorados de ambos sexos, de los admiradores de la divinidad humana, de los elegantes, de los que desean no oír o ver la misa, sino hacerse ver...

El altar del Perdón es un talismán de recuerdos gratos, es una página de la amorosa historia de muchos corazones... la joven más recatada, y que menos se -- deje ver, asistía en tal día a la misa del Perdón. -- ¡Oh! y allí hay una buena media hora para las miradas, los suspiros, y qué se yo cuántas cosas más de esas que constituyen la vida de los corazones enamorados. (1)

Señalamos como un detalle curioso que las mujeres se sentaban en el suelo o permanecían de rodillas durante toda la ceremonia. Al levantarse para salir, encontraban a veces un recado o un ramillete de flores en los pliegues de su vestido y quizá tenían que aceptar el agua bendita de manos de su admirador que se estremecía de gozo al tocar sus dedos... a través del guante.

A una muchacha decente le tocaba ruborizarse y bajar los ojos, - saliendo apresuradamente de la iglesia.

Una señorita no salía nunca a la calle si no era acompañada de su madre o de alguna sirvienta de confianza. El galán, antes que todo, tenía que captarse su amistad con un trato amable y con alguna discreta remuneración, para después, poder contar con su benevolencia:

... cometiste una torpeza muy grande, y fué la de no ofrecer el líquido (agua bendita) a la dueña que la acompañaba. ... tú no sabes lo que es el odio de una vieja! (2)

A veces, el enamorado llegaba a trabar alguna conversación incluso con la madre,

Dirigir la palabra a una señora en la calle por la causa más justa y apremiante hubiera sido una falta imperdonable; pero dialogar en la iglesia acerca de los asuntos de la Iglesia misma, con el derecho que para ellos tienen los fieles como miembros de un mismo cuerpo, era una acción casi edificante. (3)

El paso siguiente consiste en seguir a la atractiva joven hasta

su casa de forma tal que no se llegue a incomodar y pueda sentirse halagada sin remordimientos. En esto existe todo un conocimiento de las leyes del cortejo, que impiden el llegar a ser inoportuno hasta el grado de llamar sobre sí el odio de la muchacha comprometiéndola o haciéndola sentirse culpable de ligereza.

Y esto es tan cierto que Díaz Covarrubias siente la necesidad de disculpar a su heroína del pecado de coquetería cuando, discretamente voltea a ver si la siguen.

... no llaméis coquetería lo que sólo es curiosidad mujeril, porque cualquiera de vosotras hubiera hecho lo mismo con un joven que os hubiera estado con templando media hora en el altar del Perdón. (4)

La costumbre de seguir a las muchachas es muy común porque, ante la imposibilidad de entablar directamente una conversación con ellas, se desea conocer su domicilio para llegarlas a tratar por otros medios.

Los piropos callejeros se dirigían a las muchachas del pueblo y hubiera mostrado muy mal gusto un caballero que lo hiciera con una dama. Es verdad que si los catrines les echaban flores a las muchachas de rebozo de bolita, enaguas cortas de castor y zapato de raso verde, los hombres del pueblo se desquitaban a gusto con las "rotas".

Al caminar, quizá se recogía el vestido y aparecía un pie que causaba la locura del que lo miraba.

Aquel pié fué objeto terrible para Antonio... Quedó ciego: se enamoró hasta el grado de sentirse en el vacío, en un lóbrego y amargo desconsuelo al comprender que no era poseedor de una mujer que tenía tales pies. (5)

Los pies eran pues un atractivo casi sensual de las mujeres que lo mostraban o lo escondían según su coquetería. Payno describe con lujo de detalles pies admirables "defectuosos de puro chiquitos" como el de Aurora o de Cecilia la frutera. Los viajeros extranjeros ponderan la belleza y pequeñez de los pies de las mexicanas y el esmero con que los calzan. (6)

Quizá se llegue hasta a percibir entre los profusos encajes que formaban el "vestido interior" las finas y elegantes medias caladas. (7)

Otro objeto que encendía el ardor de los hombres del siglo XIX era el bozo que cubría los labios de las muchachas y las que lo tenían se reputaban como atractivas y sensuales...

... ese bigotito negro que hace resaltar más lo encarnado de sus labios, me vuelve loco.

Después de tal persecución, y averiguado el domicilio de la muchacha se procurará saber su nombre.

El nombre del amado no es sólo como una revelación de su carác---

ter, sino es la posibilidad de invocarlo, de murmurarlo, de repe tirlo infinidad de veces llegando así a una compenetración espiritual. Casi siempre al oírlo por primera vez los enamorados se__ extasían de su belleza.

¡Aurora! ¡oh! es un nombre poético, bellísimo; en -- efecto, ninguno podía convenir mejor a una criatura__ tan linda como una diosa! (8)

La hermosa rubia tenía un nombre bellísimo: ese nombre que rara vez se oye en nuestras ciudades, y que__ hace reír a nuestras aristócratas, es dulce como el__ ave que lo lleva. La niña se llamaba Filomena. (9)

Hay nombres de moda, nombres elegantes, nombres espirituales, -- nombres prosaicos, y aún nombres ridículos cuyo sonido mata el a amor:

... era muchacha de talento y comprendía perfectamente que por un lado entraría su nombre en mis oídos y por el otro saldría el amor de mi corazón...

...¿pero qué amor por grande que sea puede resistir__ a un nombre tan soez? Si Eloísa se hubiera llamado -- Sóstenes el buen Abelardo habría conservado todas -- sus facultades, no lo dudes. (10)

Sabiendo o no el nombre de la damisela, su seguidor se dedicará__ a rondar la calle, pasar una y otra vez delante de su balcón con la sola ilusión de ver y de ser visto "haciendo el oso". Para es__ to necesita cierta elegancia exterior y un traje decente porque__ por él lo considerarán digno o no de ser correspondido. Algunos__ llegan a una compostura increíble y al uso de joyas y cosméticos.

Allí viene Pepito Alfeñique, orgulloso de sí mismo, dando una última mano a los rizos de su cabello, y al lazo de su corbata; no se crea que viene por esa joven que lo espera ya en el balcón, viene por hacer se ver de ella, todas las tardes pasa con un traje diferente y con bastones de enormes puños con cabezas de perro, de gato, de liebre; tampoco se crea -- que la ama, porque en toda su vida no ha tenido más que un amor solo, profundo, intenso, el de sí mismo; va mirando desdeñosamente a todos los balcones, como para complacer con su interesante figura y decir a las hermosas que lo ocupan:

- "Rabien niñas, rabien, que para eso me creó Dios de esta manera (11)

En cambio a otros les faltará el "visto bueno de una lavandera" o alguna levitą nueva para poder presentarse dignamente y ser -- amados, maldiciendo de su suerte por haber nacido pobres.

El que realmente se interese por la muchacha perseverará y esperará a que se dé por entendida saliendo al balcón o a que poniéndose al piano, disimuladamente le exprese su amor a través de alguna canción. (12)

Por vías rápidas y discretas podrá mandarle flores que con su -- lenguaje le hablarán al corazón:

"Rosa blanca, amor secreto." (13)

Ya se pensará igualmente, animado por algún amigo conocedor de -- mundo y experto en amores, en vencer la timidez y escribirle alguna carta expresando el amor más fogoso y tierno, valiéndose para hacerla llegar a su destino de aguadores, cocheros, lacayos --

o sirvientas.

Otra regla, manda la primera carta abierta, para que así aún cuando te la devuelvan no te puedan contar - que no la han leído... (14)

La reprobación moral que pesaba sobre las relaciones entre los se xos y la falta total de libertad en este aspecto, daba a las comunicaciones ilícitas que se trababan para suplir las lícitas -- que no existían, un tinte de maldad y peligro.

Una muchacha seria no debía ni siquiera leer una carta y devolverla cerrada era una prueba de su decencia. Buscaba al culpable de haberla entregado y lo reñía. Cuando la madre sorprendía estas comunicaciones llegaba, como la Sra. Franco que ya hemos citado, hasta a despedir a la criada sin conciencia. Para no perder su posición los mensajeros depositaban los recados con el ma yor sigilo en el costurero de la muchacha, en su piano o en su - cuarto.

Todo esto añadido a la soledad en que generalmente se encontra-- ban, les permitía dejar su imaginación volar. El miedo de contra venir las reglas morales actuando peligrosamente emocionaban a - la que recibía una carta de amor.

Ya no escribiré más cartas: sobra con dos para tur-- bar el reposo de una doncella. Ahora es necesario -- que yo le hable. (15)

Si el enamorado contaba con algún aliado dentro de la fortaleza_

que siempre representaba una casa donde había muchachas casaderas, su acción podía desarrollarse sobre terreno seguro pues contaba con el conocimiento exacto del impacto de sus cartas y podía, con la ayuda de éste, seguir adelante con sus planes que siempre eran el llegar lo más lejos posible en la intimidad de la muchacha.

Algunos se contentaban con ser correspondidos con dulces miradas, salidas al balcón, o con recibir prendas de su amor a veces dadas con franqueza, pero las más veces con disimulo, como no queriéndolo. Prendas son objetos heteróclitos que intercambian los enamorados y que representan para ellos momentos agradables o tristes de su pasión:

... flores ya secas que nos dió una mano temerosa, - rizados de cabellos que todavía esparcen su suave perfume,... pañuelos con una cifra... un guante que nos dejaron como recuerdo de un baile... una flor que cortamos en la mañana de un día de campo y que después de haberse prendido todo el día en un seno, se nos dejó caer en la mano a una simple insinuación, - un anillo que cambiamos por otro con un juramento, - hoy ya olvidado; el amor bajo todas sus fases, el amor embellecido por que ya ha pasado y lo perfuman los recuerdos. (16)

Cuando ya pasaron los amores, las prendas quedan como trofeos de la guerra entre los sexos, de la Guerra de treinta años como titula Orozco y Berra su novela.

El enamorado también tenía el recurso de ir al paseo para ver a

su amada. Salir en su carruaje si lo tenía, consistía para toda mujer de buen tono una obligación social tan importante como el asistir, si se podía diariamente, al teatro o a la ópera.

Algunos que no tenían coche, lujo que pasaba por necesidad a los ojos de muchas personas, (17) debían contentarse con no salir o con caminar por la Alameda donde las fuentes mantenían limones - en lo alto de los surtidores y donde bajo los árboles se podía - uno sentar a platicar o a mirar a los transeuntes.

Pero éste no era un paseo elegante como el de Bucareli donde los coches cerrados, lujosísimos, llegaban a dar vueltas para después hacerse a un lado y mirar pasar a los demás (18). Expertos jinetes lucían su destreza sobre briosos caballos y trataban de llamar la atención de las señoritas. Otros a pie, despreciables por su pobreza, querían estar sobre el camino de alguna belleza que los desdeñaba.

La Viga también era un agradable paseo pero solamente se ponía - de moda del primer domingo de Cuaresma hasta Pentecostés, quedando desierto el Nuevo Paseo de Bucareli.

El asistir al teatro se presentaba a los ojos de los elegantes, o de los que pretendían serlo, como una actividad a la que no se - podía faltar. Como en el paseo, era el lugar ideal para intercambiar miradas y sonrisas coqueteando con los abanicos. Los auto--

res mexicanos no hacen hincapié en ellos por estar ya acostumbrados a verlos, pero todos los extranjeros se deleitan con su encanto, llegándolos a llamar telégrafo de amor.

En los palcos del Teatro Nacional, orgullo de los mexicanos, se sentaban las ricas jóvenes y en el salón sus admiradores, mientras la gente del pueblo que había logrado pagar su entrada se acomodaba como podía en la galería.

La obra representada no era la atracción en sí de la concurrencia. El espectáculo estaba en la sala tanto como en escena.

La ópera llegó a tener verdaderos apasionados y aún se formaron, cuenta Payno, dos partidos a favor cada uno de alguna bella cantante italiana.

No todo lo que se representaba era apto para mujeres en el concepto de Lizardi. Antes de llevar a su familia al teatro, todo padre de familia debería seleccionar con cuidado la obra. Se lee también el caso en que un confesor le pide a su penitente se abstenga de mirar, tapándose los ojos, durante los bailes "lascivos".

El Pensador Mexicano, que se ocupa de todos los pormenores de la vida de las mujeres, no aprueba esta vida ociosa dedicada a las diversiones que llevaba al vicio y a la ruina. El hecho es que, paseos y teatro, eran actividades diarias de la clase más alta,

procurando seguir el ritmo todos los que pretendieran asemejarse a ella.

Se consideraban como los lugares más a propósito para entablar relaciones, aunque fuera de lejos, entre muchachos y muchachas.

Otra diversión muy socorrida eran los paseos fuera de la ciudad, como los días de campo en que se juntaban grandes grupos que partían a caballo y en diligencia en épocas en que no llovía. Se -- llevaban opíparas comidas, unos paseaban, otros dormían siesta, sin formalidad cada quien hacía lo que le parecía, acabando algunas veces en bailes campestres.

Sin embargo, se regresaba antes del anochecer por temor a los -- asaltos. Y, en efecto, un asalto fingido fué el pretexto para el rapto y seducción de Elena y Margarita. (19)

Lizardi propone que las mujeres aprendan a montar a caballo con soltura y vestidas con la ropa adecuada para evitar la vergüenza de caerse en alguna posición deshonesta. Las mujeres no solían -- montar y cuando lo hacían era en caballos mansos enseñados a -- guardar el paso y en cuyo lomo se asentaba un sillón... Por lo -- demás, los días de campo deberían ser frecuentes pide Lizardi, -- por el sano ejercicio y el aire puro que proporcionan a las mu-- chachas de la ciudad, principalmente a las adolescentes.

Algunas personas no solo salían de día de campo sino a pasar - la estación de primavera en San Angel o Tacubaya, donde muchos ciudadanos poseían fincas con vergeles y agradables jardines.

Otros partían para el interior, residiendo temporadas más o me- nos largas en sus haciendas, convidando amigos y conocidos.

Por temor a los frecuentes robos y saqueos, las haciendas esta- ban poco amuebladas, sobre todo en Tierra Caliente, según lo po- demos advertir en la obra de la Sra. Calderón y en la de Payno. Sin embargo, se muestra el caso de haciendas amuebladas con tan- to lujo como las casas de ciudad; por ejemplo, la del Conde del Saúz descrita en Los Bandidos de Río Frío.

Las actividades de la concurrencia se desarrollaban al aire lí- bre , asistiendo las señoras y compitiendo los hombres en los- herraderos, corridas de toros y toda clase de suertes campira- nas. El hacerse admirar por el bello sexo consistía un podero- so incentivo a lucir habilidades.

Por la noche se paseaban a la luz de la luna, o dentro del ca- serón, se celebraban bailes sencillos donde alternaban amos y- criados con danzas típicas, se jugaban juegos de prendas o se- conversaba.

Como en estas reuniones se encontraban reunidas bajo el mismo- techo personas de los dos sexos, el cuidado de las madres so-

bre sus hijas se debía redoblar, para que algún joven no se -- atreviera a venirla a ver a su cuarto, o se escapara a conversar al jardín.

Por fin, otro motivo de viaje y de diversión eran las fiestas_ anuales que reunían a todo tipo de personas en algún sitio especial como San Agustín de las Cuevas o San Juan de los Lagos_ que era también una cita para todos los comerciantes de México. Las principales atracciones consistían en peleas de gallos, -- juegos de azar y bailes.

A los ojos de los autores extranjeros y mexicanos, el juego se presenta como una pasión que domina a toda la sociedad incluyendo a las mujeres. Los viajeros se extrañan de ver a las señoras entregarse al juego y apostar. Lizardi, que reprueba el_ juego en general como una pasión que destruye las bases de la_ sociedad, poniendo las fortunas en manos del vicio y del azar_ y no de la virtud y del trabajo, lo condena especialmente en -- las mujeres pues las lleva a despojarse ellas mismas de su feminidad, poniéndose al nivel de los jugadores que entonces -- las tratan sin ningún miramiento.

No se necesita añadir que estas eran actividades soñadas para_ la reunión de los dos sexos, pero parece ser, según Payno que_ describe las fiestas de San Juan de los Lagos, que las señori-

tas de México no solían asistir a ellas.

Se quedaban pues en casa y sus enamorados seguían rondándoles la calle, imaginando alguna manera de acercarse el objeto de su amor, y de mantener relaciones aceptables y lícitas dentro de la sociedad. Ser presentado en casa de la amada era una de las metas que trataba de alcanzar el pretendiente.

Las visitas representaban una de las formas más comunes de la vida social del México del siglo XIX. Se pasaba parte del día visitando a los amigos que siempre tenían que estar preparados para ellas y tener la casa abierta.

Los viajeros hacen hincapié en esta costumbre y en la forma en que se llevaba a cabo, la finura del trato y la tradicional hospitalidad mexicana. (20)

Les llama la atención, a unos extrañándoles y a otros encantándoles, el uso del cigarrillo entre las señoras y señoritas mexicanas:

... y no obstante que iban vestidas de veinticinco alfileres, encender sus cigarrillos, tan frescas y a la vez tan bonitas. (20a)

Y aunque Lizardi justifica la acción de fumar frente a los padres, lo que se consideraba falta de respeto, (1818-19) Paynonos refiere la desaparición progresiva de esta costumbre.

Rosario y Soledad se sentaban, encendían su cigarro, a pesar de no ser va de buen tono que las señoras - fumen... (20 h)

Las visitas solían ser relativamente largas, y a todas horas - del día: en la mañana se visitaban las señoras unas a otras y, más tarde, los hombres participaban en ellas.

Por la tarde se ofrecía chocolate acompañado con bizcochos y - ya de noche se formaban tertulias que a veces reunían regularmente un grupo de amigos en una atmósfera casi familiar ya que rara vez se convidaba a cenar formalmente.

Las tertulias eran unas reuniones, las más veces informales, - donde se juntaban personas de ambos sexos, de todas las edades y estados a pasar un rato agradable. En ellas esperaba el pretendiente ser presentado, pues ahí cada quien tenía en qué ocuparse: los señores hablando de política o jugando al tresillo, las señoras conversando en el estrado, los jóvenes dedicados - a la música y al baile o simplemente platicando.

Se suplicaba a la señorita de la casa que cantara o tocara al - go, conduciéndola al piano algún muchacho de finos modales. Al terminar era objeto de aplausos y felicitaciones. Quizá alguno de los concurrentes tocaba para que, haciendo a un lado sillas y muebles, se pusieran a bailar cuadrillas, y a veces vals.

Se pasaban refrescos y galletas, queso y sardinas; en las ca--

sas elegantes, helados y champaña, resultando en general muy - animadas sobre todo si el ama de casa y su hija sabían atender a todos con esmero "sin personalizarse con alguno".

Esta era la ocasión soñada para hacer comprender discretamente a la mujer amada. todo lo que se le quería, procurando no ser escuchado por la mamá o la tía que la acompañaban, teniéndola "como llavero" y no "dejándola sola en el estrado con el caballero cortejante".

... los jóvenes bailaron, platicaron, murmuraron y tuvieron sus celos, sus inquietudes y también sus placeres. Una mano que se estrecha, una cintura delgada que se abraza, o una mirada de amor que penetra hasta el corazón, como queriendo buscar los secretos de nuestra alma... (20 €)

El amor aparece como el tema principal de las conversaciones - de los jóvenes:

pero como en México, no es costumbre que las damas - hablen de política, pronto degeneraba la conversación, y el amor volvía a ser el objeto de ella (21)

Siempre había algún muchacho favorecido de las damas y odiado -- por los hombres.

"Todas las jóvenes... lo buscaban y lo llamaban; era el depositario de los abanicos y pañuelos; el que -- conducía de la mano a las que cantaban; el que impedía que bebieran agua fría sudando; el que les componía los chales y desarrugaba los vestidos; en fin, - era el hombre amable e interesante por esencia." (22)

Lizardi no piensa que estas reuniones sean malas en sí, pero -- desaprueba formalmente su excesiva frecuencia o duración, así como la falta de vigilancia de los padres sobre sus hijas.

Esa misma opinión, pero muchísimo más acentuada, profesa en cuanto a los bailes. Los bailes! no hay autor que no los mencione como sitios de emociones placenteras, de embriaguez de los sentimientos, donde si no se pierde, por lo menos se entibia la virtud.

La multitud de mujeres ataviadas con sedas y encajes, adornadas con flores y joyas, los perfumes que se respiran, la música, el baile mismo propician esa locura deliciosa que muchos llegan aún a calificar de orgía:

comenzaba a sentir ya esa fascinación desconocida -- que se experimenta en una orgía (23)

¡Oh! un baile es en efecto espectáculo en que los -- hombres y las mujeres pierden la cabeza y a veces el corazón. (24)

Se aplican los términos más extremos:

En México se baila como en la mayor parte de los países meridionales, por sólo el furor de hacerlo. En esas brillantes reuniones nada se da al espíritu, todo es a la materia, la agitación, el ruido, el pre--texto en todo para reunirse dos sexos y dos deseos. (25)

Lizardi insiste sobre los peligros de los bailes y no se cansa -- de repetirlo para que todos estén alertas y pongan remedio. Su-

plica a los padres de familia que cuiden a sus hijas y esposas para que no tengan que sufrir las consecuencias del manoseo.

Algunos bailes ya son francamente malos en sí como el vals y -- aún con las personas más decentes no es deseable que una mucha lo baile. Doña Severa (26) nunca permitió a Amparo que lo bailara y lo mismo hacía el Coronel Linarte (27) con Pudenciana.

La gentil pero ligera Aurora se entrega con delicia al placer de bailar y considera a su pareja como un mero instrumento de él, lo que no deja de escandalizar y de ofender a Arturo que -- baila con ella, pues si bien es posible pensarlo, es un crimen decirlo y más por parte de una mujer.

Cuando bailo, no me acuerdo ni del amor, ni de la -- desgracia, ni de nada más que exista en una atmósfera diferente de la que respiro habitualmente. Cada -- vuelta cada giro del baile, me causa una sensación -- agradable, la música produce una armonía deliciosa -- en mis oídos; y en este momento, repito, el compañero que tengo a mi lado es solo un instrumento necesario para mi diversión. (28)

Díaz Covarrubias piensa que la intimidad entre dos personas a -- que da lugar el vals no permite bailar más que con el ser -- amado.

Por mi parte aseguro que sufro mucho en ver valsar con otro hombre a una mujer que amo; y creo franca

mente que los que valsamos con una mujer la profanamos con nuestra imaginación. (29)

Florencio del Castillo describe la influencia nefasta que sobre los músicos tiene el espectáculo de un baile, lleno de bellas muchachas en brazos de jóvenes entregados al vals, y analiza los - estragos que produce en uno de ellos esta atmósfera de embria---
guez. (1854)

Orozco y Berra señala el caso de Luisa que excitada después de - haber asistido a un baile quiere desfogarse con cualquier hombre, besando a su amigo que no había podido ir al baile, no por amor, sino por calmar la exaltación de sus sentidos. (1850)

Recalca Lizardi que además de todos los males inherentes a los - bailes, como son el manoseo (30) y los besos furtivos, estas reuniones tienen como consecuencia el predisponer a doncellas y casadas a ser seducidas con mayor facilidad. Siendo en casi todos__ los casos los bailes desarreglados, las consecuencias nefastas - para la virtud y el honor de los asistentes recaerán sobre la --
conciencia del que da el baile pues:

"lo que es causa de la causa, es causa de lo causado". (31)
Ya que el baile en sí es una actividad indiferente, ni buena ni__
mala en sí:

"Bailar no es malo, lo malo es el modo con que se bail
la y el objeto por que se baila." (32)

Habrá que tomar una serie de medidas preventivas que los trans-
formarán en una sana diversi3n.

Es de notarse que la primera condici3n de un baile honesto con-
siste en la presencia de mujeres dignas. Su comportamiento da
la t3nica del ambiente que debe reinar, pues las mujeres tie-
nen una sola posibilidad, la de ser "decentes" o "ligeras" y -
los hombres, bivalentes, se comportarán según el tipo de mujer
con quien se encuentra.

Sin embargo, no es suficiente y se precisa una presencia que im-
ponga respeto: la familia, el padre, el esposo: la diversi3n -
se volver  entonces decente y familiar. Por su lado, los convi-
dados masculinos no deben ser "j3venes libertinos" por más fi-
nos que sean sus modales y habilidades "pues menos malo será -
que se baile mal que no se seduzca bien." (33)

En efecto, a pesar de lo que hemos expresado anteriormente

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando --
tratan de llevar a cabo su pasi3n o su capricho, --
atropellan fácilmente con la autoridad de los pa-
dres, con los respetos del marido...

Para esta clase de hombres no basta a las mujeres -
ser honestas, es necesario que manifiesten su reca-
to en su traje y en sus acciones en todas partes si
no quieren poner su honor en equilibrio. (34)

Como siempre, Lizardi pone dos barreras al vicio. La interior, la virtud de mujeres y hombres, y la exterior, la vigilancia -- que evite las tentaciones y no permita que se presente la ocasión.

Esta puede darse en el trastorno de los sentidos debido a la bebida o por la duración excesiva del contacto de los dos sexos que lleva a un crescendo del deseo amoroso conforme va pasando la noche. A pesar de la decencia de los asistentes, la virtud se ve en peligro.

Podría verse en esto, fuera de esta observación psicológica, -- un resto de la tradición en que la noche larga se asemeja al Mal, y engendra los vicios que favorece la oscuridad.

Este concepto también se puede fincar en una realidad material.

La noche total ha desaparecido de nuestras ciudades, y con sólo un movimiento podremos disipar totalmente las tinieblas. No así en el siglo XIX en que la profundidad de la noche es total si no la alumbran la luna y las estrellas. Dentro de las casas las luces no logran hacer desaparecer todas las sombras favorables a los amores y a las seducciones. La "profusa iluminación" siempre llama la atención y se menciona como un hecho notable.

Indudablemente el poder de la Noche se hace sentir. Es preciso

no pertenecer a los seres de la oscuridad que buscan la sombra - para esconder actividades no recomendables. Para ello, el retirarse a una hora prudente (las doce) evitará caer en todos estos vicios.

Cuando de los bailes se haya quitado lo que los hace

pecaminosos y peligrosos y dejándolos en una clase - de diversión indiferente, ellos serán malos para - - quien quiera ser malo en ellos, y serán honestos para el honesto. (3^o)

Existen pues dos grados de maldad en un baile. Sin las condiciones enumeradas anteriormente, será malo en sí. Siendo o no virtuosos los que asistan, las consecuencias son malas, desde el relajamiento de la virtud, hasta la seducción. Si se logran bailes arreglados, sólo se pecará voluntariamente. No habrá maldad necesaria. Será solamente accidental pasando de ser colectiva a ser individual.

Sin embargo este es un ideal, la trsrite realidad es que los bailes son la antesala de la seducción.

Y no solamente en Lizardi encontramos este concepto. Lo vemos -- claro o difuso en la obra de todos los que describen un baile

"el baile es un círculo cuyo centro es el demonio." (36)

Sin embargo, a este nivel, las relaciones pueden encaminarse se--

gún las intenciones del pretendiente y la conducta de la mucha
cha, ya sea al fin lícito del matrimonio ya sea al ilícito de_
la seducción, pasando por el reprobable coqueteo.

- (1) Díaz Covarrubias, Juan. El diablo en México, I, p. 405-406
- (2) Díaz Covarrubias, Juan. El diablo..., I, p. 409
- (3) Cuéllar, José T. El pecado del siglo. I, XV, p. 256
- (4) Díaz Covarrubias, Juan. El diablo..., I, p. 409
- (5) Ramírez, José Ma. Op.cit. XXII, p. 33
- (6) Aunque la Marquesa Calderón deplora la costumbre, que al parecer se iba perdiendo, de usar zapatos demasiado pequeños.
- (7) Lizardi critica como inmorales las "medias color de carne" y hace notar también que una muchacha que lleva sucias las medias nunca se desmayará...
- (8) Payno, Manuel. El pistol del diablo. I, II, p. 11 también
 "Es muy bonito el nombre de usted caballero..."
Ibid. p. 9
 "Elena, qué nombre tan bonito!"
 Díaz Covarrubias. El diablo..., I, p. 409
 Y así, sin originalidad, todos se extasían sobre el nombre del amado. Hay que notar entre los nombres de mujeres más apreciados, los de Teresa, Luisa, Elena. Entre los de hombre, Arturo, Fernando...
- (9) Frías y Soto, Hilarión. "Sefir". Vulcano, III, p. 17
- (10) Elízaga, Lorenzo. Mauricio el ajusticiado o una persecución masónica. XXXIV, p. 188
- (11) Díaz Covarrubias, Juan. Neda. p. 68
- (12) Ramírez, José Ma. Op.cit. XXX, p. 54
- (13) Id. p. 52
- (14) Elízaga, Lorenzo. Op.cit. XXXIV, p. 188
- (15) Payno, Manuel. El pistol..., II, XVIII, p. 390
- (16) Díaz Covarrubias. Gil Gómez, el insurgente. VI, p. 192.

- (17) Los viajeros extranjeros mencionan todos este dispendioso gusto, mostrando que el mexicano gasta su dinero en tres cosas: Juega, y si no lo pierde todo, le compra joyas a su esposa y un coche.

Fossey, Op.cit. VI, p. 223

- (18) Gilliam, Op.cit. VIII, p. 129

- (19) Payno, Manuel, El pistol..., I, XXV, p. 167

- (20) Id., I, XXII, p. 134

Estrechamente vinculada a esta hospitalidad, todos los autores extranjeros hacen hincapié en una delicada cortesía característica de los mexicanos y varios descubren las formalidades del trato social, destacando la finura de las damas.

Sin embargo este tratamiento entre iguales no se aplica a los inferiores y se hace visible en los novelistas mexicanos la diferencia de tono con que se tratan las personas de rango inferior. Este fenómeno está ligado con el concepto del honor social que exige de los demás y les da un trato correspondiente a su posición.

"Students of the minutiae of personal relations have observed that they are much concerned with the ways in which people extort from others the validation of the image which they cherish of themselves..." Pitt-hivers Julian - Honour and social status, I, p. 21-22

Por otro lado, tanto en Lizardi como en Payno se describen escenas en que los convidados se "abalanzan" materialmente sobre la comida y el recato que en estas circunstancias debían tener las mujeres al comer.

- (20a) Calderón, op.cit., IX, p.61. (1839-42)

- (20b) Payno, El pistol..., III, XII, p. 527. (1844-46)

- (20c) Id., I, XXII, p.134.

- (21) Ibid. v

La Sra. Calderón comenta que se desconoce en México el coqueteo en público. (XXIII, p. 170) y por otro lado tenemos una visión totalmente distinta en los autores mexicanos. No obstante la reprobación moral que recae sobre la coqueta, muestra en cierta forma que el juicio de la Mar-

quesa no es desacertado, pues al ser los valores y los -- comportamientos europeos distintos a los que imperan en -- México, lo que a ella le parece totalmente decoroso puede acarrear la reprobación de los autores mexicanos como lo estudiaremos en el capítulo siguiente. Lo que parece ser la diferencia entre su opinión y lo que ella ve en la sociedad mexicana es que la conducta exterior prevalece -- siempre y que debe mostrarse severa e intachable mientras en lo privado se podía ser más tolerante. Por su lado, los novelistas mexicanos no quieren prescindir de la ejemplaridad del castigo que muestra la pérdida de la reputación y hacen coincidir la mala conducta con la mala reputación y el ostracismo social.

- (22) Ibid.
- (23) Id. I, II, p. 9
- (24) Ibid. p. 11
- (25) Frías y Soto, Hilarión, Op.cit. V, p. 29
- (26) Payno, Manuel. Los Bandidos de Río Frío. (1889-91)
- (27) Lizardí. La Quijotita y su prima. (1818-19)
- (28) Payno, Manuel. El fistol... I, II, p. 12
- (29) Díaz Covarrubias. El diablo en México. IV, p. 431
y

"No hay duda en que lo primero es cierto y que el tal baile no puede menos de ser diabólica invención. Llevar en -- brazos casi al compás de una música voluptuosa a una mujer que se os abandona, estrechar su mano y su cintura, -- sentir su aliento de fuego quemando vuestras mejillas, -- ver palpitante su seno, sentir el magnetismo de su mirada, -- son cosas capaces de hacer hervir la sangre menos inflamable.

Ibid.

"porque dicen que el vals se baila solo con la persona -- que se ama".

Díaz Covarrubias, Juan. La sensitiva, II, p. 139

- (30) "el caldo es el manoseo que tienen con vuestras hijas y - mujeres (1), las licencias pasan mil veces de las manos a la boca, convirtiéndose los manoseos claros en ósculos --furtivos, que las menos escrupulosas no llevan a mal, y - las que se llaman prudentes y honradas disimulan y sufren por evitar pependencias".

(1) "... Esto se facilita más en las contradanzas y val--ses que no son otra cosa sino lo que antes se llamaba ale manda. La diferencia está en que aquella se bailaba despa--cio, y esta retozando de prisa y entre la mucha polvareda se esconden o disimulan mejor las palabras, las citas, -- los pellizcos, los abrazos, y algo peor, que callo por no ofender la modestia."

Lizardi. El Periquillo... I, XIV, p. 100

- (31) Ibid.

- (32) Ibid. p. 101

- (33) Ibid. p. 99-100

- (34) Lizardi, La Quijotita... IX, p. 75

- (35) Lizardi, El Periquillo... I, XIV, p. 100

- (36) Ibid.

Es de notar igualmente la influencia maléfica de Rugiero, el Diabolo, en el baile con que principia su novela del -- Fistol del Diabolo.

EL PODEREO Y LA SECCIONI. Virginidad y fidelidad conyugal

El demonio está en todos lados al acecho de almas que perder y su mejor arma es el "amor".

En una sociedad como la mexicana de mediados del siglo XIX, todavía dominada por la Iglesia, es en cierta forma normal que los pecados sexuales cobren una importancia de primer orden y siempre estén en la mente de los hombres y sobre todo de las mujeres.

Las gentes de iglesia, teniendo la virginidad y la castidad como virtudes supremas, consagradas a Dios en los votos eclesiásticos, se consideran dentro de un grupo superior y por naturaleza más perfecto. Quieren imponer este ideal a la sociedad laica hasta donde les sea posible y contener los "excesos" eróticos.

Y esto es más cierto cuanto más tengan que sufrir las tentaciones de la carne, situación que no pueden resolver, ni lícita¹⁾ ni ilícitamente sin pecado y que debe sublimarse ofreciéndose a Dios como sacrificio.

Las luchas heroicas de sacerdotes que, viviendo en el mundo, se encuentran sometidos a su influencia, para superar tendencias amorosas consideradas como criminales, bien muestran a qué grado podían llegar a turbarse su cuerpo y su espíritu.²⁾

Con toda naturalidad y quizá inconscientemente transportan sus inquietudes al mundo laico que dirigen³⁾ y le imprimen un sello de gravedad a la sexualidad, que quizá no hubiera tenido sino hubiera estado reglamentada por personas sujetas a la castidad.

No quiere decir lo anterior que ésta sea la causa de una opinión tan generalizada como era la de la maldad del sexo. Posiblemente, el proceso se haya verificado al revés y que el menos-precio del cuerpo haya llevado a que se les exigiera a religiosas y sacerdotes las virtudes de la continencia. Pero, el caso es que parece funcionar en esta forma en la sociedad que tratamos de comprender. Por ahora no ahondaremos en esta tema, pues buscaremos las consecuencias de esta concepción en el amor.

Así como los conceptos de virginidad y castidad son los ideales que los clérigos quisieran imponer al mundo laico, los varones quieren plasmar en las mujeres su visión de la virtud y del honor, reduciéndolas a unas relaciones sexuales exclusivamente dentro del marco del matrimonio. En teoría, los hombres están igualmente obligados a respetar esos límites, pero, en la práctica, no es ese el caso y aunque se vean condenados por jueces severos su honor no será mancillado. No así sucede con la mujer que ose tener alguna relación, antes o fuera del matrimonio: su virtud y su honor se han perdido y siempre quedará esa mancha en su persona y en su conciencia.

El hombre aprovecha la diferencia de los sexos para asegar su superioridad en la evasión del castigo. La mujer lleva patentes los signos de su virginidad y de su maternidad. De este hecho físico se deriva una gran ventaja para el sexo

masculino que no carga visiblemente con la consecuencia de sus actos amorosos. Utiliza, pues, esta arma para aplicar a la mujer que viola el código que se le impone, un castigo ejemplar que sirva de escarmiento a todas las mujeres: la pérdida de la reputación. Aunque no llegue a ser conocido su acto, se ha llegado a inculcarle la idea de culpa tan profundamente que la mujer misma se siente indigna e impura aún en el caso extremo en que es inocente y se ha abusado de ella.

Llegamos más al fondo del problema cuando percibimos que el honor del hombre reside en el de las mujeres de su familia, en especial de su esposa, y el de la mujer en su integridad corporal o en la fidelidad conyugal.⁴⁾ Puede considerarse injusto para el que tenga que sufrir las consecuencias de la conducta de otra persona, pero más aún para la mujer que lleva una doble responsabilidad y que tiene que responder no sólo ante sí misma, sino ante otro de sus actos.

Esta doble responsabilidad puede relacionarse igualmente con que su vida se encuentra limitada a las actividades relativas al amor y al sexo dentro del hogar mientras el hombre no sólo se dedica a ellas sino que también tiene otras ocupaciones. Las mujeres son únicamente una parte de la vida de los hombres mientras éstos son toda la vida de las mujeres. Pueden éstos imponerles una serie de requisitos que tendrán que aceptar por necesidad.

El hombre, considerando siempre en el fondo que es normal, puede tener varias mujeres, pero no tolera que la mujer que

sea suya haya pertenecido o pertenezca a nadie más que a él. Quiere la virginidad en la que ha de ser su esposa, la fidelidad total de su cónyuge y aún, algunas veces, adopta las provisiones necesarias para evitar que, después de su muerte su viuda se vuelva a casar⁵⁾, pidiendo algo que ni la misma Iglesia pide.

Este afán de poseer exclusivamente a una mujer quizá pueda explicarse por los hijos. Los hijos, aparte de la unión que simbolizan, constituyen la prolongación de una persona en otra. Es lo que se deja atrás de sí al morir, son una esperanza de inmortalidad en la tierra, como decía Platón. La mujer siempre sabe a ciencia cierta que un hijo es suyo.

Esta superioridad sobre el varón había de pagarla caro: el hombre nunca puede tener esa certeza si no es precisamente exigiendo la virginidad en su novia y la fidelidad absoluta de su esposa. La seguridad de su propia virilidad se funda en ellas.

El engaño que le hace sentirse inseguro y burlado, y a fin de cuentas inferior, es algo que no puede soportar y por eso vigila con un celo extremo a esposa e hijas. Por otro lado, el mundo estáticamente concebido se divide en categorías que no pueden ser cambiadas, pues todo cambio raya en inmoralidad. Lo que está establecido es lo que debe ser y tratarlo de cambiar es violar la naturaleza y cometer pecado.

El hombre es hombre, y es superior. La mujer es mujer y es inferior. Esto parece una redundancia pero encierra

toda una concepción de la vida. Si cada sexo está bien determinado, pecado será el tratar de asemejarse el uno al otro, y toda mujer que piensa ser superior cometerá una falta: Antes del matrimonio una mujer podrá sentirse superior a todos los hombres que le expresan su "rendimiento". Podrá despreciarlos y humillarlos, pero no por mucho tiempo. O se rebelan los adoradores y la desacreditan por venganza,⁶⁾ lo que le hace perder la reputación, o alguno de ellos se casa con ella y le hace pagar al céntuple dentro del matrimonio lo que le hizo sufrir durante el noviazgo. Por eso Lizardi siempre recomienda la prudencia en las mujeres; y en efecto es buena política: "la mujer que obedece a su marido, esa le manda",⁷⁾ pues al no herir la superioridad del varón, la mujer puede esperar su benevolencia. La rebelión contra los legítimos amos masculinos se constituye en pecado para las mujeres con su correspondiente y grave castigo.

Otra consecuencia de este mundo en categorías es la división del trabajo y la mujer que quiera ser virtuosa se que dará en lo que se le ha asignado como destino mujeril, es decir, el de ser esposa y madre. Tampoco se pueden separar, sin pecado, las categorías ligadas con la maternidad. Para la mujer ésta puede ser una bendición o una maldición. Los términos soltera-virgen son y deben ser sinónimos así como los de casada y madre. El quebrantamiento de estos binomios es una maldición, castigo de alguna culpa, patente o escondida. Una madre soltera resulta ser una monstruosidad y una casada sin hijos paga algún pecado que siempre se le atribuye a ella o a su familia; el hombre nunca se concibe a sí mismo

como estéril.

Los hijos son la justificación única de la vida sexual en el matrimonio, aunque el casarse es un remedio a la concupiscencia y los que se ven en peligro de caer en ella deben casarse jóvenes.⁸⁾ La única posibilidad moral de relaciones sexuales tiene como fin la procreación. Pecado será pues también toda clase de relaciones que no se encaminen a la reproducción, siendo especialmente vituperadas las mujeres que se dedican únicamente al placer. La dignidad de la mujer que no consagró a Dios su virginidad, es la maternidad y en ella y por ella será respetada por su marido y por la sociedad. Su esposo la verá como madre de sus hijos y los hijos como el punto culminante de la feminidad.

Todas las categorías sociales y morales que hemos apuntado se verán reflejadas en el traje y cada quién tiene el suyo. No es lícito apoderarse del traje que no le corresponde a uno pues rompe el orden establecido y exteriorizado en esta rígida clasificación. El que quiera cambiar de uno a otro sufrirá las consecuencias de sus actos. La ranchera que quiera lucir ropa de "señora" será la burla de sus amigas, el pobre que se viste de "roto" se verá atacado por los de su clase y despreciado por los de la clase superior a quien se quiere asemejar; la mujer decente que se viste como coqueta se verá confundida y desacreditada. Por el traje se juzga a la persona y si cada cual no guarda el suyo surgirá una confusión que no se puede compaginar con el ideal de orden y de jerarquía impuesto por la Iglesia.

Como lo apunta el Dr. Caos⁹⁾, el cristianismo que intro-

dujo la idea de igualdad entre todos los hombres y entre los dos sexos, no pudo vencer la idea de la Antigüedad de la superioridad de ciertos grupos humanos, de la de los hombres sobre las mujeres y la necesidad de hacerlas patentes.

1. Virtud, honor, reputación.

Para poder estudiar con más cuidado las ideas sobre la virtud, el honor y la reputación y su funcionamiento en la sociedad, tendremos que definir lo que se entiende más comúnmente por cada uno de estos términos.

Se presentan varios niveles de captación de estas ideas. El primero es el de la descripción de estos autores de la sociedad considerada. Del siglo XIX. El segundo sería el de los valores que profesa esa misma sociedad. Estos dos están a veces tan íntimamente mezclados que es difícil separarlos y se apuntan por razones metodológicas. En estos dos niveles los conceptos están enraizados a tal grado en la sociedad que se vuelven actitudes mentales y vitales, más que ideas puramente intelectuales. Todos se encuentran apegados a ellas, ya sea consciente o inconscientemente, y por eso tenemos un consenso de todos los autores con variaciones mínimas sobre este tema. Se presentan como un panorama estático.

El tercer nivel, que podríamos calificar de ideas personales, es el que deja percibir la reflexión consciente e individual de cada autor, por más que se deje llevar sin querer por las reacciones ambientales. Esta no es una posición hipócrita de crítica por un lado y de aceptación por otra. Representa bien una reacción consciente y voluntaria a un estado de

cosas que no les parece justo o aceptable y, por otro lado, un condicionamiento tan intenso a ellas que, a su pesar, penetran en su visión del mundo y forjan su mentalidad.

La virtud es una disposición constante a actuar bien, rechazando el mal, es decir una conducta con arreglo al código moral vigente, considerado como un absoluto por los que lo profesan. La virtud constituye una meta en sí y pertenece al género ético-moral. Puede adquirir una dimensión religiosa y de hecho la adquiere aquí por la intención de agradar a Dios con ella y conseguir la salvación eterna.

No nos extenderemos sobre las consecuencias propias de la virtud sobre la felicidad terrenal y eterna porque las trataremos en las concepciones del amor en que se insertan.

Para el tema que ahora tratamos de estudiar diremos que la virtud es una idea en sí, una cualidad que en cierta forma es absoluta y de la cual se hace uno partícipe por la conducta arreglada.

El honor está íntimamente ligado con la virtud, pero no es una cualidad; es un sentimiento de la dignidad propia, de lo que uno se debe a sí mismo y de lo que los demás le deben. Para ser más explícitos podríamos decir que cuando alguien comete una acción que hace que el que la recibe se siente despreciable a sus propios ojos y a los de la sociedad o del grupo social a que pertenece, recibe una ofensa y su honor se ve afectado.

El honor de una mujer se mancilla cuando se le quitan la virginidad o la fidelidad conyugal, apartándola de la virtud que debiera profesar. Pierde así el respeto de sí misma y el

de los demás.

El honor se da en relación a la idea que una persona se hace de sí y entre más se precie, más sensible será acerca de él.

El término de honra en las novelas del siglo XIX es similar al del honor pero más específicamente referido al honor sexual y aplicado generalmente a las mujeres, aunque a veces se utiliza como equivalente del de honor y se aplica a los hombres.

El concepto de honor llega a recubrir ideas que no tienen nada que ver con la virtud, significando más bien el orgullo de casta o el de las mujeres que siguen su código. Este código de honor se ve ligado a una serie de costumbres y de ritos que ya tampoco se relacionan con la realidad social y moral del momento, pero que hay que acatar por temor al juicio de la sociedad. Un ejemplo de ello son los áuelos que muchos sienten como un loco y pesado compromiso, que ya no tiene raíces en el mundo y que sin embargo se sigue realizando.

Siendo la reputación el concepto que los demás tienen de una persona y de su conducta y resultando esta opinión tan severa e importante para la vida en sociedad, es evidente la fragilidad extrema de una buena reputación. El interés que hay en alabar a otro es nulo, la conversación se acabaría rápidamente, lo realmente fascinante es hablar mal de la gente y precisamente así destruir reputaciones, costumbre contra la cual muchos protestan.

El juicio negativo de la sociedad se basa sobre la conducta que no se apega estrictamente al código ideal de la virtud, y del honor o, simplemente, sobre acciones que insinúen una diferencia con ese código, aunque resulten calumnias o rumores.

La necesidad del honor apoyado en la buena reputación llega a ser vital en una sociedad que practica el ostracismo social con los que no se apegan a sus códigos morales sobre todo en lo relacionado al honor sexual.

En esta relación se encuentra que el anonimato que permite la gran ciudad y la mayor libertad que en estos aspectos concede la mentalidad moderna combinados, no nos permiten apreciar el poder de destrucción que tienen las murmuraciones.

En cuanto al honor sexual y a la reputación de las mujeres, las consecuencias pueden ser gravísimas.

Para empezar puede ser rechazada por el grupo social a que pertenece. Después, si es soltera, puede perder la oportunidad de encontrar marido, pues pocos hombres querran verse expuestos a la reprobación casándose con una mujer cuya reputación no es impeculada. Si es casada puede acarrearle una serie de dificultades graves con su marido, las que estudiaremos cuando veamos el adulterio de la mujer y sus consecuencias.

La imposibilidad de justificarse y de resarcirse totalmente a los ojos del novio, marido y de la sociedad, pues siempre queda la duda y reina la desconfianza sobre temas tan delicados, hace que esta ocupación de murmurar y criticar, al parecer favorita en los estrados del siglo XIX, llegue a ser sumamente perniciosa para los que se ven atacados por ella.

Aquí funciona, o debería funcionar, la amistad, que si es verdadera defenderá el honor del amigo puesto en peligro por lenguas mordaces. El que no acude en defensa de la reputación amenable de un amigo o de una mujer, sobre todo si se trata de una mujer de su familia, sufre también en su honor.

Si quiere salir bien librado tiene que llegar a veces hasta el rito del duelo en que, con la sangre derramada, se lava la afrenta recibida. Sin embargo los motivos por los que el hombre

que una caricatura del rito primitivo y por eso se consideran cada vez menos adaptados al concepto del honor vigente.

Las relaciones entre los sexos, dictaminadas moral y religiosamente, así como socialmente, deben encaminarse al matrimonio, en especial para las mujeres que tienen esa única posibilidad. El matrimonio es a la vez demasiado amplio y a la vez demasiado estrecho para contener todas las aspiraciones de unión entre los dos sexos. Demasiado amplio porque la sociedad, para lograr su supervivencia como tal con el matrimonio como célula base, exige a los que quieren contraerlo una serie de requisitos que no son puramente de tipo amoroso. El amor o la atracción entre los dos sexos es sólo un ingrediente, y a veces aún ni siquiera lo es. Por otro lado, el matrimonio se muestra demasiado estrecho por su limitación a una sola persona a quien amar y por toda la vida.

Toda fidelidad cansa; quizá por eso el matrimonio que hace consistir la dicha de los esposos en la posesión mutua y enteramente exclusiva de dos cuerpos y dos almas, no trae para ambos, pasado algún tiempo, sino el cansancio y el desvío. 10)

Sin embargo el matrimonio constituye la única posibilidad lícita de relación intersexual. Se desarrolla entonces toda una red de relaciones ilícitas y condenadas por la sociedad. Estas pueden ser un mero pasatiempo, un juego amoroso, un coqueteo, o llevar como meta la seducción de la muchacha.

El coqueteo y la seducción olvidan al matrimonio como fin de la relación intersexual, con o sin amor, y si el primero no es tan grave como el segundo, lleva a la pérdida de la reputación y lleva el germen de la futura infelicidad de la mujer. En camino puede enderezarse el rumbo y por el empeño que en ello toman los responsables del honor de la muchacha llegar a la me-

ta descable que es el matrimonio.

Es de notar que rara vez puede la mujer obligar al hombre a cumplir su palabra de casamiento. Sola no puede nada. Necesita la ayuda de su familia, de la astucia de las mujeres en casos leves y el de la defensa de los hombres en los graves.

La importancia que se le da a la reputación puede también trabajar en sentido inverso, como la muestra la siguiente cita en que la reputación se usa como chantaje para obligar a un pretendiente olvidadizo a cumplir sus juramentos.

...no es con una pistola ni con medidas violentas como se exige a un hombre que cumpla la promesa dada á la mujer, sino con finura y artificio,... Cuando el pretendiente no hace sus visitas con frecuencia, se le manda decir que ninguno de la familia toma chocolate en la tarde hasta que él esté presente, y que se le espera á tal hora; cuando llegue, se le dice que es un ingrato con no ir todos los días... se le presenta el chocolate y se le dice que ha sido batido por Aurorita, nombre de la novia. Después se improvisa un bailecito casero y en los momentos en que la novia está bailando con otro se exclama ; Valgame Dios; no se que tiene la pobre Aurora de algun tiempo á esta parte! ;Antes tan alegre y cantadora y ahora tan triste y pensativa!...

...Se le convida al paseo de la Alameda...En este lugar se pretexta cansancio, y para que no se prive Aurorita del ejercicio que es tan benéfico para los nervios se invita al buen Octavio que dé con ella ocho o diez vueltas.

Pasados dos o tres meses de frecuentes visitas a todas horas, de diarios paseos por los parajes más concurridos, y de que Octavio luzca en público una cinta tejida o una camisa bordada por Aurora

se le dice con alguna sorpresa. ¡Valgame Dios, Octavio que piensa Ud. hacer con esa pobre muchacha! ¿Olvida U. que su reputación padece y que esto no puede continuar así? Ya U. la ha tratado y sabe que es un dechado de virtudes y una paloma sin hiel ¡piensa U. lo que hace! Entonces el pretendiente toma un partido decisivo y este es el casamiento, porque para libertarse de él es preciso ser antropófago. 11)

Pero no sólo los padres de la novia pueden jugar la carta de la reputación de la muchacha para conseguir el matrimonio. También el pretendiente a quien le niegan la mano de su amada, puede utilizar este principio resistiéndolo en contra de la familia renuente, raptando a su novia para obtener después su consentimiento.

En Lizardi se describe el único caso de rapto de una hija de familia en la ciudad. En Payno se presenta el de la amante del viejo don Pedro del Fistol (1842-44) que se fuga con su nuevo novio para casarse con él. En la misma obra Aurora pretende fugarse del convento para poder contraer matrimonio con Arturo pero no se decide a dar ese paso. En cambio en la "novela de costumbres rancheras" de Inclán (1860) se nos describen raptos en varias ocasiones y los estudiaremos en el apéndice dedicado a esa obra.

En el caso del rapto no se trata de una seducción como la que describiremos después, aunque se asemeja con la que realizan algunos en vista de casarse y a veces tiene la misma repercusión sobre la reputación de la muchacha. El rapto es un especie de rito que tiene sus modalidades especiales. Para empezar, la muchacha está de acuerdo en fugarse o, mejor dicho, se ve obligada a ello aunque le cueste dar el paso :

"Trabajo le costó a Irene resolverse a una fuga tan inconsiderada; pero el tiempo corría, amaba a Don Jacinto, aborrecía al novio viejo, y ya le parecía que la casaban con él en esa noche; y así,

mas ó menos legítima por una mujer, tiene el derecho de inclinarse, de declarar su amor, de perseguir á la que es objeto de él, hasta que logra ser correspondido ó desahuciado completamente; aunque en este último caso le quede el recurso de la insistencia, de los sacrificios, que no es raro lleguen al fin á conmovir el alma de su amada, y á hacer nacer en ella un sentimiento de gratitud y de complacencia que acaba por convertirse en amor.

Pero cuando una pobre mujer que tiene las mismas probabilidades que un hombre para concebir una pasión, y tal vez mas, porque su alma, por lo regular mas sensible, se halla mas abierta á esta clase de sentimientos, se enamora de un hombre, tiene que ocultar su amor en el fondo del corazón, se pena de ser el ludibrio de la sociedad, y muchas veces hasta del hombre que es el objeto de su cariño y á quien la vanidad le hace ver con desprecio lo que debia inspirarle gratitud y veneracion. Apenas habrá ley mas injusta, pero no observa mejor que otras, basadas en la justicia...y de ahí los matrimonios desgraciados, la escision en la familia, la desventura de los hijos...12)

No solamente la mujer no puede dar el primer paso, sino que ha de resistir aunque sea contra sus sentimientos por no parecer muchacha fácil. Mizardi aboga por el derecho de las mujeres a explicarse con franqueza.

No tienen las mujeres menos derechos que los hombres para usar de la verdad lícitamente, y la misma Carlo ta lo da a entender, cuando dice que no hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes, en lo que explica más de lo que parece. 13)

Pero como esta posibilidad no se ve aceptada por la sociedad, las mujeres necesitan buscar un medio de atraer al que aman y de darle a entender su amor. Este deseo de agradar es natural y por lo tanto no se puede condenar cuando no pasa los límites de la inocencia:

ya cerca el toque de las oraciones, se determinó a salirse de su casa." 11^a)

Para que no se pierda el honor de la muchacha se la debe depositar en un lugar seguro y honorable que podría ser una casa amiga de la muchacha:

"En andar calles se les fue la noche sin atreverse Don Jacinto a llevarla a ninguna casa de sus conocidos, por no exponerla a que hablara de su honor. Ella tampoco quería ir a ninguna casa de sus conocimientos porque temía que se lo avisaran a su padre." 11^b)

Esta es la garantía de las intenciones de matrimonio del muchacho que en cierta forma las hace públicas, y no aparece en esta historia que la muchacha pierda su virginidad 11^c). El padre manda sacar a su hija con soldados, amparado en la ley española. (1818-1819) y no se nos cuenta el final de la historia.

Sin embargo Lizardi no condena ni a la muchacha, ni a su novio ni tampoco piensa que ha sufrido su honor sino que se ha visto en gran peligro y, finalmente hace recaer la culpa sobre los padres tiránicos que no consultan a sus hijas para casarlas, ni les permiten libertad para escoger marido. Pero esta benevolencia quizá se deba a que el novio de Irene tiene precisamente todas las cualidades que él busca en un pretendiente: es noble, es hombre de bien, ama a la muchacha y no la quiere ver perder su honor. Es pobre pero puede mantener a una "niña decente", y éste es el motivo del rechazo de los padres.

Al no observar en las novelas posteriores ningún caso de rapto o fuga excepto los que mencionamos, que en realidad no lo son, surge la pregunta de saber si en realidad ya no existían, o ya no constituían un medio eficaz para lograr el matrimonio y eso debería estudiarse en las leyes del México Independiente referentes a la autoridad paterna sobre sus hijos en materia de matrimonio.

Si el poder de la familia fuera menor, sería interesante estudiar si la autoridad moral de los padres seguía tan coercitiva como la que advertimos en el campo a través de la novela de Inclán.

En ciertos casos, sin embargo, la idea de la reputación de una muchacha podía en cierta forma oponerse a su honor social, como en la novela de Ríos, el Oficial Mayor (1864), en que Rosa la muchacha de la "sociedad" huye con el lacayo y en que ni siquiera se les ocurre utilizar su fuga para obtener el matrimonio, pues el deshonor de casarse con un lacayo sería mayor que el verse deshonrada.

De todas maneras la reputación de una muchacha sufre cuando se fuga y al no poder ver los resultados en estos casos aislados e incompletos nos abstenemos de proferir alguna conclusión sobre la opinión de estos autores en lo que toca a la eficacia de la fuga para lograr un matrimonio anhelado y prohibido.

III. El coqueteo

En amores, el hombre es el único que tiene la iniciativa para empezar una relación, cualquiera que ésta sea. Como una forma más de afirmar su supremacía, se da el lujo de escoger quien merece su atención para ofrecérsela. La que se ve así distinguida entre compañeras tiene motivos para enorgullecerse de esta elección. La mujer debe permanecer estática y esperar a que el o los varones se acerquen a ella a solicitarla. No puede invertir el proceso pues sería la pérdida completa de su reputación, sostenida en el pudor y el recato, quitándole al mismo a quien fuera dirigida la declaración todo deseo de amarla.

Esta obligación social de esconder sus sentimientos y sus deseos, constituye para la mujer una fuente de profundas tristezas y sinsabores que sienten muchos como una injusticia.

Cuando un hombre concibe una pasión mas o menos pura,

El deseo de agradar es innato, por decirlo así. En las jóvenes se desarrolla este deseo más particularmente; y ya que la sociedad, injusta siempre, obliga al sexo femenino á ocultar bajo un velo de modestia los sentimientos mas tiernos de su corazón, las mujeres toman su dequite dando á sus facciones, á su talle, á sus miradas un encanto que equilibre sus desventajas. Solo que algunas exageran el cuidado que toman para conseguir su fin y otras los ocultan con destreza. Unas lo hacen con reflexion, y otras sin ella. 14)

El coqueteo constituye para las mujeres la forma de llamar la atención y de conversar a su alrededor a sus admiradores. En cierta forma invierte el orden establecido, y por ello es mal visto. La mujer que quiere colocarse respecto del hombre en un lugar superior que no le corresponde¹⁵⁾ por naturaleza, se verá finalmente condenada por la sociedad y por la moral.

En vez de ser el hombre el que domina y escoge, será la mujer el centro de sus "adoradores" que compiten para obtener los favores que ella tendrá a bien concederles o negarles. Halagada en su amor propio, perderá la noción de su posición inferior a la del hombre y la meta de su vida, el matrimonio, prefiriendo la dominación sobre una multitud de galanes a la elección de un marido. Existen varios momentos en la vida de una muchacha coqueta que van desde la simple concesión de una mirada o de una sonrisa, hasta su caída en brazos de un seductor y la vida prostituida que generalmente le sigue.

Esta secuencia la recorren del principio al fin Pomposa, la "quijotita" de Lizardi (1818-1819), y Rosa en la novela de Juan Pablo de los Ríos, El oficial mayor (1864). Aurora, en

El fistol del diablo de Payno (1844-1846) también es coqueta pero la reprobación moral del autor no recae en ella con tanta fuerza: Es salvada in extremis cuando iba a sucumbir y no se pierde en la prostitución aunque se ve obligada a salir de su círculo social encerrándose en un convento.

Los motivos principales de reprobación de la coqueta por la sociedad y por sus enamorados se refieren a la condena del amor-juego. La ligereza, la falsedad y la inconstancia, unidos a la costumbre de aceptar los "rendimientos" de todos la llevan a ver su reputación empañada y a acabar perdiendo, uno a uno, a todos los que la cortejaban.

La ligereza se condena porque la prudencia, cualidad eminente en las mujeres, aconseja manejarse con pudor y recato en vista de lograr algo tan importante y serio en la vida como es el compromiso total en el casamiento. La falsedad es el nombre que los enamorados, ofendidos de ser el juguete de la muchacha, le dan a su trato con varios hombres y a la necesidad de engañarlos sobre sus verdaderos sentimientos para conservarlos a todos. Nada duele tanto a un hombre como verse burlado por una mujer y si por algún tiempo puede durar el juego, pronto recobrará éste su sentimiento de superioridad: la dejará y se vengará destrozando su reputación.¹⁶⁾

La belleza de las mujeres,¹⁷⁾ recalca Lizardi, suele ser el primer peldaño que lleva a su perdición, pues al verse halagadas fundarán en una cualidad pasajera una vida que sólo puede basarse en algo duradero y sólido como la virtud.

La coqueta llega a la convicción de su superioridad femenina y a la idea de que nadie la merece. Pomposa y Rosa se

ven devoradas por una ambición desmedida que les hace despreciar a todos los que no les pueden ofrecer los medios para realizarla. Aurora no padece estos delirios de grandeza, y quizá por ello y porque su corazón es capaz de amar, se verá salvada mientras Pomposa se ve seducida por un pobre oficinista y Rosa por su propio lacayo.

La salvación de Aurora se fundamenta en que, si bien ha pecado por ligereza, no lo hizo por una maldad congénita. El pecado grave tanto de Pomposa como de Rosa es el haber querido elevarse a tal grado que se olvidaron de su condición de mujer. El castigo que les imponen los autores, es correspondiente a la gravedad de su culpa. Si es un instinto natural, sufrirá pero se salvará, en cambio si es una actitud deliberada, se asemeja al pecado de orgullo que causó la perdición del género humano.

La culpa en realidad no se atribuye toda a la mujer, sino a una mala educación que no supo explicarle con claridad la forma en que se debe comportar, las razones de esta conducta, y que no pudo encauzar las grandes pasiones.¹⁸⁾

Parte también de la culpa, la tienen los padres de la muchacha que no han sabido educarla ni cuidarla.¹⁹⁾ Hay que hacer notar que Aurora es huérfana de padre, Rosa perdió a su madre en su tierna infancia y el padre de Pomposa ha tenido que huir de sus acreedores. La seducción de las tres se verifica en la ausencia del padre, en la ausencia de un hombre, cuyo respeto hubiera contenido al seductor.

Recordamos que la educación y la vigilancia excesiva de que se veían rodeadas las muchachas no les permitía desarrollar una personalidad fuerte que pudiera resistir sola los

ataques a su virtud. Ya burlada la vigilancia familiar, la muchacha no tiene fuerza que oponer y ni siquiera apela a la ayuda de los demás porque el sólo hecho de encontrarse un hombre en su habitación la condena por sí mismo. Para evitar todo escándalo, prefiere callarse y ser seducida.²⁰⁾

La seducción de la muchacha coqueta sucede en el momento psicológico en que ha perdido a gran parte o a todos sus admiradores que ya se convencieron de que no valía la pena seguir cortejándola. En ese momento, queda uno, quizá el más despreciable, que bajo pretexto de ayudarla avanza en la intimidad de la muchacha, a tal grado, que a ésta no le queda más remedio que concederle lo que pide. Se invierte pues el proceso y el hombre queda de nuevo en una posición superior a la de la mujer que lo había querido dominar.

Esta es la forma de perder la reputación y el honor para las coquetas que juegan con el amor. Es el castigo de la locura de creer que podían ser superiores a los hombres.

IV. La seducción.

Pero no todas las muchachas deshonradas son coquetas. Otras condiciones permiten a los hombres seducir a muchachas.

La ignorancia y el "santo encierro" criticados por Lizardi, pueden ser precisamente los que permiten que un hombre se introduzca en la casa y abusando de la inocencia de la muchacha la despoje de su honor, en general engañando a la madre bajo apariencias de virtud. La soledad en que vive la muchacha la volverá una presa más fácil que las vanidosas coquetas que se guardaban no por virtud sino por orgullo.

La pobreza es la otra gran plaga que permite la seduc-

ción de las mujeres. Lizardi y Payno se preocupan especialmente de la miseria y de la falta de posibilidades para subsistir de una mujer que sólo se podía mantener con las costuras, mal pagadas en razón de la cantidad de mujeres que a ellas se dedicaban. Lizardi propone que las muchachas aprendan un oficio que les fuera útil en caso de necesidad y Payno pide que las muchachas ricas se organicen para proporcionar trabajo a las pobres y evitarles caer en la prostitución.

Son de llamar la atención los cambios repentinos de fortuna que se observan a través de las novelas que hemos estudiado. Grandes riquezas se pierden en un momento. Familias se quedan en la miseria de un día para otro. Parecen ser el agio, el juego y la inestabilidad política, unidos a los gustos dispendiosos y al afán de lujo, los motivos más importantes de estas mudanzas. No faltaba tampoco la deshonestidad en abogados, tutores y albaceas que dejaban en la miseria a sus pupilas o clientes.

Las muchachas pobres de lo que Díaz Covarrubias llama la "clase media" o las que se han arruinado, y cuya educación y aspiraciones no son las del pueblo, no pueden resignarse a vivir como él. Tampoco los hombres lo pueden, pues el Periquillo, así como Carlos²¹⁾, muchachos pobres educados como ricos, son unos desadaptados sociales en cualquier lado y unos infelices. Esta inconformidad con su estado les hace buscar medios ilícitos de supervivencia y en las mujeres suelen ser la seducción y la prostitución las únicas salidas.

Estas muchachas representan la presa ideal para los seductores, sobre todo los ricos, pues no cuentan con padres poderosos.

cos que los puedan obligar a respetar su honor, o a casarse. Por otro lado, sus ideales o conceptos sobre el honor y la virtud son suficientemente elevados para que presente algún interés el quitarles la honra.

En efecto, el seductor no se propone seducir a cualquier mujer, sino a alguna que pueda vencer o humillar, en cierta forma profanar. No se puede profanar a una mujer ligera o a una prostituta. Se necesita una muchacha virtuosa o por lo menos convencida del precio de su honor.

Se llega al caso extremo de la seducción de una mujer cuando el seductor, habiendo utilizado todos los medios posibles para realizar su empresa no logra deshonorarla más que durmiéndola con un soporífero. La humillación de haberse visto rechazado le hará vengarse en lo mismo que se le negaba, logrando su deseo y sobre todo humillándola a su vez. El caso se repite varias veces en las novelas y permite pensar que se daba con cierta frecuencia en la realidad, sin ser producto de la acalorada imaginación de algún autor.

Casi siempre el seductor necesita de un cómplice que viva cerca de la muchacha. A veces, la madre misma, la que más la debiera cuidar, es la que la entrega²²⁾ Dueñas y amas de llave aparecen como mujeres mercenarias prestas a vender el honor de la que está bajo su custodia.

Si la reprobación moral que pesa sobre la primera caída de una mujer -aunque sea la única de su vida y a pesar a veces de su inocencia- no le permite salir del camino que lleva a una vida desgraciada e infamada, y, en muchos casos, a la misma prostitución²³⁾, el juicio de la sociedad se muestra

benévolo con el seductor aunque en teoría la condena.²⁴⁾

Si un pobre triunfa sobre una rica, su gloria se verá aumentada pues habrá triunfado sobre alguien que parecía inaccesible por su virtud y por su posición social. Los riesgos también se aumentan y aunque en un principio haya podido pensar en deshonrar a la muchacha para lograr un ventajoso matrimonio, después su aversión al matrimonio, y con una mujer sin honor aunque se lo haya quitado él mismo, le hacen emprender una rápida huida, abandonando a la muchacha, y cambiando de domicilio, de trabajo y aún de ciudad.

No así el rico "calavera" que por mera diversión deshonró a una pobre. Seguirá su vida normal seguro de que nadie podrá pedirle reparación. Esta injusticia social que pone a las mujeres sin protección a la merced del que las quiera poseer, hace protestar amargamente a DíazCovarrubias. (1857-58)

La seducción es un tema que casi todos los autores tocan desde Lizardi en 1818 hasta Elizaga en 1868. Se nos presenta pues como un hecho frecuente en la sociedad mexicana e intentaremos aclarar las razones de la existencia generalizada de este modo peculiar de relación entre los sexos al caracterizar al don Juan.

V. El don Juan

La existencia de una sociedad basada en la familia y cuyo honor familiar reside en la virtud de las mujeres, propicia que los que se quieren oponer a ella lo hagan precisamente deshonrando a las mujeres. Por este medio logran poner

en causa a la sociedad entera y la moral en la que se funda. Gregorio Marañón sostiene que el cirismo y la irreligiosidad del don Juan no tienen nada que ver con su conducta.²⁵⁾ Sin embargo, parece que precisamente el tipo acabado de don Juan siempre muestra estas características, porque su meta consciente o inconsciente es desafiar la sociedad entera y a Dios con su profanación de las mujeres. Cuando lo ha logrado, las mujeres seducidas no tienen nada que ofrecerle y huye abandonándolas.

Es evidente que muchas veces el don Juan no estará plenamente consciente de este aspecto de su rebeldía social y de su inconformidad con la ley que le impone la monogamia y que considera la sexualidad como el pecado más grave.

A lo largo de nuestro estudio sobre la seducción nunca hemos utilizado el término de "don Juan" para denominar a los seductores, casi todos de baja categoría, que encontremos en las novelas de esta época.

Tenemos ante los ojos varios personajes que podrían llegar a ser don Juan, pero a quienes les falta la clase de éste. Quizá podríamos atribuirlo a que el verdadero y gran don Juan, con todas sus características, no se da en la práctica, pero tampoco en la literatura de una época en que la sociedad ha relajado precisamente la rigidez de sus estructuras. Debido a la inestabilidad política y social, a cierta relajación en las costumbres, a la admisión en la vida social de usos que no se hubieran permitido antes, los seductores tienen menos obstáculos que vencer y pueden desaparecer o permanecer impunes con mayor facilidad. No se necesita pues un carácter

poderoso para enfrentarse a todos los problemas que plantea la seducción de las mujeres y pueden lograrla hombres que no son héroes, sino pequeños seductores. A pesar de ésto, las consecuencias de la deshonra, todavía muy graves para las mujeres retan a una multitud de seductores que brotan por todos lados.

Como el término de don Juan ha pasado a significar al hombre que tiene éxito con las mujeres, sin llegar a seducirlas, llamaremos, según la terminología de Ortega y Gasset, "hombre interesante", al hombre de quien se enamoran las mujeres.

El tipo más acabado de él es Arturo en El fistol del diablo. Su figura, su carácter, son los de un "calavera" del gran mundo, con presencia, elegancia, dinero, y, sobre todo, un encanto que hace que todas las muchachas se enamoren de él y para siempre. Aurora, Celeste, Apolonia lo aman desde el primer momento, durante toda su vida y mueren amándolo. Él a todas corteja, a todas da esperanzas y en el fondo a nadie quiere. No es falso por esencia, su carácter frívolo le hace fijar su atención únicamente en el instante presente, y sobre la mujer que esté a su lado, olvidando a todas las demás. Su irresolución en escoger alguna prueba su falta de amor, de lo que no se da cuenta él mismo, creyéndose al contrario enamorado de todas. Su carácter indolente y su fondo de bondad lo oponen al carácter básico del don Juan que es activo y cínico por naturaleza.

Don Francisco, el seductor de Aurora en El fistol del diablo (1844-46), se acercaría más al tipo del don Juan ya

que presenta una serie de características que usualmente se encuentran en él.

Don Francisco, así como todos los que quieren ser atractivos, tienen un cuidado extremo de su persona usando ropa de última moda y los afeites y artificios más rebuscados²⁶⁾, rayando en el afeminamiento que según Karamon sería un carácter distintivo del Don Juan, inseguro de su virilidad.²⁷⁾

La conquista de Aurora por don Francisco, que nosotros caracterizamos como un don Juan, y la de Rosa por su lacayo Mateo, que consideramos más bien un seductor nato, muestran tantos rasgos comunes que hemos querido establecer un paralelo para destacar los rasgos distintivos de la acción de un se ductor.

Ambos, aparentando una conducta seria y melancólica, logran llamar la atención de la muchacha intrigándola con una personalidad que parece superior. Hacen nacer ideas de amor, la duda y los celos consiguiendo hacerse el tema constante de los pensamientos de la jóven. Su método consiste en turbarla, don Francisco con sus cartas y la ayuda del ama de llaves, Mateo con sus miradas, disponiéndole para recibir su visita a solas. Con una indiscutible habilidad logran fasci narlas a tal punto de que no rehusan hacerlos entrar ellas mismas de noche. Los dos tienen una percepción aguda del momento favorable y no lo dejan escapar, temiendo que una reflexión más profunda por parte de la muchacha se los haga perder. En el momento mismo de seducirlas los dos pregonan su muerte segura si no se les concede lo que piden, y don Francisco promete

el matrimonio, mientras el lacayo que nunca podría tener esa posibilidad le urge a Rosa que huyan juntos.

La llegada oportuna de una huérfana que duerme en su cuarto salva a Aurora de ser deshonrada, pero Rosa ante la idea de su reputación perdida irremediablemente y las amenazas de suicidio de su enamorado, huye con él.

Cuando ha pasado todo, Kateo abandona a Rosa, don Francisco, que finalmente no consiguió lo que buscaba, no vacila en abandonarla por dinero después de haber revelado su nombre y perdido su reputación. Sin embargo promete volver a intentar su conquista a su regreso. Más tarde lo vemos pregonando la deshonra total de Aurora, mintiendo para parecer más interesante a los hombres que lo rodean. Su atractivo, su hipocresía, su tesón para conseguir una conquista, su repugnancia al matrimonio, su inestabilidad en amores, su cinismo al seducir doncellas, casadas y viudas y al abandonarlas después, su irreligiosidad, su afeminamiento y su propensión a vanagloriarse de sus amores contándolos en público, lo hacen ser el único auténtico don Juan que encontramos en las obras de los novelistas mexicanos estudiados.

Encontramos sin embargo otro tipo similar que se presenta como frecuente en esta sociedad. Lo podríamos llamar don Juan envejecido o "viejo verde". En general tiene las mismas características que el don Juan pero su edad no le permite lograr sus seducciones por su propio mérito. Hace uso de artificios que el don Juan no necesita por su atractivo y su juventud. La hipocresía con que debe cubrir sus empresas sumamente

reprobables a los ojos de la sociedad es un rasgo dominante de su carácter.²⁸⁾

El don Juan atrae a las mujeres y logra que se enamoren de él, el viejo verde les repugna, pero ambos poseen un magnetismo que hipnotiza a sus víctimas.²⁹⁾

Sin embargo, a pesar de este don el viejo verde casi siempre tiene que recurrir a la violencia o a las trampas, mientras la mujer seducida por don Juan se resiste pero se entrega.

En fin de cuentas el don Juan es el que sufre la reprobación de la sociedad en teoría pero que en la práctica es el objeto del amor de las mujeres y de la envidia de los hombres.

VI. Las consecuencias de la seducción.

1. El don Juan

Como lo hemos indicado anteriormente, el don Juan abandona a la mujer que sedujo y si no tiene medios o poder para evitar las consecuencias de su acto que son el matrimonio o el desafío con algún hombre que respalde el honor de la muchacha, huye. Pero casi ninguno tiene el suficiente arrojo para enfrentarse con otros hombres y aprovecha la situación de las mujeres que no tienen apoyo masculino o cuyo apoyo es débil como lo puede ser un padre enfermo y pobre.

Su deseo de posesión se ve satisfecho. Se probó a sí mismo y a los demás su virilidad y su audacia y lo publica por todos lados como una aventura heroica. La mujer deshonrada ya

no tiene nada que ofrecerle. Lo que le interesaba era vencer su resistencia, su virtud y humillarla dejándola sin honor.

Si utilizó la seducción como un medio para obligar a una muchacha rica a casarse con él, pocas veces lo realiza, pues después reflexiona en su horror instintivo al matrimonio y a la imposibilidad de casarse con una mujer deshonrada aunque haya sido el mismo el que la deshonró. Aquí interviene un desdoblamiento de la personalidad del seductor. Se siente agraviado por sí mismo en cuanto futuro marido y no puede resistir esa idea. Si para lograr su seducción necesitaba a una muchacha virtuosa, aún con más razón la necesita para casarse con ella: en ninguna ocasión observamos el matrimonio de un seductor con su víctima.

2. La muchacha

La primera reacción de la muchacha que ha sido deshonrada, aunque su inocencia sea total, es el desprecio de sí misma unido al terror de perder su reputación y de enfrentarse a la sociedad. La severidad del juicio social es tan fuerte que una primera falta casi nunca puede resarcirse a sus ojos y la posibilidad de vivir en el mismo círculo social se pierde totalmente.

Las esperanzas de restaurar su honor casándose con su seductor bien pronto se pierden con su abandono, y la infamia de tal conducta hace nacer su odio hacia él. Quiere convenirse de que nunca fue capaz de enamorarse de un hombre tan bajo y este sentimiento se añade a la pérdida de su honor para hacerla considerarse despreciable.

La elección del ser amado revela la personalidad profunda del que ama.³⁰⁾ Si la conducta del amado no corresponde con lo que aparentaba o con la idea que de él se forjaba, la bajeza de su conducta recae en cierta forma sobre el que se enamoró. La muchacha abandonada lo siente pero no puede admitirlo. Acaba concluyendo que no lo amaba.³¹⁾ Prefiere haber sido engañada que defraudada en su amor, disculpándose de una participación activa en la seducción. Transportará en el odio al seductor su humillación ante él y ante la sociedad, sin dejar por eso de sentirse culpable e impura.

Triste situación de la cual hay pocas salidas.

Una de ellas, que ya hemos estudiado anteriormente, consiste en apartarse de la crítica social enclaustrándose. Pero esta decisión es difícil de tomar y a veces no se puede realizar. Recordaremos que entre las muchachas seducidas sólo Aurora que no fue deshonrada y Amparo que lo fue mientras dormía narcotizada, son las únicas que ingresan al convento.

La primera y mayor preocupación es conservar el secreto para no perder la reputación. Con la infamia consiguiente se alejarían los pretendientes y posibles maridos que no soportarían tal falta en su futura esposa y, al parecer contradictoriamente, al único que revela su deshonra es al que pide su mano, declarándose ella misma indigna de ser su mujer.

La que ha tenido la desgracia de quedar embarazada no podrá ocultar su deshonra. Hay que imaginar la fuerza de la condenación social para comprender la desesperación que se apodera de ella. A menudo el choque consiguiente a la seducción y al abandono la hacen caer en la enfermedad, primer sig

no de su aflicción moral. Pocas piensan en sus hijos, excepto Marieta que en su delirio pide un nombre para su hijo.³²⁾ Las demás se ven demasiado presionadas por la opinión y no se acuerdan de sus hijos que, premio de las casadas virtuosas, son el signo de la infamia de las solteras.

Margarita, raptada por su maestro de música, llega a un estado tal de desprecio de sí misma y de angustia ante el porvenir que la espera que intenta suicidarse, destruyéndose a sí misma y a su hijo.

Terrible era la idea de arrancarse la vida en la flor de la juventud, pero el pensamiento de la deshonra y de la vergüenza, la hacía las más veces preferir la muerte. 33)

Pomposa considera su persona más valiosa y aborta poniendo su vida en peligro y acabando con la de una criatura de Dios, volviéndose doblemente criminal a los ojos de Lizardi.

...pero Pomposa se amaba mucho, conoció cuánto valía el honor de una mujer, después de haberlo perdido; quiso a lo menos sustraerse de la pública nota, y ya que no tuvo vergüenza para ser madre, la tuvo para mostrarse tal. Ahogó en su corazón los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su consciencia, y acumulando un delito a otro bebió el infernal licor, con mucho gusto. 34)

Otras, por no dar un pesar a sus padres y no sufrir la reprobación de todos, abandonan a sus hijos, o los esconden.

Sin embargo, los hijos si se consideran en un principio como una maldición o un castigo por el pecado cometido, después logran ser el consuelo que Dios les depara a las mujeres abandonadas y cuyo candor ha sido burlado. Matilde encuentra la tranquilidad al tomar a su hijo en brazos; Amparo, cuya hija ha sido robada por su seductor para impedirle todo chantaje, no desmaya en su afán hasta encontrarla, y Marietta se muere de pesar cuando le pasa lo mismo.³⁵⁾

Observamos un sólo caso en que la reprobación social no pesa sobre la muchacha, emitiendo Elizaga (1868) una opinión contraria a la de los demás autores.

Al principio había hecho mucho ruido el suceso; pero á poco tiempo ya no había quien hablara del asunto, y como los pecados de amor son los que se perdonan mas facilmente, Marietta recobró muy pronto el afecto que todos le tenían por su modestia y sus bondades, y que había entibiado algo la noticia de su deshonra. 36)

Puede esto demostrar un cambio que se manifiesta en las ideas personales del autor o puede igualmente ser que, como no sitúa esta acción en México, se sienta liberado del peso de la sociedad mexicana. Sin embargo, da su opinión tan rotundamente que no parece supeditarla al lugar sino que la toma como una verdad general.

Quizá esto apunte hacia una liberalización en la forma de pensar hacia lo que Payne deja entrever en Los bandidos de Río Frío, 1883-1891, -que en realidad en este aspecto no se incluye en la época que tratamos- en que Mariana, la heroína de la novela, madre soltera, no se ve infamada. Pero esto se ve ligado a una serie de circunstancias que la dis-

culpan. No se trata de una "vil seducción", tema que nos ocupa ahora: el hombre a quien se entrega no vacila en arriesgar su carrera y su honor por salvar el de ella, le es fiel hasta que las circunstancias adversas que impedían su matrimonio se allanan y, por fin, el deseo de los dos de casarse se ve realizado cuando legitiman ante la sociedad un amor que ya era puro. Por otro lado, este amor y sus consecuencias se mantiene secreto, no provocando la pérdida de la reputación de Mariana.

Pensamos que en este tema la opinión en la sociedad sigue siendo tan severa como antes, pero que las ideas, que en abstracto se profenan, pueden haber evolucionado un poco y mucho antes de que la mentalidad profunda cambie en las situaciones de la vida real.

3. Los padres de la muchacha

Su primera reacción al conocer la falta de su hija es montar en cólera, la deshonra de su hija empaña su propio honor y su confianza se ve traicionada y burlada, destruyéndose la imagen que de ella tenían. Su furia no admite explicaciones ni disculpas y acaban maldiciéndola y desheredándola. Esta actitud responde a la convicción de que si ellos mismos infaman y castigan a la hija deshonrada, cortan el deshonor a su raíz y no se ven contaminados por él. Algunos mueren de pesar o por lo menos dejan esa idea en sus hijos que se consideran culpables de la muerte de sus padres.

Esta conducta imprudente le quita a la muchacha el único apoyo que tiene en el mundo y la condena a perderse.

El carácter testarudo de D. Rufo y su indignación fueron causas de que se publicase un asunto que debiera haber sido sepultado en el secreto mas profundo. La sociedad imprimió en la frente de la víctima el sello de su reprobación. Matilde se vió infarada...

Terrible injusticia, pero que se repite todos los días.

El abandono, la vergüenza y el desprecio son el castigo de las decepciones del candor.

La sociedad, en vez de dar la mano á las inocentes víctimas de la seducción para preservarlas de un porvenir infame, las arroja con vilipendio á los inmundos sitios de que debiera apartarlas. 37)

Más atinada y prudente es la conducta de la madre de Margarita que le ayuda a disimular su falta, pero como expiación le pide que se case con un muchacho que ella misma escoge. 38)

Dona Rufrosina disimula su enojo durante la enfermedad de Pomposa pero después la desprecia y le da malos tratos, y acaba prostituyéndola. 39)

Es curioso notar que ninguno persigue al seductor ni trata de indagar su paradero para obligarlo a casarse con su hija o para desfiarlo pero, como ya lo hemos mencionado, estos seductores atacan a mujeres solas que no tienen medios ni fuerza para lograr reparación del ultraje.

4. El pretendiente.

Ya hemos señalado que la muchacha oculta su secreto a todos excepto al que la pide en matrimonio. La explicación de este hecho reside en la idea de lo que debe ser una esposa en lo que no cabe ni una novia sin virginidad ni una esposa infiel. La muchacha que no ha sabido guardarse para su marido

en cierta forma le ha sido infiel sin conocerlo. Su posición ante él es casi tan grave como la de la mujer adúltera. Necesita obtener su perdón antes de casarse bajo pena de engaño. El novio tiene entonces la posibilidad de conceder magnánimamente su perdón, o rechazar a la mujer deshonrada que no supo conservar su virginidad. De todas maneras, en caso de perdonarla el marido siempre seguirá reprochándole su conducta.

Entre más esperanzas e ilusiones se haga el enamorado, más desesperación mostrará al conocer la impureza de su novia. El hecho de que sea inocente no quita la realidad de que ya no es virgen. Otro la ha poseído y mancillado. No lo puede soportar:

Joaquín salió de la casa loco, como si todas las furias del infierno se hubiesen metido dentro de su corazón.

...Se había figurado a Elena como un ángel de pureza y de candor y esta confesión rompió el prisma de sus ilusiones, desvaneciendo todas sus esperanzas y convirtiendo en horrible realidad todos sus ensueños de ventura.

...En efecto, Elena, después de algún tiempo de casada, yo podía aberracerte; no podemos ser felices, es menester separarnos y vivir muy lejos el uno del otro. 40)

Lo que más nos llama la atención es que al leer la grosera carta con que Arturo significa a Aurora su desprecio, creyéndola deshonrada, la mujer perfecta que es Teresa, siempre bondadosa e indulgente, no se indigna del tono de la carta, sino que se horroriza ante la posibilidad de la deshonra de Aurora...

A un grave dilema moral y psicológico se enfrenta el hombre que conoce la deshonra de su amada. Si no se casa con ella falta de generosidad y demuestra que su amor no era muy grande, por otro no realiza sus esperanzas. Si decide contraer matrimonio puede parecer a los ojos de la sociedad como encubridor del vicio, y si la muchacha es rica, como marido comprado, de todas formas como hombre sin honor. Si realmente la ama y quiere casarse con ella, pero se precia de su honra, se venderá primero lavando así la afrenta y después, y sólo después, se casará.

La indignación del que cree que lo quieren comprar como marido para encubrir una falta, no tiene límites, aunque no faltan hombres que por la belleza de la muchacha y sobre todo por su dinero, acceden a casarse.⁴¹⁾

Si un hombre desdeña las preocupaciones sociales y ofrece su amor y su mano, la muchacha misma se opondrá al casamiento alegando su indignidad y temiendo ser el objeto de reproches futuros.

después de algun tiempo de casados [7.7] y cuando hayan pasado las primeras ilusiones, recordarás mi funesta aventura...No, no tiene remedio, Joaquín; dejemos esta posición ridícula, y busca otra mujer que sea más digna que yo de tu mano.⁴²⁾

Si insiste el novio en casarse, ella se negará otra vez temiendo empañar la bondad y la virtud de su marido, como Amparo,⁴³⁾ lo que obedece más a las exigencias del amor pasión, que del matrimonio feliz como lo veremos en los capítulos dedicados a estos temas.

Para Lizardi lo que importa es la felicidad y la paz dentro del matrimonio y considerã que la falta de virginidad de la novia es un motivo de fracaso de la unión conyugal.

dile que la que llega al tálamo sin su virginidad, ignorándolo el marido, se expone a pasar una vida amarga e infeliz, pues a la menor queja o incomodidad que haya le estregará en la cara su anterior licenciosa conducta, avergonzándola a cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad y mirándola con una indiferencia que en breve llega a ser un aborrecimiento declarado...44)

VII. El adulterio.

En efecto, si la novia no confiesa su falta actúa con falsedad y lo engaña. Este engaño logra tener las mismas consecuencias en el matrimonio que la infidelidad conyugal.

pero cometió la torpeza de ocultar al marido sus antiguos devaneos con Javier.

El don Lorenzo era uno de esos hombres que todo perdonan menos un engaño, con el que no transigen jamás, y más cuando proviene de una persona, en que como Elena, había fundado las últimas ilusiones de su juventud, y las primeras esperanzas razonadas de su edad viril. 45)

Su venganza consiste en desafiar al amante y matarlo a cuchilladas y en torturar moralmente a su esposa hasta que muere. 46)

Para mantener su honor ante la sociedad, el marido aparenta en público una felicidad matrimonial perfecta, pero exige una separación total en su casa, lo mismo hace el marido que esta convencido de que su esposa le es infiel.

Mientras tanto, señora, ya es usted mujer sin marido. Habitará usted en este lado de la casa; yo en el otro. Ante la sociedad, siempre unidos; en nuestro interior, separados para siempre. Hago esto, no por usted que es indigna de toda consideración, si no por mí, por mi honor que no quiero arrojar a los pies de la sociedad. 47)

El hombre que cree que su esposa ha traicionado su fé y ha mancillado su honor y el de su familia no la considera digna de ser madre. Su venganza se fincará en quitarle lo que la mujer tiene de más sagrado, lo que la hace ser respetada y lo que más quiere; sus hijos. Y éste es el castigo más grave para ella.

Si está convencido de la infidelidad de su mujer, no le da derecho ni siquiera a hablar. No tiene oportunidad de explicarse y aunque esté ella segura de su inocencia no encontrará ninguna posibilidad de justificarse a los ojos del marido, ni de apelar a la justicia pues el escándalo que esto causaría empeoraría aún más la situación.

Tendras que ocurrir a la justicia, es decir al escándalo. Vamos, hija mía resignate. 48)

En efecto, no le queda más remedio que resignarse porque es casi imposible perdonar a la mujer infiel pues ha comprometido su honor y si perdona resulta un hombre vil:

Había perdonado a Eulalia; él mismo prevendría las disculpas para el perdón; advertía que fue seducida incautamente; estaba satisfecho de su amor y su arrepentimiento; quisiera estrecharla entre sus brazos; pero su honor ultrajado, su mal correspondido amor con la infidelidad de su esposa se ponían en medio de los brazos y la dicha.

Esta preocupación fundamental de mantener secreto el deshonor, así como el miedo al escándalo debido a la fuerza de la reprobación y al rigor con que se aplican las sanciones de ostracismo social, es la que nos incita a pensar que el estudio de este tipo de problemas en fuentes como las novelas, puede presentar una visión tan apegada a la "realidad" como la que se fundamenta en documentos judiciales. Es más, las consideramos complementarias.

El hecho mismo de acudir a la justicia implica una mentalidad particular y una idea especial del honor, que en cierta forma se aparta de la norma pues expone al conocimiento público acciones que por lo general se prefieren mantener ocultas: es ya un cambio en la naturaleza misma del concepto del honor.

En un estudio de tales fuentes no se debe perder de vista esta premisa.

Por otro lado, se aportaría una óptica distinta sobre la forma de concebir el honor si se mostrara como cambia este concepto al pasarse de la idea del secreto a la de la publicación del deshonor y cuales son los motivos de los que dan este paso.

También sería interesante al relacionar la variación en el tipo y la cantidad de las causas seguidas con la severidad a la benevolencia de la ley en general y de los jueces en particular, así como la aplicación más o menos rigorista de las penas en relación igualmente con el grupo social y el sexo a que pertenecen los demandantes por un lado y los acusados por otro.

Volviendo al tema del adulterio ya hemos visto la necesidad social de la fidelidad de la mujer casada, pero para com-

prender mejor el mecanismo de esta obligación estudiaremos las ideas sobre él, que sistematiza Bizardi (1918-19) y se hallan presentes en el pensamiento general de la época.

El pecado que se comete es el mismo en el hombre y en la mujer. Ante Dios es gravísimo pues falta el sacramento del matrimonio, a la palabra dada y al amor que se deben los esposos en la fidelidad.⁵⁰⁾

Sero el castigo de la mujer debía ser más riguroso, es un hecho; y partiendo de él Bizardi trae su razonamiento, invirtiendo el procedimiento lógico, para concluir que puesto que el castigo resulta peor, la culpa debe ser mayor.

La explicación que da es que el hombre sólo agravia a su mujer, mientras la esposa infiel, no sólo lo agravia, sino que también lo infama y perjudica a los hijos.⁵¹⁾

La responsabilidad de la mujer no se limita a su esposo. Las consecuencias de su conducta reprobable recaen sobre toda la familia, inclusive sobre sus hijos y aún más si trae un hijo adulterino al matrimonio.

¿No conoces que aquel hijo extraño va a quitarles el pan de la boca a los propios del marido? ¿qué será si hereda alguna parte de los hijos? y ¿qué, si hereda casi el todo como puede ser, si hay en la familia algún mayorazgo vinculado? 52)

La sociedad decide que la mujer es más culpable. Las leyes del honor llevan a considerar diferente el crimen según el sexo del pecador. Únicamente las preocupaciones sociales hacen a las mujeres más infames; prueba de ello es que se compadece a la mujer engañada mientras el hombre se ve deshonrado por la falta de su esposa.

...cuando una mujer tiene un marido adúltero, lejos de ser infamada, es compadecida de cuantos la conocen...

No se habla ni se juzga así de un hombre que tiene a su lado una mujer adúltera, aún cuando él ni dé lugar a ello, ni lo sepa. Por lo común, este infeliz vive siempre entre unas ausencias cadásticas, que suelen ser peores si llega a hacerse público el crimen de la infame mujer. 53)

Vemos pues que debido a esto la mujer adúltera se lleva la peor parte y es difícil que sea perdonada:

El adulterio es un crimen horrible y mucho más cometido por parte de la mujer. 54)

En cambio si el marido la engaña la esposa deberá actuar con prudencia, disimular y perdonar al marido procurando conservarlo a su lado o hacerlo volver.

Esta actitud probablemente se deba no sólo a la idea de que el marido únicamente comete una ligera falta que se puede perdonar fácilmente, sino también a la necesidad para la mujer de ser respaldada económica y socialmente por un hombre. Como lo hemos apuntado anteriormente, una mujer sola es presa de los hombres que quieren despojarla de su honor y de sus riquezas. El hombre en cambio no necesita de su esposa en ninguno de los dos aspectos.

En El pecado del siglo se puede observar que precisamente lo que impide al esposo regresar a casa es la falta de prudencia de su mujer. Provocado el escándalo, el único temor que podía tener el marido infiel está consumado, ningún medio lo hará volver. Este es un requisitorio completo en contra de la esposa imprudente.

Si mi mujer, al menos se hubiera reducido a hacer de esta negocio un incidente puramente conyugal, puede ser que el temor a la publicidad, mas que otra razón, me hubiera hecho retroceder o conciliar al menos la paz doméstica; pero mi mujer ha puesto el grito en el cielo, ha alborotado todos los conventos, ha gastado algunas arrobas de cera, ha formado congreso con los criados, ha dado oído a todo el que ha querido darle noticias mías, ha hecho plaza de mi poridad, ha publicado mi debilidad, me deshonra ella misma con el objeto de atraerse la conmiseración y acarrearne el odio de todos, y, cuando las cosas han llegado a este extremo, no puedo ya retroceder. Lo que hubiera temido perder, lo he perdido ya; si he sido mal esposo y mal católico, como dice Fray José, al menos me queda el recurso de ser buen amante. 55)

Esta opinión, emitida por Cuellar en 1870 se refiere a la época colonial, poco antes de la Independencia; si los lineamientos de la conducta de la mujer en lo que refiere a la infidelidad de su esposo son los mismos en la época que estudiamos, parece ser que el autor acentúa el escándalo causado por el marido adúltero por considerar que la sociedad en que vivía su personaje era más severa.

En las novelas referentes al México del siglo XIX, el marido mantiene sus aventuras secretas a los ojos de su mujer para evitarse problemas conyugales pero sólo se cuida que la sociedad no se entere cuando se trata de una relación permanente o más seria con una mujer de su grupo social o que perteneció a él en algún momento. Sin embargo, el escándalo que causaría sería bien pequeño en relación al que pinta Cuellar y nos permite inferir cierta relajación de las costumbres respecto a los valores básicos de la sociedad.

El adulterio puede tener consecuencias contradictorias. La más común es la pérdida del amor en el que se ve engañado. Doña Mariana, la esposa imprudente que acabamos de mencionar, pierde todo afecto a su marido porque precisamente su amor estaba fincado en su virtud y, al verla caer, cae su amor. Es generalmente lo que sucede a los hombres que consideran a la mujer como pura y fundan el matrimonio sobre la pureza de su amor.

La belleza del amor conyugal se ve turbada aunque la esposa no conozca la culpa de su marido y la unión espiritual ya no se realiza.

Entretanto, como el sol cuando se envuelve en nubes, se oscurecía cada momento más y más la indulgencia de aquellas almas. 56)

Este caso se refiere al amor puro y casto que anhelan los que conciben al amor como amor pasión. 57)

Una consecuencia inesperada es que el adulterio del marido haga nacer el amor de su esposa que a través de los celos,

al verse abandonada y al ver perdido un bien que despreciaba, se da cuenta de su valor.

Más curioso todavía en esta sociedad es que la infidelidad de la esposa traiga como consecuencia el enamoramiento del marido. Es lo que sucede en la obra de Tovar, La hora de Dios. (1865). El marido que es realmente infiel y que sospecha injustamente de su esposa, compara el amor que le da su amante y el que podría haberle dado su esposa si se amaran. Acaba enamorándose de ella a su pesar pues considera imposible volver a ella debido a su honor ultrajado. Ella, inocente, ve a su esposo escapársele y también, en el sufrimiento, descubre un nuevo amor. Este proceso es el que típicamente se da en el amor pasión, pero aquí nos limitaremos a ver las consecuencias del adulterio. Cuando el marido se ve convencido de la falsedad de su acusación contra su mujer, él perdona magnánimamente un pecado que nunca se cometió y su propio adulterio no se menciona para nada.

No encontramos en las novelas que hemos estudiado a ninguna mujer adúltera excepto en el caso de la novela de Frías y Soto, cuyo caso después trataremos.

Nuestro estudio del adulterio de la mujer se basa en las ideas morales didácticamente expresadas por Lizardi sobre el tema de una obra de teatro ajena, pues no se atreve a describir uno, o a mostrar claramente su existencia en la sociedad.

Nos fundamentamos igualmente para conocer el mecanismo de las reacciones del marido y sus consecuencias en la descripción de Tovar en que el marido cree injusta la de ella.

infidelidad de su esposa que es totalmente inocente.

En los dos casos la descripción del adulterio lleva una intención claramente moralizadora así como también en la obra de Frías y Soto en que la mujer adúltera y su hijo, fruto del pecado, mueren.

Es interesante observar que el matrimonio pone una barrera infranqueable entre la mujer y sus antiguos amantes y se traza un círculo de respeto alrededor de la mujer casada a pesar de su mayor libertad en sus relaciones con los demás hombres. Quizá precisamente por ello se le concede esa relativa independencia.

Por otro lado, ya hemos indicado que los seductores de esa época se muestran demasiado pusilánimes para atreverse a ofender a un hombre que los podría pedir cuentas y sólo Don Francisco se osa enamorar casadas, dedicándose los demás a seducir muchachas sin apoyo masculino. Asimismo parece jugar mucho el atractivo de poseer a una muchacha por primera vez, lo que no sucede con las casadas.

Si el hombre que seduce a una mujer casada sabe a ciencia cierta que está agravando al marido y lo teme, también para la mujer infiel es bien claro su pecado. El miedo a la reacción de su esposo, la necesidad absoluta de permanecer unidos en el matrimonio ocultando el deshonor a los ojos de la sociedad quizá la hagan reflexionar más que a la soltera que se entrega, pues ésta siempre piensa que se casará con su amante, y no traiciona a otro hombre en el presente, aunque en cierta forma defrauda a su futuro marido.

Es igualmente menos probable, debido al miedo que inspiran los maridos y las reacciones drásticas que suelen tomar para vengar su honor, que el amante de una casada se vanaglorie en público de su conquista.

La necesidad, por las leyes del honor, de mantener secreta la infidelidad de la esposa, y la posibilidad de hacerlo indefinidamente pueden haberla ocultado de tal forma que no se perciba exteriormente. La marquesa Calderón, observadora externa, insiste en la suma discreción que se guarda sobre estos temas y deduce de ello que se tardará mucho tiempo para conocer el estado real de la moralidad del país.⁵⁸⁾

Esta negación a tocar el tema ¿podría deberse a la falta de interés del tema para los novelistas? No parece que sea ésta la causa porque el de la seducción de las solteras constituye una vena explotada por todos los autores, excepto Castillo, que en cambio toca el del adulterio del hombre.

Quizá efectivamente se diera el caso del adulterio de las mujeres menos frecuentemente que el de la seducción de las solteras y por eso no se tratara en las novelas, pero igualmente puede obedecer a otros motivos.

Nuestra hipótesis es que la seducción de las solteras ofrece solamente el ejemplo de un pecado individual cuyas consecuencias recaen únicamente en los interesados. El deshonor que causa la infidelidad de la esposa mancha al marido poniéndolo en ridículo y lastimando su sentimiento de superioridad. Destruye las bases sobre las cuales se asientan la familia y la sociedad entera supeditadas a la superioridad del hombre sobre la mujer. Se constituye en tema peligroso y subversivo del orden que garantiza la supervivencia misma de esa sociedad.

y el dominio de los varones. Si añadimos a ésto que todos los autores son del sexo masculino, aunque las mujeres están condicionadas a tal grado que deben pensar igual que los hombres, veremos que no sacan provecho de él más que tratándolo de un punto de vista moralizador y no descriptivo.

Jamás olvides la comedia, si Dios te destinare para casada ni pienses que este pasaje se queda en una ficción del poeta, ni que es el único en su especie: muchos han acaecido y acaecen. Todos los días por el estilo. Si fuera lícito exponer sobre el teatro las debilidades de muchas casadas infieles a sus maridos, la vil correspondencia de sus seductores, la agitación de sus espíritus, el detrimento de su honor y los amargos días que tienen que sufrir con sus esposos, aun cuando éstos han tenido la generosidad de perdonarlas, se verían las escenas más tristes y funestas." (58)

VIII. La "impura cortesana"

En general, los hombres infieles son las víctimas de mujeres sensuales y perversas, que agudizando su amor sensual, los atraen con su fascinación.

Tenemos muchos ejemplos de estas "impuras cortesanas" que a una belleza angelical unen un alma de demonio. La pasión material con que deslumbran a los hombres es generalmente fingida como la de Regina en Gil Gómez⁵⁹⁾ (1859) y de Teresa en El pecado del siglo (1870)⁶⁰⁾ pero puede ser real como la de la amante de Manuel en Hermanas de los Angeles⁶¹⁾

(1854) o como la de Herlinda en La hora de Dios (1865).⁶²⁾ He aquí la descripción de este tipo de pasiones.

¡Era ese amor violento, impetuoso, que quiere avasallar al propio tiempo el alma y el cuerpo; que no se contenta con miradas y luz, sino que anhela caricias, besos, placeres; amor, que si llega a caso á formarse idea de la fusión de las almas, no cree pueda efectuarse de otra manera que en un embriagador abrazo!.. 63)

Sin embargo, la mayoría de las veces busca la dominación total del hombre.

Quiero que el hombre que me ame se inmole a mi voluntad, olvide su personalidad por la mía, todos sus afectos por el mío. 64)

La postura y la ropa de estas mujeres muestran lo que realmente son y algunas poses relajadas en lo físico son sinónimos de relajación moral.

... Herlinda estaba muellemente tendida en mi sofá. 65)

Estaba Filomena recostada con indolencia en un sillón. 66)

Es curioso observar que los felinos se vuelven símbolos del salvajismo de la pasión material. El hombre se vuelve un "leopardo herido" y ella tiene una "cabeza de leona".

Gerardo y el ciego comprenden lo impuro de su pasión adúltera, así como Fernando la maldad de su infidelidad a su novia y rompen con las mujeres que los han atraído.

Y conoció que lo que lo condujo a los pies de Herlinda no fué mas que la funesta fascinación que lleva á la ardilla á la boca de la boa; comprendió que una pasión así no puede ser dura; y tuvo que confesarse que detrás de ella está el hastío, y con el hastío el disgusto, el cansancio de la vida. 67)

Recordamos que en esta metáfora la ardilla es el hombre y la boa la mujer...

Todas quieren utilizar al hombre que atraen como instrumento de su deseo o de designios malévolos. Se oponen al ideal de la sociedad al querer dominar al hombre y al concebir al placer como meta de la vida. Ya hemos recalcado que la mujer es inferior y debe mantenerse en su lugar y que, por otro lado, la procreación constituye la justificación de la vida sexual, siendo el placer reprobado por la rigidez moral, y más todavía en las mujeres.

Este tipo de mujer por su libertad y su riqueza se diferencian de las muchachas que caen en la prostitución. Al no depender de nadie pueden hacer lo que les venga en gana.

No así las que han sido entregadas a un hombre por la miseria o la codicia de sus madres. Dependen totalmente del que las sedujo y de su propia belleza. Cuando ésta se acaba no tienen más remedio que bajar en la escala del vicio. Su pobreza y la reprobación moral que pesa sobre ellas no les permite apartarse de esa vía.

Sin embargo, encontramos la regeneración por el amor de una mujer que ha sabido conservar un buen corazón y que éste

rfa ser pura para agradar al que ama. Celestina, en El Fistol (1844-46), llega a casarse con Jonesito después de haberle contado su vida y logra ser admitida en sociedad donde, cambiando de traje y de modales, se hace apreciar aunque nadie deja de recordar su pasado. En efecto, si la regeneración moral es posible, la vuelta a la sociedad y a la buena reputación es imposible a menos de esconder su pasado.

IX. Vulcano o la culpa de la mujer.

Para terminar este capítulo, analizaremos la corta novela de Frías y Soto, Vulcano (1861), pues en pocas páginas condensa la visión de la época sobre la seducción y la infidelidad conyugal, mostrando la perversidad y el deshonor de una mujer que llega hasta el adulterio.

Es la historia de una preciosa pordiosera que se ve seducida por un joven de la buena sociedad. De su ignorancia y candidez unidas a un deseo de vivir en el lujo que entrevé cuando pide limosna pasa rápidamente a ser "una refinada cortesana". Se separa de su amante que no puede ya darle el lujo que necesita.

Desaparece para volver más tarde con otro nombre y con una reputación intachable en la sociedad. Decide casarse con un viejo rico y volver con su antiguo amante para concebir un hijo que la hiciera heredera del caudal. Al ser madre se regenera y muere en el parto reconciliándose con Dios.

La apreciación moral de los hechos de la novela por el autor es la muestra mas patente de la culpabilidad perenne

de la mujer en asuntos relativos a la vida sexual y la falta de reprobación de que benefician los de los hombres.

Después de haber seducido a la muchacha le reprocha su ingratitud con la vieja con quien vivía:

Es que la ambición, el amor, el deseo de placer ocupaban su espíritu entero: no tenía corazón y comenzaba su carrera en la vida civilizada co metiendo una infamia: era ingrata. 68)

Pero él fue el que la sedujo y la apartó de su lado.. Cuando le propone ser su amante a pesar de su matrimonio:

"Si acaso crees que valen algo mis caricias por partida doble, y que la duplicidad de mi amor tenga aun el placer suficiente para anegar en goces al preferido del corazón.

La propuesta era tan cínica como tan clara: nada respondí aterrado al ver hasta donde llegaban la corrupción de aquella alma.

Algunos minutos después sali, ofreciéndola volver.69)

Está aterrado pero vuelve. Ella es una cínica pero él acepta.

Puede perderla revelando su pasado, pero él, que lo compartió, vive en la más perfecta tranquilidad. No se atreve a revelar al futuro marido la infamia de su novia, pero no acepta que ella pase su noche de bodas con su esposo y, en fin, cuando ella logra deshacerse de su esposo y pasar esa noche con su amante, o sea él mismo, la considera como una mujer indigna y adúltera:

" Y risueña y tranquila se sentó a mi lado a derrazar en torno mio el entusiasta fuego de la orgía, sin pensar siquiera

que profanaba la santa noche de bodas con el más infame de los adulterios.*70)

El no profana nada.

Y en fin de cuentas toda su actitud se resume cuando dice:

pero yo que soy tan solo tu juguete y que me he dejado arrebatar por tu satánica influencia!...71)

De repente ella cambia y la razón de ello es que la maternidad viene a volverla a la feminidad y a la virtud:

Pero esta vez no era la impura cortesana que brillaba en su excitante belleza, era una joven tímida y dulce que sólo inspiraba un purísimo afecto: la contemplaba admirado y sin comprenderla.

... sabe que soy madre. 72)

El ser madre es un estado tan puro y virtuoso en sí que hace partícipe de esta virtud aún a las mujeres más perversas. Al haber enderezado el fin de su vida sexual, abandonando el placer y dirigiéndose hacia la maternidad, se regenera.

Había planeado tener un hijo para heredar de su viejo marido, pero se arrepiente. Sin embargo, se preocupa por su reputación y suplica a su amante no la delate.

Las ideas del amante sobre su hijo son las que apuntamos anteriormente. No soporta la idea de que lleve el nombre de otro hombre y que adúltere una raza, despojando a unos herederos legítimos. Sin embargo, no se atreve a revelárselo todo al marido.

¿A donde está, quien es, pues, el amante que ha tenido la virilidad suficiente para lanzar al rostro del marido la confesión de que se le ha deshonrado? 73)

Sin embargo, se repara el crimen a través del arrepentimiento y de la muerte de la pecadora y del hijo del adulterio. Este no le causó venganza del marido:

estas tragedias no son de nuestro siglo. 74)

Julia, según supe después, antes de morir quiso reconciliarse con su Dios, que había olvidado durante tantos años... 75)

En conclusión, ella es la que olvidó a Dios, y ella es la culpable que necesita perdón.

La novela de Frías y Soto exagera casi hasta la caricatura la culpabilidad y la perversidad de la mujer que se aparta de las virtudes profesadas por la sociedad tratándose de las mujeres. Sin embargo, la forma extrema en que expresa sus ideas, nos permite percibir con suma claridad tanto los conceptos mismos referentes a las mujeres, como la actitud mental con que se aceptaba la conducta masculina o femenina en la sociedad a que pertenece.

Como lo podemos apreciar, Frías y Soto aplica en una novela escrita en 1861, describiendo a una mujer adúltera, todas las ideas expresadas en forma teórica y didáctica por Lizardi en 1818-19.

Frías y Soto, alias Jafir en varias partes de la obra

muestra que no cree en Dios y expresa con cinismo su opinión de la sociedad que él considera prostituida. Se siente un escritor realista y parece importarle poco hablar de un tema vedado; es más, lo hace como un desafío. Sin embargo, le parece necesario que las mujeres crean en Dios; la forma del propio relato en que expresa claramente su reprobación moral y la de la sociedad sobre la mujer que no sigue sus reglas, y la pena de muerte que le aplica a la adúltera que muere en el parto con el hijo del pecado, muestran que, a su pesar, tiene que disculparse de tratar un tema tan delicado, llevándolo hasta unas consecuencias extremas y moralizadoras. La muerte actúa como catarsis, y purifica la novela y a los que la leen. En fin de cuenta, lanzada como un especie de reto a la sociedad, Vulcano acaba ratificando sus valores y la mentalidad imperante:

En la teoría una misma ley y un mismo pecado, en la práctica un distinto juicio y un castigo cuyo peso recae totalmente en la mujer.

NOTAS

- (1) Payno pide la posibilidad del matrimonio para los sacerdotes.
 "Pero mientras no venga un concilio bastante sensato para conocer que los hombres no podemos vivir sin las mujeres, y permita el matrimonio de los eclesiásticos, lo cual evitaría multitud de escándalos y de crímenes, es menester que un hombre de educación y de juicio se abstenga de cometer faltas que pesarían eternamente sobre su consciencia.." Payno, El fistol... II, IX, p. 313.
- (2) "... me retiraba a mi cuarto a rezar y a implorar el auxilio de Dios, para que arrancase de mi alma esta loca e insensata pasión, e hiciese triunfar, contra los incentivos del mundo, los deberes religiosos que por mis juramentos tenía que llenar.
 Mis días han sido melancólicos y lúgubres, mis noches de martirio y de tormento... y siempre, siempre, a todas horas, he tenido arraigado en mi corazón un sentimiento, santo y legítimo en otros, criminal y reprobado en mi situación..."
 Payno, K. El fistol... I, X, p. 313.
 También corona de azucenas, de Florencio del Castillo.
- (3) "¿El Padre Martín? ...no creía que ninguna mujer pudiese salvarse sino en el claustro, ni siquiera imaginó inclinarla a la vida matrimonial."
 Payno. El fistol. III, XI, p. 512.
- (4) "Así como las niñas doncellas honradas tratan de conservar su virginidad, así las jóvenes casadas deben conservar a toda costa la fidelidad conyugal, si piensan con honor."
 Nizardi. La guillotina... XVII, p. 189.

El hombre cuya esposa es infiel o cuya hija es seducida, pierde su honor porque no pudo cuidar a sus mujeres: no fue digno de que se les encomendaran y no cumplió su misión de padre y padre. Su vigilancia no fue eficiente y segura. Ha sido burlado y él uno se burla de él, los demás lo harán también. La palabra toma el sentido tanto de engaño como de mofa. Recordemos que a Don Juan se le llama seducor pero también burlador.

- (5) En el testamento del marido de la "moreliana" madre de "Relumbrión" en Los Bandidos de Río Frío viene la siguiente cláusula:
 "si una vez se casare, no importa el marido que ca-
 coja...o si tuviese sin casarse un hijo, o hiciere
 mala vida en el rancho o en otra parte cualquiera,
perderá el derecho a todos mis bienes..."
 Payno. Los bandidos... II, XXVI, p. 496.
- (6) "Hay una cosa evidente, y es que toda mujer hermosa
 tiene por enemigos a todos los pretendientes a quienes
 no corresponde"
 Payno. El pistol... II, XVIII p. 385.
- (7) Lizardi, La quijetita..., XXXIX p. 292.
- (8) "Bien que aquellos que no son llamados para el celi-
 bato y cuya continencia corra peligro en tal estado
 deben casarse muy jóvenes, conforme el consejo del
 Apóstol."
 Lizardi. La quijetita... XIII, p. 111.
- (9) Gacs, José. Historia de nuestra idea del mundo.
- (10) Frías y Soto, Hilarión, "Safir". Vulcano. V, p. 29
- (11) Palomo, Francisco de P. Luisa o San Luis Potosí de
 1858 a 1860. p. 249-250.
- (11^a) Lizardi, La quijetita. XXIII, p. 181.
- (11^b) Ibid.
- (11^c) Verena Martínez Alier, en su artículo "Elopement and
 seduction in Nineteenth Century Cuba", y que tuvo la
 gentileza de señalarme la Brita. Arrom, menciona que po-

- (12) Elizaga, Lorenzo. Mauricio el ajusticiado o una persecución masónica. XL, p. 225-226.
- (13) Lizardi. La quijotita... XVI, p. 131.
- (14) Ríos, Juan Pablo de los. El oficial mayor. p. 319.
- (15) "...la multitud de adoradores que la cercaban en la iglesia, en el paseo, en el teatro, en su casa misma, la habían hecho concebir una alta idea de su poder, como mujer hermosa; y en efecto no carecía de razón." Payno. El pistol... II, XVIII, p. 383.
 "Esta palidez que tan bien me sienta, esta apacibilidad de mi mirada, esta triste sonrisa y esta actitud son mis mejores armas. Yo he experimentado su poder. ...tendré influencia con los principales personajes, con mi talento é instrucción quien sabe hasta donde iremos a parar, ...mi cabeza se abrasa!..."
 Ríos. Op.cit. p. 47.
 La reprobación moral de las mujeres demasiado interesadas en sí mismas se puede observar en las escenas en que la coqueta utiliza su espejo para confirmarse su superioridad en belleza y como consultor en el arte de seducir.
- (16) "Don Gustavo fue una verdadera trompeta, que a todas horas y en todas partes hablaba mal de Aurora, diciendo a voz en cuello que era una coqueta presumida, gataadora de dinero, frívola, falsa, sin corazón e hipócrita y enredadora." Payno. El pistol... II, XVIII, p. 384.
- (17) "La carita hermosa es el imán de infinitos seductores, éstos cercan al dueño y tratan de poner todos los medios para rendir su honestidad y su recato. Si entre estos medios se cuentan las dádivas y las promesas de parte de los hombres y la necesidad de parte de las mujeres, será casi un milagro hallar, entre mil de éstas, una siquiera que tenga la firmeza necesaria para resistir tan poderosa tentación." Lizardi. La quijotita... XVI p. 169.

- (18) "Por regla general, nos atrevemos á asentar que el corazón humano es un volcan en que la lava terrible de las pasiones agita y conmueve al cerebro con las imágenes vivísimas del deleite.

Para apaciguar este incendio solo hay un medio, la moral. Para prevenirlo solo hay un recurso, una educación moderadora de nuestros instintos".

Rfos. Op.cit., p. 172.

- (19) "Lo más gracioso es que muchas madres de éstas, después que ellas mismas permiten a sus hijas cuanto libertad apetecen, se asustan y se escandalizan así que las muchachas traen a sus casas el fruto del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes; golpes que más bien los merecen ellas que sus hijas, porque son la causa original de su ruina. Ello es cierto que si no hubiera tantas madres descuidadas, no hubiera tantas hijas prostituidas."

Lizardi, La quijotita... XIX, p. 162.

"Su padre, ya lo hemos dicho, solo había cuidado de formar un corazón aparentemente bueno, cuya sensibilidad extraviada aplicaba á objetos indebidos."

Rfos. Op.cit. p. 172.

- (20) Payno. El pistol.. p. 399.

- (21) Díaz Covarrubias, Juan. Impresiones y sentimientos. p. 78-115.

- (22) "¡Pobre muchacha! Ella va a prostituirse al lado de su madre, y a vivir como una mercenaria de su cuerpo. ¡ Cuántas fueran menos infelices si no tuvieran semejantes madres!".

Lizardi. La quijotita... XXXIV, p. 265.

"- Yo soy pobre y sin educación --dijo Celestina-- mi madre me entregó a un viejo que me solicitaba. Era yo niña inocente, ahora soy mujer."

Payno. El pistol... II, XIV p. 329.

- (23) "Por lo regular estas bonitas se rinden muy fácilmente, y rendidas a uno, después son el estropajo de todos"

Lizardi. La quijetita... XXI, p. 159.

- (24) "Ygl que arrebatara el honor de una mujer, al que mata la virtud de un corazón, se le perdona fácilmente. El que arrebatara la quietud de una familia, poniendo acechanzas á la inocente y débil mujer, cuyo único patrimonio es el honor; el que mata la dignidad, la delicadeza y la fuerza goza impunemente con sus crímenes y tiene el derecho de enumerarlos como otras tantas hazañas."

Ríos, Juan Pablo. El oficial mayor n. 260-261.

- (25) Marañón, Gregorio. Don Juan. p. 80

- (26) "El cuarto del petimetre presentaba un aspecto muy singular: casacas, levitas, pantalones, chalecos, botas, todos los atavíos con que día por día se engalanaba como un cómico, estaban esparcidos sobre las sillas colocadas en desorden en medio de la pieza. En el tocador había multitud de frasquitos de pomadas y aceites olorosos, cepillos chicos y grandes, cosméticos para teñir el bigote, colorete para la cara, fierros para rizar el cabello; y un observador curioso habría descubierto dos corsés, y algunos pechos postizos."

Payno. El pistol... II, XX p. 405.

"Siempre acicalado con el esmero de una dama, se hacía notar entre sus compañeros que le habían dado el sobrenombre de la doncella."

Ríos. Op.cit. p. 138.

- (27) "...para mí, solo un espejismo literario autoriza a considerar a Don Juan como ejemplar arquetipo de la virilidad..."
 Barañon, Op.cit. p. 70
- (28) Cf. Lizardi. En La quijotita... (1818-1819):
 Don Tiriacó X. p. 81-85.
 Payno en El fistol... (1844-46): Don Pedro.
 Ríos en El oficial mayor... (1864) Don José.
- (29) "Aurora, como si fuera presa de un extraño sueño, o estuviera magnetizada..."
 Payno. El fistol... p. 395.
- "Esta, como el inocente pajarillo, había comenzado á sentir la maléfica atracción de aquella serpiente, y quién sabe si con el tiempo habría corrido voluntariamente á entregarse en los brazos del caduco enamorado".
 Ríos. Op.cit., p. 179.
- (30) Ortega y Gasset José. Estudios sobre el amor.
- (31) "--No, no; aunque me veas llorar, Teodora, no creas que lo amaba. La cólera me hace derramar lágrimas porque al fin las mujeres tenemos amor propio, y ... pero lo aborrezco, lo odio de muerte... jamás, jamás me volveré a acordar de él, ni a pensar en ningún hombre..." Payno. El fistol... III IX p. 492.
- (32) "Luego hablaba de su hijo, pedía un nombre para él, y acababa por dar gritos desgarradores..."
 Elizaga. Op.cit. p. 58.
- (33) Payno. El fistol... I, XXV, p. 171.

- (34) Lizardi. La quijotita... XXXIV, p. 263
- (35) Matilde en Ríos. Op.cit.
Amparo en, Díaz Covarrubias. La clase media.
Marietta en Elizaga. Op.cit.
- (36) Elizaga. Op.cit. p. 61
- (37) Ríos. Op.cit. p. 142.
- (38) "...doña Beatriz exigió de ella este sacrificio, como una expiación y como condición precisa para darle a la hora de su muerte la bendición y su herencia materna."
Payno. El fistol...I, XXVI, p. 173.
- (39) "En aquél instante disimuló; pero apenas se alivió Pomposa, cuando se lo dijo y la comenzó a tratar con la mayor dureza, negándole su mesa, su conversación y añadiendo a este trato los mayores denuestos e improperios. De tal y cual no le bajaba un punto; y no satisfecha con aspereza semejante, dio en ponerle las manos con frecuencia."
Lizardi. La quijotita... XXXIV, p. 264.
- (40) Payno. El fistol... I, XXVI p. 171.
- (41) "Es probable --prosiguió Rugiero-- que al le pareciese bien el bigotillo sentador de Margarita, pero todavía le pareció mejor la suma redonda de sesenta mil pesos. Cerró los ojos, pasó por todo y se casó ante lo que ustedes llaman nuestra madre la Santa Iglesia, a la cual no me es dado pertenecer."
Payno. El fistol... I, XXVI, p. 173.
- (42) Id. p. 171.

- (43) En la novela de Díaz Covarrubias, La clase media escrita en 1859, Román es el más generoso de todos. (Ver capítulo sobre las modalidades del amor pasión)
- (44) Lizardi. La quijotita... XIX, p. 160-161.
- (45) Díaz Covarrubias. "Celosa Venganza." Impresiones y Sentimientos. p. 127.
- (46) "Y desde ese día, don Lorenzo habló a su esposa con una amabilidad sin ejemplo, rodeándola de todas las atenciones, llevándola a todos los paseos y fiestas... aunque todos los días a la hora de la comida ponía sobre la mesa un peso de plata..." Id. p. 130
- (47) Tovar, Pantaleón. La hora de Dios. p. 186. y "Delante de la sociedad apareceremos como el matrimonio más feliz; en la casa, tú en tu recámara, yo en la mía, como si jamás nos hubiéramos conocido." Payno. El pistol p. 160-161.
- (48) Tovar. La hora de Dios. p. 207.
- (49) Lizardi. La quijotita... XXIV p. 188
- (50) "Al contraer el santo sacramento del matrimonio se prometen el hombre y la mujer una fidelidad mutua y eterna mientras viva, y esta obligación a que los dos recíprocamente se sujetan es tan estrecha, que siempre que uno y otro faltan a ella cometen un gravísimo pecado."
Lizardi. La quijotita... p. 189-190.
- (51) "-- ¿y en que está esa mayor criminalidad?
-- En que el hombre sólo agravia a la mujer, pero ésta, no sólo lo agravia, sino que infama al marido y perjudica la prole."
Ibid. p. 189.

- (52) Ibid. p. 190
- (53) Ibid. p. 190
- (54) Ibid. p. 189
- (55) Cuellar, José T. de. El pecado del siglo. I, VI, p. 221-222.
- (56) Castillo, Florencio del. Hermana de los Angeles. IV. p. 267
- (57) Cf. capítulo sobre el amor-pasión
- (58) Y sin embargo queda escandalizada al conocer a una Condesa (joven, bonita y de origen muy humilde) que habla con toda naturalidad de sus hijos concebidos antes de su matrimonio y que es aceptada por las mujeres de más estricta moral de México. Pero la Marquesa misma la considera como un caso de excepción y hace notar que pertenece a un "clan" donde "rara vez se permiten habladurías ante los extraños acerca de las debilidades de su clase; por el contrario, si se hace alusión a ellas afirman ignorarlas del todo" (Ibid, p. 169-170)
- Esta excepción no invalida la regla general totalmente pues el pertenecer a la aristocracia de título y dinero parece ser que borraba muchas faltas. Por otro lado los escritores mexicanos no pueden prescindir de los valores aceptados y no dejar describir el estro-cismo social como una contención de la conducta dentro de los límites deseables.
- (59) Díaz Covarrubias. Gil Gómez el insurgente o la hija del médico.
- (60) Cuellar. El pecado del siglo. Op.cit.
- (61) Castillo P. Hermana de los Angeles.
- (62) Tovar. Op.cit.
- (63) Castillo P. Hermana de los Angeles. VI, p. 288.
- (64) Tovar. La hora de Dios. p. 145.

- (65) Id. p. 90
- (66) Frías y Soto. Vulcano IV, p. 23.
- (67) Tovar. La hora de Dios. p. 190
- (68) Frías y Soto, Op.cit. IV. p. 22
- (69) Id. VI. p. 39-40
- (70) Id. VII, pp. 42-43.
- (71) Id. VIII. p. 47
- (72) Id. VIII. p. 45
- (73) Id. VIII, p. 48
- (74) Id. IV. p. 53
- (75) Ibid.

TOMO II

EL MATRIMONIO

Como el tema de la educación de las mujeres, el que se refiere al matrimonio no presenta mucho atractivo para la novela excepto en el nivel de la descripción de las costumbres y la presentación de los motivos que conducen a hombres y mujeres a contraerlo. Este desinterés se ve ligado a la esencia misma de la novela que se concibe básicamente como el lugar donde "vive" el amor pasión, siendo la pintura de la vida feliz que supone el matrimonio ajena a sus metas fundamentales.

Sin embargo, constituyendo el matrimonio la única posibilidad lícita de relaciones entre un hombre y una mujer y refiriéndose a él, directa o indirectamente, los conceptos de virtud, honor y reputación, es evidente que todos los autores lo mencionaran reflejando en sus comentarios y en su visión de él tanto la opinión generalizada en su época, como sus ideas particulares sobre el asunto. En este caso como en todos en lo que se refiere a la descripción de las costumbres de su época, Payno ofrece un material abundante y variado. En estos dos niveles existen tres formas básicas de acercarse al tema del matrimonio en los autores que estudiamos. La primera, que encontramos en todas las novelas, especialmente en las de Lizardi y en las de Payno, es la descripción de las costumbres y la expresión de las ideas y valores que él observa en la sociedad mexicana del siglo XIX. La segunda se refiere a la exposición de ideas tendientes a la reforma, en general esporádicamente expresadas, excepto en el caso de Lizardi, en

que se hace sistemática esta finalidad, y en tercer lugar la que lo relaciona con el amor pasión, tema que trataremos en el capítulo correspondiente a las modalidades del amor pasión.

I EL MATRIMONIO EN LA SOCIEDAD MEXICANA DEL SIGLO XIX

El matrimonio, según las enseñanzas del cristianismo, de San Pablo en particular, se concibe como la unión de almas y cuerpos de los esposos, por toda la vida hasta que la muerte los separe. En él se santifican los sentidos implicando el pecado de toda vida sexual que se lleve antes o fuera de él y plasmándose en la exigencia moral y religiosa, así como social de la virginidad de las novias y de la fidelidad de las esposas.

El matrimonio es un estado santo

...la bendición nupcial; poética y santa ceremonia que purifica y santifica las caricias ... (1)

No sólo se realiza el amor conyugal en la unión espiritual sino también en la de los cuerpos. La plenitud se consigue en dos niveles, la unión de las almas embellece la de los cuerpos y ésta, santificada por el amor divino a través del sacramento del matrimonio, solamente se puede expresar en él

...porque rara vez se realiza esa fusión de dos almas en una, porque no es frecuente que se cumpla esta santa idea de unir con el matrimonio al hombre y a la mujer (2)

Y he aquí cuales son las metas principales

...El matrimonio, considerado como sacramento de la ley nueva, tiene tres fines que son: Propagar la naturaleza, aplacar la concupiscencia y causar la gracia unitiva. Del logro de estos fines resultan en el matrimonio tres

bienes: El de la prole, el de la Fe y el del Sacramento. El primero consiste en tener sucesión; el segundo en la fidelidad y amor que deben tener las consortes, y el tercero en que esta unión en paz y en amor sea hasta la muerte. (3)

Es pues la unión de dos personas en su totalidad humana, para esta vida y en este mundo.

Sin embargo, importantes contradicciones se descubren en las ideas mismas y vienen a socavar las bases de la unión matrimonial.

Lo más grave se plantea cuando, al considerarse el cuerpo como impregnado por la maldad del mundo material, se pretende dominarlo y mortificarlo.

La perfección se encuentra en la virginidad y en la continencia dedicadas a Dios en la vida religiosa y, por la sola existencia de este concepto, el matrimonio se resiente de un cierto desprecio con que se mira la obra del mal.

El matrimonio es una cruz, y así lo tiene, según dicen, declarado la Iglesia. (4)

El estado conyugal se juzga indispensable a la conservación de la especie y en ella se justifica. La procreación se convierte en el elemento que permite la vida sexual y a veces la tolera simplemente como un mal necesario. Ya no es pues el sacramento en sí que santifica los sentidos, sino su finalidad.

Esta tradición del desprecio de la carne y del mundo se ha dado en toda la cristiandad y en lo que se refiere a la vida sexual se puede apreciar en textos como los de Santo Tomás de Aquino, pero parece haberse desarrollado con una fuerza particular en el mundo hispánico, debido a factores que no nos toca ahora

examinar, y arraiga en un país como México sobre una cultura indígena que reconocía como valores superiores la virginidad y la continencia. Sin embargo, esta tendencia a olvidar o a querer suprimir el cuerpo en cuanto tal, desnaturaliza el equilibrio que el matrimonio deseara lograr.

Las relaciones sexuales se sienten como un deber conyugal sobre todo por parte de las mujeres. Ya hemos visto el menosprecio que se abate sobre la mujer que busca el placer, aún si éste se da en el matrimonio. Su obligación en este aspecto consiste en procurar la maternidad que la dignifica y exalta su condición de mujer. Parece ser que al marido se le concede el derecho al placer que está por naturaleza incluido en el acto procreador y, podemos observar en El fistol, la envidia que suscita el recién casado con una bella mujer. (5)

No podemos sacar como conclusión de esto que a las mujeres les estuviera negado el gozar de la vida sexual; lo que nos parece es que de una esposa se esperan el pudor y el recato, pues así es como se hará respetable a los ojos de su esposo. Dada la reprobación a la que se enfrentaba la muchacha que declaraba su amor por parte del mismo a quién se dirigía, se puede pensar que una actitud recatada similar a la que se exigía del punto de vista sentimental, fuera la que se esperara del punto de vista sexual y se reflejara en el comportamiento externo:

La mujer casada guarde tal moderación y compostura, que sólo en su cintura se conozca que ya no es virgen. (6)

Para las mujeres la revelación del placer se nos present

pecaminosa y puede destruir la virtud de la mujer casada que descubre los impulsos y deseos impuros de su cuerpo:

Dolores admitió el matrimonio con el más puro candor pero de improviso miró rasgarse el velo de su inocencia. Antonio, arrobado por su amor, arrastrado por sus vehementes pasiones, y gastado por el libertinaje, no supo apreciar, ni sospechó siquiera, las ideas que formaban, por decirlo así, la existencia ficticia de su esposa, y holló materialmente su virtud. (7)

Parece prevalecer la idea de que la esposa legítima es la mujer que uno escoge para ser madre de sus hijos, para respetarla, y cuya pureza conyugal no se quiere herir con el anhelo de placer pues sería como confundirla, en cierta forma profanarla: la maternidad es la que la redime de haber perdido su virginidad.

La virtud de la castidad se considera altamente recomendable y podría considerarse como factor dentro de la extensión de la familia. En efecto, en las novelas nos encontramos con numerosas familias de un solo hijo y, aunque no los hemos estudiado, podría ser un indicio. Es evidente que estos casos podrían atribuirse a factores puramente literarios y ligados con el interés de la novela, evitando que los hermanos del héroe sean un estorbo. También sería posible achacárselo a la mortalidad infantil, cuyos estragos recalca Lizardi al insistir en los cuidados que se les deben dar a los niños, o a las técnicas médicas inadecuadas en la atención de los partos. Finalmente, la castidad podría considerarse como un elemento de reducción de los nacimientos. Es de notarse que un estudio de esta naturaleza no se puede realizar a través de las novelas, pero que ellas pueden ofrecer la

para emprenderlo y hacer vislumbrar los posibles motivos de lo que se descubra.

La fidelidad conyugal es un concepto que hemos ya tratado en el contexto general de los valores de la sociedad y en el tema específico del adulterio del hombre y de la mujer. Ahora acabaremos de expresar su significado en el marco del matrimonio.

La de la mujer se juzga como un requisito obligatorio, como la base sobre la cual se asienta el matrimonio que se ve hondamente afectado por la "traición" de la esposa al marido, a los hijos y al hogar. Su infidelidad no sólo afecta la institución conyugal y la vida dentro de ella sino también destruye su esencia de mujer que consiste en ser esposa y madre.

En cambio, el hombre no se ve forzado a permanecer fiel. Sus "aventuras" no se consideran ineludibles pero sí probables y se benefician en general de una benevolencia o por lo menos de una opinión que las tiene en cierta forma por normales. La misma esposa llega a aceptarlo o por lo menos procura cerrar los ojos sobre el particular para no acarrearle la desdicha, pues su dignidad de esposa legítima quedaría lastimada con la sólo referencia a esos asuntos y por el sólo hecho de darse por enterada. Por lo general tendrá que continuar la vida común, y por otro lado no por ello cesaría el marido sus amores extraconyugales. Recordemos que la prudencia es la virtud elemental en la mujer que quiere mantener su matrimonio en paz:

¿Doña Severa sabía las relaciones constantes y casi maritales de Relumbrón con Luisa y con Rafaela? Es de presumir que no, porque su delicadeza de mu-

jer legítima, que lo amaba, no le hubiese permitido sufrir ni mucho menos tolerar con paciencia tanta maña afrenta. Sospechaba quizá que su marido tendría desvanecidos pasajeros; pero como mujer prudente, no quería profundizar, ni se mostraba celosa, ni hacía indagaciones ni escuchaba chismes. Tenía amor y con el amor fe ciega en su marido, y no pensaba tumbar la armonía que reinaba en la casa por varias sospechas. (8)

En este punto sería propio hablar de los celos en general y en el matrimonio en particular. En el hombre, los celos son honorables o sea directamente encaminados a la defensa de su honor familiar, es decir a la custodia de las mujeres de su familia, particularmente de su esposa. Están igualmente fundamentados en su sentimiento de superioridad masculina así como en su deseo "normal" de posesión exclusiva de una mujer. Es posición estimable y comprendida por las mismas mujeres que se sienten halagadas y honradas, o sea recibiendo honra, pues tienen a un hombre celoso de su honor. Obviamente, los celos excesivos rayan en lo ridículo o en la crueldad:

Si entra un perro en casa dice que el animal tiene sueño y que alguna vez habrá ido acompañado con él a visitarme; si me asomo al balcón... dice que si por allí ha de venir el señor; si estoy triste piensa que es por otro; si estoy alegre, lo mismo; en fin, ya no puedo hacer nada que no le encele; de todo teme, todo le asusta y de todo desconfía y con esto me da una vida de perros. (9)

Y aún llega al extremo de ponerle como chaperón a su propia hija. Le invierte el proceso usual y la hija es el custodio de la madre:

...eso ya ves que no se despega de mí que es más chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás; cuanto pasa y no pasa le cuenta a

su papá; con esto él le tiene mandado que no se aparte de mí para nada, y no soy dueña de resollar, porque los muchachos son angelitos de Dios y testiguitos del diablo... (10)

El conde del Sauz en los bandidos de Río Frio amenaza a su esposa de muerte (11)

Sin embargo, la mujer cuyo marido no la cela se siente abandonada y juzga que su esposo no la quiere y hasta infiere su infidelidad.

Mi marido peca por el extremo opuesto; él me permite cuanto libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso (12)

Pero, a veces, precisamente el marido infiel es el más celoso y el que da el peor trato a su mujer y familia, probablemente por la ira que le produce la obligación de permanecer unido a alguien que no soporta ya.

Sabemos que el marido está entretenido; que cuanto adquiera es para su dama; que a sus hijos y mujer legítima los tiene desnudos y muertos de hambre; que jamás les hace el más mínimo cariño y agasajo, y que, después de este indigno proceder, por la más mínima fridera la riñe, la golpea y la obliga a quejarse con nosotros a cada instante.. (13)

En la mujer, en cambio, los celos se juzgan imprudentes y condenables. Coartan la libertad del hombre que por naturaleza tiene derecho a ella. El deseo de posesión y de dominación exclusiva son atributos esencialmente masculinos y la mujer que los manifiesta se pone en cierta forma en una posición varonil y dominadora que no le sienta ni conviene a su estado de mujer, ni tampoco lo aceptado por el esposo.⁽¹⁴⁾ En la vida privada los celos pueden ser igualmente perturbadores de la paz doméstica si son man...

festados por los hombres o por las mujeres. Socialmente, los de los hombres son honorables y los de las mujeres detestables. Una mujer celosa es el peor mal que le puede advenir a un hombre después del tener una esposa adúltera.

Cada sexo tiene sus atributos particualres, sus ocupaciones y su forma de comportarse; el cambiarse los papeles es inmoral.

Mujer, no quieras parecerle al hombre. Los dos sexos no deben tener nada de común entre sí.. (15)

Sin embargo, los celos están igualmente ligados al exclusivismo que caracteriza al amor pasión y que se oponen a la esencia del amor conyugal tal como lo entiende Lizardi basado en la idea tradicional cristiana y en la confianza mutua como lo expresaremos después.

Debido a todos estos conceptos, se llega a la idea de que en el hombre la infidelidad conyugal no afecta su condición de marido. Existe una división, una dicotomía, debida al desprecio por la carne y por otro el deseo de satisfacerla. A las mujeres les esta vedada la dualidad que se les permite a los hombres. Son respetables madres de familia o cortesanas sin honor, mientras el hombre puede ser un mujeriego a la par que un amante padre de familia o un atento esposo.

Relumbrón, por su parte, desordenado en su modo de vivir y en sus negocios, con amores permanentes y pasajeros cuando la ocasión se le presentaba, se portaba con su familia como el mejor de los maridos.. (16)

El concepto de la persona como un todo no parece expresarse. Por un lado, se encuentra la familia y la esposa a quien el hombre

da afecto, cariño y respeto y, por otro, las otras mujeres que proporcionan placer y diversiones. Se puede suponer que la monogamia no llena su función de satisfacer en una sola mujer los anhelos de una familia, y los deseos de placer erótico.

Aunque el matrimonio se haya contraído llenado por el deseo de poseer a una mujer, ésta se ve satisfecho rápidamente y se le augura una corta felicidad seguida por un sin fin de desdichas, lo que no impide a la postre que el marido busque el placer por otro lado.

Aunque vemos en las novelas casos de solteras abandonadas por solteros, solamente observamos un caso, en Lizardi, en que una viuda es deshonrada, despojada de sus bienes y abandonada con sus hijos por un hombre casado. No se nos muestran casos de hijos extraconyugales concebidos con otra mujer después del matrimonio, ni de familias laterales a la legítima.

Esta ausencia podría explicarse por una serie de motivos parecida a la que aducimos para comprender las razones de los novelistas para no describir el adulterio de una mujer.

Uno de ellos sería que los hombres casados, como los solteros, abandonaban a la mujer seducida con su hijo; pero es posible que fuera más difícil hacerlo para un casado a causa del chantaje que se podría ejercer con la esposa y particularmente porque el casado tiene menos posibilidades que el soltero para abandonar la ciudad o cambiar de vida.

Quizá podría deberse a que en el nivel social de que nos ocupamos no se acostumbrara mantener a dos o más familias aunque se

podiera hacerlo con varias mujeres. También podría causar la reprobación que suscita, no tanto la infidelidad masculina, sino el hecho de tener hijos fuera del matrimonio.

Es evidente que todas estas razones se pueden supeditar a la que es más importante a nuestros ojos y que es que este tema es vedado y peligroso para una sociedad que pretende fundarse sobre el núcleo familiar. Que un hombre tenga otra mujer se tolera, se comprende, pero que mantenga a otra familia es probable que no se considerara propio y por eso no se tocara el tema abiertamente en las novelas. (17)

En cuanto a la vida familiar dentro del hogar y la educación de los hijos, no observamos a muchos dedicarse a ella, pero el tema de la educación, como ya lo hemos dicho, no presenta mucho interés para los novelistas, exceptuando Lizardi. Aunque vemos padres amantes que se ocupan de sus hijos y les traen juguetes, como en la obra de Elizaga, (18) la educación de los hijos parece recaer totalmente en las mujeres y los padres aparecen como enamorados de sus hijos y proveedores de regalos pero no como educadores:

Era Amparo el encanto de la madre que había pues to sus cinco sentidos en educarla, y también el encanto de Relumbrón, que nunca se había ocupado de ella, pero que la quería entrañablemente. (19)

Aunque Lizardi haga ^{de} la educación de los hijos un tema de disensiones conyugales, no aparece esta opinión más que en su obra, aunque alaben la unión de los miembros de la familia mexicana, no los juzgan "gente de hogar", o sea gente cuyo entretenimiento más importante se da en la vida doméstica, y de sus críticas ded

cimos que lo mismo pensaba Lizardi.

No pretendo sostener que los mexicanos son gente de hogar, como los alemanes, los ingleses, y quizá también nosotros; pero es así mismo cierto que no les faltan esos gustos y reuniones sociales que hacen de la casa el sitio de reunión predilecto (20)

Aunque en las novelas se hace referencia a familias nucleares, el mismo Lizardi que preconiza la felicidad de que gozan las parejas jóvenes lejos de suegros y cuñados, acaba en su novela de la Quejotita reuniendo otra vez la gran familia bajo el mismo techo, y de las obras de los viajeros extranjeros se desprende que gran parte de las familias eran de tipo patriarcal, casi cimentadas por el respeto a la autoridad de los padres y los mayores:

Nunca he conocido un país que como en México las familias estén tan estrechamente unidas, en donde los afectos estén tan concentrados, o en donde exista este devotísimo respeto y obediencia de parte de los hijos e hijas casados para con sus padres. Tal parece que nunca dejan de ser niños. Conozco muchas familias cuyos hijos casados siguen viviendo en casa de sus padres, formando una especie de pequeña colonia, en la más armoniosa convivencia. (21)

El amor de los padres hacia los hijos se venera como el sentimiento más bello que se da en la naturaleza humana, de ahí la devoción que a sus progenitores profesan los hijos, especialmente a la madre. Se nos presentan padres y madres poco amorosos o descuidados con sus hijos y leemos las quejas que les dirigen éstos, lamentándose del mal ejemplo que les han dado, del mal camino por donde los han llevado o de la falta de cariño que les han demostrado.

Pero esto no afecta la idea de la sublimidad misma del sentimiento. Por el contrario, la alta opinión que de él se tiene, obliga a condenar con más fuerza las que faltan a él.

El amor materno sobre todo se presenta como el tesoro de ternura máspreciado a cuya altura ningún otro afecto humano se podrá elevar. Y a pesar de la naturaleza distinta de los sentimientos se obstinan en compararlos todos con él, consciente o inconscientemente.

Cualesquiera que sean tus faltas, el corazón de una madre tiene tesoros inagotables de ternura y de amor para sus hijos... tu madre, que te adora con el corazón y con la vida (22)

La pareja formada por la madre y el hijo es la más sublime,

Además, Eugenio tenía una virtud que se va haciendo más rara cada día, y era un cariño profundo a su madre, única afección de familia que le quedaba en la tierra, santa y virtuosa mujer que no conocía más vida que una verdadera pasión por su hijo, por su hijo, que según decía ella, era el único afecto que la sostenía en el mundo... Era una de esas mujeres tan escasas en otros países y tan comunes en México, que no conocen más goces que los de familia, ni más cariño que el de los seres con quienes están ligadas por los vínculos de la sangre, mujeres que sin tener grandes borrascas en la vida, se mueren casi de las pesadumbres que les causa la falta de esas personas queridas. (23)

El amor del padre con su hija es también un sentimiento que lo purifica todo:

El amor de un padre es un sentimiento tan puro que separa absolutamente cualesquiera otros que pueden estar contaminados con el vicio (24)

Y, a veces, este cariño se torna en una adoración tan exclusiva de uno de los padres por el hijo o la hija que los imposibilita para concebir todo tipo de amor que no sea ese.

La verdad es que Piedad adoraba a su padre al
través de todo.

O lo que, si se quiere es más exacto aún:

A todo al través de su padre.

Era, pues, aquella niña, incasable sin saberlo,

O por lo menos, sin percibirse de que lo era.

[...]

Contrariaba con todas sus fuerza su misión en la vida

[...]

Esto es santo, esto es sublime pero ... la
hija no es incompatible con la esposa (25)

En este caso, este tipo de sentimientos puede ligarse con el concepto de la maldad de la carne, pues con el padre o la madre existe una relación "pura" de todo erotismo y en esto supere todos los afectos que se pueden dar a la esposa o al esposo, con quien existe una relación sexual y en cierta forma "impura". Este concepto del amor de los padres que se quiere relacionar con el amor de los esposos viene a introducir un elemento que desacredita el matrimonio. Por otro lado, se relaciona igualmente con él la visión del mundo particular del amor pasión, en que la mujer, ángel de amor, eleva al hombre hacia el bien, y ninguna mujer logrará esto mejor que la madre.

Por otro lado, podemos observar los remordimientos que experimenta el hijo que se olvidó de su madre:

¡Ingrato! no me acordaba de que mi pobre madre
sufría y lloraba por mí... (26)

En cierta forma se siente igualmente culpable con sus padres el hijo o la hija que se separan de ellos para casarse y probablemente este sentimiento se transporte al matrimonio mismo impidiendo su desarrollo sano y feliz.

No hubiera querido incluirse en aquel concepto bíblico, que dice, de un modo sublime, pero genérico:

«Dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer» (27)

A esto también se añade la repugnancia de los padres al mirar alejarse de su lado a su hija por quien se han desvivido y los temores que abrigan de que el amor que le profese su esposo no sea tan grande como el suyo.

...no podían acostumbrarse a la idea de que un extraño, armado de un amor más o menos sincero, pero que nunca podría guardar comparación con el inmenso cariño que ellos tenían á Luisa, había de ir á arrebatarla y á usurpar en su corazón el primer lugar, que hasta entonces habían estado seguros de ocupar exclusivamente.

...Los buenos padres guían los primeros pasos de sus hijas de manera que con la edad y la educación lleguen algún día á ser buenas esposas y mejores madres de familia; y sin embargo cuando se acerca el momento en que un hombre, por digno que sea, va á conducir las al altar, se rebela su amor paternal... (28)

De ahí la tristeza de la separación y la existencia de familias de tipo patriarcal pero también un germen de problemas para la pareja.

En efecto, a esta unión de los hijos con los padres y la familia clásica no siempre correspondía la de la pareja. Aunque no tengamos muchas indicaciones sobre la vida privada de los cónyuges, en las novelas la unión de los esposos no se hace aparente, sobre todo cuando sus ocupaciones e intereses se presentan tan dispares.

Los esposos de las familias acomodadas se nos muestran siempre viviendo en habitaciones separadas y solamente se les llega a ver juntos a la hora de las comidas. Cada quién atiende sus ocu-

tividades por su lado.

En cuanto al marido, ocupado constantemente en negocios de importancia, lleno de visitas y de tertulianos a veces sólo veía a su mujer a la hora de la mesa, y eso cuando la señora no estaba obligada por el estado de su salud, a permanecer en su recámara. (29)

La ayuda mutua constituye una de las metas del matrimonio.

La que se espera de la esposa es de tipo moral y vemos admirables ejemplos de esposas que saben acompañar a sus maridos en la desgracia y en la felicidad, como esta de Don Antonio en El fistol

—¿Y me perdonarías —continuo el marido— que al fin de tus días le dejara reducida a una situación miserable?

—¿Y no me has puesto en las manos, durante largo tiempo todo el caudal que has adquirido?
¿Por qué te había yo de culpar cuando fueses pobre? Yo he tenido buenos carruajes, abundantes criados, magnífica casa, palco en el teatro... en fin, he vivido como una duquesa. Si Dios d termina que la fortuna cambie ¿qué hemos de hacer sino tener resignación? (30)

Pero existen casos en que el perdón es imposible, pues la conducta del marido deja como herencia la infamia y por consiguiente la desdicha a su familia

Dios es bastante misericordioso... y si te arrepientes de corazón de los horribles crímenes que has cometido, acaso te perdonará; pero yo no. Has condenado a la vergüenza y a los más horribles martirios a Amparo por el resto de su vida. Si la hubieras matado con un puñal, y valía más, entonces te perdonaría. (31)

Sin embargo, la ayuda efectiva que una mujer pueda proporcionarle a su esposo se describe como muy limitada por falta de comunicación sobre los negocios de la familia y la nula participación de las mujeres en ellos. Una esposa, recalcan, rara vez

se llega a enterar del estado de las finanzas de su marido, quien considera parte de su libertad reservarse estos asuntos. Ignora de qué manera se consigue el dinero, de donde proviene y qué sumas entran o salen. Solamente lo recibe y lo gasta sin hacerse preguntas. El marido puede disponer, por otro lado, de grandes cantidades sin que su esposa lo sepa, o estar lleno de deudas y la mujer enterarse de la ruina cuando ya está encima...

En la concepción tradicional del matrimonio, el hombre aporta el sustento a la familia y la mujer lo administra, y por su comportamiento económico y hacendoso va formando el patrimonio de su familia. La mujer mexicana de clase alta no es económica en el sentido original de la palabra, de organización de la casa, así como tampoco en el de cuidar el dinero evitando gastos innecesarios y el desperdicio. Deja el cuidado de la casa en manos de sirvientes y amas de llaves. El trabajo manual se ve despreciado tanto por los hombres como las mujeres, pero cuando éstas no tienen otra ocupación, se dedican a labores superfluas y exquisitas, como el bordado, o que reportan aprobación y a veces admiración social, como el canto y el baile.

La economía pasa a menudo por avaricia y la esplendidez se aprecia sobremedida, así como la hospitalidad sin límites, que alaban tanto los extranjeros y censura tanto Lizardi.

Estas costumbres rasan en prodigalidad y el miedo a parecer pobres lleva a extremos peligrosos para el patrimonio familiar. Reside su principal razón en la necesidad vital de llevar un modo de vida lujoso, compitiendo con personas de más recursos económicos.

cos para mostrarse bajo el aspecto que reporta más consideración social. Sin embargo, este deseo de aparecer como generosos y espléndidos se da sólo con las personas del mismo grupo social a quién se pretende impresionar, pero en nada obliga con las personas de menos categoría, los sirvientes por ejemplo, a quien no se les paga ni a tiempo, ni generosamente, y a las cuales ni las migas de los banquetes se les deja, y:

¿quién no ha dado limosna al pie de un balcón
lleno de jóvenes hermosas? (32)

Por otro lado, si siempre hay dinero para los atuendos lujosos y las tertulias, no siempre lo hay para atender a las obligaciones más precisas y se vive a base de contraer deudas. Doña Eufrosina tiene fiestas, tertulias y ropa de última moda pero le debe seis meses de salario a una de sus sirvientas (33)

Los "aristócratas" no se sienten deshonrados viviendo a fuerza de empréstitos para sostener su posición social con ostentación y sólo los nuevos ricos vulgares se precian de haber pagado todos sus bienes con dinero contante y sonante,

...porque estoy segura de que ninguna de esas señoras encopetadas, que se llaman de la aristocracia, y que tienen coche y caballos frisonos, trae esta noche las alhajas que tú ; vas a llamar la atención de todos los jóvenes, ya verás —exclamó la mamá visiblemente contrariada sin embargo de no pertenecer a aquella aristocracia, objeto de sus sarcasmos.

—Y además —añadió el comerciante—, que todo lo que trae está pagado y no se ha adquirido a fuerza de drogas como todo lo de esa gente (34)

En efecto una esposa y una hija bien vestidas y enojadas son el orgullo de un hombre, pues así demuestra su riqueza y su

pu diencia, y más aún si tiene coche.

En las novelas mexicanas así como en los relatos de viajeros extranjeros se advierte la propensión al lujo de los mexicanos, especialmente de las mujeres.

La vida social ofrece oportunidades a los esposos de realizar algunas actividades juntos, aunque gran parte de las visitas y reuniones se realizaran entre personas del mismo sexo. A las tertulias, bailes y teatro, así como a los paseos solían asistir ambos esposos, aunque allí se separaran. Sin embargo, las actividades sociales aparecen a través de las novelas como uno de los aspectos en que los maridos se entretienen por dar gusto a sus esposas y en que siguen con cierta benevolencia sus inclinaciones. Un buen marido, en el concepto general, es el hombre que lleva a su mujer a todos lados y le regala todos los objetos de lujo que ella considera necesarios para lucirse y competir con las demás señoras.

Desde que me casé tu padre me puso coche, palco en el teatro y lumbrera en los toros; bien vestida, bien comida y bien paseada, él se iba por su lado, yo por el mío y ni un sí, ni un no, tu vimos en nuestro matrimonio (35)

Lizardi no mide sus condenas a las mujeres que llevadas por su deseo de lujo, se dedican a gastar el dinero de la familia en objetos superfluos y en una vida de diversiones continuas. En la Quijotita, don Dionisio huye arruinado por los excesivos gastos de su esposa e hija. En los bandidos de Río Frío, el licenciado "Chupito" se ve arrastrado a una vida criminal por las exigencias de lujo de su esposa.

—Tú, tú —— eres la que has conducido a tu marido al crimen y te has labrado la situación en que efectivamente vas a quedar. Ese lujo, esas alhajas, esos carruajes con que no sólo llamabas la atención, sino que es candalizabas a la sociedad de México, han obligado a ese hombre a hacer gastos cuantiosos y a ligarse con un gran criminal. Me cansé de darte consejos que nunca quisiste escuchar, y ya ves el resultado (36)

Recordemos que en la Quijotita tenemos los siguientes datos:

Un coche cuesta dos mil pesos, un hilo de perlas trescientos cincuenta (37) y una bizcochería que permite vivir a una familia "decente" cuatrocientos. (38) y como espléndida limosna se le dan doce pesos mensuales a una pobre vieja. (39)

En Payno encontramos que la madre de Florinda en El fistol se queja por una renta de siete pesos que no se cobró, y gasta seiscientos en un vestido de gala para su hija... y una señora que se respetara no usaba dos veces un vestido para ir a un baile (40) ... En la misma obra Manuel gana en una noche de juego veinticuatro mil seiscientos pesos en oro, más "cien onzas de oro menudo" y se dedica a comprar "más ropa de la que puede ponerse en un año", muebles de lo más exquisito, un carruaje de mil quinientos con un tronco de mulas cambujas de dos mil doscientos. (41)

Las joyas de la madre de Arturo, mal vendidas, proporcionarían treinta o cuarenta mil pesos. (42) La señora Calderón no deja de impresionarse por la esplendor de la ropa y de las joyas de las mexicanas:

pues en lo que a joyas se refiere ninguna de las damas extranjeras podría atreverse a competir con las de aquí. (43)

Otra pasión tan dispendiosa como lo es el deseo de lujo y de ostentación y generadora de disturbios en el hogar, que pueden ir hasta la ruina de la familia, es el juego, que ya hemos mencionado

el único motivo de disgusto que turbaba esa armonía era el juego... quería manejar ella misma sus bienes, para no dejarlos expuestos a los azares de la fortuna, que el día siguiente podría mostrarse adversa... (44)

Pero la esperanza de obtener la fortuna sin trabajo es un aliciente para seguir jugando y además una prueba de valor y de osadía, para poder arriesgarlo todo en una jugada.

El dinero no es un fin en sí, sino que es apreciado en función de la vida que puede proporcionar, sobre todo del prestigio social que procura y que se gana a través de la ostentación del traje y del aspecto de la vida cotidiana y con la esplendidez con amigos y conocidos.

Las mujeres forman parte del lujo con que se adornan los hombres, y a la vez el procurarles todo lo que apetecen es un factor de paz en el matrimonio. Pero, por otro lado, puede igualmente ser la fuente de graves problemas económicos en la familia y acabar de paso con la unión de los esposos, si ésta existía.

Se podría resumir con las palabras de Fossey, lo que el mexicano hacía con su dinero:

Il le joue, et, s'il ne le perd pas tout, il achete des diamants a sa femme et lui achete une berline (45)

En cuanto a la vida religiosa aparece como otro de los campos en que la convivencia entre los esposos podría darse. Pero no se...

logra; en efecto, los autores estudiados, mexicanos y extranjeros, hacen aparecer la práctica religiosa regular y constante como un asunto de mujeres o de viejos. La esposa y las hijas asisten regularmente a misa, a veces todos los días, se confiesan, comulgan, visitan conventos y se dedican a obras caritativas. No se nos pintan esposos asistiendo juntos a misa aunque el esposo fuera religioso. En cambio, los solteros acuden a menudo a los oficios religiosos con el fin no muy "santo" de mirar a las muchachas. La relación de los hombres con la Iglesia parece hacerse a nivel de reuniones con los miembros del clero para tratar asuntos políticos, aunque los hombres también practicaran su religión.

Ya hemos visto anteriormente, y esto corrobora en cierta forma nuestra visión, que Frías y Soto que no cree en Dios considera necesario que las mujeres lo hagan para mantenerlas en sus deberes familiares y contenerlas dentro de los límites de la moral.

La convivencia, pues, entre esposos en las novelas que hemos estudiado, exceptuando a Lizardi, no parece lograrse ni en la vida doméstica, ni en las actividades sociales, ni en la práctica religiosa. En el nivel social más elevado, cada uno de los conyuges lleva su propia existencia separada y distinta en general, y que se junta con el otro sólo en ciertas ocasiones: en la vida doméstica, a las horas de las comidas y en las actividades sociales, en algunas reuniones; en la práctica religiosa no se observa.

II. LAS BASES SOCIALES Y ECONOMICAS DEL MATRIMONIO

Para este tema hemos escogido algunos elementos que nos parecieron fundamentales para formarnos un criterio acerca de los requisitos que, según Payno, la sociedad busca en los que pretenden contraer matrimonio y que constituyen sus bases. De la observación de estos requisitos depende igualmente la felicidad íntima de la pareja, pues tiene que vivir inmersa en su grupo social y el sueño de alejarse de todos para poder ser felices, la mayoría de las veces no funciona en el concepto del autor, pues alguno de los cónyuges, cansados del exilio, se lo reprocharía al otro, y acabaría con la paz doméstica.

Para estudiar este aspecto hemos escogido en especial la obra de Payno, particularmente sus novelas largas, pues muestra como funcionan los mecanismos de la sociedad frente a la pareja que se quiere casar o de la que ya lo hizo. Es evidente que, como novelistas, los tuerce para llegar a las metas que él se propone, pero al hacerlo plantea consciente o inconscientemente una serie de explicaciones para justificar su decisión, y da la clave para descubrir de lo que le parece importante en tales casos.

Algunos autores tocan ciertos puntos y los desarrollan, pero ninguno, excepto Lizardi, los comenta como él. Estudiaremos la opinión de Lizardi al plantear su ideal de matrimonio, aunque señalaremos algunas de sus críticas a la sociedad de su tiempo y en los casos en que otros novelistas toquen un tema, los mencionaremos.

En la elección de una pareja para contraer matrimonio, con todas las consecuencias que esto implica, se plasman los ideales y los valores particulares de cada sociedad, de cada grupo y de cada individuo en particular, y al estudiar lo que se busca en el novio o en la novia, y después en el esposo o en la esposa, es ilustrativa de una época histórica y de un grupo social.

Sin embargo, cuando ese grupo social pretende mantenerse como tal, el proceso de elección de un cónyuge para cada uno de sus miembros se convierte en selección y en instrumento de su conservación. En estos casos los requisitos para el matrimonio son más bien la expresión de la voluntad de ese grupo que la de cada individuo en particular, aunque éste la hace suya. Sin embargo, existe un momento en que en la unión de un hombre y una mujer por toda la vida, ciertas aspiraciones individuales difieren de la norma y no se ven calmadas, engendrando malestar y problemas de convivencia dentro del matrimonio y proyectando cierto desprestigio hacia el exterior.

Entre los criterios de selección, plantearemos en primer lugar el de la riqueza y del crédito monetario, pues parece ser, no tanto para Payno en lo personal, sino para la sociedad que él capta, uno de los elementos decisivos para solicitar y obtener la mano de una muchacha. No solamente en Payno, sino en otros autores, los padres, primeros y más conscientes seleccionadores de marido para su hija, aparecen como fundamentalmente interesados en este aspecto. Exigían para ella bienes y comodidades iguales o superiores a los que ellos mismo le han dado y no permitirán que

descienda de la escala social, principalmente constituida por el dinero, casándose con un pobre.

un padre no puede querer para su hija más que un marido que le pueda proporcionar todos los gozes y comodidades que su clase exige. (46)

Ya hemos visto como en Lizardi los padres violentan la voluntad de sus hijas para casarlas con ricos y las críticas severas que les dirige. En El pistol ... de Payno, la oposición del tutor de Teresa a su matrimonio con Manuel se fundamenta tanto en su propia avaricia como en el del concepto de que él es pobre. A un pobre que busca casarse con una rica se le atribuye siempre la codicia de sus riquezas y el deseo de utilizarlas para su propia diversión.

Ninguno te ha de querer de buena fe, aunque fueses la diosa Venus... Porque eres rica, y las ricas tienen esa desgracia; las quieren por su dinero y nada más. (47)

A muchas jóvenes no les preocupa el casarse con un pobre si piensan ser amadas de él, tema del cual nos ocuparemos después. Pero también aparecen las que solamente pretenden casarse con quien les permita vivir en el lujo y muchos se quejan de lo interesadas que son las mujeres:

¡Las mujeres! Por regla general en nuestra época sólo tienen un dios, el interés. Sólo una mira, la ambición. (48)

Y no sólo la vida matrimonial se concibe rodeada de lujo sino el amor mismo no se puede separar de él, como Arturo en El pistol.

Vos amáis, además de la mujer, la seda de que está vestida la alfombra que pisa, el piano que toca, el dorado candelabro que la alumbrá,

el coche que la conduce hermosa y fantástica por esas calles de palacios que ustedes tienen en México.

Sin embargo, para Payno, la riqueza por sí sola no hace la felicidad. En El pistol... Teresa, y en Los bandidos... Mariana son infelices por causa de ese mismo dinero que debía haberlas hecho tan dichosas:

—Es porque —interrumpió Rugiero— debajo de los trajes de seda, suelen latir corazones muy infelices. (49)

Pero la pobreza es un mal todavía más espantoso, porque no solamente engendra la infelicidad, sino que también el vicio y hace a los matrimonios desgraciados, sobre todo cuando a la carencia de recursos económicos se añade el agravante de la falta de educación y de prudencia.

El dinero se considera, pues, como un factor esencial tanto para el nacimiento mismo del amor, como para la consecución del matrimonio y de la vida conyugal posterior. Si se puede ser infeliz en medio de la abundancia de riquezas, se considera que sin una base económica segura no se puede llegar a la felicidad.

La miseria, que desde los primeros días asomó su horrible cabeza en la casa conyugal, no contribuía poco á hacer un infierno de la existencia... (50)

Sin embargo, el concepto de riqueza es relativo a cada grupo social, a la educación que se ha recibido y al tren de vida a que está uno acostumbrado u obligado por su posición. En la obra de Payno se muestran ricos en cada nivel y, por ejemplo, si Arturo queda pobre en comparación de lo que habría sido, Cecilia la fr

tera es rica en su medio.

En fin de cuentas, la fortuna del pretendiente será lo primero que investigarán los padres de una muchacha y los hombres se interesarán sobre manera en las muchachas ricas. Para desilusión de los corazones románticos, el interés y los novios ricos serán siempre preferidos a los más rendidos amantes:

¿Si es porque quiere vender a su hija como si fuera un mueble, a un magnate, a un hombre rico que ni la ama, ni es amado por ella? (51)

El nacimiento o la nobleza constituyen igualmente elementos de importancia en una sociedad en que los honores y las vengüenzas pasan de padres a hijos y en que el honor y el prestigio se heredan tanto como la deshonra.

La nobleza titulada, que se precia de su grandeza, se admira y reverencia aún después de la Independencia. Para enlazarse en matrimonio pretende el mismo rango en su cónyuge o, por lo menos, la suficiente fortuna para revitalizar la suya si está merma da. La Sra. Calderón refiere que no se busca tanto la antigüedad del nombre como la riqueza.

En cambio, —la nobleza y el buen nacimiento, que tanto importan a Lizardi, parecen perder importancia conforme va pasando el siglo, aunque se siga tomando en cuenta, al tratarse de casamiento, la familia de los contrayentes así como la legitimidad de su nacimiento. En efecto, los hijos ilegítimos, por el hecho mismo de haber nacido fuera del matrimonio, se consideran gentes sin honor.

E! que ignora todo sobre su origen, al solicitar la mano

su amada puede temer que se la nieguen por miedo a contaminar a una familia con el deshonor, con vicios ocultos o a recibir la herencia de culpas familiares. Rafael, en El Oficial Mayor (1864), (52) considera que no puede declarar su amor hasta no saber quienes fueron sus padres para ofrecer un nombre sin tacha y una reputación familiar intacta.

Gil Gómez, (53) hijo adoptivo y amado, no puede dedicarse a enamorar el mismo tipo de muchacha que su hermano, pues no se sabe quién es realmente, y no heredará el caudal de su padre. Sin embargo, la Sra. Calderón comenta casos de hijos adoptivos que consiguen casarse de manera tan ventajosa como sus hermanos que son realmente hijos de la familia.

Una vez adoptados, están al mismo nivel de los de más hijos de la familia; les toca su parte de hacienda, y a pesar de que nunca se hace un secreto de su condición, hacen con frecuencia tan buenos matrimonios como sus hermanos y hermanas adoptivos. (54)

El deshonor de los padres es hereditario y sería un crimen para el que ama verdaderamente aceptar un matrimonio que pasaría esa mancha a un esposo y a unos hijos que no tienen porqué contaminarse.

Casarme con el señor marqués —...— sería hacer lo infeliz para el resto de la vida, y mucho lo he amado y lo amo todavía para pagarle con una acción indigna, sí indigna, pues sería hacerlo participe de la ignominia que pesa sobre nuestro nombre.

¡Qué dicha, qué alegría, qué paz doméstica podría yo proporcionarle, y cómo soportaría ya una mala mirada, un desprecio, cuando, pasado algún tiempo reflexionase que tenía por esposa a una mujer a quien era necesario ocultar de la sociedad, cambiarle el nombre, expatriarse a una tierra extranjera, sin esperanza de volver a la patria! (55)

Quizá en el fondo también se busque la extinción de una raza maldita... Sin embargo, Payno en este caso deja la solución del problema al gusto del lector: separación eterna o matrimonio incógnito lejos de la sociedad, y este hecho nos hace percibir que ya el desenlace de la novela en la separación de los que se aman, aunque emocional, no satisface al lector, quien prefiere un matrimonio, logrado a base de duros sufrimientos, pero feliz.

En cuanto a la exigencia de una buena reputación y de honor sexual en la mujer en vista al matrimonio, ya hemos recalcado su severidad. Sin embargo, recordemos que si, idealmente, el tener hijos antes del matrimonio no es aceptable moral ni socialmente, el dinero puede componer estos asuntos: el marido de Margarita en El pistolero no sólo acepta el casamiento con ella sin que adopta a su hijo (que, para salvar la situación, muere) y la Marquesa Calderón refiere con asombro el caso de una Condesa de origen humilde, pero joven y bella que tiene una hija anterior a su matrimonio. (56) En este caso el título y el dinero de su esposo solucionan el problema.

El hombre tampoco debiera tener hijos antes del matrimonio y si los tiene procura, para evitar el chantaje, separarlos del lado de su madre, como lo podemos apreciar en la novela de Díaz Covarrubias: La clase media (1859).

En cambio, aparece como imposible el casamiento con una mujer que ha estado en la cárcel, aunque sea inocente, pues su desgracia ha sido pública.

El prestigio de la ocupación propia o la de los padres e-

criterio que se debe estudiar para la comprensión más cabal de las bases sociales del matrimonio.

Ya hemos mencionado el desprecio al trabajo manual y al trabajo en general. Algunas carreras, a pesar de todo, reportan prestigio al que las sigue: la eclesiástica, que evidentemente en el caso del matrimonio no funciona, la militar y la de leyes, pues hacen participar de su poder de cuerpo a los que le pertenecen, la medicina se compara en Lizardi con el sacerdocio, pero no aparece como una profesión que confiera mucho prestigio social. El médico es considerado por las personas que requieren de sus servicios, en cierta forma, como un sirviente. Sin embargo, debido al creciente interés y admiración por la ciencia, ⁽⁵⁷⁾ esta carrera va tomando importancia en las novelas, sobre todo en autores como Florencio del Castillo y Díaz Covarrubias que habían cursado estudios de medicina o eran médicos ellos mismos.

El comercio, profesión estimada por Lizardi, todavía en tiempos de la Colonia, parece ir perdiendo el prestigio de la ocupación en sí y se da más bien en función del dinero que permite adquirir. Sin embargo, el desprecio al trabajo y a la poca educación hace considerar a los comerciantes nuevos ricos como vulgares. Sus hijos mismos procuran apartarse del negocio de sus padres para entrar en el grupo selecto de la "aristocracia" que se dedica a no trabajar.

Por otro lado, se muestran hijos de artesanos que se sienten humillados por la profesión de su padre y procuran buscar una más elevada que, en general, es el estudio de las letras o del arte.

pero que, si bien pueden reportar gloria y reputación, no sirven para mantener a una esposa.

El criterio de la ocupación es aplicable sobre todo a los hombres, pero también a las mujeres. El trabajar para mantenerse significa que carecen de hombres que lo hagan por ellas, y se consideran como actividades prosaicas que matan la consideración social:

Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas, los cohetitos y demás menudencias que se expenden en las velerías; más por último demostrándoles yo que peor que todo eso era morir de hambre, mendigar o prostituirse, se determinaron a tomar mi consejo... (58)

En El fistol del Diablo la tristeza de Celeste no tiene límite.

—Al menos —decía— cuando me encontró en la calle por primera vez, pedía yo limosna para mi padre y mi madre, que se morían, y esto tiene mucho de noble y de sublime, y él lo comprendió así; pero ¡hacer dulces para vender, ponerse en una tienda a disputar con las criadas que compran los big cochos todas las noches! Esto es, no sólo vulgar, sino hasta ridículo.

...Como para Celeste la felicidad mayor que esperaba en la vida, era la de ser amada de Arturo, la afligía sobremanera cualquier circunstancia que pudiera hacerle perder esta esperanza... (59)

Y en La clase media, Amparo considera como una de las mayores vergüenzas el "coser lo ajeno".

Sólo la esperanza de ganar en una sola noche para aliviar su miseria, lo que sólo se hubiera ganado en dos semanas de constante trabajo, podía haber obligado a la joven a ir, porque su rostro, su traje, sus modales, revelaban desde luego que si la desgracia la había reducido al miserable estado de costurera, no había nacido ciertamente en esa clase. (60)

En vano don Marcos le había hecho presente cuán difícil era la vida para un artista sin fortuna., en vano le manifestó los graves inconvenientes que para su felicidad conyugal opondría la falta de educación y el carácter de María, obra de la desgracia y de la miseria, pero obra terrible y profunda que duraría lo que la vida de la niña... (61)

Según la visión que nos dejan los novelistas mexicanos, la educación aparece como uno de los factores más importantes, tanto para contraer matrimonio como para mantener la paz doméstica.

Ella es la que permite la adquisición de las cualidades que, combinadas con el temperamento, forman la personalidad de cada quien; es la que hace posible un control de las pasiones y de los malos instintos que pudiera haber en la persona. Sin embargo, como lo hemos indicado, las cualidades personales y morales deben, además de existir, ser públicamente sancionadas por la buena reputación.

La selección de lo que se consideran cualidades personales depende de los valores que se profesen y los que se busquen en el marido y, sobre todo, en la esposa se deducirán de la concepción del amor que se tenga.

En la sociedad del siglo XIX, al parecer, se aprecia el honor, el valor personal, la generosidad, la honradez, la franqueza.

En las mujeres se busca la virginidad, la fidelidad conyugal, la belleza física, el pudor, el recato, la honestidad, la dulzura, la religiosidad.

La educación, básicamente concebida en los términos del refinamiento en los modales y el lenguaje, es uno de los factores fundamentales para la armonía conyugal, pues permite la paz y la

quilidad en el hogar y la posibilidad de presentarse dignamente la pareja en sociedad:

La guapa Cecilia no cambió ni de maneras, ni de lenguaje, ni de honradez, pues ha sido fiel y buena mujer hasta lo último; pero Lamparilla no pudo darle (pues ya era tarde) ni las maneras, ni la instrucción, ni la dulzura de una señorita educada en los colegios de México, y al lado de una familia fina y de modales cortesanos.

Tarde reflexionó Lamparilla en esto: mientras pasó la luna de miel en la soledad y las comodidades del rancho, pero pasados dos años, se arrepintió como de sus pecados de haberse casado con una frutera... La verdad es que, desde que se hizo verdaderamente rico, sació sus deseos y se vio ligada para toda su vida con una trajinera, reflexionó que hubiera podido casarse con una hermana del marqués de Valle Alegre y ser un aristócrata (como hay muchos en México) y sentarse en un sillón del Congreso y heredar el acreditado bufete de don Pedro Martín, le entró en el corazón tal odio y tal desprecio por la pobre Cecilia que sólo lo disimulaba cuando quería sacarle dinero para saciar los dos feos vicios en que había dado por despecho, como decía cuando un amigo le solía ir a la mano o hacerle una observación. (62)

En ninguno de los dos sexos se parece dar mucha importancia a la inteligencia como tal, aunque se estime el estudio y la cultura en los grupos intelectuales.

En cuanto a la raza y el color, hemos apuntado en la introducción que los novelistas mexicanos no se interesan más que por el grupo "criollo". Queremos destacar que esta categoría no se utiliza en su sentido racial sino cultural, que puede incluir individuos que se hayan amoldado a ella. Por otro lado, la distinción que se hace en las novelas al hablar de los indios no permite ni siquiera pensar en la posibilidad de incluirlo como grupo

con posibilidades a unirse en matrimonio con el grupo criollo.

Por fin, el traje es la expresión exterior de todas las categorías comentadas anteriormente y cuya importancia ya hemos señalado.

Podríamos resumir la concepción de la sociedad y de las bases sociales para el matrimonio en la siguiente cita de Díaz Covarrubias (1859).

México es un país eminentemente republicano por su forma de gobierno y sin embargo tal vez ni en la monarquía más absoluta de Europa, está establecida de una manera tan notable la distinción de las clases. Tres son las que predominan, la aristocracia, la clase media y el pueblo. Pues bien, cada una de ellas tiene su fisonomía, sus costumbres particulares nunca se mezclan, por el contrario, están separadas por el odio y ni la amistad, ni el matrimonio, ni el pensamiento las han podido unir jamás. ¡Oh!, y el día en que las tres se confundan, en que la aristocracia de su dinero, la clase media sus virtudes y el pueblo su trabajo, en que los lazos de la familia unan sucesivamente a la una con la otra, ese día tendremos una probabilidad más de conseguir esa paz anhelada por lo que hace cincuenta años sugpiramos. La madre de Elena pertenecía a esa aristocracia que primero se muere que transigir con otra clase, y como en México sólo el dinero puede formar esa aristocracia puesto que no hay pureza de sangre siendo mixta nuestra raza, ni premio de servicios porque no hay gobierno estable, de ahí resultaba que para aquella señora todo el que no era rico enormemente, pertenecía sin remedio al pueblo o gentecilla como ella le llamaba. (63)

III PRESTIGIO Y DESPRESTIGIO DEL MATRIMONIO

Ahora intentaremos discernir cuáles son las razones que llevan a hombres y mujeres a contraer matrimonio y cuáles son las que lo desprestigian. Para hombres y mujeres el único fin lícito del amor es el matrimonio y dadas las pocas oportunidades para vivirlo antes, siempre piensan que se realizará en la vida conyugal.

Las mujeres consideran en cierta forma el casamiento como su meta principal, buscando todos los medios para conseguirlo sin pensar en la vida posterior:

En la mujer no sucede lo mismo; la debilidad de su sexo, la pusilanimidad de su organización, la obligan a buscar un amparo en otro ser más vigoroso, y el casamiento en ellas forma el capítulo más interesante de la historia de su amor (64)

En efecto, el matrimonio les da derecho a la vida sexual, además de que adquieren una posición en la sociedad, amparadas y respaldadas por un hombre que las protege y las mantiene, sucediendo a los padres en la tarea de sostener su honor en una sociedad en que la mujer lo necesita.

Por otro lado observamos que las mujeres casadas se ven en cierta forma rodeadas de un círculo de respeto que proviene en parte de saber que pertenece a otro que está siempre listo para probarlo. El sacramento del matrimonio y la posesión de una mujer por un hombre también la hacen respetar. Para el antiguo enamorado la mujer que se casó con otro está:

¡Muerta para mí! (65)

Cuando Carmen se casó, cuando delante del altar pronunció aquel sí fatal, que fue el de profundis de la esperanza de Gerónimo, éste viendo que su mal ya no tenía remedio, procuró olvidar. (66)

Quizá por eso gozan de una libertad que no se les concedía de solteras:

pero yo soy muchacha, me gusta la moda, los bai les, el Coliseo, los toros... y tengo dinero y no me he de enterrar en vida que para eso me ca sé y no me quise meter a capuchina. (67)

Pero esta aparente libertad disimula el peso del matrimonio:

Otras, que de almas de hielo, sólo ven en el amor el medio para establecerse, para emancipar se de la tutela paterna, ignorando que el yugo marital las agobia con su enorme peso. (68)

El matrimonio se compara con una cruz, con una pesada cadena. El marido se presenta a veces como un celoso tirano, y la mujer puede observar que los hombres son más atentos de novios que de casados:

¡Quién los ve cuando están enamorando a una po bre muchacha! ¡Qué finos! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! (69)

O pueden resistirse a dejar de ser el centro de una reunión de admiradores.

¿Habría gusto como verse una muchacha rodeada de quince o veinte adoradores, de quienes es el centro, el imán? (70)

También pueden tener miedo a la maternidad y a sus riesgos, a la molestia que representan los niños

Y si no me he resuelto a casar, es por el temor que me infunden los hijos, aunque hay muchas mu chachas que se casan y no los tienen. (71)

Aunque generalmente la maternidad aumenta su prestigio en mujeres.

Desde el momento en que una de esas mujeres del primer rango social siente palpar a su hijo en su seno, quién sabe por qué su orgullo se lisonjea tanto; procura presentarse en los sitios más públicos, visita a todas sus conocidas, o si no se disculpa diciendo que no puede subir escaleras, ¡por qué está tan mala! ... Los meses que preceden al primer día de luz de un niño se pasan en recibir los regalos de los conocidos, en preparar su lujosa canastilla y los que suceden en mostrarlo a las visitas, en pasearlo por los ojos de los amantes de otros días (72)

Al hombre, el matrimonio puede darle mayor prestigio en la sociedad. Esto se debe tanto a que ha demostrado su capacidad para obtener la mano de una muchacha, que no se concede a cualquiera, así como, ligado a esto; la respetabilidad que la sociedad atribuye al jefe de la familia. Se le llama "establecerse". Después de las "calaveradas" de la juventud viene la época de la razón.

Muchas veces aceptan el matrimonio para poseer a una muchacha que no podrían haber obtenido de otra manera:

Ahora, cuando aquel arcángel que había formado la ilusión desaparece, queda la mujer, y entonces se busca una segunda parte, por decirlo así, pero diversa del espiritualismo, es decir, se intenta en empeñar su honor o adoptarla como esposa; el hombre que ha conseguido lo primero ya no anhela lo segundo, o si lo verifica, es puramente porque la ley lo obliga. (73)

Sin embargo, a pesar de la posibilidad de hecho de ser infieles a su esposa, la fidelidad conyugal por toda la vida parece pesarse más a los hombres que a las mujeres, que no tienen esa salida por su distinta posición en la sociedad y por su diversa educación. A los hombres el perder su libertad les duele y temen

casarse por esa razón:

Una muchacha decente, que apenas osa descubrir su pecho virginal y levantar hácia vos sus púdicos ojos, ó á quien por casualidad descubris la extremidad de un pié, os amenaza seriamente; combate de un modo, acaso tan inocente como eficaz vuestra criminal soltería, os reprocha vuestro aislamiento... os pone por lo menos en inminente riesgo de casaros... (74)

Del punto de vista económico el matrimonio es un gravamen.

Representa gastos para el hombre, tanto para la boda misma como para mantener a una esposa y a una familia. Este punto es el primero que se trata en una pedición de mano y el pretendiente debe ir preparado:

Revisó de un modo ideal pero nimio, todo cuanto forma el establecimiento de un nuevo nido de amantes, y á todo dió un valor.

La lista debió ser larga pero completa.

...

Desde el piano y los espejos de la sala, hasta las cazuelitas y las cucharas de madera de la cocina.

... Sumó, por último, y el resultado le dió una cantidad enorme.

Había ahí muchos ceros que debían de llenarse solamente con oro (75)

Ya hemos visto el papel importantísimo del dinero en la consecución y realización del matrimonio así como los requisitos sociales que se exigen a los que se quieren casar.

El matrimonio se concibe como una forma de continuar la sociedad y así lo piensan los que pretenden fundar su grupo social sobre él, y así lo piensan también los que se quejan amarga o ir

nicamente de lo prosaico y monetizado que se ha vuelto el matrimonio. Los padres de los contrayentes que quieren mantener o elevar el status social de sus hijos, los que han decidido casarse lo hacen sobre la conveniencia y no dejan penetrar el amor en el matrimonio, y parece ser éste el ideal de la sociedad:

Matrimonio hecho con reflexión, no con amor, mantenía en su seno una perfecta tranquilidad, sin ceremonia, sin afectación; pero sin expansión.

En las relaciones entre los dos esposos, nada era forzado; pero nada era afectuoso.

Parecía que al casarse habían hecho un convenio tácito que consistía en vivir respetándose; pero sin amarse, porque ni una ni otro eran capaces de sentir el amor. Así se consideraban dichosos (76)

Parece aún que el amor es un ingrediente que no debe incluirse en el matrimonio para preservar los privilegios de clase así como el decoro:

—Pero mamá —contestaba la muchacha— ¿cómo me he de casar si no amo a nadie?

—Dios me libre que tú amaras a alguno. No te volvería a ver; te encerraría en un convento. Precisamente, por eso te debes casar, porque no amas a nadie.

Béndito sea Dios que te ha preservado de semejante mal (77)

Cuando el amor ha llevado a los novios al altar sin que su amor se vea confirmado por las bases que la sociedad considera necesarias para el casamiento, este amor desaparece rápidamente dejando lugar a la indiferencia, o al odio.

El matrimonio de Periquillo, contraído con la idea de sacar su deseo tiene una felicidad muy corta la "luna de miel" só

lo dura cuatro o cinco meses. Dos años dura la de Lamparilla y de Cecilia la frutera, pues ella es una buena y virtuosa mujer, pero su falta de educación, como ya lo mencionamos, es la que acaba con la paz doméstica y el amor de su marido.

Al pasar la época del amor, todos los defectos, ocultos por la pasión, resurgen en la vida cotidiana y hacen de ella un infierno. Por fin, poco tiempo después de la boda, el marido no se dedica ya exclusivamente a su mujer.

El matrimonio de conveniencia social o el que se logra por amor se ven igualmente desprestigiados porque no logran las aspiraciones de amor y de felicidad eternas.

Ya hemos visto que no llena los deseos de placer erótico que se van a buscar por otro lado. Las discrepancias que existen entre los esposos aumentadas por problemas materiales, o la indiferencia tranquila en que parecen vivir los esposos que tienen todo lo necesario, llevan a plantearse la pregunta de por qué no funciona el matrimonio, de por qué no llena todas las aspiraciones humanas.

Tenemos dos contestaciones que estudiaremos enseguida:

Una, la de Lizardi, es la siguiente: el matrimonio es realmente una institución que puede aportar la felicidad a las personas que lo contraen. El problema se encuentra en saber adoptar la educación y dirigirla hacia él, y en encontrar el tipo de amor que se adapta a la vida matrimonial.

La otra, del romanticismo, expresado en su teoría por Castillo y que se extiende rápidamente a toda la literatura, es la que

considera al matrimonio como una especie de aberración, una aburrida y prosaica realidad mientras la vida del alma, el amor pasión, es la concepción del mundo y de la vida que exalta la parte espiritual y noble del hombre.

Ambas ideas del amor están dentro del acervo de las ideas que formaban la concepción general del mundo pero que desarrollan cada una una porción de ella.

NOTAS

- (1) Castillo. Hermana de los Ángeles. II, p.252.
- (2) Payno. El pistol... I, VI, p.44
- (3) Lizardi. La nuijotita... XVI, p.132 (los subrayados están en el texto)
- (4) Payno. El pistol... I, XXIII, p.140.
- (5) Id. I, XXIV, p.161.
- (6) Lizardi. La nuijotita... XXXIX, p.292.
- (7) Castillo. ¡Hasta el cielo!, III, p.143.
- (8) Payno. Los bandidos... II, XXVIII, p.504.
- (9) Lizardi. La nuijotita... Y, p.79.
- (10) Ibid. p.79.
- (11) "a la primera sospecha que tenga, te clavo en el corazón este puñal y después sigo con tu - hija" Payno. Los bandidos... I, VI, p.29.
- (12) Lizardi, La nuijotita... X, p.79.
- (13) Id. IV, p.37.
- (14) Esta es una posición similar a la de la conue- ta que pretende dominar al hombre.
- (15) Lizardi. La nuijotita... XXXIX, p.292.
- (16) Payno. Los bandidos... II, XXVIII, p. 5o5
- (17) Cuellar, en años posteriores, describe una familia compuesta por una madre y una hija mantenidas y después abandonadas por un hombre -- cerado. Este cambio en la novela posiblemente no corresponda a un cambio en la realidad de las costumbres, sino a un cambio en la mentalidad de los escritores que se lanzan a la moda de la escuela literaria del realismo; sería, entonces, cuestión de estudiar el porqué se -- extiende esta moda.

- (18) El Sr. Franco (1868), en Elzaga. Mauricio el adiestrado..., p.213.
- (19) Payno. Los bandidos..., II, XXVIII, p.500.
- (20) Mayer. IX, p.73.
- (21) Calderón. Op. cit., XX, p.148.
- (22) Payno, El pistol... I, XIII, p.85.
- (23) Díaz Covarrubias. "Víctima y madre", Impresiones y sentimientos, p.115. (1859)
- (24) Ríos. El oficial mayor, p.237 (1864)
- (25) Ramírez. Una rosa y un harapo p.121-22 (1863)
- (26) Payno. El pistol... II, VII, p. 262.
- (27) Ramírez. Op. cit. p. 121.
- (28) Elzaga. Mauricio... XXXV, p. 203 (1868)
- (29) Payno. El pistol... II, VII, p.261.
- (30) Id. p.262.
- (31) Payno. Los bandidos... II, LXI, p.709
- (32) Díaz Covarrubias. "Caridad". Impresiones y sentimientos. p.17
- (33) Lizardi. La quijotita... XXIII, p. 182.
- (34) Díaz Covarrubias. El diablo en México. II, p.412-13.
- (35) Payno. El pistol... I, XXIII, p. 131.
- (36) Payno. Los bandidos... II, LVIII, p. 726.
- (37) Lizardi. La quijotita... XXXVI, p. 273; XXXIII, p. 260.

- (38) "una bircochería y chocolatería en la calle de la Merced, que tenía su vista al oriente, una habitación interior y su cocineta con un del patio que ganaba ocho pesos cada día, y vendía el día que menor doce pesos, querían cien pesos de traveso y de existencia tendrían trescientos." Id. (XXXV, p. 267)
- (39) Id. XXXIX, p. 292.
- (40) Payno. El pistol... I, XXIII, p. 140.
- (41) Id. I, XXVII, p. 187-88.
- (42) Id. I, VII, p. 262.
- (43) Calderón. Op. cit. XVIII, p. 133.
- (44) Payno. Los bandidos... II, XXVIII, p. 505.
- (45) Forsey. Op. cit. VI, p. 273.
- (46) Díaz Covarrubias. "Juventud inútil". Impresiones... p. 49.
- (47) Payno. El pistol... I, XXIII, p. 140.
- (48) Ríos. El oficial mayor p. 20
- (49) Payno. El pistol... I, XIII, p. 85.
- (50) Id. XXII, p. 136.
- (51) Elizaga. Mauricio... XLVI, p. 262.
- (52) Díaz Covarrubias. El diablo en México. III, p. 422
- (53) "Yo solo, siempre solo, sin saber quien es mi padre... ¿Pe atreveré á solicitar la mano de Virginia?"
Ríos. El oficial mayor p. 192.

- (54) Díaz Covarrubias. Sil Gómez... IV, p.175-76
- (55) Galberón. Op. cit. XLVII, p.334
- (56) Id. XXIII, p.170
- (57) Díaz Covarrubias. La clase media, II, p.342.
- (58) Lizardi. La quijetita... XXXV, p.267 (1818-19)
- (59) Payno. El fintol... III, XIII, p.543 (1844-46)
- (60) Díaz Covarrubias. La clase media. IV, p.375 (1844-46)
- (61) Payno. Los bandidos... II, LXIII, p.756.
- (62) Elizaga. Mauricio... XLVI, p.261.
- (63) Díaz Covarrubias. El diablo en México II, p.417.
- (64) Díaz Covarrubias. "Casamiento" Impresiones y... p. 18
- (65) Díaz Covarrubias. "¡Muerta para mí" Id. p.57.
- (66) Tovar. La hora de Dios. XVII, p.81.
- (67) Lizardi. La quijetita... X, p.86.
- (68) Ríos. El oficial mayor. p.21.

- (69) Lizardi. La guijotita... VIII, p.67.
- (70) Id. XXVII, p.250.
- (71) Pelomo. Luisa o San Luis Pelomo... p.242.
- (72) Díaz Covarrubias. "Amor". Impresiones... p.11
- (73) Id. "Casamientos", p. 18.
- (74) Ramírez. Op. cit. XXIII, p.35.
- (75) Id. p.74
- (76) Tover. Op. cit. p.77.
- (77) Payno. El pistol... p.140.

EL AMOR PARA EL MATRIMONIO

Toda la obra de Lizardi, La quijotita y su prima (1818-1819), así como algunos comentarios en El Periquillo Sarniento (1816), se dedican a infundirles nueva vida a los valores del matrimonio a través de una reforma de la educación, especialmente la de las mujeres cuya misión se desarrolla en él.

Su método consiste en ir examinando y criticando las ideas y costumbres de su época concernientes a las relaciones entre los sexos, para censurar las que no convienen a su meta, reformar las que le parecen importantes y aportar nuevos puntos de vista. Presenta el resultado de sus observaciones y reflexiones en una forma novelesca oponiendo dos sistemas de vida, uno malo y otro bueno, que llevan a dos resultados, uno de los cuales es la felicidad en la vida conyugal. Hemos preferido presentar sus ideas en forma más sistemática que la que él adopta en el relato novelado. Ya hemos tratado sus ideales de la reforma de la educación de las mujeres, encaminada a la reforma del matrimonio, y ahora estudiaremos sus ideas sobre las relaciones entre los sexos, el amor y el matrimonio. Las hemos organizado de tal forma que nos permita ir desechando lo que a él considera censurable para quedarnos con lo que le parece fundamental.

I CRITICA Y REFORMA DE LAS COSTUMBRES EN LAS RELACIONES ENTRE SEXOS

A lo largo de nuestro trabajo hemos utilizado el testimonio de Lizardi y sus críticas en lo que se refiere a las costumbres así como algunas de sus ideas de reforma sobre la manera de lle-

varse a cabo las relaciones entre los sexos. Sin embargo, no lo hemos hecho en forma sistemática y aquí, para evitar repeticiones, nos limitaremos a plantear sus ideas generales sobre este tema en particular.

En una sociedad en que los lugares y ocasiones de reunión entre los dos sexos se ven limitadas, Lizardi observa una tendencia a admitir una mayor libertad. Considerándola inmoral en sí y conducente a la desgracia, pretende reducir estas oportunidades al máximo, tanto en la frecuencia y la duración como en el grado de intimidad a que se podía llegar e intenta suprimir por completo la posibilidad para las mujeres de "familiarizarse a solas con los hombres".

Reafirma la obligación de los padres, en especial de las madres, de velar sobre el honor y la virtud de sus hijas, ejerciendo una estrecha vigilancia sobre ellas y conteniendo, por el respeto que inspira su presencia, todo exceso.

Pero la conservación de la virtud y del honor de las mujeres, indispensables para la felicidad conyugal, depende básicamente de su educación; información sexual, reglas para comportarse con los hombres, discernimiento de los caracteres y de las intenciones masculinas.

A la seducción opone siempre dos obstáculos, la virtud de la muchacha que se manifiesta en el pudor y el recato, y el respeto que impone la presencia de padres o maridos. No mide sus condenas a las madres abandonadas o descuidadas que acaban haciendo a sus hijas viciosas y desgraciadas, ni a los maridos que no saben

dirigir a sus esposas con firmeza y prudencia. Ya hemos estudiado la importancia del honor y de la reputación en vista al matrimonio.

Finalmente, propone una serie de modificaciones en la vida social para evitar que sea necesariamente pervertidora. Su fin es lograr diversiones sanas que, atendidas con moderación, aporten la alegría y no el vicio y la amorosidad.

II LOS IMPEDIENTOS AL VERDADERO AMOR

Para Lizardi existen una serie de conceptos de la vida, del amor, del matrimonio y de las relaciones entre los sexos que engendran la infelicidad consiguiente a la mala conducta e impiden el desarrollo del "verdadero amor". Estos obstáculos son de diverso género, exteriores a la voluntad de la pareja, o consiguientes a ideas o deseos pervertidos y a conductas imprudentes.

El primero de los obstáculos a la realización del amor lo constituyen los padres que abusan de su autoridad y de sus derechos para impedir el casamiento de sus hijas con quienes aman.

Ya hemos visto los casos que Lizardi tanto reprueba, de la utilización de la fuerza para obligar a las hijas a profesar o a casarse contra su voluntad, engendrando una serie de desgracias, entre las cuales la fuga, como medio de escapar a un mal mayor, no es mucho más adecuada.

Atribuye principalmente estos desórdenes a la ambición de los padres, que, por no querer deshacerse de su dinero o por desear adquirir fortuna, no consultan a sus hijas en la elección de

un marido.

pero como tiene dos buenas haciendas, ha alucinado no sólo a su padre, sino a su madre, prometiéndoles a todos una ventajosa mudanza de fortuna, luego que se verifiquen sus bodas. (1)

Esta manera de forzar a las hijas en contra de su vocación constituye un grave pecado por parte de los padres: causan su infelicidad y ponen en peligro su salvación eterna, aún más gravemente si las hacen profesar en contra de su voluntad.

La codicia y el deseo, así como el anhelo de un título nobiliario (2) pueden conducir a un mal casamiento con las funestas consecuencias del odio y de la desdicha:

y como no se me había entregado por amor sino por interés, luego que se cercioró de la falta de éste comenzó a resfriarse en su cariño...

Ya se ve, como tampoco me casé por amor sino por otros fines poco honestos, deslumbrado con la hermosura de Mariana y agitado por la privación de mi apetito, luego que éste se satisfizo con la posesión del objeto que deseaba, se fue entibiando mi amor insensiblemente. (3)

Lo único que puede resultar en un matrimonio sin amor es el odio, pues la continua convivencia extrema los sentimientos:

y ambos comenzando a vernos con desvío, seguimos tratándonos con desprecio, y acabamos aborreciéndonos de muerte. (4)

También hace falta una sólida educación que permita a los consortes escogerse con la reflexión y la prudencia necesarias para tomar una decisión que compromete, no sólo una vida entera, sino dos o más. Con el conocimiento de la naturaleza humana y de sus defectos y la ayuda de los padres se evitaría el engaño de

las muchachas crédulas por hombres engañosos:

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas estén muy sobre aviso. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces satisfecha la pasión o el apetito, se conocen los defectos de la mujer si son ligeros, o los toleran con prudencia cuando son capaces de esa virtud, o los aborrecen con la persona; y si son graves, excitan todo su odio y su venganza. (5)

En los hombres se debe buscar una fortaleza de carácter que se exprese suave pero firmemente, pues si no la poseen oscilan entre los extremos de la debilidad o de la tiranía, igualmente nefastos a la paz conyugal y a la realización de hombres y mujeres buenos. Resultan o demasiado duros o demasiado blandos, ignorando como se debe dirigir su matrimonio y no considerando a su esposa como una compañera:

Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye en su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos a su dignidad y como obstáculos a la felicidad doméstica y a la paz del corazón.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres, las esposas no sabrán ser mujeres. (6)

En las mujeres, la prudencia es una cualidad sin igual para la conservación de la paz conyugal, pues permite calmar aún al marido que no sabe comportarse como tal:

...mi pobre mujer comenzó a experimentar los malos tratamientos de un marido pícaro que la aborrecía, aunque ella, lejos de valerse de la prudencia para docilitarme, me imitaba más y más con su genio orgulloso e iracundo. Ya se ve como que tampoco me amaba. (7)

En fin de cuentas, la acción de los esposos se ejerce recíprocamente y cada quién debe evitar empeorar al otro por su mala conducta y su mal carácter;

hay mujeres que tienen la gracia para echar a perder a los mejores hombres (8)

Conoci que mi mujer era naturalmente fiel y buena, y yo la hice enfadosa a fuerza de hostigarla con mis inicuos tratamientos. (9)

El ideal de Lizardi se encuentra en el justo medio que permite el compañerismo entre marido y mujer:

..porque Dios, cuando creó la mujer al primer hombre, no dijo: hagamosle una ama a quien sirva, ni una ociosa a quien mantenga, sino una mujer que le ayude como a su semejante. (10)

Acaba también con el amor, en el matrimonio, la desconfianza. Esta puede provenir del hecho que la muchacha no se haya casado virgen y expresarse no sólo en el temor a la infidelidad sino también en la costumbre de recalcar el hecho en cada disgusto o discusión que surja en la vida cotidiana. (11)

Los mismos resultados tiene el adulterio de la mujer sobre el amor que su marido le profesa y viene a añadirse a ello el resentimiento por haberse visto deshonrado por la falta de su mujer. (12)

Ya hemos estudiado las ideas de Lizardi sobre el adulterio del hombre como sobre el de la mujer; aquí solamente quisimos recalcar los efectos que tiene, no sobre la moral, la religión o la vida en sociedad, sino puramente en la vida doméstica. La costumbre de los hombres, que deja percibir Lizardi, de tener amantes y el miedo al adulterio de las mujeres hacen nacer los celos en el

corazón de los esposos destruyendo la tranquilidad de la familia. Analiza con fineza las demostraciones de celos en hombres y mujeres y muestra como la celosa infiere, con deducciones falsas sobre detalles insignificantes, la infidelidad de su marido.

Sin embargo, para Lizardi los celos no son una expresión de amor, sino más bien prueban su inexistencia que deja lugar al orgullo y al amor propio y no a la confianza que debe ser su base:

aunque yo no sé como combinar el aborrecimiento que le tenía con los celos que me abrasaban, pues si es cierto el común proloquio de que don de no hay amor, no hay celos, seguramente yo no debiera haber sido celoso si no es que se discurre que no siendo los celos otra cosa que una furiosa envidia agitada por la vanidad de nuestro amor propio, nos exalta hasta la más rabiosa cólera cuando sabemos o presumimos que algún rival nuestro quiere posesionarse del objeto que nos pertenece por algún título, y en este caso claro es que no celamos porque amamos, sino porque concebimos que nos agravian, y aquí bien se puede verificar celo sin amor, y concluir que en lo general es falsísimo el refrán vulgar citado (13)

Finalmente, uno de los motivos más graves de fracaso en el matrimonio lo constituye la falta de virtudes domésticas en la mujer y el afán de lujo que termina con la fortuna y obliga a entregarse a la miseria y al vicio.

Es preciso decir y repetir muchas veces para go bierno y aprovechamiento de las señoras mujeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices ni hacer dichosos a sus maridos e hijos; pues las virtudes domésticas no son más que la práctica de las acciones útiles a la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor filial, el amor fraternal y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administración de todo lo que concierne a la riqueza de la familia o de la casa... La economía es una virtud, porque el que

no hace ningún gasto inútil se encuentra siempre con un sobrante, que es lo que constituye la verdadera riqueza... (14)

La mujer que en su educación no haya aprendido como se gobierna una casa y que prefiera dedicarse a una vida social inútil será una mala esposa y una mala madre.

En esta parte hemos intentado mostrar lo que se opone al amor o lo que lo destruye. Existen igualmente amores falsos que lo imitan a tal grado que engañan a los destinatarios y, a veces aún, a los que las experimentan. Algunas causas fundamentales pueden ser de la misma naturaleza que las que describimos anteriormente, pero la diferencia fundamental estriba en que, en general, es inconsciente hasta el momento en que lo que causó ese falso amor desaparece y lo hace morir.

III LOS FALSOS AMORES

El amor verdadero aspira al matrimonio y falso será todo aquel que no busque su realización en él. Entre estos está el amor erótico o puramente sensual que aspira únicamente a la posesión del objeto deseado.

En toda la obra de Lizardi abundan las condenas a la seducción. Ya hemos visto como ésta se lleva a cabo y en que forma se puede evitar. Aquí solamente mencionaremos que es reprobable por que constituye a los ojos del autor una parodia del amor con miras al engaño y al mal y porque pone en peligro la felicidad en este mundo y la salvación en el otro:

cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminilidad. (15)

El amor erótico puede igualmente inclinarse al matrimonio haciendo creer al que lo siente que está realmente enamorado, pero pronto termina con el final la belleza de la mujer o con la satisfacción de su deseo.

Los hombres, hermana, por lo común quieren a las mujeres, pero no las aman; esto es, las quieren como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envían a la caballeriza y no se acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma o se envejece tratan de deshacerse de él a toda prisa (16)

Por otro lado, el afecto que encubre el gusto por las comodidades y el lujo que puede proporcionar el otro, no puede encontrar la plenitud. En efecto, cuando el dinero llega a faltar ese amor se desvanece:

Toda la conducta de esa vil mujer estaba demostrando que nunca tuvo a su marido más que un amor interesado; que el gusto de su regreso fue porque esperaba volver con desahogo a su antigua vida, y que, como esta se le alejó porque el colmo de la desgracia había hecho cuerdo a su marido, le aborreció y acaso deseó su muerte para gozar a sus anchuras de aquel caudal. (17)

Pero Lizardi se interesa sobre todo en mostrar la falsedad del amor que no solamente engaña a la persona a quien se dirige sino que también alucina al que lo resiente fundamentándose en ilusiones y no en verdades:

cuando están realmente apasionados o ciegos por lo que aman, creen que jamás dejarán de amar a su objeto, y así lo aseguran sin mentir, pero engañados; pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. (18)

También el amor a primera vista es altamente improbable, pues

para Lizardi, como lo estudiaremos después, el amor verdadero nace del conocimiento de las virtudes del otro:

Es muy difícil, por no decir imposible, apasionarse de una mujer, por hermosa que sea, a la primera vista. (19)

Tampoco se debe creer en la verdad de un amor que profiere que su objeto es perfecto pues la perfección no es humana. El amor si quiere perdurar tiene que tomar en cuenta lo imperfecto o "disimularlo con prudencia" y en cierta forma hacer de ello un factor de felicidad.

Lizardi considera la existencia del amor pasión que busca la perfección en el ser amado, pero niega su veracidad al mostrar que al conocer a la persona, desaparece pues cultiva las ilusiones. Sin embargo se deja llevar a pintarlo y a considerarlo como amor verdadero pero añadiéndole ciertos elementos que lo hacen aceptable al lado de la idea del amor que considera conducente a la felicidad por la virtud.

IV. EL VERDADERO AMOR

Después de haber examinado las costumbres amorosas y haber descrito los amores falsos, plantearemos lo que para Lizardi es el verdadero amor.

Como ya lo hemos mostrado en lo que toca a la educación, en Lizardi se advierten dos claras tendencias en su intento de reforma. Por un lado pretende reforzar la tradición cristiana del matrimonio y por otro aporta elementos nuevos como el ejercicio de la razón en todos los aspectos de la vida humana (excepto en los

de dogma religioso).

En cuanto a su concepto del amor y del matrimonio, aunque se deja seducir por el amor pasión de Welster y Carlota en La Quijotita, su ideal se plasma en el de Modesto y Pudencia: a así como en el de sus padres, el Coronel y Matilde. A estos dos amores los considera verdaderos e intentaremos discernir lo que los hace distintos y en qué consiste la "verdad" de ambos.

El amor es una pasión propia de las almas generosas y sensibles. (20)

Para empezar Lizardi plantea que la esencia del amor es espiritual que se manifiesta en un grupo selecto de hombres de bien. Su fin consiste en dar como en recibir.

Este amor no puede nacer más que del conocimiento de las virtudes del amado pues la belleza física aunque agradable, muchas veces constituye un don lleno de escollos que, si no se evitan, pueden llevar a la desgracia y a la perdición de la mujer y de sus enamorados

Las virtudes por sí mismas son amables, y cuando se hallan en una mujer hermosa nos parecen aún más atractivas (21)

La fuerza y la autenticidad del amor se demuestran en su anhelo de durar toda la vida y de cimentar unas bases firmes para lograr su permanencia. En efecto, la belleza corporal, un bien fugaz no se compara con la sólida virtud que permite una base perdurable al amor.

Primero: que siendo la belleza de la mujer un bien tan fugaz y tan frágil, que se pierde con cualquiera grave enfermedad e infaliblemente con la vejez será harta imprudencia fiar en ella una felicidad constante.

Segunda: que los defectos del cuerpo se hacen muy tolerables con las perfecciones del espíritu; pero los defectos de una alma grosera y corrompida con los vicios, jamás pueden hacer se tolerables, aunque se escondan bajo un rostro hermoso. (22)

El cultivo constante de la virtud forja la auténtica belleza a la cual tiende el amor que nacerá entre el hombre y la mujer de bien.

Pero el amor no es únicamente amor de la virtud sino que debe convertirse a su vez en virtud. Para Lizardi la única manera de conseguirlo es aspirar al matrimonio y realizarlo plenamente en él. Las intenciones de unirse en matrimonio son la médula del amor verdadero:

Yo os amo con pureza; no puedo ya resistir al dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, o si algún día podré esperar que hagáis para siempre venturoso al infeliz.

Jacobo. (23)

Otro fundamento básico del amor se encuentra en la correspondencia. No puede existir en su plenitud en un solo sentido pues le falta el nutrirse en la seguridad de ser amado y acarrea la pena del que no sabe si es correspondido.

De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero éste no estaba cierto de la correspondencia de su amada (24)

Recordemos aquí que Lizardi pide para las mujeres la posibilidad de expresar su amor sin falso pudor, pues está en juego lo más importante para lograr la felicidad o perderla.

no hay porqué disimular los afectos cuando son inocentes. (25)

Para Lizardi el amor consiste en el deseo de ser correspondido y de vivir juntos por toda la vida en el estado de matrimonio. Esto hace la ausencia tan difícil de soportar: La separación de los que se aman se ve como una prueba de fidelidad, de constancia y de confianza. La tristeza del amante sin noticias se hace insufrible cuando pueden insinuarse las dudas destructoras del amor. El trozo de presencia que transporta la carta de la amada es un bien preciado que desvanece la ausencia total.

Abriola muy sobresaltada, y apenas vio la de su querido Welster y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazón sensible y las lágrimas salieron a sus ojos. Besó el papel innumerables veces, la humedeció con su copioso llanto, lo apretó contra su pecho... (26)

La ausencia que se cree pasajera acongoja a los que se aman a pesar de las esperanzas de un futuro más risueño pero cuando se hace definitiva se prefiere el estado anterior de tranquilidad, a las felicidades y las desdichas extremas del amor.

¿Para qué me amaste tan deveras, y ya que me amaste, para qué te ausentaste de mis ojos? ¡Ah, Welster desdichado! Ven, vuela en alas del amor a socorrer a tu infeliz Carlota, mira que te la arrebatan de los brazos. (27)

Las delicias pasadas se volverán un eterno recuerdo que amargará las horas en que no se gozan:

Sí, yo te voy a perder eternamente. Ya no volveré a ver ese semblante tan lleno de inocencia; ya no escucharé de tu boca aquellas tiernas expresiones que me manifestaban tu amor puro...; ya huyó de mi corazón aquella lisonjera esperanza que me alentaba de poder alguna vez llamarte mío. (28)

Este amor se caracteriza en su violencia que se acrecienta en

los obstáculos y que al sentirse abandonado el amante, pasa sin transición del amor al odio, de la esperanza a la desesperación.

Amaba tiernamente a Carlota y su vista renovó su cariño, pero al mismo tiempo que se creía abandonado de ella sin motivo, en un instante convertía en un odio mortal aquel afecto que volvía a desechar para quererla. De modo que se hallaba a un tiempo con dos pasiones opuestas entre sí, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado por los dos, no tenía libertad para decidirse por ninguna. (29)

Lizardi pinta este amor con la intención de mostrar los estragos de las pasiones. Es un amor puro y santo pues se lleva a cabo entre dos personas virtuosas en vista de unirse en matrimonio. Sin embargo varias razones lo hacen reprobable. Para empezar censura la oposición del padre de la muchacha y su deseo de apartarla del matrimonio para hacerla profesar en contra de su voluntad que aumentan la pasión amorosa. Pasión que se opone a la prudencia y a la reflexión y que somete al enamorado a su imperio, independiente de la razón y conduce a acciones de que se podrían arrepentir.

Su regocijo era inexplicable en el instante que vió a Welster: este tuvo mucho que hacer para disimular su pasión, más ella no tenía entonces la prudencia necesaria, y más de dos veces advirtió que estaba a pique de declarar su amor, a pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenía. (30)

Luego que se la entregaron al secretario y se vio libre de las monjas, corrió hacia Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedían. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasión vehemente no deja reflexionar en nada (31)

A pesar de la simpatía del autor por sus propios personajes

no aprueba el tipo de amor que se profesan y los actos poco comedidos a los que se ven llevados por su pasión. Sin embargo, como las bases para la duración de ese amor en el matrimonio existen, se decide a aceptarlo como amor verdadero. Pero este no es su ideal.

V AMOR Y MATRIMONIO

En efecto, diferente en todo aparece el amor de Modesto y Padenciana. Esta última es el modelo que nos presenta en su novela y en quien se realizan las esperanzas que su buena educación permitían concebir. A través de un manejo prudente, guiado por la experiencia y el cariño de sus padres ha conseguido guardar su honor y su reputación y conocer a los hombres.

Su situación es totalmente distinta a la de Carlota. Su padre no sólo no se opone a su matrimonio, sino que hará todo lo posible para realizarlo con un hombre de bien aunque fuera pobre:

Y si algún día tu llegares a amar algún hombre de bien, merecedor de tu virtud, ¡con cuánto gusto me prestaré a realizar tus intenciones, si estas fueren unírte con él en el estado santo del matrimonio (32)

De ahí todas las relaciones con el amado son distintas. No hay porqué verse fuera de casa, ni porqué concertar citas en casas de amigas comunes sin que el padre lo sepa. No existirán obstáculos insuperables que vencer, que eran los que le conferían al amor pasión mucha de su vehemencia. Si el amor de Welster y Carlota era un amor puro, también era violento. No dejaba al corazón en reposo un instante. El amor de Modesto y Padenciana se

muestra tranquilo, apacible, tierno; se desarrolla en plena felicidad. El amor pasión desgraciado es tema de varios capítulos de la obra mientras el amor ecuánime solamente ocupa algunas líneas...

Lizardi, como moralista no puede dejar ahí las cosas y como intenta demostrar que la felicidad es posible en el matrimonio, se dedica a describirla aunque no haya mucho que contar sobre personas felices, de ahí la naturaleza de la novela. Y esta es la oposición básica que encontramos entre los dos amores. Uno se desarrolla en la desgracia y termina felizmente el día de la boda, el otro empieza a actuar dentro del matrimonio, porque es el que se adapta a su meta, la felicidad en este mundo.

El amor pasión nace de la fuerte impresión de las virtudes del objeto amado, de su belleza en particular; el amor ecuánime va brotando insensiblemente del trato mutuo y pasa de la amistad al amor. Uno nace amor, el otro se va haciendo amor. Uno es fogoso el otro es tierno:

Con este pasaporte visitaba Modesto la casa con frecuencia a la frecuencia siguió la comunicación, a ésta la amistad y a la amistad el más tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa conducta, a un tiempo, se declararon con el Coronel y doña Matilde, los dos condescendieron con mucho gusto, y se verificó el apertecido enlace... (33)

La prudencia y la ternura que presidieron a la elección de los esposos siguen actuando benéficamente después de la boda.

Y esto no es pura casualidad. Proviene del concepto particu

lar que tiene Lizardi sobre el amor conyugal. Todo amor, para ser digno debe aspirar a realizarse en el matrimonio, en pleno conocimiento de causa, y por toda la vida. Lo que está en juego no es la fusión de las almas sino la convivencia cotidiana que hará la vida feliz o infeliz. Lo que importa es amarse hasta la separación en la muerte con la confianza en que Dios permitirá la unión de los que se han amado en la Tierra. Es un compromiso para este mundo. El amor no es un sentimiento, consiste en una serie de actos conducentes a la felicidad y al bienestar del amado que constituyen la virtud:

y no te fies de papelitos tiernos sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien. (34)

El espíritu santo dice que la mujer buena se dará al hombre por sus buenas obras. (35)

El amor comprende igualmente a toda la persona, alma y cuerpo y el matrimonio pretende integrar el amor corporal al espiritual. Una de sus metas es "aplacar la concupiscencia" pero Lizardi va más lejos planteando que la esposa debe constituirse en el "mayor placer honesto" de su marido.

El matrimonio no es inferior a ningún otro estado y es tan santo como la vocación religiosa:

El matrimonio es un sacramento santificado por el mismo Jesucristo. En él se puede servir a Dios como en cualquier otro estado elegido con verdadera vocación y si la tuya es para el matrimonio, yo contribuiré al logro de tus deseos pues pueden ser tan santos como los de la religión más perfecta, si se redacen a servir a Dios en ese estado. (36)

Porque al cuerpo que no soporta el estado de castidad, le

será muy difícil permanecer en la santidad y su alma se perderá:

Este es el consejo del apóstol: Más vale casarse que abrazarse. (37)

La mujer se concibe como una compañera y una ayuda, aunque su debilidad corporal la ponga bajo el amparo y la protección de los hombres.

A los hombres les toca, en razón de su superioridad, educar a sus esposas y a éstas obedecer a sus maridos, pero dentro de prudencia y el amor:

¡Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo y la dulzura con que éste le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad. (38)

Y con la ayuda de la razón:

no se contentaba con decirle lo que era bueno o malo, sino que procuraba convencer su entendimiento con la razón y la experiencia, y para asegurarse de que ella no accedía a su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde un principio a que le propusiera las objeciones que encontrara para desvanecerlas. Matilde lo hacía así, y de este modo tenían unas conferencias muy divertidas. (39)

En reciprocidad a sus buenos consejos, a la bondad con que la tratan, a la presencia que manifiesta en todo momento su marido, la mujer por su trabajo y su economía contribuye a la prosperidad del hogar y del negocio de familiar, así como a la adquisición de un patrimonio para los hijos.

Todas las virtudes domésticas que demuestra se unen a la dulzura a la prudencia y al amor para "amarrar" a su marido:

Pudenciana sabía muy bien manejarse como mujer amada, reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituía su inferior; y así jamás le preguntaba a donde iba, ni de dónde venía; tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiría con sus arbitrios; mucho menos se oponía a su gusto para nada, ni disipaba en lujo, ni en modas el sudor de su rostro. (40)

El marido también conoce sus deberes y obligaciones:

pues era carne de su carne, una misma con él, y no su esclava. (41)

La confianza y la ayuda mutua no sólo aumentan la prosperidad de los cónyuges mientras vive el esposo, sino que permiten, que cuando llegue a faltar, no se queden la esposa y los hijos en la miseria.

...aprovecha esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere que siempre estés impuesta de todos los negocios de la casa para que si le sobrevives no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejarse sola y hacer la felicidad de tus hijos. (42)

Finalmente Lizardi pide, para realizarlo en el matrimonio el amor que se fundamenta sobre la virtud, sobre los actos pero que tolera la imperfección humana y que integra su existencia misma al concepto de amor para hacerlo humano.

Para lograr la felicidad en el matrimonio por toda la vida se precisan dos elementos fundamentales: El cubrir todos los riesgos humanos eligiéndose los esposos con prudencia y reflexión, y dejar que las imperfecciones sean toleradas por amor, por un amor cuya esencia misma lo permita y sea afín al matrimonio mismo.

Pocos lo lograrán, pero por una buena educación generaliza-

da, poco a poco se verán los frutos del matrimonio reformado.

He aquí la descripción más completa de las bases y las metas del matrimonio:

Tenga la mujer prudencia y consejo en la elección de marido, experimentándose mutuamente los dos, consulten la experiencia de los padres y del confesor, conócanse los genios y costumbres, aspiren a ser felices el uno con el otro toda la vida, dirija sus fines, no el interés, no la libertad, no el apetito, sino el buscar cada uno de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazón igual al suyo en que descansa con seguridad y un amigo inseparable hasta el sepulcro; entonces la mujer no dará lugar a quejas, riñas ni celos a su marido, ni éste tendrá valor para maltratar ni abandonar a su mujer. Los dos mutuamente se disculparán sus imprudencias, tolerarán gustosos la escasez, gozarán en paz la abudancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia, sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el corazón del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará difícilmente, pues la memoria del consorte llega más allá del sepulcro... (43)

En este capítulo hemos ido depurando lo que para Lizardi consistía el verdadero amor y su "lugar" natural: el matrimonio.

A través de una crítica de las costumbres de su época y por la reforma de la educación revaloriza una serie de conceptos tradicionales sobre las relaciones entre los sexos y el matrimonio. Los pone en acción mediante la prudencia y la reflexión dirigidas por la razón hacia el justo medio, la "medianía". Plantea la posibilidad de elección personal del cónyuge, pero si se quiere acertar, se verá dirigida por la experiencia de los mayores. Esta elección representará además la materialización de una serie de valores que han procurado arraigar sus padres en su con

ciencia. En el hombre se busca buen nacimiento, buena conducta, buen empleo; en la mujer virtudes domésticas, honestidad, prudencia. La fortuna personal no importa mientras sea suficiente para mantener a una "niña decente" y la belleza en las mujeres las más veces es un obstáculo al bien y a la felicidad.

El matrimonio que él describe es fundamentalmente cristiano y tiene sus raíces en la concepción de San Pablo que cita a menudo en su obra. Lo plantea como la convivencia en la fidelidad y en el amor de dos personas, de dos humanos, con alma y cuerpo, con cualidades y defectos. Así como integra el cuerpo al amor, también lo hace con la imperfección inherente a la naturaleza del hombre y los transforma en factores de éxito en esta vida, en este mundo. El amor no se concibe como un sentimiento, aunque parte de él lo pueda ser, es una serie de actos y de acciones encaminados al bien del ser amado y de la familia que resulta de ese amor y que se resumen en las virtudes domésticas.

La característica de este tipo de amor es su tranquilidad y la paz que engendra a su alrededor. Lo podríamos denominar, según la terminología del r. Gaos, "amor ecuánime".

Se fundamenta en la virtud constante, en el conocimiento profundo del otro, en la fidelidad, la confianza y la ayuda mutuas. Anhela la felicidad de la familia en la "medianía" virtuosa y a través de ella se obtendrá la bienaventuranza pues las dos tienen el mismo origen: la virtud.

Los bienes de que se verá colmado el matrimonio perfecto se asemejarán a los del Antiguo Testamento, abundancia de bienes ma

teriales y el cariño y alabanzas por parte de sus hijos. Sin embargo se tiñe igualmente de valores en cierta forma ajenos a los que percibimos en la sociedad criolla del siglo XIX, amor al trabajo y a la "medianía", ahorro de capital que ya aparecen como tendencias burguesas muy a la medida del hombre.

Este ideal es la base del amor cristiano pero le falta su grandeza que proclaman los primeros cristianos. Sería más bien un amor cristiano aburguesado y mediano que difiere esencialmente del otro ideal que resurge en México a mediados de siglo, y que él mismo, a su pesar, no puede dejar de considerar en su obra: el amor-pasión.

NOTAS

- (1) Lizardi. La quijotita... XXIII, p.178
- (2) "Yo aspiro a casarme con un título para que no me digan la señora Pomposita, sino la Marquesa de snuf o scullá"
- id. XX, p.164.
- (3) Lizardi. El periquillo... II, IX, p.267.
- (4) Ibid.
- (5) Lizardi. La quijotita... XXXI, p.246.
- (6) Id. V. p.44.
- (7) Lizardi. El periquillo... II, X, p.270.
- (8) Ibid. p.271.
- (9) Ibid.
- (10) Ibid. p.270-71, nota 3.
- (11) "La que llega al tálamo sin su virginidad, ignorándolo el marido, se expone a pasar una vida amarga e infeliz, pues a la menor queja o incomodidad que haya, le entregará en la cara su anterior licencia a conducta, avergonzándola a cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad y mirándola con una indiferencia que en breve llega a ser un aborrecimiento declarado."
- Lizardi. La quijotita XIX, p.160.
- (12) "Perdida esta virtud [la fidelidad conyugal] en la casada, no encuentra en ninguna otra con

qué resarcirla a los ojos de su marido. La ---
hermosura, la riqueza, la discreción, el muje-
río y las habilidades de que es susceptible el
sexo femenino no son nada en la mujer que una
vez ha faltado a la fidelidad a su marido. Este,
si conoce las leyes del honor, por bueno que
sea verá condescenderle cuantas circunstancias
tenga su mujer recomenables, cada vez que se
acuerde que le faltó a la fé que le prometió
guardar al pié de los altares."

Id. XIV, p.168.

- (13) Lizardi. El periquillo... II, X, p.271.
- (14) Lizardi. La quirotita... XXXV, p.268.
- (15) Id. XXXI, p.256.
- (16) Id. XXXXII, p. 250.
- (17) Id. XXXVI, p.276.
- (18) Id. XXXI, p. 246.
- (19) Ibid.
- (20) Id. XVI, p. 130
- (21) Ibid.
- (22) Id. XXI, p.170.
- (23) Id. XVI, p.130.
- (24) Ibid. p. 129
- (25) Ibid. p.131
- (26) Id. XVII, p.149.
- (27) Ibid. p.144.
- (28) Ibid. p. 144-45.
- (29) Id. XVIII, p.150.

- (30) Id. XVI, p.139.
- (31) Id. XVIII, p.151.
- (32) Id. XIX, p.159.
- (33) Id. XXXII, p.249.
- (34) Id. XXXI, p.247.
- (35) Id. IV, p.31.
- (36) Id. XIX, p.159.
- (37) Ibid.
- (38) Id. VII, p. 55
- (39) Id. VI, p.31.
- (40) Id. XXXIII, p. 253.
- (41) Ibid.
- (42) Id. XXXVII, p.282.
- (43) Id. XXXII, p.251.

EL AMOR PASION

Las ideas de la maldad de la carne, por un lado, y las que conciben la santificación de los sentidos en el matrimonio, que hemos expuesto anteriormente y que contradictoriamente conviven y están profundamente enraizadas en la mentalidad del México del siglo XIX, provienen de dos concepciones filosóficas del mundo y que se expresan en dos visiones distintas del amor y de su papel, y llevan a dos formas básicas del sentimiento amoroso.

Una tiene su origen en la antigüedad clásica y precisamente en Platón, cuyo mundo de las ideas está separado totalmente del mundo material y donde el amor se concibe como lazo de unión que, por una elevación gradual del alma despojándose del cuerpo, llega a la contemplación de la luz. La otra es la tradición judeocristiana en que el mundo es obra de Dios y se redime por su amor. Una es una visión de un Bien que brilla, estático, atrayendo hacia sí las almas purificadas de la materia. La otra es el amor activo de Dios hacia los hombres que lo lleva hacia ellos, encarnándose para salvar sus almas y sus cuerpos por amor.

Las dos conciben al amor como el centro del mundo, pero existe una discrepancia profunda en cuanto a su forma de actuar. Estas dos visiones antitéticas han logrado combinarse en la historia del cristianismo, engendrando visiones específicas en cada época.

ca y en cada sociedad, pero que oscilan entre los dos polos que representan. Este eclecticismo plantea a veces contradicciones profundas y problemas sin solución.

No nos interesaremos en estudiar estas dos visiones del mundo -- más que en la medida que nos sirvan para caracterizar las dos -- grandes ideas del amor nacidas de ellas y las soluciones que se les da tanto para la vida de la sociedad como en la creación -- de sus ideales. Se resumen en la tendencia a desligar el alma -- de la materia y aspirar a la perfección total que encontramos -- en el amor pasión o en la que consiste en el amor cristiano para quien el alma y el cuerpo forman un todo y cuya armonización se encuentra en el matrimonio.

En nuestra visión del siglo XIX mexicano mostramos el ideal del amor pasión como un ideal solución que se presenta como nuevo a una sociedad que en cierta forma lo necesitaba.

Es evidente que el amor pasión no es nuevo, ni tampoco resulta un invento de los escritores mexicanos. Lo que queremos puntualizar es que resurge en ese momento histórico en otro ambiente, el europeo, pero que se adopta en México con gran éxito.

Nos parece sumamente interesante la tesis de Denis de Rougemont (1) que rastrea los orígenes del amor pasión en el mundo cristiano-herético de la Edad Media y muestra los ritmos históricos de su aparición y de su desaparición como ideal profundo de las

sociedades europeas. Uno de los momentos culminantes de esta --
concepción del amor es la época del romanticismo.

Nuestro interés no consiste en mostrar las influencias o las re
laciones del movimiento romántico mexicano con el europeo, ni -
en buscar las ideas comunes o discrepantes en las dos visiones.
Solamente lo planteamos como un movimiento importado o como una
moda literaria quizá, pero que se presenta como un hecho indis-
cutible en la historia cultural (y sentimental) de México. Lo -
que nos toca buscar es la expresión particular que toma en este
medio y las razones que llevan a adoptarlo y a tratar de aclima-
tarlo en el ambiente y la sociedad mexicanas y cuáles son los_
factores que permiten que se integre a las ideas comunmente - -
aceptadas.

Hemos ya intentado presentar un cuadro de las costumbres mexica
nas del grupo social que llamamos criollo procurando discernir_
sus valores esenciales referentes a la relación entre los sexos.
Podemos observar que las ideas que nos presentan los novelistas
sobre el tema dejan percibir cierto abismo entre los valores -
preconizados y las costumbres en ese aspecto.

El matrimonio sufre de un cierto desprestigio al considerársele
supeditado a las preocupaciones de conservación de un grupo so-
cial como tal y al no realizar el ideal latente. Las ideas de -
reforma que pretende generalizar Lizardi no parecen lograr su -

intento, pues tratan de cambiar las costumbres mismas y llevar a la felicidad de los esposos.

En el momento en que se toma conciencia de que el matrimonio, como es vivido no logra la felicidad ni el amor de los esposos, la aparición o el resurgimiento del ideal del amor pasión viene a llenar un vacío.

Por otro lado, la larga tradición en México de la idea de la maldad de la carne en que podríamos remontarnos hasta la cultura azteca que preconizaba las virtudes de la virginidad y la continencia, pasando por la cultura hispánica, es un campo propicio para que arraigue una concepción del amor que pretende librarse del cuerpo.

Estos factores nos parecen fundamentales para la adopción del ideal del amor pasión y en el siguiente capítulo intentaremos -- mostrar las ideas particulares de los autores mexicanos y la -- forma en que se van extendiendo.

Antes de empezar a tratar el tema del amor pasión quisiéramos -- hacer una aclaración de la utilización de este término en nuestro trabajo.

El término de amor pasión recubre, para nosotros, dos realidades distintas de las cuales una es la consecuencia de la imposibilidad terrenal de la otra.

El amor apacible y tranquilo de fusión total de las almas es un estado de felicidad al que se aspira incesantemente. Si alguna vez logra realizarse en este mundo, sólo es en un momento pasajero en que rápidamente la impureza de la materia, en una forma u otra, logrará recordar su existencia. Ese estado de amor es pues imposible en la tierra y solamente puede aspirar a realizarse en el más allá. Esta aspiración constantemente insatisfecha, esta búsqueda insaciable de perfección que sólo se puede realizar en el movimiento y en la lucha contra los sentidos es la que realmente se conoce por amor pasión, cuya violencia es la característica más notable.

Sin embargo, el amor mismo y la aspiración del amor, que se dan con características opuestas en razón misma de la imposibilidad de lograrse, responden a una misma concepción del mundo.

Llamaremos amor o amor puro a lo que se concibe como un estado perfecto y utilizaremos de preferencia el término amor pasión para describir el anhelo incesante de perfección con la violencia que lo acompaña.

Para desarrollar la teoría del amor pasión, estudiaremos la obra de Florencio del Castillo pues es la más completa y la más explícita sobre el tema, y es la que se presenta primero históricamente. Referiremos a su concepción base del amor y del mundo las ideas que encontramos en otros autores y cuyos linea-

mientos generales coinciden con los suyos aunque en ciertos aspectos difieran. Hay que hacer notar la admiración que los románticos mexicanos profesaban hacia este autor y una muestra de ello es la dedicatoria de las obras de Juan Díaz Covarrubias a Florencio del Castillo.

La obra del autor se compone de novelas cortas que en la mayoría de los casos tratan de explotar en unas pocas páginas los trazos esenciales del desarrollo de un amor. La trama de la acción exterior es casi inexistente. Lo que prevalece es un estudio profundo y detallado de las situaciones espirituales, morales y psicológicas de los personajes, incluidas en largas disertaciones sobre la esencia y la significación profunda del amor. El autor no utiliza el término amor pasión, sino que lo nombra amor verdadero, algunas veces pasión verdadera, o simplemente amor. Sin embargo, considera que el lenguaje de los hombres todavía no ha logrado discernir las sutilezas del espíritu y confunde bajo mismos términos conceptos antitéticos por su forma como por su naturaleza profunda. Uno de ellos y el más confuso es el amor:

¡Amor! apenas habrá otra palabra en el lenguaje de los hombres de que más se abuse... Los idiomas son aún demasiado imperfectos y necesitan purificarse muchísimo para llegar á ser siquiera el alfabeto del alma! (2)

En efecto, el amor verdadero es en esencia espiritual y constituye la unión de las partes de una misma alma que se vió separada al penetrar en distintos cuerpos y aprisionada en la materia.

La esencia misma de Dios es el amor, es un Dios amor, un Dios luminoso, y las almas son unos rayos emanados de su mismo ser.

El alma se define como una emanación directa de Dios en Él cual había estado ya unida formando un todo. Al separarse en dos cuerpos siempre anhelará cada parte reunirse con su complemento y volver a su origen que es Dios. El amor constituye la fuerza de atracción que tiende a unir el todo y la fuerza ascensional que lo llevará hacia su fuente, a fundirse en su ser.

Esta fusión en la luz se logra gracias a una reminiscencia de tipo platónico y a una purificación gradual del alma que logra desprenderse de su envoltura material para unirse gozosa en su plenitud y perderse en la luz.

Este resumen necesario de la idea global del amor de Florencio del Castillo, nos permite ahora pasar a un análisis más minucioso de cada concepto y de sus implicaciones.

I La Esencia del Amor.

Como ya lo hemos expresado, el amor es la unión de las dos partes de un todo, emanado directamente de Dios y de su propia y misma esencia; el recuerdo vago de esa unión, el sentimiento de

sentirse incompleto llevan a una parte a buscar su complemento, y así actúa como la reminiscencia de Platón:

"El alma es una unidad, pero en el mundo no está completa. ¿No os ha parecido siempre que no vivíais más que a medias, y que debíais buscar fuera de vos alguna cosa que completase vuestra existencia?

¿No será formada el alma por el cruzamiento de dos rayos, como se produce la luz con el choque de dos corrientes eléctricas, emanadas el uno del corazón el otro de la mente de Dios; rayo de amor, rayo de inteligencia?

Y al descender al mundo, ¿no se separan los dos elementos? ¿no se dividirá el alma como una gota de agua en el espacio, conservando cada mitad sus cualidades? ¿no irá a buscar cada una de ellas la cubierta correspondiente?

Yo creo que Dios lo ha permitido así para que exista en el mundo entre las almas esa fuerza poderosa de atracción, de cohesión dirémos, por que dos almas hermanas no hacen más que un todo" (3)

Toda la visión del mundo y del amor del escritor está fundamentada en la identidad de naturaleza entre el alma plena y Dios. No existe diferencia esencial entre ellos. El alma no se constituye por un acto creador de Dios, sino que fluye de su misma substancia como una emanación que al regresar al Él, atraída por su luminosidad se pierde en una fusión total a través del amor.

¡El amor, germen divino que existe en las almas y las ayuda a salir del estado de embrion, atracción celeste, sol que ilumina la vida, anhelo, simpatía irresistible, que impele a las almas hermanas a buscarse para volar unidas a gozar de la beatitud eterna, misterio sacrosanto que se siente y no se explica... (4)

Este Dios luminoso no va a buscar al hombre sino que se contenta con brillar en su plenitud para elevar hasta sí a las partículas de su ser por la fuerza misma de su atracción:

El amor, en tanto que humano, es la fuerza, la necesidad de las almas para completarse. Realizada esta divina comunión, el alma iluminada por su transfiguración no obedece ya más que a la atracción de Dios, en el cual va a absorberse, no amándose entonces a sí misma, sino por Dios; último grado de perfección, al cual no sé, dice San Bernardo, si alguna persona llega en este mundo . (5)

El hombre constituido por alma y cuerpo no es un todo en sí, no forma una persona distinta compuesta de dos partes igualmente nobles. Es sólo el estado pasajero de un alma que antes de penetrar en la materia que destruyó su unidad se encontraba libre de su peso. El amor permite que se vuelva a fusionar el espíritu perdiendo cada uno de los que se aman los límites de su personalidad en el otro:

Manuel y Rafaelita habían llegado a confundir sus almas en una sola, de tal manera que la una necesitaba de la otra como de una parte propia para existir: -- eran como dos rayos de luz que se mezclan, como dos vibraciones unísonas de una arpa que se confunden... (6)

Por naturaleza debe el amor ser correspondido. Sin esta reciprocidad la conjunción de las almas no se logra y no puede emprenderse la elevación hacia Dios. Al haber estado unidas antes de penetrar en los cuerpos se reconocen y por este sólo reconocimiento pleno quedan unidas en un amor que muchos calificarían -

de amor a primera vista y que no es sino la reminiscencia de tipo platónico:

Ahora bien: ese tipo de belleza celeste y vaga que hallamos en nuestro corazón, ¿no será por ventura la imagen de la otra mitad de nuestra alma, grabada en ese momento en que ambas estuvieron reunidas antes de venir al mundo? ¿no creéis que sea el signo, por medio del cual se deben reconocer algún día...? ¿no sucede á los que han hallado su compañera, que les parece como que han visto ya otra vez a aquella mujer antes de conocerla, aunque no sea más que en sueños...? (7)

Por su fuerza de cohesión y de ascensión el amor elevará por -- grados de purificación el alma reunificada hasta la contemplación de la luz, semejante al filósofo de Platón que había logrado deshacerse de las cadenas que lo ataban a la tierra.

Yo creo, repito, que así el alma como el cuerpo están sometidos a una serie de progresos y desarrollos que van elevando al hombre de esfera en esfera á medida que se perfecciona. ¿No es este en realidad el efecto de lo que él llama ensancharse el círculo de las ideas? (8)

A través de la sublimación de los sentidos en la castidad, se obtendrá la unión espiritual semejante a la contemplación mística: ambas se consiguen por el mismo movimiento ascendente y participan de la misma luz. Se pierde la conciencia de la dualidad, pues ésta se debe únicamente a la materia que se ha vencido en la purificación de los cuerpos elevándolos tras del alma.

Ese amor puro es un sentimiento que tiene mucho de religión y que participa de la eternidad, de la cual es un reflejo; es una amistad "casta y trasluminosa"

por medio de la cual los espíritus se aman entre sí espiritualmente", como dice San Agustín: es una operación del alma, semejante á la que los místicos -- llaman oración de quietud, en la cual el espíritu -- está absorto y el corazón recibe los rayos de amor, devolviéndolos como un espejo de aumento hasta que el alma se pierde en un profundo deliquio! es un -- amor que purifica el alma, que exalta la inteligencia, que regenera el cuerpo, que lo sublima hasta -- hacerlo digno de la resurrección. Hay en la conti-- nencia algo de celeste que eleva al hombre, que ha-- ce mas claras y brillan es sus facultades y que co-- munica cierta transparencia á su cuerpo: es que es-- te, al contrario del otro amor, recoge dentro de sí, como en un foco, y no desparrama la suma de vitali-- dad que le ha sido concedida!

Este es el mayor grado de perfección á que puede -- llegarse en la tierra. Entónces comienza el progre-- so ascendente sin mas prueba ni obstáculo, porque -- esta terminada la revolución mundana. (9)

Se llega pues a un estado contemplativo de quietud y que por su misma tranquilidad demuestra su superioridad sobre la pasión ma-- terial y recordamos que la perfección para Aristóteles era pre-- cisamente la falta de movimiento o de transformación.

En efecto, tanto como es tranquilo, apacible, está-- tico el amor verdadero, espiritual, así es convulso, tempestuoso este delirio de la sangre. ¿No son estos caracteres la prueba que revela mejor sus diversos -- destinos...? (10)

Este estado de quietud, por causa de la unión del alma al cuer-- po no puede ser absoluto y constante y sólo se logrará después -- de la separación total del objeto del movimiento y de la impure-- za, el cuerpo. La fusión total de uno en otro y del todo en -- Dios se dará en la muerte.

... ese amor que es lazo de cohesión del cielo, donde todas las almas completas, sin perder, por un mi g terio sublime, su atracción particular, se funden en una sola alma que al propio tiempo se absorbe en - - Dios y es su reflejo, su resplandor... (11)

Por eso se desea la muerte, que finalmente llenará el anhelo de toda la vida concebido en el momento de nacer. El perderse el uno en el otro en la inmensidad de la Luz y del Amor. Por el amor se habrá llegado al Amor. Es el medio y el fin.

El amor es la más grande recompensa del amor, dice - don León el Magno. (12)

Las relaciones de esta teoría del amor, con el platonismo pasando por San Agustín para llegar al misticismo con sus tendencias peculiares que son el quietismo y el iluminismo, se perciben -- claramente. Van desde la concepción de un mundo luminoso y estático cuyo mundo material es un reflejo opacado por la materia, hasta la idea de la Reminiscencia que le permite al alma emprender la ascensión gradual y purificadora cuyo premio será la contemplación de la luz. Sin embargo, advertimos una diferencia -- fundamental con la concepción de Platón: si lo Bello y lo Bueno son de una sola y misma esencia, la más alta, la más pura, a la contemplación de la cual pretende llegar el alma, es distinta -- del proceso de purificación o amor; aquí se sobrepasa esta idea con la identidad de lo Bello con el Amor mismo. Dios es amor y el movimiento que lleva a él también. El amor ascendente va per

diendo, a medida que se eleva, el movimiento signo de imperfec--
ción para fijarse en la inmovilidad de lo contemplado, hasta fu--
sionarse con él.

Como lo hemos expresado anteriormente, el hecho primordial de es--
te tipo de concepción es que el alma se concibe como una parte--
de Dios en los hombres pues sin ello no podría tender a fusio--
narse en Él perdiendo totalmente su individualidad.

Las dos importantísimas consecuencias de esta visión se resumen
en la sujeción total de los sentidos, expresión de lo material, -
por el espíritu en una purificación constante y ascendente y en
el deseo de muerte que permitirá escalar el último peldaño de -
la purificación por la destrucción del cuerpo, y el perderse en
Dios, en la Luz, en el Todo...

II El Amor y la Pureza.

Hemos ya mostrado como por una elevación basada en la purifica--
ción cada vez más acendrada del alma y del amor se llegaba a la
contemplación de Dios y que solamente se podía realizar al mo--
rir el cuerpo y al disolverse un átomo de luz en la inmensidad--
de la Luz.

Hemos descrito en cierta forma lo exterior del amor, su ascen--
ción impulsada por una negación o, mejor dicho, sublimación de --
los sentidos, pero no hemos mostrado como se opera esta supera--
ción.

En la visión maniqueísta de Florencio del Castillo, el mundo -- que descubrimos se nos presenta de una forma casi geográfica.

En las alturas brilla tranquila y apacible la luz divina atrayendo, por su misma quietud y belleza, a los átomos de su ser -- que se han opacado con la materia del mundo, obra del principio del mal. Actúa el cuerpo a la vez como una pantalla entre el al ma y Dios y como un peso que le impide elevarse, atrayéndola -- con una fuerza, cuanto más temible que es descendente, a los -- abismos de las tinieblas.

Por la reminiscencia las almas conocen la luz y quieren volver_ a ella, pero la materia les impide irse a fundir con su esencia primitiva. Los principios del bien y del mal, del espíritu y de la materia traban una lucha terrible de cuya terminación dependerán la perdición o la salvación eternas.

Las almas llamadas a sostener esta lucha con éxito son pocas. -- Los elegidos de Dios poseen la fuerza del espíritu para vencer_ al mal, al cuerpo.

... El hombre animal no puede hacerse capaz de estas cosas, que son del espíritu, pues para él todas son_ una necesidad, y no puede entenderlas puesto que se -- han de discernir como una luz espiritual que no tiene. (13)

Y entonces se conservarán en el estado de gracia que es el amor, recompensa del dolor, del sufrimiento de encontrarse exilados --

en un mundo malo que no los comprende:

¡Amor! dulcísimo afecto que Dios mismo ha infundido, y del cual ha hecho un ángel para sostener á sus escogidos en medio de la soledad y amarguras de la vida. (14)

A cierta edad, los hombres y las mujeres escuchan el llamado del amor que los puede conducir al amor espiritual de paz y de quietud o al desasosiego de las pasiones materiales.

Este amor de los sentidos, pues que á falta de otro nombre tenemos que darle este, tiene también sus leyes y sus atracciones. En el universo todo tiene relación, como los círculos que se forman y se ensanchan sobre el agua. Pero sucede que así como el uno concentra el alma en un punto para elevarla, así el otro la esparce, la abate, por decirlo así, para hacerla ir á animar á los sentidos inferiores, teniendo por agente de su vitalidad á la sangre.

¡Por esta razón la aurora que en el uno es dulce, -- suave, apacible como los primeros albores de la mañana que empiezan a disipar las sombras, en el otro es agitada, indefinible, sofocante, como los anuncios de la tempestad, como el principio de la fiebre! (15)

Al descubrir la existencia borrascosa de las pasiones materiales enteramente dedicadas a los sentidos o por lo menos que se dejan llevar por ellos, el hombre y la mujer tendrán que salvaguardar su pureza mediante una lucha que transformará su ser. -- La adolescencia suele ser ese momento de decisión en que se pasa de la tranquila inocencia de la niñez, en que el cuerpo y el alma, por así decirlo, eran puros por su propia inclinación, al continuo rechazo del mal, en un combate que permite aspirar al

amor y que en realidad se acaba solamente con la muerte resolviéndose en salvación o en perdición.

Luis tenía diez y ocho años y había llegado para él la hora en que la sangre adquiere una voz, en que el alma descifra y comprende sus sensaciones, en que toda la naturaleza tiene un lenguaje; instantes que pudieran compararse con esas tardes de estío, cálidas y embalsamadas... tardes en que la naturaleza desfallecida y temblorosa murmura con sus mil voces: -- ¡Amor! ¡Amor!

¡Hora terrible para la juventud! ¡Hora de prueba o -- perdición! ¡Instante decisivo para toda la vida y -- también para la eternidad! (16)

En esta lucha el hombre espiritual debe estar alerta y prevenido para librarse de las acechanzas del mal, que ataca constantemente y silenciosamente por donde menos se le espera.

¡La lucha que tiene que sostener el hombre entonces es larga, penosa, desigual; es un combate de toda hora, de todo momento, en el cual no se ve venir al -- enemigo, sino que cuando se le siente ya esta encima, ya se ha apoderado de nosotros, ya nos ha embriagado!... (17)

La lucha íntima del bien y del mal en el alma del hombre le hace en cierta forma palpar el mal, le hace descender hasta el -- fondo del abismo del mal para poderse impulsar de nuevo hacia -- arriba. No es un conocimiento intelectual sino vital de la existencia del mal, es una experiencia de él, que sólo será benéfica si no consigue manchar la vestidura blanca del alma. La pureza no consiste en la inocencia, la pureza es la victoria sobre --

el mal y el que no la ha obtenido no es un ser completo, no puede aspirar a Dios por el amor.

Y sin embargo, terrible y peligroso, este combate es necesario para el desarrollo conveniente del cuerpo y del alma. Aquellos que no lo han sufrido jamás, lejos de ser seres privilegiados quedarán siempre incompletos; su alma como una flor, para la cual no hay primavera, se marchitará antes de abrirse. (18)

Las etapas de purificación del alma que anhela elevarse gradualmente hacia el Bien, se hallan inscritas en el tiempo de la vida humana en etapas correspondientes al desarrollo del cuerpo. Si la adolescencia es el despertar de los sentidos debe necesariamente acompañarse de la toma de conciencia del bien y del mal y de la decisión de luchar por él o de dejarse arrastrar por el mal. Cada etapa tiene que realizarse plenamente para que pueda pasarse impunemente a las siguientes, si no se corre el riesgo de que el elemento reprimido u olvidado estalle con más violencia en el momento que ya no le corresponde y sea más peligroso mientras más retrasado se presente.

La pubertad, que puede ser retardada á veces, acababa de verificar en soledad esa revolución que arranca á las mujeres de la tranquilidad de la infancia para lanzarlas en el mar borrascoso de las pasiones. (19)

La sublimación constante de los sentidos se alcanza a través de una vida de dolor y de sufrimientos que, con la vocación a la perfección cuyo germen está en el alma, permite tomar el prin-

cipio del mal contra sí mismo y utilizarlo para la purificación.

No hay lucha que no purifique, ni desorden alguno — que el Amor eterno no torne contra el principio del mal. De otra manera la existencia del mal y del dolor, los antagonistas del bien y la felicidad, no sería lógico, no sería cristiano.

El sello del dolor, impreso en nuestro destino, anuncia con caracteres manifiestos nuestra vocación a la perfección. (20)

El hombre para salir victorioso de este combate no cuenta más — que consigo mismo y con las armas de que se le haya dotado en su educación.

El porvenir depende siempre de las primeras lecciones de educación que se han recibido; la razón abandonada á sus propias fuerzas, ó se prostituye con mucha facilidad, ; o es como una planta frondosa pero débil que al más ligero sopló dobléga. (21)

En este aspecto se asemeja a la idea de Lizardi de que la educación es la base de la virtud.

¡Fobre Antonio! qué feliz hubiera sido á poderse detener al borde del precipicio, á donde se inclinaba! Mas no fué suya la culpa, sino de la educación que le dieron: el caballo que ha estado mucho tiempo sujeto, cuando llega á romper sus lazos se desboca. — (22)

Las almas que no han sabido fortalecerse y cuya felicidad ha relajado los resortes de su energía no podrán vencer, se verán — contaminadas por el mal, opacadas por la materia:

Pero, ¡ay del hombre si se deja arrastrar debil por - la corriente! Entonces la tensión de sus fibras degenerará en laxitud, y cada átomo de placer empobrecerá su alma! (23)

La victoria sobre el mal se debe a la fuerza moral y espiritual templada en un continuo padecer. La felicidad y el placer que - no han sido ganados en el combate por la pureza participan de - la maldad del mundo, mientras el dolor permite acceder a un gozo puro liberado de la materia:

La ventura constante y uniforme embotaría las facultades del alma, y la detendría en su ascenso.

¡Dios ha dispuesto el dolor como un revulsivo energético, como un gimnasio moral. (24)

Como ya lo hemos mencionado, el hombre está solo frente al mal. La única ayuda que recibe de Dios es el dolor que fortaleció su alma y la gracia de no permitir que le presente una lucha superior a sus fuerzas. Ya purificado, podrá buscar el amor y la -- unión con su parte complementaria dentro de la continencia que -- permite la sublimación de los sentidos y la elevación del alma. Los conceptos de amor y de pureza se mezclan tan íntimamente -- que no pueden existir el uno sin el otro.

El amor puro solamente se puede realizar en la fusión de los -- que no han sucumbido al mal, que no se han dejado manchar por - la materia.

Haremos notar aquí que el concepto de Florencio del Castillo no

limita el amor a la unión de dos almas, sino que puede darse la fusión de tres almas en una, relación que podríamos asemejar a la de la Santísima Trinidad. Dios permite así la salvación de los tesoros de amor de un alma, que sin esto llegaría a sucumbir en la soledad.

Si alguna de ellas deja de mantenerse pura, enturbiará la unión de las demás:

Entonces la inteligencia entre las tres almas comenzó a enturbiarse. No había aún ningún elemento extraño entre ellas; pero la turbación de la de Manuel se reflejaba de tal manera en las otras, que todas se hallaban agitadas como una agua cristalina, que sin perder nada de su transparencia, quiebra y confunde los rayos de la luz. (25)

Si alguna vez se dejara arrastrar el hombre por la materialidad, su culpa no podría borrarse más que con la expiación de toda la vida con la esperanza de la re-unión en la muerte deseada y redentora.

La expiación será larga, penosa y dura, mucho más que la primera lucha por la pureza, porque en ella el alma tenía la fuerza espiritual de la juventud. En la expiación, el alma degenerada tiene que sufrir más para volver a la luz.

El padre Rafael conoció que no habían sufrido aún todas las pruebas necesarias para que sus inteligencias sondearan sin peligro todos los abismos; que tenían aún mucho de terrenal para atreverse impunemente á tender sus alas hácia el cielo! (26)

Nunca se logrará ya la unión de las almas en este mundo, nunca la materia que opacó su transparencia logrará desaparecer más -- que con la muerte purificadora que permitirá la fusión del uno en el otro en el más allá:

Dios para purificarte aun mas, no permite que mueras conmigo como era mi mas dulce esperanza.

Vas a quedar solo en el mundo; pero ya nó a pedirle al Señor que te dé fuerras para esperar. (27)

La expiación de la culpa solamente se puede dar en el sufrimiento total que es la separación voluntaria de los que se aman para no profanar el amor con elementos de impureza, anhelando la -- muerte para realizar la fusión con él y con Dios.

Dolores tomó el hábito y Manuel marchó a incorporarse con las tropas mexicanas que debían conquistar -- una victoria inútil y sangrienta en la Angostura.

Qué fué la virtud para estos dos seres? En la tierra mansión transitoria, una dolorosa prueba: en el cielo, lugar de eternas delicias, una corona resplandeciente. El crisol donde se purifica el oro. (28)

Resulta esta separación total y voluntaria de los que se aman -- para esperar la muerte que los unirá en el otro mundo, la consecuencia más importante y peculiar de esta visión del mundo. Estudiaremos sus implicaciones al compararla con la idea del amor cristiano.

III El Amor, el Tiempo y la Eternidad.

Con el concepto del deseo de muerte se manifiesta el anhelo del alma de volver a su "lugar". No sólo se concibe como la inmortalidad de un alma distinta creada en un momento por Dios, que al morir el cuerpo sigue viviendo, sino que es un concepto de eternidad total, si es que podemos expresarnos de este modo.

Como ya lo recalcamos, el alma que emana de Dios ya existía antes de venir al mundo, exilada en la tierra solo aspira a la -- eternidad en Dios.

El tiempo es sólo una materialización de la eternidad que cambia una relación estática e inmutable, en movimiento, así como la penetración del alma en la materia suponía entrar en el movimiento.

El mundo es un exilio del alma y el tiempo es la prueba que tiene que sufrir antes de volver a su mansión. Por la reminiscencia, recuerdo del estado anterior de felicidad, emprende el alma su vuelta a la eternidad, a lo estático, a lo perene.

¡El amor, sublime inquietud del alma, que se siente destinada á una felicidad desconocida, y de la cual tiene una idea indecisa como un recuerdo de otra época, como una promesa de inmortalidad porque el amor no puede concebirse sin la eternidad. (29)

En cierta forma, el tiempo no tiene más que una función de prue

ba, similar a la lucha por la pureza, al cabo de la cual se podrá encontrar la luz. Concibiéndose la estancia en el mundo como transitoria, no importará la separación durante la vida, en el tiempo, si a cambio de ello se consigue la unión en la muerte, en la eternidad.

Si el alma decide emprender la búsqueda de la luz, por el vago recuerdo que tiene de ella, lo hará también a causa de la mujer.

IV La Mujer y el Amor.

El alma, como lo hemos visto, está formada:

... por el cruzamiento de dos rayos, ... emanados el uno del corazón el otro de la mente de Dios; rayo de amor, rayo de inteligencia ...

Y no pensais ahora que la mujer puede ser superior - en corazón al hombre? ¿No es ella la que ha recibido el don del alma de amor, mientras que al hombre tocó el don del alma de inteligencia? (3)

La separación del género humano en dos sexos no es solamente física, es una diferencia básica fundamentada en la diferencia -- del alma.

La mujer ha sido creada con la parte más bella del espíritu de Dios y por ello su misión en el mundo consiste en atraer al hombre hacia Él. Más espiritual, puesto que ha recibido la esencia del amor divino, se ve más libre de los lazos terrenales y lleva en su estela al hombre.

¡Dios formó su alma con la parte más escogida de su espíritu, con el amor. (31)

La naturaleza de la mujer se asemeja a la que Platón atribuía a los "demonios" (32) y que el cristianismo nombró ángeles, seres que por su participación en un mundo y en otro permiten enlazarlos. Son los que permiten que el universo no esté totalmente separado en dos partes.

El amor en Platón es el que permite la ascensión purificadora, y el filósofo el que al elevarse se impregna de lo Bello. Aquí la mujer recibe el don mismo del amor y se ve destinada a servir de lazo entre Dios y los hombres, permitiéndoles llegar al Amor por el amor:

¡La mujer! creada dentro del paraíso en un momento -- de ternura y de bondad, ¿no será un ángel á quien -- Dios llamó del cielo para encargarle la protección -- del hombre...? (33)

En manos de la mujer está el modelar el alma y el espíritu del que las ama constituyendo para él la fuente del bien o del mal. Por eso la mujer que no cumple con su misión de amor redentor -- es incompleta, pero la que desfigura lo más santo y puro que es el amor es maldita.

No amar será impotencia; será imperfección, pero no delito.

Engañar lo más santo y respetable, un corazón ingenuo, fingir aquello que no se siente, eso sí es un crimen. (34)

En la tarea de redención de la humanidad, la mujer ha tenido la parte más bella que consiste en atraer las almas a Dios por el amor; la nobleza de su tareamisma, vuelve su caída más profunda y más terrible.

De ahí que la mujer en esta visión del mundo nunca se concibe como persona humana, solo puede ser ángel, vehículo de la luz, o demonio, ángel caído.

La belleza de la misión femenina en el mundo consiste precisamente en dejarse atraer por la luz divina e irradiar a su vez luz que atraerá al hombre, convirtiéndose por así decirlo en un lenguaje luminoso que sólo comprenderán los elegidos, los que poseen almas puras. Entonces podrá establecerse el diálogo que en su estado perfecto acabará en la comprensión total, en la fusión de las almas.

Ese amor puro se comunica por emanaciones palpables tan solo para aquellos que se aman; especie de magnetismo misterioso, es una luz que solo para ellos brilla, de manera que dos seres pueden comprenderse a través del espacio y de la multitud, sin temor de que un tercero se mezcle entre ellos, ni su idioma vaya a despertar la imaginación de otro, que para aquel á quien va dirigido .(35)

Todo el que ama dentro del amor puro comprende el lenguaje del espíritu que se aleja del de los sentidos y en la música suele encontrar su expresión más divina. El artista, como ser más espiritual y más accesible al amor, tiene una función parecida a

la del filósofo platónico, el mostrar la luz a los que no la conocen. Pero al ser tan elevada su revelación, no será comprendida por la multitud sino solo por las almas escogidas.

La música para Manuel no era ese arte que simplemente combina y arregla los sonidos; era la voz espontánea de sus sentimientos, una verdadera inspiración. Era algo más todavía; una especie de poder mágico -- que lo elevaba y lo purificaba; que ensanchaba el círculo de sus ideas y de sus sensaciones, y lo hacía aspirar y presentir el supremo amor. Finis musicae patri amor.

Manuel se sentía poeta, y la música era su idioma; -- idioma fácil, flexible y expresivo cual nunca lo será la palabra. (36)

La mujer y el artista son, por así decirlo, los sacerdotes de la religión de Amor.

IV Amor y Religión.

Cuanto hemos dicho hasta ahora sobre la concepción del amor de Florencio del Castillo, nos lleva a la conclusión de que para él el Amor es la religión así como su meta, Dios.

Dios es amor, las almas partículas de amor se unen en y por el amor para reunirse con Dios.

El amor es el fundamento del mundo, su explicación y su meta y finalmente no hay diferencia entre el amor y la religión:

La división del amor profano y el amor divino, ha dicho una mujer notable, es en cierto modo una división falsa de la metafísica. En efecto, el amor, el verda-

dero amor no es ni puede ser más que de una sola especie. (37)

V Las Contradicciones.

Las ideas de Florencio del Castillo sobre el amor y el mundo, -- que hemos expuesto anteriormente, logran formar una concepción extremadamente coherente. Sin embargo, esta visión de tipo platónico se tinte con los conceptos del cristianismo y el autor in curre en una serie de contradicciones que no podríamos atribuirle especialmente a él sino a la larga tradición del misticismo.

La relación del cuerpo y del alma en el hombre plantea problemas que se resuelven de diversas y contradictorias maneras.

Bien claro se muestra en toda la obra el maniqueísmo expresado en la lucha del principio del Bien y el del Mal en el ser del hombre. El espíritu para purificarse debe gradualmente liberarse del cuerpo y de los sentidos para fusionarse con su complemento y con Dios. Sin embargo, otras veces parece olvidar el autor que la unión en el amor que él pinta es puramente espiritual y muestra al cuerpo elevándose con el alma.

Rafaelita había llegado al último grado de perfección; á aquel en que el mismo cuerpo se purifica y se eleva, por decirlo así, arrastrado por el alma.
(38)

La luz espiritual llega a tal intensidad que logra irradiar a -

través de la pantalla de la materia transfigurando al cuerpo,

Los cuerpos radiantes son los que están animados por un alma que ha hallado su hermana, su mitad, su complemento; por una alma que ama, que se ha encendido, que se ha embebido en la luz del cielo y brilla como un farol para las almas que siguen su camino. (39)

Esta transformación de la materia por el espíritu llegará a su plenitud en la Resurrección.

Este dogma primordial de la religión católica, que permite la salvación del mundo material por el amor redentor de Cristo, no logra integrarse, a pesar de las apariencias, en la concepción del mundo que profesa el autor.

En el dogma cristiano, la materia se salva en cuanto materia y aunque penetre redimida en el Reino de Dios, guarda su individualidad. En la visión maniquea, la materia en cierta forma va perdiendo su materialidad, o sea el mal, purificándose y volviéndose más espiritual. Si el amor total es la fusión en la luz de Dios, el cuerpo deberá espiritualizarse a tal grado que perderá su materia y su individualidad.

Recordemos otra vez que la idea de la fusión total en Dios parte de la identidad total de la esencia del alma con Dios, que, emanación de su sustancia puede volver a Él; es una partícula divina encerrada en la materia. El hombre, para el cristianismo, ha sido creado por un acto de la voluntad de Dios, como un todo

en que alma y cuerpo se compenetran, y que posee su individualidad propia e inalienable. El amor será unión, de dos cuerpos, - de dos almas, pero no fusión. El mundo es obra de Dios y no del principio del Mal y si para la concepción herética la culpa ha sido penetrar en la impura materia, para la dogmática ha sido - el pecado el deseo de asemejarse a Dios. La culpa se debe ex-
piar en el sufrimiento que dura toda la vida y la impureza solo se vence con la muerte purificadora y destructora del cuerpo, - el pecado se perdona por amor y restaura plenamente la gracia y finalmente el cuerpo se salva con el alma.

Del deseo de unir estas dos tendencias surge la línea mística - del catolicismo siempre en equilibrio inestable sobre el dogma y la herejía, porque fácilmente se pierde el equilibrio en estas nociones.

Florencio del Castillo mismo se da cuenta del peligro que lleva consigo un desequilibrio entre el alma y el cuerpo y, habiendo condenado los excesos de la pasión puramente material, también, señala los peligros de la exacerbación de las facultades espirituales.

Semejante género de vida había creado un antagonismo fatal entre su cerebro y su corazón, entre su alma y su cuerpo, entre el otro mundo y este; había trastornado hasta cierto punto las leyes de la naturaleza; destruido la armonía y dado origen por consiguiente á una reacción peligrosa y violenta que según los síntomas no tardaría mucho en verificarse. (40)

El amor muestra la rebeldía de los sentidos que, largamente reprimidos, reclaman el lugar que se les ha negado con violencia. Toda su obra se carga de esta turbia rebelión de los sentidos, de esta lucha sin fin entre el espíritu que quiere triunfar y los sentidos que para expresarse toman caminos desviados, acabando por manifestarse patológicamente.

No culparemos esa vida puramente intelectual; para los desgraciados, tal vez no hay otro consuelo; pero no podemos menos de señalar algunos de sus peligros cuando se abusa, harto se sabe que todo extremo es dañoso. A fuerza de concentrar la vida en el cerebro, á fuerza de tener con este motivo constantemente tirantes las fibras delicadísimas de la pulpa nerviosa, no es difícil que llegue un momento en que produzca una gran perturbación en todo el sistema, y este sea la causa de terribles enfermedades, como el histérico, la enajenación mental, Etc. (41)

Y sin embargo, estando tan conciente de estos fenómenos, llega a negarlos en cierta forma al proclamar su fé en el amor puro y continente.

Su concepto del matrimonio, en teoría, realiza la salvación del cuerpo.

El año de 1846, Manuel y Rafaelita recibieron la bendición nupcial; poética y santa ceremonia que purifica los afectos humanos, que santifica las caricias, que liga desde este mundo á dos criaturas de tal manera que no son ya dos, sino una sola carne, según dice el Evangelio. Sublime alianza humana y divina. (42)

Pero en la realidad no lo considera así y para él la continencia en el matrimonio purifica a los esposos.

El amor en el matrimonio se dará únicamente en la pura contemplación de los esposos en una armonía apacible y tranquila.

Es significativo que después de la violencia de la lucha contra los sentidos se aspire a un momento de quietud que será precisamente la contemplación amorosa de las almas, pero estos breves instantes, siempre amenazados por el mal, desaparecen para dejar de nuevo lugar a la lucha. El alma purificada y cansada de luchar aspira a la tranquilidad de la muerte que la libertará de su enemigo, el cuerpo, para gozar de la luz.

El amor pasión es una aspiración sin fin a la perfección que al no darse en la tierra busca su realización en el más allá, considerando el paso por el mundo como una prueba y la separación física del ser amado como una necesidad cuya meta es una unión más bella en la otra vida.

Los esposos se separan voluntariamente en la continencia, para unirse espiritualmente. Sin embargo, aún más bella será la unión que no tendrá nada de material y que conseguirá la separación total y por toda la vida de los que se aman para purificarse totalmente del cuerpo en la muerte y fusionarse en el más allá. - El amor pasión, entonces, se espera en el sufrimiento y la fide-

lidad "Hasta que nos una la muerte":

... y nuestros dos jóvenes, en el momento de separarse para siempre, levantaron los ojos y pronunciaron a un tiempo:

- ¡Hasta el cielo!

Adios tristísimo, pero lleno de esperanza! (43)

El amor cristiano pide considerar al otro como una persona, alma y cuerpo con cualidades y defectos, y no desea adorar a un ángel de pureza. En el amor cristiano los sentidos no adquieren esa trágica dimensión porque no se les permite exacerbarse al negarlos. Se les concede su lugar para que, en la paz del cuerpo, volverse hacia el mundo para construir el reino de Dios en el mundo. El pecado no está en dar a los sentidos lo que piden sino en hacerlo fuera del matrimonio.

El amor-pasión se concentra en la lucha contra los sentidos y en el objeto de su adoración perdiendo contacto con el mundo, apartándose de todo lo que no conduzca al incremento del sentimiento, al exclusivismo de su fijación en un solo punto. El amor cristiano no busca borrar las personalidades sino enriquecerse con ellas para poder extender su acción fuera del matrimonio hacia la realización del Reino de Dios en el mundo.

Finalmente, el deseo de fusión total, el anhelo de perfección y el hastío de la lucha contra los sentidos dejarán al hombre insatisfecho aspirando a la muerte que le permitirá descansar de

la violencia del amor pasión.

El amor cristiano, reconociendo la imperfección del mundo humano y aceptando la compenetración del alma y del cuerpo en la — persona humana, lo lleva a la paz de los sentidos y a la ecuani midad del sentimiento.

NOTAS

- (1) Rougemont, Denis. L'amour et l'Occident. Plon, París, 1939_ 314 p. (col. 10-18).
- (2) Castillo, Hermana de los Ángeles, VI, p. 287-288
Como esta novela es la que más citamos en este capítulo, la mencionaremos de ahora en adelante con las iniciales H.A.
- (3) H. A. II, p. 245-246
- (4) H. A. II, p. 243
- (5) H. A. II, p. 246
- (6) H. A. II, p. 247
- (7) H. A. II, p. 243
- (8) H. A. I, p. 237
- (9) H. A. III, p. 248-249
- (10) H. A. V, p. 280
- (11) H. A. III, p. 256
- (12) H. A. III, p. 256
- (13) H. A. II p. 251-252
- (14) Castillo. Corona de Azucenas, V, p. 94
- (15) H. A. IV, p. 265
- (16) Castillo. Culpa, II, p 376-377
- (17) Ibid. p. 377
- (18) Ibid. p. 378
- (19) Castillo. Corona de Azucenas, III, p. 77
- (20) H. A. Vii, p. 307
- (21) Castillo. ¡Hasta el cielo! III p. 140

- (22) Id. II, p. 131
- (23) Castillo. Culpa. II, p. 379
- (24) H. A. IV p. 260
- (25) H. A. IV p. 264
- (26) Castillo. Corona de Azucenas, IV, p. 89
- (27) H. A. XII, p. 346
- (28) Castillo. ¡Hasta el cielo! VIII, p. 163
- (29) H. A. II, p. 243
- (30) H. A. II, p. 245-246
- (31) Castillo. Culpa. IV, p. 392
- (32) Platón. Le banquet. Oeuvres completes de... (202 d)
- (33) H. A. II, p. 238
- (34) Castillo. Culpa. IV, p. 393
- (35) H. A. II, p. 248
- (36) H. A. II, p. 242
- (37) H. A. II, p. 244
- (38) H. A. I, p. 237
- (39) H. A. II, p. 251-252
- (40) Castillo. Corona de Azucenas. III, p. 70
- (41) Ibid. p. 68
- (42) H. A. II, p. 252
- (43) Castillo. ¡Hasta el cielo! VIII, p. 163

VIII

LAS MODALIDADES DEL AMOR PASION

Mientras la teoría del amor pasión la desarrolla Florencio del Castillo, todos los demás autores se dedican a mostrar como se presente en este "valle de lágrimas", y lo expresan en diversas formas en sus novelas.

En este capítulo nos dedicaremos primero a describir este tipo de amor y a recopilar las ideas que los autores mexicanos profesan sobre el amor, o amor pasión, viendo sus diversas modalidades y la evolución que éstas sufren.

Después nos dedicaremos a observar los grandes temas de este concepto y las metas conscientes e inconscientes que van implícitas en él. Y, por fin, veremos las consecuencias que trae para la vida práctica de los que conciben al amor en esa forma, y la importancia que tiene ello en el México del siglo XIX.

I - La descripción del amor.

A. El nacimiento del amor.

En el hombre y en la mujer existe un deseo natural de amar que empieza a desarrollarse y a manifestarse en la adolescencia. Se expresa como un vago malestar de sueños, de emociones, de ideales imprecisos, sobre los cuales viene a fijarse una figura que los moldea.

En cuanto al amor, ella formaba sus teorías en sus -- largos ratos de soledad, y se figuraba al hombre que la amara, joven, apuesto, de esmerada educación, elegante, de corazón generoso, de acciones nobles, un -- ser fantástico, como todas las muchachas se lo figuran, en cuanto despierta en ellas el instinto que las obliga a buscar el cariño y el apoyo del otro sexo. - (1)

Al encontrar a alguien que dé forma al ese sueño, nace el amor, a primera vista, pues es la expresión de lo que se andaba buscando:

Celeste vió, precisamente en Arturo, el joven con -- quien había soñado tantas veces... (2)

Otras veces el amor, insensiblemente, se va apoderando del alma de los amantes y los va acercando sin que ellos puedan oponerse a ello.

Allí sentados, cerca del piano, hablaban también en -- voz baja, o tocaban juntos, extasiándose con las mismas melodías, alabando las mismas piezas de música, -- participando del mismo entusiasmo, o se alternaban para leer obras, que tales como el Pablo y Virginia de Bernardino de Saint Pierre, la Atala y René de -- Chateaubriand, el Werther de Goethe, las cartas de -- Eloísa y Abelardo, las poesías de Meléndez, se encontraban por una casualidad rara en aquella época, en -- la biblioteca del doctor.

Esta semejanza de edad, de carácter, de costumbres, -- de inclinaciones, de pensamientos, este aislamiento común en medio de una aldea solitaria... de esas alegrías o dolores ocultos de la vida, hicieron nacer en el corazón de los dos jóvenes, sin saberlo, sin comprenderlo, primero una amistad, entre un joven y una -- señorita que tan pronto degenera en una ternura dulce,

en un cariño, en un amor, en una pasión. (3).

La mujer-ángel que inspira la pasión es casi siempre una mujer cuyo exterior pálido y etéreo corresponde a la idea que de los ángeles se forman los escritores. Las muchachas enfermizas son las heroínas de los años 42-59. La enfermedad es noble mientras la salud es prosaica. Teresa en El Fistol, Luisa en La Sensitiva, Clemencia en Gil Gómez, son tuberculosas y sacan de esta desgracia un aspecto melancólico que las hace interesantes.

Su rostro era pálido y, podía decirse enfermizo; -- grandes y melancólicos eran sus negros ojos y su cabello de ébano engastaba su doliente fisonomía. Podía decirse que aquella mujer más pertenecía a la eternidad que al mundo; ... (4)

Sin embargo, a pesar de lo sublime del amor y del objeto amado, Elízaga (1869) analiza con sentido del humor la cristalización que se realiza en torno a la amada y la situación en que se encuentran los que se enamoran por primera vez:

Aunque regularmente el objeto de nuestros primeros amores no merece en el momento que nos inspira el nombre de mujer; es un embrión de mujer, una polla cenceña y vivaracha que salta a la cuerda ó corre -- tras de las mariposas en la Alameda, con las medias caídas, las pantorrillas al aire, sueltas las trenzas y el pañuelo desprendido, y que se cuida menos de la pasión que nos inspira que de la laga que dejó caer en su carrera, y que nosotros habríamos recogido con respeto y guardado con veneración.

Nosotros somos también unos niños; salimos de la escuela o del colegio, con nuestros libros debajo del brazo, y olvidamos el análisis gramatical ó la lección de historia sagrada, ó la cátedra de primer año, por ir a gozar con la contemplación de nuestra amada, que si llega á advertir nuestra asiduidad y á conocer nuestras pretensiones, se conforma con encojer los hombros y llamarnos mocosos, si no es que nos enseñe la lengua desde el balcón de su casa, ó nos arroja á la cara un puñado de tierra ó de yerbas en la Alameda, según lo bien ó mal aprovechada que esté en materia de urbanidad y cortesía. (5)

La revelación del amor genera sin embargo la inquietud, pues el amor hace huír del corazón la tranquilidad,

Se acostó tranquila al parecer, pero su sueño fué interrumpido varias veces; su corazón, sereno hasta entonces, latía con más violencia. (6)

Aquella noche, sin saber porqué, Luisa no pudo conciliar el sueño. Todos los recuerdos tristes de su pasado, toda la vaguedad de sentimiento de su presente, todas las esperanzas de su porvenir, todas las ilusiones dormidas se agitaron y bulleron locamente dentro de su corazón. (7)

Y es que el alma presiente que si el amor trae la felicidad -- más sublime, también es el germen del sufrimiento:

y la joven, al entrar en la escabrosa senda del amor, solo abrió sus ojos para palpar las agudas espinas -- que amenazaban punzarle. (8)

El amor puro solamente se adueña de las almas escogidas y cuya dote más extraordinaria reside en la sensibilidad, que le permite percibir el alma ajena y hacer suyos los sentimientos y dolores percibiéndolos en toda su intensidad.

bajo de aquella indiferencia de niña, se encerraba un corazón que abrigaba tesoros exquisitos de sensibilidad y de ternura. (9)

El dolor es el sello con que marca Dios las almas elegidas para el don de amor.

de esos seres en quienes, si no se temiera blasfemar, se diría que Dios quiere hacer pruebas dolorosas, muy dolorosas, superiores a la resignación de un alma. -- (10)

Las mujeres y los poetas y artistas han recibido las almas más delicadas y sensibles, las que comprenden la belleza de la vida de otro mundo. y solamente en ellos se desarrolla el amor en toda su magnitud y su pureza.

Era un sentimiento como no nacen nunca más que en el alma de los poetas y de los artistas. (11)

La soledad, la tristeza y la melancolía permiten cultivar la sensibilidad particular del espíritu que permitirán la revelación y el desarrollo de las grandes pasiones que se aumentan con la contemplación de la naturaleza:

La soledad y el campo aumentan infinitamente las pasiones: no sé qué tinte melancólico comunican a las escenas de la vida los paisajes variados que diariamente presentan los campos y el cielo. (12)

La revelación del amor es para las almas el acceso a una nueva vida, a un nuevo mundo del cual solamente se habían percibido -

algunos destellos. El amor da la plenitud de la vida. El mundo sin él sólo se concibe como un fantasma descarnado. La visión de la luz de otro mundo que a través del amor se manifiesta a los ojos incrédulos del que lo descubre:

Hay algo de misterioso y de indefinible en esa dilatación del corazón por el amor y para el amor. Parece que se nace á otra vida; que el sol alumbra mejor; que el aire es mas puro, el cielo mas azul y las flores más bellas y fragantes. (13)

Luisa alucinada por la dulce vaguedad del sentimiento, deslumbrada por los reflejos de esa luz del alma, amó apasionadamente por la primera vez y desde ese día se reveló a su fantasía un mundo nuevo de delicias, aquel paraíso que en sus noches de insomnio se había limitado a soñar, estaba realizado, por fin. - (14)

El amor revela al que ama la verdadera naturaleza y misión del otro, especialmente de la mujer: El atraer hacia esa nueva vida el alma que le está unida. El que ama es el conductor que - arrastra el alma cegada por la materia a la luz verdadera.

tu eres el ángel que me restituyes la vida y me anuncias la dicha. (15)

El amor no solamente aporta la visión de otro mundo más luminoso, el único que valga la pena ser vivido, sino que también borra la visión de lo horroroso y desconsolador que es el mundo en que se vive, la vida en la tierra, la vida diaria, la vida prosaica, la "momia de la vida". (16)

La vida sin el amor es lo mismo que la planta cercana a marchitarse, porque la savia que recibe no es suficiente para conservar su frescura y lozanía. (17)

... y todo ha sido creado para el amor: sin él sería este mundo un páramo que se regaría con lágrimas. (18)

El que siente el amor por primera vez se deleita en sus sensaciones nuevas que expresan por esencia su pureza y castidad, -- anhelando la unión espiritual:

Tocarla le habría parecido una profanación. Creerla -- mujer un sacrilegio. Su cuerpo y sus facciones encantadoras eran para Mauricio una forma de la ilusión -- que halagaba su propio pensamiento, pero a través de esa forma veía otra impalpable y etérea; un alma que ansiaba ser ligada con la suya; algo como un ángel -- del cielo, cuya belleza se adivinaba, pero cuyas alas no se podían tocar, cuya figura no se podía describir. (19)

Al ser espiritualismo puro, este amor repugna a expresarse, a formalizarse, a tomar forma, a materializarse en las palabras -- que lo aprisionan y no permiten la expresión de su infinito:

Su amor había tomado tales proporciones, que todo lo que tendiera a materializarle y a sacarle de la esfera de luz y de ilusiones en que vagaba, era incomprendible para nuestro pobre enamorado. (20)

El lenguaje humano no expresa más que pobremente lo inefable y -- sin embargo es imposible contener indefinidamente la violencia del amor. No puede expresarse con palabras, pero es necesario -- que se exprese:

Yo sentía que eso era necesario, que yo debía desbordar de alguna manera el torrente que ahogaba e iba a sepultar mi vida, pero no bastaba una carta fría, escrita lejos de ella, teniendo que sujetar a algunos renglones el infinito de mi amor, que yo calculaba suficiente para llenar el espacio. (21)

En el amor hay miradas, hay palabras, hay confianzas que forman la vida mística de un ser, que nunca la pluma de un escritor puede llegar a describir. (22)

Esta resistencia a manifestar el amor parte precisamente del temor a desvanecer las ilusiones que hacen su encanto, ya sea descubriendo a la mujer debajo del ángel en la vida diaria o en su indignidad para ser amada, ya sea conociendo el dolor y el sufrimiento que el rechazo provocaría en el enamorado que le brinda su amor.

B. El amor correspondido feliz.

El trato mutuo que ha ido evolucionando dulcemente de la similitud de caracteres o de gustos al amor; es el que desde el principio logró que las almas se reconocieran y se fueran uniendo sin el conocimiento de los interesados: consiste en una atracción tan sutil que se realiza, a veces, a pesar y sin el consentimiento del que ama. Pero al oponerse a él, precisamente lo fortifica.

Cuando se da cuenta el que ama de lo que está sucediendo en él,

ya no es tiempo de retroceder. Hay que dejarse llevar por la fuerza de la pasión, cualquiera que sea su fin, dulzura del amor correspondido, abismo de la desgracia del que no es amado, o impureza del amor de los sentidos que al principio puede tomar sendas parecidas a las del amor puro, que, sin embargo, es su reverso.

El amor feliz vive en el presente, ya no duda, ya no teme, se abandona a la dulzura del momento sin pensar en el pasado, sin planear el futuro.

¡Pero ay! que ni uno ni otro trataba de rasgar el velo del prvenir (23)

Es una dicha insensible que se desliza con el tiempo y que dura poco, y lo que hacía la novedad del sentimiento nuevo, se va olvidando y el amor apaciguándose.

Luisa cada día más adormida en su sentimiento en esa dulce languidez en que se vive cuando los corazones se comprenden, los ojos lloran juntos buscándose, los labios ven a la par confundidos, cuando dos seres forman un ángel. (24)

Así se deslizaron otros seis meses, mil veces más encantados que aquel primer año de amor silencioso, sin que los jóvenes pensasen en otra cosa que adorarse y esperar. (25)

Pero esa dicha no se aprecia en cuanto tal hasta no tener la revelación del dolor. No puede conformarse con ser feliz y viene un momento en que vuelve a buscar sensaciones nuevas que lo rea

nimen en el sufrimiento de la separación. La felicidad aburre y cansa. Se anhelan nuevas emociones que hagan sentir más profundamente el amor por más que lo hagan sentir en la desgracia.

C. El amor correspondido: el deseo de separación en este mundo y de unión en el otro.

Este amor que había encontrado la paz y la felicidad -- siempre se describe en el momento en que va a terminar para hacer resaltar lo fugaz de todo bien en este mundo.

El amor es un estado de gracia que se ve sometido al destino y a los caprichos de la fortuna que se opone a todo gozo prolongado, o al de los amantes mismos que no soportan largo tiempo la prueba de la dicha.

Los amantes puros y castos que conservan aún la fuerza y la -- flama de su amor y que la han acrecentado sin verla disminuir, merecen del cielo la unión precoz en la juventud y en la muerte. La muerte de la amada abre, para el que ama, las puertas -- de la eternidad donde se realizará plenamente su amor, y la recompensa de un amor que nunca se vió manchado por el mal, será una corta espera:

Y ahora, ¿donde volverla a encontrar?

- ¡En el cielo! - ...

Seis meses después de esta escena, encendía yo dos ci
rios alrededor del lecho de un cadáver.

Era el de Víctor... (26)

En otros casos, el amor feliz fastidia y cansa y el hombre casi siempre prefiere salir de esa esfera dichosa al mundo que - los fascina. Ansioso de conocer sus placeres, pero seguro de - conservar su amor, quiere luchar contra el mal. Es una prueba_ de la cual piensa salir vencedor y en que el amor, en lugar de adormecerse, resurgirá con violencia en la ausencia:

Además, ¿acaso perdía a Clemencia?, por el contrario, luchando con las seducciones del mundo, iba a hacerse más digno de ella, en pocos años adquiriría un -- nombre, distinciones, méritos que poner a sus pies y entonces se uniría a ella para no volverse a separar más; la ausencia encendería y avivaría más el fuego_ de su pasión que tal vez la costumbre y las pocas dificultades podrían llegar a entibiar, si no a apagar completamente. (27)

Así pensó Fernando.

Se busca pues la ausencia, para avivar con el dolor, la pasión y se prefiere el sufrimiento que povoca emoción, la separación que provoca el deseo de reunirse con la amada, a la monótona - vida venturosa.

Y por eso la descripción de la felicidad es tan rápida y tan - poco interesante:

¿a qué cansarse con referir episodios fatigosos que_ escritos tienen tanta monotonía? (28)

Díaz Covarrubias, bien consciente de que el aburrimiento y el deseo de sufrimiento son los que causan la separación, se lo atribuye a la naturaleza humana que no sabe discernir los motivos de sus acciones.

¡Necia humanidad, a la calma del placer le llamas - ociosidad, te hastía que los pesares del mundo no - hayan desgarrado tu corazón, dejas el fértil vergel y corres alegre a precipitarte en el abismo! Miserá humanidad! ¡Mal te comprendes todavía! (29)

El que ha empezado a caminar por esa vía no quiere retroceder y él mismo se plantea obstáculos a su regreso, obstáculos falsos, pues el único que le impide volver es su propia voluntad y su deseo de conocer algo más exaltante que la tranquila paz del amor feliz y del campo que abriga la inocencia.

¡Oh!, si, sus palabras lisonjeras han despertado en mi corazón y en el de mi padre, la ambición, el deseo de brillar, el tedio de esta vida tranquila que hasta aquí he llevado.

- Pero ¿hay cosa más fácil que desistir de este fatal viaje?

- ¿Y la orden del señor Virrey, y el compromiso contraído con mi tío, y el deseo de mi padre? y ...

- Y tu deseo también, Fernando (30)

El deseo de reavivar la llama de la pasión que amenaza extinguirse en el tedio, el deseo de arder en amor, prefiriendo el sufrimiento punzante al cariño que adormece:

... si es cierto que nos dejamos de ver un poco de -- tiempo, en cambio nuestro corazón se purifica más con la concentración de un pensamiento solo, fijo, eterno, de un pensamiento que es vida de la vida, y al mismo tiempo alimento de la llama inextinguible que nos consume. (31)

En fin de cuentas la voluntad de separarse, de sufrir:

Porque así es el corazón humano; Fernando lloraba por una partida que bien podía, si él quisiese, dejar de verificarse; pero habría llorado más si esto hubiera sucedido (32)

Llegado a este punto Díaz Covarrubias se interroga sobre el destino fatal del hombre que lo condena a buscar la felicidad por mares tempestuosos, cuando es tan fácil llegar a ella por la virtud.

¿Entonces, donde hallar la calma, si no la felicidad? ¡Pobres desdichados! ¿Porqué dejamos a un lado sin concederle ni una mirada, aquella isla modesta, en donde sólo hay un templo para orar, a la cual se llega por un mar tranquilo, y al otro lado de la cual está la eterna felicidad? (33)

La impureza, la infidelidad y el olvido constituyen los pecados más graves en contra del amor pasión. La impureza porque invierte su sentido material que se dirige al bien, para dejarse -- arrastrar por el mal. La infidelidad acaba con el amor pues su naturaleza anhela la eternidad divina, y para llegar a ella necesita la constancia en el tiempo humano. Y finalmente el olvido que deja enfriarse el amor es contrario a su deseo de abra--

sarse con cada vez más ardor.

El caso que reúne todos estos pecados de amor es el de Fernando en la novela de Díaz Covarrubias que hemos venido analizando, - Gil Gómez. Para nosotros es el modelo más acabado y más lúcido sobre este tipo de amor. Y, en efecto, este autor nos servirá para caracterizar la cima y la expresión más completa de todas -- las modalidades que toma el amor pasión en el México del siglo XIX.

En Hermana de los Angeles de Castillo, el olvido no penetra en el corazón de Manuel, la presencia constante en su mente de Rafaelita vuelve al sentimiento del mal más punzante. Fernando deja a la mujer ángel por orgullo, y por evitar el tedio de un amor dichoso y para sentir una llama más viva. La encuentra, ya no en el amor puro de Clemencia, sino en la pasión impura de una mujer que lo arrastra por su maléfico poder, uniendo la belleza física a un alma desviada de su misión natural, del amor hacia el otro:

Era en efecto una mujer; pero una de esas mujeres hermosísimas a quienes es fuerza amar con fiebre al contemplarlas solamente, una de esas mujeres en quienes la combinación física y moral, produce una especie de ángeles-demonios, capaces de trastornar la cabeza de más sana razón y de hacer condenar al filósofo más se-
vero y más desengañado, con solo una mirada. (35)

No conoce en plenitud la belleza del amor puro hasta no sentir el peso de su pecado, hasta no experimentar el hastío que produce y el desengaño a que conduce. Después de la caída recuerda el paraíso perdido y quiere volver a él, hacia la luz que le alumbró en su desconsuelo. Sin embargo, su mal no es el Mal que tortura a Castillo, es un pecado que el perdón de la amada reparará.

Aunque considera que se debe pagar con sufrimientos el orgullo y la necedad, Díaz Covarrubias no usa el término de la expiación, sino el del arrepentimiento:

Desvanecida mi pasajera ilusión tan falsa, me encontré solo y desgraciado en la inmensa llanura de la vida; pero volví llorando mis ojos al sitio donde un día abandoné mis creencias y la luz purísima de tu amor llegó a mí entre las oscuras nieblas de la desgracia.

¿Me perdonarás?

Bien merezco tu perdón porque he sufrido y soy desgraciado. (36)

Pero la dicha inocente no se puede encontrar por segunda vez. La muerte de la amada dejará al hombre solo y desgraciado aunque el recuerdo del perdón dulcifique su sufrimiento. El que creía que la amargura del desengaño era suficiente para borrar la infidelidad se ve condenado a llorar toda su vida.

En esta novela la muerte constituye la separación que consagra

el amor, premiando la pureza del que muere y castigando con el sufrimiento al infiel. Pero no siempre se presenta a los que aman aunque la deseen dentro de su corazón como una liberación. La esperan entonces en la separación voluntaria y consciente que, en el dolor, podrán aspirar a la unión mortal. En La Clase Media Díaz Covarrubias plantea esta necesidad interna de la pasión. Se debe expiar una impureza involuntaria cuyo cieno llega a manchar el alma y es el pretexto que los amantes toman para perpetuar su amor:

Mi existencia marchita no debe correr junta con la - del ser de mi alma, yo solo puedo orar y sufrir. Y - sin embargo, nadie podría llegar a amarle como yo, - he idolatrado a usted con delirio, como se ama cuando es uno desgraciado, hubiera sido feliz con pasar mi vida contemplándole, idolatrando y muriendo. (37)

Y en efecto, no existe ningún obstáculo más que el deseo interno de la pasión de perpetuarse a sí misma en el dolor.

Al conocer la seducción de Amparo que ha sido violada en su sueño, Román le ofrece recobrar su hija y le pide que se case con él. La noción de su impureza le impide a ella aceptar, y después de la muerte de su hija se encierra en un convento. Aquí ya no intervienen preocupaciones sociales, pues Román y ella no tienen nada que se pueda oponer a su felicidad. El carácter que demostró durante toda la novela hace pensar que nunca reprochará su deshonra a su esposa, pues es enteramente ino

cente y él no participa de las preocupaciones corrientes. A su pesar, pero con honor, sustentó un duelo con el seductor en el que resultó herido y su honor restablecido. No queda rastro aparente de la seducción pues la hija que tuvo murió. Nadie conocería su aventura pues él como médico saldría con su esposa a bordo de un buque extranjero.

Y sin embargo Amparo rehusa el matrimonio.

Este es un caso de la visión maniqueísta que forma la trama del amor pasión, amor que busca la separación voluntaria de los que se aman en esta tierra para que sufriendo y expiando se puedan encontrar después de la muerte. Racionaliza su deseo de separación mostrando que la impureza no puede ser compañera de la bondad y del bien. El mal está hecho. No importa la inocencia total de la muchacha, es impura, está manchada, profanada y nada puede resarcirla a sus propios ojos más que el castigo voluntario que se impone a sí misma y a su amante que es la separación total y para siempre, esperando la unión en la otra vida.

Esta visión que pide la expiación durante toda una vida de una falta que no se ha cometido es profundamente opuesta al espíritu del Evangelio en que el perdón regenera y borra el mal. En esta visión el mal existe y solo puede ser vencido por un mal mayor, la expiación en el sufrimiento.

Era un espectáculo conmovedor el de aquella desdichada joven diciendo su última despedida al amado de su corazón, y rehusando su pasión que era su vida, por un sentimiento exquisito de nobleza, de abnegación - sublime... (38)

Y aquí no es solamente la admiración por una acción que le parece noble, es la glorificación del deseo de sufrir: esto no se acepta fácilmente y el autor tiene que disculparse:

Este desenlace no es del gusto de mis lectores, bien lo conozco. Ellos hubieran querido una unión dulce y apacible. Esto hubiera sido más hermoso; pero no más verdadero. Yo sólo escribo lo cierto, y fuerza es -- confesar que en la vida no hay más que pesares, sufrimiento, tal vez una felicidad rota en el momento de alcanzarse. (39)

Estos conceptos se ven expresados por Castillo, Payno y Díaz Covarrubias, y constituyen la base de la novela como género. En efecto, ésta, en general, se dedica a narrar las tribulaciones de dos almas unidas por una pasión casta y pura que no se efectúa plenamente más que en la muerte. Los obstáculos que tienen que salvar provienen casi siempre de causas externas a la voluntad de los que se aman, pero su verdadera naturaleza se descubre cuando, al haber desaparecido todo lo que se oponía a la realización de su amor en la felicidad, ellos mismos encuentran pretextos conscientes e inconscientes para diferir la unión matrimonial.

Y la mejor muestra de esta modalidad del amor pasión la encon---

tramos en el caso de Manuel y Teresa, pareja central de El fistol del Diablo de Payno que en realidad es anterior históricamente a la expresión de las ideas que hemos apuntado anteriormente, pero que es consecuencia de esa forma de pensar. Lo colocamos en esta parte del trabajo por la manera lógica en que sigue el curso de la expresión del amor pasión, sin olvidar su fecha anterior.

Parece ser como si la percepción de lo que es el amor pasión se fuera afinando a través del relato logrando su expresión -- técnico-filosófica en la obra de Florencio del Castillo para volverse a la narración.

En El Fistol, Manuel y Teresa, tras una serie de aventuras que los apartan uno del otro, dejan aparecer al final de la novela la verdadera y profunda causa de sus separaciones: su voluntad consciente e inconsciente de no consumir la unión que, dentro de la posesión, acabaría con la esencia de su amor puro y casto en el cual se concentra su vida:

Tengo la idea fija de que si me caso con Manuel lo matarán en la primera batalla... yo estoy cavilando día y noche con esa idea y no me he atrevido a indicársela a Manuel, y me he valido de diversos pretextos para diferir de un día a otro nuestra unión... Si por desgracia saliese cierto lo que yo pienso, ¿no tendría yo un remordimiento eterno? Por otra parte ¿podría yo aconsejar a Manuel que abandonase en estos momentos supremos sus deberes militares? No, no lo haría ni podría hacerlo aunque quisiese. (40)

Y finalmente se cumple su unión en la muerte,

Teresa recorrió sin hablar a nadie las recámaras, has
ta que fué a caer sobre el cuerpo blanco y casi desnu
do de Manuel... (41)

Sin embargo, el fin del amor pasión es el infinito al cual se accede en la muerte. Es significativo que en las obras de Payno, escritas en la primera mitad del siglo, el autor nunca casa a las parejas que para él representan el amor más bello, o las une en matrimonio al borde la muerte. En estos casos, para él no hay trágica lucha contra los sentidos, la castidad es natural y fácil para ciertos seres:

Se amaban mucho, y naturalmente eran castos y les bag
taban los legítimos placeres del alma. (42)

El amor de los elegidos tiene fuerza suficiente para atraer a sí todo el amor y negarles lugar a los sentidos. La unión matri
monial al borde de la muerte participa, a los ojos de Payno, de la belleza sublime del amor pasión casto y de la gracia del sacramento.

Celeste me acompañará en esta vida o en la eternidad.
La bendición, padre Anastasio... (43)

En efecto, el matrimonio, como única posibilidad de unión en la tierra aparece como la solución del amor pasión a los que no quieren considerar que la muerte o el sufrimiento son su única

salida.

En el propio Fistol, encontramos una serie de matrimonios al -- fin de la novela, que solo siguen su curso desgraciado en la se rie de catástrofes que la guerra lleva a los personajes de la - obra.

El deseo de convertir el amor pasión en un amor que termina en matrimonio se advierte en la obra de Palomo, Luisa o San Luis - Potosí, de 1858 a 1860, publicada en 1865. Pero el autor no logra hacerlo la base de la felicidad y, repitiendo los conceptos de Lizardi, muestra que la dicha se fundamenta en la virtud y - en el conocimiento mutuo de los esposos.

Aquí tenemos las últimas palabras de la novela:

Inútil es decir que los recién desposados disfrutaron de felicidad en cuanto es posible gozarla, porque su cariño estaba basado en la virtud que es la única que da el contento y la paz del corazón. (44)

Y anteriormente había expresado la idea de que el amor solo no consigue la felicidad:

Porque cuando se casan por amor ha de ser lo más hermoso estar se queriendo toda la vida como si fuera el primer día del casamiento.

- Ese es otro error imperdonable, querida, porque el amor, así como todas las afecciones humanas, tiene -- sus alternativas y su término.

El amor pasa y si no provino del conocimiento del mérito y de las cualidades morales del hombre y de la mujer, sino de una figura o belleza más o menos agradable, se constituye con el cansancio y el fastidio; se adquieren nuevos deseos y se siente la opresión de un yugo tanto más pesado cuanto que dura toda la vida.

... Pero cuando el enlace está basado en el conocimiento de las virtudes y del mérito de los contrayentes, entónces, aunque pasa el amor, queda siempre la estimación sincera, las consideraciones mutuas que disminuyen los pesares y aumentan los placeres, siendo incuestionable que estas no pueden tener efecto si no es mediante una juiciosa experiencia. (45)

El primer y verdadero amor puede olvidarse pero nunca muere totalmente y hay veces en que resurge con violencia, después que se pensaba estar liberado de él:

... como si esa pasión profunda que yo sentí después de mis estudios, y que se apagó con la muerte, hubiera permanecido sosegada e inactiva para desbordarse después como la lava ardiente de un volcán. (46)

Todas las mujeres hemos tenido nuestro amor de niñas; todas Ricardo, nos casamos después con otro hombre a quien amamos más o menos; pues ninguna, ninguna olvida completamente al primero que se insinuó en su corazón. - Ahora bien, una mujer novelesca, inmoral, perjura, olvida a su marido, remueve las cenizas de su primer amor, y se aventura locamente en el camino del crimen. (47)

Sin embargo, este amor renace a veces en condiciones en que es imposible su realización, ni siquiera su expresión lícita, como le sucede al sacerdote y a la mujer que se casó con otro de que Payno se hace el intérprete. Al principio se puede pensar que -

la pureza de ese amor puede coexistir con la conciencia pura del deber cumplido:

Cré al principio que podía adorar y respetar a Celeste, y que me sería dable tenerle un amor divino y puro, sin mezcla de ningún pesamiento mundano... (48)

Pero esto es imposible y la lucha contra el amor impuro, contra el amor mismo, se hace terrible como lo muestra igualmente Florencio del Castillo al estudiar el amor que se profesan un sacerdote y una monja y el proceso de purificación por el cual tienen que pasar para unirse sin pecado en el más allá en su novela "Corona de Azucenas". En El fistol... el padre Anastasio, y en ¡¡Loca!! Payno expresa ese combate.

Las noches eran todas de dolor y de lucha entre mis deberes religiosos y los impulsos irresistibles del corazón que apetecía verse libre para unirse a otro corazón... (49)

El sacerdote decide cortar el mal en su raíz y separarse para siempre de su amada, para purificarse con la ausencia y después de las terribles luchas que sostuvo con el mal, lo encontramos sereno al final de la novela, asistiendo enfermos al lado de Celeste que tomó el hábito de Hermana de la Caridad.

En el caso de Clarencia, la lucha, en el fondo, no se presenta como un combate entre el amor y el deber, sino que ambas ten--

dencias son de mismo sentido: Si Clarencia traiciona a su marido por su amante se rebaja y ya no es digna del amor que éste último le profesa y mucho menos del que le tiene y le ha tenido su esposo. Si, al contrario, permanece fiel a su marido renunciando a la unión material con su amante, crece en dignidad, aumentando el amor acrecentado de su esposo y de su amante. (50) Sin embargo, al morir este último, y al destruirse la esperanza de una unión que algún día podría haberse realizado, ella pierde la razón. Recobra sus sentidos para morir, pura, comprendiendo que la muerte la desligará del matrimonio, lazo terrenal, y la unirá con su amor en el otro mundo.

y no tendré honor más que para Dios, señor, que ha sido testigo que entre romper las fibras de mi corazón y faltar a mis juramentos, no he vacilado. (51)

El combate contra el mal los ha purificado y pueden, ya sin pecado, el uno ver serenamente a su amada, la otra unirse con él en el más allá, causando la admiración de todos, aún de su marido - que la considera una mártir.

c. El amor pasión no correspondido, la separación efectiva

En el momento en que el enamorado feliz pero inquieto está temeroso de revelar su amor y, sin embargo, se ve precisado a hacerlo bajo pena de morir de exaltación, se abren dos caminos para él: el que ya hemos descrito, del amor correspondido que se apagará en la dicha o en la posesión o que buscará obstáculos - para salvaguardar su llama a veces hasta la muerte en el dolor; y el que, desgraciado en sus anhelos mismos, no es correspondido y que se exalta hasta la muerte del que ama o hasta la extinción del propio amor, todo esto en el sufrimiento. Como vemos, el resultado en la vida del que ama es el mismo, el padecer, el estar sujeto a la pasión es decir el sufrir

En el primer caso él busca sufrir, en el segundo lo hacen sufrir.

El tema central del amor pasión no correspondido es aquel del hombre incomprendido por su amada y por el mundo que ofrece los tesoros de su amor espiritual y que es rechazado, fríamente, -- cruelmente, o infamemente.

A la que sencillamente no ama, se le culpa del sufrimiento que tortura pero no se le acusa de traición:

Y ella, fría esquiva, estatua para mí, ángel para los demás, me escuchaba sin conmoverse, sin ver siquiera

la apasionada expresión de mis miradas.

... No me ha amado. Ninguna mujer está obligada á - - amar á un hombre, solo porque él la ama (52)

En cambio, la mujer amada, el ángel de pureza de quien el enamorado se forja una imagen de perfección que no sólo traiciona su misión en el mundo al no amar, sino que juega y finge un amor - que no siente, comete el más grave pecado:

Mi continua solicitud hubo de ser notada por ella, y entonces comenzó a hacer lo que hacen todas las jóvenes, es decir esas ligeras coqueterías que inflaman - más, a esperarme a las horas en que yo acostumbraba - pasar, a fijar la vista en mí.

¡Oh!, pero no era eso lo que yo quería, yo deseaba hablarle, yo deseaba confundir mi vida con la suya... y que el rocío de su amor calmase la intensidad del fuego que me abrasaba martirizándome, y lo tornase en un sentimiento sublime de comunión de almas. (53)

El enamorado pretende realizar un sueño de amor sublime, y en - su arte, expresión de su amor y de un mundo más bello, vierte - toda la emoción que en él despierta el deseo de ser amado.

Al principio, la muchacha, halagada, puede hacerle creer que lo ama, pero en realidad lo que ama es su percepción de un nuevo y diferente amor:

Su talento no alcanza á comprender que lo que yo amaba eran sus versos... (54)

Lo que pasa es que el alma de la amada, cegada por la materia,

por el deseo de placeres y de riquezas materiales, no llega a comprender que la unión espiritual con el alma gemela es la revelación de la belleza.

Sin embargo, lo que debe responder al amor es el amor, no la indiferencia, no la coquetería, no la lástima, no la caridad, no la piedad.

La pobre mujer deforme que se enamora locamente del joven de la ciudad no puede esperar amor, pero lo anhela:

¡Oh!, y ella habría querido, no esas frases indiferentes que yo le dirigía, sino ese torrente de palabras dictadas por el delirio febril de la pasión. (1859)
(55)

El amor y la caridad, los dos sentimientos más sublimes de que es susceptible el alma humana, y que deberían confundirse siempre, se excluyen en ciertas ocasiones. (1868) (56)

- Yo veré como hago para que este señor no sufra...

Piedad tenía un excelente corazón y era la bondad y la indulgencia personificadas. (57)

El enamorado busca la exaltante pasión amorosa, la fusión espiritual. Para él, el mundo material no existe, para él no cuentan ni la posesión de su amada, ni la posición social, ni el dinero, cosas todas que se realizan en el matrimonio y esto no lo comprende ella. Entonces obliga a su enamorado a preocuparse -- por las insignificancias de su traje y de su posición que siempre es pobre y lo hace pasar de lo sublime a lo despreciable.

Se entristeció hondamente al comparar la miseria de su posición, la oscuridad de su nombre, al brillo y elevado rango de esa mujer querida; pensó que cualquiera de las joyas que engalanaban a aquellos jóvenes que la rodeaban, bastaría tal vez para aniquilar y sustituir su amor profundo... (58)

Es significativo que en las novelas que hemos estudiado, la mayoría de los hombres pobres y sin fortuna se enamoran de la bella y rica mujer con quién jamás podrán unirse. El atractivo de la belleza y de la riqueza produce un espejismo donde el amor - pasión puede vaciar su deseo de perfección. El lujo es un refinamiento exquisito que adorna la pasión, pero la mujer rica nunca comprenderá que la sublimidad del amor del pobre poeta vale más que todos los bienes materiales... Y aquí viene el desengaño más común, y el que pone una barrera infranqueable entre el enamorado y la amada inasequible y cruel.

El desengaño proviene de varios factores que hacen caer al que se había elevado a las ilusiones propias de la pasión, del mundo espiritual en que vive, a la dura realidad.

Uno de ellos consiste en el rechazo de un amor por falta de amor. Otro es el desdén al que no puede rodearse del lujo que adorna el amor y proporciona comodidades y aceptación social. Por fin existe la posibilidad de que la amada pertenezca a otro, sea en una infidelidad, sea en el matrimonio con otro.

Al conocer su desdicha el enamorado se lanza de lleno a la perdición, al suicidio o a la indiferencia amarga y es que había hecho residir en su amada la creencia de la existencia del bien.

Algunos ponen su fé en el amor que les brinda:

Luisa comprendió que el alma de Javier era un alma como la suya, como lá que ella había buscado toda su vida, y como lá que necesitaba para considerar á la - - creación sublime y justa. (59)

(Dios) - Tu la has puesto en mi camino para que me hable de tí, como lo ha hecho muchas veces reanimando con el fuego de su fe la mia. (60)

Otros se basan en la virtud misma de la que han escogido.

Que cuando miro la virtud en ella me inclino arrodillado ante tu obra

...

Que solo un Dios inmenso como eres, puede encarnar de la virtud la idea y mandarla entre todas las mujeres para que el ser que vacilaba crea. (61)

El mundo no tiene más existencia que la que se forma alrededor del ser querido y la pasión al concentrar cada vez más su visión en su objeto, cuando lo llega a perder, o cuando se desploma la imagen que de él se había forjado, no ve más que el universo vacío.

... para mí no hay en el mundo otro hombre que él y - que hasta el cielo me parecería desierto y triste si no le viera allí a mi lado. (62)

El enamorado vive con la vista fija en el que ama y a través de él en otro mundo de ilusiones más sublimes que la dura y prosaica realidad. La vida no sólo carece de todo encanto en el desengaño o en la desesperación, sino que éstos impiden la vida del alma que se prostituye o se amarga o del cuerpo que se destruye, con el suicidio.

Es de notar que al enterarse de que la amada corresponde a otro y de que no es fiel, se desarrollan unos celos terribles y contrariamente al concepto de Lizardi todos los que conciben al amor como amor pasión, los consideran prueba de amor, y prueba violenta que aún puede hacer nacer el amor donde no existía y reavivarlo donde moría:

Que antes Cármen no amaba á su marido, y no se cuidaba de sus acciones; porque este cuicado solo lo tienen los que aman, puesto que es prueba de celos, y -- los celos prueban el amor. (63)

El saber que la mujer amada pertenece a otro tampoco es una -- idea tolerable para el que ha entregado todo su amor:

Ya todo se acabó...

- Si todo! Se casará! Oh! estas palabras son como un torrente de fuego que me abraza los lábios, que me quemá los oídos, que incendia mi corazón! Se casará! Hé ahí el premio de todos mis sufrimientos! Se casará.
(64)

La única idea que me desespera es la de verla perteneciendo á otro. Pero esto no puede ser. Dios es justo, y sabe perfectamente que ella es la que ha sostenido mi crrrencia, y que este amor que me conduce por el camino del bien, sería mi perdicion si llegase á faltar me, si llegase á verla en poder de un rival. (65)

Existe el caso del enamorado que parece resistirse a perder la esperanza de ser correspondido e insiste en mostrar su amor hasta la humillación y el deshonor.

Con la resolución de amarla sin esperanza, y vivir esperando sin embargo. (66)

Pero se advierte que no es que no pierda la esperanza de ser amado algún día sino que se opone a la idea de dejar de amar y de sufrir por la que ama, de sufrir hasta la agonía:

¡Oh!, si alguna vez esa mujer cayese en mis brazos, - delirante de amor, si llorando a ríos me pidiese perdón de rodillas, por todas las lágrimas de sangre que me hizo derramar y me marchitaron para siempre, nunca compensaría, con una vida entera de consagración a mí una de esas horas amarguísimas que yo pasé aborrecido de los míos lejos de todas las dulzuras que hacen - - amar la existencia, pensando en ella, y siempre en ella, con su imágen estampada en mi corazón. (67)

El odio de la muchacha crece en proporción inversa al amor del amante hasta que se llega a lograr una extraña fusión de las almas en que ella no puede vivir sin odio y lo cultiva, y en que él se resiste a dejar de ostentar su pasión para demostrarle a ella y al mundo y a sí mismo lo grandioso de su misión. Pasa --

las amargas pruebas de la enfermedad y de la agonía por amor, - de la soledad, del abandono de amigos y parientes que lo consideran hombre sin honor. Se arrastra diariamente frente a su casa para padecer mirándola con su novio y aparentar cinismo y -- burla. Es un mártir del amor que busca con ahinco todas las posibilidades de sufrir más, hasta que el día en que se casa la - muchacha, él mismo pone una barrera a sus padecimientos y conscientemente deja de sufrir para llegar a la indiferencia.

Ya todo pasó. Esa ilusión que me había hecho delirar tanto tiempo, se desvaneció en un sólo día. Tres años de amor, de humillaciones y de martirio no valieron - lo que una mano de esposo.

El corazón que se había abierto a un solo afecto, se cerró para siempre a todos.

¿Qué hacer?

¡Llorar! No, porque las lágrimas del desgraciado y -- sus sollozos se pierden entre el ruido de los tran-- seúntes en este siglo de positivismo y aritmética.

Sigamos adelante, recibiendo la vida como viene, reci bamosla, sin sol, sin luz, sin horas, ni color... (68)

Este amor que pisotea la dignidad del hombre en la humillación y que la sociedad desprecia, se ve glorificado por Orozco y Berra en 1850 y por Díaz Covarrubias en 1859, ambos en un relato autobiográfico. Uno cuenta su amarga pasión, su enfermedad por Serafina, acabando en la unión espiritual del odio-amor, y el - otro sus sufrimientos por Sofía que terminan en amargura.

Pero Díaz Covarrubias, como lo hemos ya observado, se muestra -
perspicaz en el estudio de las pasiones y no le atribuye al des-
tino su pasión, su sufrimiento, sino que no se engaña sobre su_
propia voluntad de padecer los males más espantosos pero más --
grandiosos:

Pero mi pasión me dijo: ya no es tiempo, estréllate y
precipítate de una vez, en ese abismo que tú mismo --
has abierto, sigue la sombra de ese arcángel y sufre,
sufre mucho, porque ya no hay remedio. (69)

porque hasta en mis paseos buscaba yo siempre una re-
lación con ella, llevando yo mismo a mis labios la co-
pa envenenada de mis recuerdos. (70)

Las salidas de la desesperación son la amargura y el cinismo, -
la locura o la enfermedad, pero sobre todo la idea del suicidio
que a veces llega a cometerse. Todos muestran la resistencia --
del hombre a seguir sufriendo, la reacción a la pérdida de toda
esperanza. Y cuando todo se ha fincado en un solo ser, cuando -
toda la perfección se ha puesto en una criatura imperfecta, es_
fácil perderlo todo:

Una idea vaga de suicidio ha cruzado por mi cerebro, _
pero yo mismo la he rechazado, no sé si por miedo o -
porque creo que me han asesinado moralmente hace mu--
cho tiempo, y que no es necesario matar el cuerpo. --
Además, he pensado mucho en mi pobre madre. (71)

Para los románticos, la enfermedad del cuerpo no se debe única-
mente a causas físicas. El alma es la que dirige al hombre y --

cuando esta sufre o ya no tiene porqué vivir, lo expresa a través de la enfermedad corporal. Se puede morir de amor; pero so lo mueren de amor los escogidos:

Las gentes que nunca han sufrido esos dolores mortales supremos, reservados solamente para ciertas almas como en compensación de su superioridad, no aciertan á comprender que la salud se desmejore, y el físico del individuo se destruya, si no es por causas enteramente materiales. (72)

La locura, enfermedad mental, se desarrolla en la misma forma que la enfermedad física, consideran que lleva en sí más dolor, pero también se profesa un horror instintivo a fenómenos todavía desconocidos pero que se estudiaban con interés en esa época: Castillo, Payno, Díaz Covarrubias mencionan la locura y -- las enfermedades nerviosas que resultan de presiones excesivas. Todas estas soluciones, suicidio, enfermedad física, locura, - amargura, constituyen un refugio, un miedo a enfrentarse con la vida, con la realidad. Son un deseo de escapar al sufrimiento es decir a la pasión y en fin de cuentas lo perpetúan.

El superar ese deseo de padecer, se da en la acción, en la renuncia a dirigirse por una voluntad inconsciente de no aceptar lo finito, de rechazar lo imperfecto que constituye la realidad humana en sí, y el mundo material.

Encontramos ese deseo de superación de la pasión por la acción

y del sufrimiento por la idea del bien en las novelas que conducen a sus protagonistas del deseo de muerte al deseo de vivir por su amada que los ha rechazado, o que se ha casado con otro, en El Oficial mayor (1864) de Ríos y en La Hora de Dios - de Tovar (1865):

Si, el suicidio es un crimen; y además, añadió con más calma; sería una injusticia que salpicara yo con sangre la falda de su vestido, que la hiciera yo pasar sobre un cadáver, para ir á la felicidad. No. -- Cuando se ama como yo, se procura el bien de la mujer á quien se ama. Si se puede, se hace algo por su ventura; si no, no se le hace mal. No me ha amado. - Ninguna mujer está obligada á amar á un hombre, solo porque el la ama. Viviré para ella (73)

Así se expresa Gerónimo, en La Hora de Dios. Podemos discernir en él ideas que en cierta forma van alterando el concepto de amor pasión, como el que hemos venido estudiando.

Después de sufrir, acepta ver a su amada casada con otro, idea que desespera a los demás. Sin embargo esta aceptación está todavía en la línea del amor pasión pues al hacerlo pone el imposible en su camino y hace perdurar el amor que fué capaz de tal gesto.

Muestra igualmente que si las penas de amor llevan a desear la muerte, es más valiente vivir. No quiere tampoco ejercer una venganza sobre la amada volviéndola culpable de su muerte. A pesar de la amargura de no ser amado y de haber perdido las espe-

ranzas en este mundo, decide vivir por el bien de su amada. De decide actuar y no padecer. Finalmente le concede a la mujer derecho a no amar a quien la ame, sin quejarse de ello.

Pero estos conceptos se fundamentan en la virtud perfecta de la amada, y el día que ve a su marido ponerla en duda, su fé en ella lo lleva a actuar, a buscar pruebas de su inocencia, no solo para restablecerla en la estima de su esposo y lograr su felicidad, sino para no perder él la base de su fé en Dios y en la vida.

Hemos de recalcar aquí la importancia del papel del confidente en el amor no correspondido. El amor feliz no necesita contarle a nadie su felicidad pues en su amada encuentra el eco de su dicha. El amor desgraciado por la muerte o la separación eterna tampoco busca, espía y arde y es solitario por naturaleza, pues puede dialogar con el alma que lo espera.

Pero al amor no correspondido le falta, por un lado, verter el exceso de su desdicha en un corazón amigo que le ayudará a soportarla.

Nuestro dolor desaparece o se mitiga en gran parte -- desde el momento en que vemos que otro sufre igualmente (74)

Y por otro, en él, verá el espejo en que se reflejará su amor,

el testigo de la grandeza de sus sufrimientos y de su cariño, y por fin será el que permita a la llama alimentarse.

Se ha muerto mi solo amigo, el que sabía mi historia, el que me había escuchado hablar de Sofía, el que me socorrió cuando estaba moribundo y en la miseria; y cuando en mis noches de desencanto, comienzo a sentir lo horrible de mi aislamiento, siento de repente un consuelo y me parece ver delante de mí, la sombra blanca de mi amigo que me viene a platicar como antes, que viene a darme consejos como en otros días, y que se vuelve a ir muy triste, porque ve que mi mal no tiene remedio. (75)

El olvido de los males de amor se da más fácilmente en la perdición. Esta es la revancha que sobre el espíritu toma el cuerpo negado y es el camino que toman generalmente los que han sufrido un desengaño y lo vemos expresado en toda su simpleza -- por Palomo (1865)

Al siguiente caminaba para Méjico, iba á buscar en la capital el bullicio y los placeres; allí había millares de mujeres hermosas, festivas y superficiales unas, melancólicas y graves otras; á ninguna amaría porque amar era sarcasmo, era visión; él se burlaría del mismo modo que había sido burlado; nada de generosidad ni compasión; las mujeres le habían dado muerte á su corazón y él vería de que manera les mataba el suyo. (76)

Para aturdir mis recuerdos, para adormecer mis dolores, me arrojé en el bullicio del mundo. (77)

El olvido es un don de Dios y los recuerdos una maledicción:

El olvido es una gracia que la misericordia divina - ha concedido al género humano: sin él los hombres se desencadenarían en sus pasiones y se destruirían mutuamente. (78)

¡Oh!, Dios no debía habernos dejado el espantoso castigo de los recuerdos.

Más valdrían los grandes pesares que sólo tuvieran - un doloroso presente y no ese pasado, que ni está -- justificado por el llanto. (79)

Otras veces la curación del alma adolorida se hace con un nuevo amor como lo expresa Elízaga en 1868

El amor es un titiritero muy hábil. Después de substituída una imágen á otra en el corazón que le sirve de lienzo, la primera no deja de sí las menores huellas. (80)

Sin embargo, había sufrido un terrible desengaño:

Pero el mal estaba ya hecho. El ángel se había convertido en mujer. La ilusión del pobre artista había tomado una forma á sus ojos, había hablado, y su primera palabra había ido á herirle directamente en el corazón. (81)

Pero después en la infelicidad de su matrimonio y con el paso - del tiempo, el recuerdo de su primer amor que nunca conoció ese amor, ni lo hubiera podido comprender, viene a consolarlo en su desgracia:

La imájen de la mujer que nos inspira el primer amor, es á mi modo de ver el ángel custodio de que nos hablaban en la infancia nuestras madres y que nos - - acompaña por donde quiera que vamos. (82)

Y por la fuerza de atracción espiritual, independiente de la -
materia, las almas se fusionan en la muerte, a pesar de no ha-
berse conocido en la vida.

¡Quién sabe! acaso hay en esa union misteriosa de -
dos almas algo de sobrehumano que no alcanzamos á -
comprender! acaso el alma de Luisa desprendida de -
su envoltura material venia a esperar la libertad -
de la de nuestro héroe para unirse con ella eterna-
mente. (83)

Y así cerramos el ciclo del amor pasión que empezaba con la fu-
sión de las almas al conocerse y termina en ella en la muerte.

II. - Metas y consecuencias del amor pasión.

El amor pasión es pues esencialmente una aspiración a lo perfecto, a lo infinito, a lo puramente espiritual. El mundo material es despreciable y lo que se busca es la contemplación de un mundo nuevo, más bello, a través del amor a una mujer-ángel. Esta visión del bien por el amor se logra con una purificación y una lucha contra los sentidos y busca un acrecentamiento constante de su ardor.

En la violencia de la exaltación amorosa aspira a la paz luminosa y, cuando lo logra en la dicha o la posesión de lo que ama, se entibia y deja percibir el aburrimiento. Vuelve entonces a anhelar el movimiento, la llama, aunque se dé en el sufrimiento y en el dolor, los que a su vez acaban siendo su signo distintivo y su sello de grandeza sublime. Finalmente, la muerte deseada acabará con el dolor de ser imperfectos y de no llegar a lo infinito.

El desarrollo del amor pasión se ve expresado con una claridad extrema por Díaz Covarrubias en 1859:

Amed mucho, haeta la idoletría a una joven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de ninguna clase, sin que nadie os impida verla, sin que -- ella misma se vele a vuestra ardiente solicitud, amedia así, decimos, y al cabo de poco tiempo -- tanta felicidad os llegará a hastiar y vos mismo procurareis crear obstáculos ficticios, que después de vencidos dejan ver la ilusión. Pero que os separen de ella un solo momento; que un rival intente arrebatáros la perla que Dios-- os ha hecho ver en el fondo del mar de la vida,

y cuyo valor ya no apreciáis tal vez y entonces vuestro amor, que ya en este caso se parece al "amor propio", se despertará del letargo en que yacía y a precio de vuestra vida compraréis esa parte del alma. (83)

El paso a la eternidad es lo que libera de la materia y de lo finito, de la imposibilidad de expresarse, de fusionarse con el ser amado.

En fin de cuentas, el ser amado no cuenta en sí, como persona. Es más bien el pretexto a la autoexaltación del enamorado sobre una imagen de pureza y de virtud, casi siempre de belleza, que le permite la elevación, resumiéndose en un ecstático espiritual.

Ambos amaban algo en sí mismos al amar al otro. Creían, pues, adorar algo descubierto el uno en el otro. El uno a través del otro, veían -- nada más que sus propias ilusiones, creyendo haber hallado otra cosa en una mutua expectación. Pero esto ni aun lo sospechaban. (84)

Cuando la imagen es falsa, o muestra que es ilusión, se derrumba el edificio y deja al enamorado maltrecho y amargado.

La eternidad en sí no se presenta para estos autores como un valor propiamente religioso, que por algunos es negado -- en cuanto al (Eliza, 1868), sino como otro lugar donde la vida nueva y el infinito se podrán encontrar.

El deseo de perfección, el anhelo de infinito, son los que le confieren una insatisfacción existencial de que sufren los que no tienen nada en qué fijar su existencia y que encuentran todo deslucido y sin color. Ese "spleen" que resienten los románticos europeos y que se percibe tan -- claramente en Díaz Covarrubias:

En esas horas de oscuridad, la vida nos cansa, --
 las personas queridas y que hemos engalanado --
 con el mando del amor, nos aparecen entonces con
 toda su desnudez de momia, los amigos nos fasti-
 dian, el aire oprime penosamente nuestro pecho,
 la luz está amarilla, reminiscencias de un pesa-
 do dichoso o de llantos viene a encontrar un --
 eco en el corazón.

...y volvemos a cerrar los ojos desalentados, --
prefiriendo la muerte al movimiento, a la acción.

(85).

El amor pasión no tiene más alternativa que morir o matar --
 de amor, y la expresión de su esencia contradictoria que --
 busca el todo y la nada, que muere en la vida y en la fe-
 licidad y vive en el sufrimiento y la muerte, que no se ---
 puede expresar con palabras humanas por lo que trasciende --
 todo, que es el bien supremo a la vez que el mayor de los --
 males, se expresa aquí:

Si es cierto que el oro compra y realiza los --
 sentimientos de la vida, yo daría en caudales --
 todo lo que hay de inmenso en mí idolatría por
 obtener un átomo de ese amor tácito que no se --
puede expresar, porque el lenguaje de los hom-
 bres es mezquino para decirlo, porque ese mismo
 fuego concentrado en el alma, esteriza las pa-
 labras y las convierte en un fluido magnético y
 misterioso que sólo otro por puede aspirar, --
 recibiendo en él la eternidad del amor; la vida
que da más vida, y mata al mismo tiempo, que --
entristece y alegra, que es la nada y el todo
que nos conduce a otro mundo sereno, cuya exis-
tencia nunca habríamos adivinado, porque hubié-
ramos creído imposible que un corazón solo, en-
cerrase todo un orbe de espiritualismo y poesía.
 (86)

Este amor pasión que responde a lo que hay de deseos de --
 infinito en la naturaleza humana acaba por negarla y destru-
 irla, porque olvida una parte esencial de sí misma.

El olvido del mundo, la negación de la materia a y de lo -- finito e imperfecto se ven castigados en la desilusión, en la destrucción moral y a veces aún física del que se pretendió remontar hasta los dioses:

Sueñad y no despertéis porque a la amarilla luz - de la verdad se desvanecerá el encanto de la ilusión, y los recuerdos felices del pasado vendrán, torcedor del corazón, a escarnecerle con una perspectiva de amor que ya no existe, porque el --- cielo que creísteis hallar en el suelo se tro--- cará en árido y oscuro yermo de pesar, porque las palabras de amor se trocaren en palabras de des-- pedida. (87)

La concepción del amor pasión se niega a aceptar la realidad del mundo material y sus exigencias, lo que se hace visible en su rechazo al matrimonio, rechazo a la idea misma del -- matrimonio, y rechazo al matrimonio como se realizaba en la época.

Esta oposición la perciben con una mayor o menor claridad -- los autores que ven en el amor pasión el sentimiento más -- sublime, a veces olvidando su fin, que es la muerte, y su -- carácter violento y exclusivo, que se opone a la vida doméstica:

quería ser amada a su manera, quería que el pintor no tuviera otro pensamiento que ella, otra - ocupación que acceder a sus menores caprichos; - tenía celos de sus amigos, celos de los cuadros que pintaba, celos de todo, hasta de la luz que - le alumbraba; quería que para Mauricio nada hubiera en el mundo mas que ella, y á esta existencia ideal que se había forjado en su imaginación no correspondía en lo mas mínimo la vida real que la necesidad del trabajo y el trato social que -- engendra obligaban a Mauricio á llevar? (88)

El deseo de negar el cuerpo y el ideal de castidad constituyen otro aspecto central de la oposición fundamental del --- amor pasión y del matrimonio:

Nó, jamás la idea del matrimonio se confunde con los purísimos sentimientos del primer amor. (89)

¿en qué van mezclados los primeros sentimientos - que inspira una mujer a la idea del matrimonio?; - por el contrario, esa idea basta para amargar la vida de un amor juvenil. (90)

Y en la época que nosotros estudiamos, nadie se atreve en las novelas a fundamentar la dicha matrimonial sobre el amor pasión únicamente. El que parecía haberlo hecho, Palomo (1865), termina su novela recalcando que la felicidad de los nuevos esposos está basada en la virtud y en el conocimiento mutuo; y el que lo hace, Elízaga, muestra el fracaso total de ese matrimonio.

El amor pasión es antisocial por esencia porque aporta un -- elemento violento e irracional que tiende a destruir el ---- orden. Además, existe en él un criterio de elección en la -- pareja totalmente opuesto a la selección cuidadosa que lleva a cabo cada grupo social.

La pasión considera la elevación espiritual y elige el alma más bella, sin importarle a que clase social pertenece: el pobre puede aspirar al amor de una rica (91). Estas tendencias deben ser combatidas y llamada, sus padres y la sociedad eligen al candidato al matrimonio, y no el amante.

La sociedad combate al amor por más que de él --- proceda. (92)

En el principio dijo el Gran Sacerdote del amor - Creced y multiplicaos...

Mas tarde ha dicho

"Amaos los unos a los otros, etc..."

Los hombres, la sociedad, inmediatamente se han encargado de comentar las palabras divinas, y asiendo ya el stylum ó ya la pluma, han procedido inmediatamente

á escribir: El matrimonio es un contrato ...etc...
(92)

Para los que conciben al amor como amor pasión, el matrimonio, sometido a las puras conveniencias sociales, es una venta, un un negocio, una prostitución legal:

que se reciba de esposa como quien se recibe de ---
médico ó de abogado... (94)

La sociedad se resiste a aceptar al amor pasión como base del matrimonio, y el amor pasión niega los requisitos sociales -- necesarios al matrimonio.

Sin embargo, la exaltante belleza del amor pasión y la única posibilidad de realizar la unión de dos personas siendo el - matrimonio, intentan combinarse, a pesar de la repugnancia de uno por otro, y, cuando se aceptan, es porque no comprenden - su oposición, como lo muestra este pasaje de Díaz Covarrubias:

Dicen que el casamiento es el acto que marca el - último grado del amor; es decir aquel extremo en que no se puede vivir sino al lado de la persona - querida, pero yo creo que entre el amor y el ma- trimonio hay la diferencia que entre el sentimien- to del corazón y una pasión social; yo creo que - nada tiene de común y semejante el uno con el otro, o cuando menos que son dos amores de muy diferente naturalza, y que el casamiento no se adopta para prolongar las emociones de la pasión, sino para - apagarlas, para entibiar un fuego intenso que cal- cina y corroe el corazón; siendo así, ya no es la continuación de la vida del sentimiento, sino su - tumba.

... Entonces se desea la fusión de dos almas en -- una, por medio de ese lenguaje confidencial tan -- vago; diálogo de corazones, que nada más corazones pueden comprender; se quieren los pensamientos del ser querido, no su cuerpo; se quiere a la amante - que nos comprende, no a la esposa que nos acompa- ña, y toda idea que va acompañada a lo que forma - principalmente al espíritu del matrimonio, se re- chaza como inportel.

Más tarde, cuando el ardor de la pasión se ha mitigado, queda el cumplimiento de un deber, un compromiso de honor, y algunas veces, por no decir siempre, la exigencia de la sociedad y los padres.

Entonces el hombre ya no busca un alma ardiente - en quien confundirse, un espejo donde se vean reflejados los locos y halagadores sentimientos de la vida, sino la respetabilidad de una pasión social, la paz del hogar doméstico en compañía, el amor de la familia, y, naturalmente, en vez de lanzarse a buscar esa compañera entre la multitud, se adopta a la mujer con quien se tiene ya empeñada una palabra, con quien media un compromiso de amor propio, cuyo corazón y virtudes se conocen ya, y a quien ahora se estima por los gozos espirituales que un tiempo nos proporcionó, pero ya no existe ni puede existir tampoco aquel anhelar eterno que se llama pasión. (95)

Al final de la época que estudiamos, en 1868, tenemos en la novela de Ramírez, Una rosa y un harapo, el ejemplo más claro de la oposición radical entre el amor pasión y el amor --- ecuaníme afín al matrimonio; la imposibilidad de realizar el amor pasión en lo finito y las confusiones que nacen cuando no se distinguen, confusiones en la expresión pero también en la esencia.

Quería estar con su amante: el amor es una cosa divina, es un don del cielo, es una emanación del mismo Dios....

Muy bien.

Pero aun no eran ángeles, sino pobre moradores de este "desierto" erial.

Aun no les había sido concedido el ir a derramar sus almas como una blanca nube de incienso en presencia de las aras de oro del Eterno; y mientras llegaban a tal categoría, bueno sería poner los medios para vivir simplemente como habitantes de este pobre planeta, y arreglar todas las cosas de tal manera, que pudiesen ir á unirse y á realizar sus ensueños mas gratos y sus mas bellas ilusiones

en presencia de cualquier párroco, contrayendo -- matrimonio "como todos" y conquistando su mutua - felicidad ante el ara de la parroquia correspondiente. (96)

El que quiera unir los dos conceptos se verá defraudado, porque no sólo el amor pasión es imposible en este mundo, pero también lo es tratar de moldearlo en cualquier forma humana - por su anhelo de infinito mismo:

Dió el salto mortal del matrimonio al apoteosis, - y cayó de cabeza...

Hizo la absurda transición del pan á la rosa y de la rosa al lucero.(97)

Podríamos resumir en el siguiente cuadro las oposiciones --- fundamentales entre el amor pasión y el amor ecuánime:

Amor pasión	Amor ecuánime (cristiano)
Pasión (pasividad)	acción
pasión (irracional)	razón
pasión (sufrimiento)	felicidad
infinito	finito, medianía
perfección	imperfeción
eternidad	tiempo
espíritu vs. materia	alma y cuerpo
mujer: ángel o demonio	mujer: esposa y madre
pureza	virtud
lejano	próximo
irrealidad	vida práctica
combate	aceptación
violencia	paz
desasosiego	tranquilidad

insatisfacción	satisfacción
anhelo, deseo	contento
sublime	cotidiano y vulgar
poesía	prosa
sentimiento	acto
adolescencia	madurez
fusión	unión
muerte	matrimonio
Más allá	mundo

Se podría pensar que el amor ecuánime es el fin y el ideal del amor pasión, pero precisamente no lo es y lo rechaza con fuerza. En efecto, cuando lo experimenta se cansa de él y no es capaz de cultivarlo. La diferencia básica con el "primer amor" paradisiaco es que éste es un "estado de gracia" que se acaba, mientras que el amor ecuánime en el matrimonio es una construcción que busca hacerse perdurable.

En última instancia, se podría mostrar que el amor pasión -- responde al idealismo de la adolescencia y de la juventud, y el amor ecuánime al de la madurez.

Pero en el México de mediados de siglo parece ser que, en las novelas, se glorifica al amor pasión expresando así una --- especie de rebelión de la juventud en contra de los cánones fríos y circunstanciales del matrimonio y de la frivolidad - del amor juego.

Y, en efecto, tanto el concepto del amor ecuaníme en el matrimonio de Lizardi como el amor pasión en los autores posteriores se oponen al amor juego o a la burla que representan el coqueteo y la seducción.

El Dr. Geos describe el vaivén de las modas en el vestir -- en relación con la idea del mundo que se profesa, con la -- diferenciación más o menos marcada entre los sexos y con el aprecio de los valores propios de la madurez o de la juventud.

Por su lado, Rougemont se dedica a mostrar el surgimiento -- del mito del amor pasión en la Europa herética de la Edad -- Media y estudia el resurgimiento periódico de su exaltación como ideal, siendo el romanticismo una de sus cimas.

En México, este ideal se extiende rápidamente en la literatura y poco a poco va esparciéndose a través de ella, permitiéndolo una serie de factores que ya hemos mencionado y, -- entre otros, los obstáculos que se oponían a la relación --- entre los sexos y el relativo desprestigio del matrimonio. La imposibilidad radical de la realización del amor pasión -- en el mundo le hacen refugiarse en la región de los sueños, -- donde la literatura juega un papel preponderante. Estos sueños de imposibles y la glorificación del amor pasión en cuanto sentimiento sublime, en cuanto realización de una vida -- más intensa y más valiosa que la vida cotidiana, introduce -- un elemento más en los problemas de la vida matrimonial.

A continuación mostremos el ciclo de la evolución de los distintos autores estudiados sobre el tema del amor pasión. Es evidente que cada autor describe diversas fases de él y expresa diferentes opiniones. En este pequeño cuadro, solamente mostramos lo que da la tónica general de sus obras:

- Condenación y desprecio del amor pasión y de sus parecidos (Lizardi y Justo Sierra)
- Glorificación y exaltación del amor pasión (Castillo y Payno en sus novelas cortas; Díaz Covarrubias)
- Amargura y desencanto sobre los males del amor -- pasión (Tovar, Orozco y Berra, Ramírez, Elizaga, -- Rivera y Rfo)
- Vulgarización del tema del amor pasión; utilización como tema lleno de emociones que termina con "happy end" (Payno, Palomo, Rfos).
- Ironía sobre el amor pasión (Díaz Covarrubias, -- Tovar).
- Ridiculización (Orozco y Berra, Díaz Covarrubias y Ramírez).

NOTAS

- (1) Payno,
- El fistol...
- I, XI, p. 69

Tenemos teorías del amor como la de Palomo en que aún los tigres y las flores se aman... (Palomo, Luisa... p. 31-33)

- (2) Payno,
- El fistol...
- I, XI, p. 69

- (3) Díaz Covarrubias
- Gil Gómez
- II, p. 159 y

"y aún no se había dado cuenta del placer que experimentaba estando en aquella casa cuando ya el amor lo devoraba. La concordancia de sentimientos, la perfecta armonía de -- las ideas de Rafael y de Virginia eran un nuevo motivo de -- unión para ellos.

"Pasaban á veces largos ratos leyendo las sublimes páginas de Chateaubriand, y nunca una inspiración del célebre autor francés conmovió a Virginia sin que su emoción hallase eco en el pecho de Rafael. Sus lágrimas corrieron simultáneamente cuando leyeron los últimos episodios del tierno -- poema de Bernardin de Saint Pierre.

"Animados por unos mismos deseos, atraídos por la perfecta semejanza de organizaciones, nutrieron sin saberlo el amor mas apasionado y mas puro."

Ríos, El Oficial mayor, p. 207

- (4) Payno,
- El fistol...
- I, II, p. 10 y

"Elena tenía una de esas fisonomías angélicas, que sin querer hacen pensar en el cielo, una de esas fisonomías que -- traen como una vaga idea de la patria que ningún mortal ha visto. Era una de esas mujeres que esparcen alrededor de sí, yo no sé qué perfume de santidad, de poesía celeste; mujeres sensitivas que teniendo el sello de Dios en su rostro, -- no son jamás satirizadas aún por los hombres más únicos: ángeles desterrados del cielo, que extranjeros en el mundo, -- no lo comprenden ni son comprendidas por él, y que tienen -- sus miradas vueltas naturalmente a la patria primitiva"

Díaz Covarrubias, El diablo en México, II, p. 415

"Un joven ve á la primera mujer que ama como a su ángel tutelar, como á una virgen sagrada á quien no es lícito ofender -- ni con el pensamiento.

"En cuanto a las mujeres, en su edad buena también son sinceras, también aman como los ángeles, también su corazón es puro y limpio como el cristal".

Payno, ¡¡Loca!!, p. 105

- (5) Elízaga. Mauricio... p. 175-176
- (6) Payno, El Fistol... I, XI, p. 170
- (7) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 134
- (8) Ríos. Op.cit., p. 201
- (9) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 133
- (10) Ibid.
- (11) Elízaga, Op.cit., p. 228-229 y

"Además, Fernando era artista, artista por inspiración, artista por nacimiento si se quiere..."

Díaz Covarrubias. Gil Gómez, I, p. 158

"Los verdaderos poeta y los verdaderos artistas no debían habitar en el mundo; sus almas son delicadas sensitivas -- que al menor contacto con la realidad de la vida se estremecen y muere."

Elízaga, Op.cit., p. 234

"Luisa era una niña pura como la gota de rocío que la aurora dejó entre los pétalos de una azucena; inocente y sencilla como la primera sonrisa de un niño, tierna y delicada como esa planta que los poetas llaman sensitiva, ese vegetal siempre enfermo que parece llevar en su misma organización un germen de muerte que la consume..."

Díaz Covarrubias, La sensitiva. I, p. 133

- (12) Payno. El Fistol..., II, XI, p. 312
- (13) Elízaga. Op.cit., p. 175
- (14) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 135
- (15) Palomo. Luisa o San Luis Potosí, p. 98

- (16) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 135
- (17) Palomo. Op.cit., p. 31.
- (18) Id. p. 33
- (19) Elízaga. Op.cit., p. 228-229
- (20) Ibid., p. 229
- (21) Díaz Covarrubias. Impresiones y sentimientos (inefable de la pasión). p. 40
- (22) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 135
- (23) Ríos. Op.cit., p. 207
- (24) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 135
- (25) Díaz Covarrubias. Gil Gómez. II, p. 163
(6 meses encantados)
- (26) Díaz Covarrubias. Impresiones y sentimientos. p. 78
- (27) Díaz Covarrubias. Gil Gómez. V, p. 182
- (28) Díaz Covarrubias. La sensitiva. I, p. 135
- (29) Díaz Covarrubias. Gil Gómez V, p. 187-188, y
- "Llamaba locura á ese modo de amar, pero comprendia perfectamente que en el grado de exaltación á que había llegado en los dos jóvenes podia ocasionar la muerte de alguno de los dos ó de ambos."
- Elízaga, Op.cit. p. 249
- (30) Id. VI, p. 189
- (31) Ibid. p. 190
- (32) Ibid. p. 193
- (33) Ibid. p. 196.

"Huí dos veces de ella. Quise poner entre los dos esa muerte que se llama ausencia, y que dicen que todo lo borra. Imbéciles! Es porque no aman!

"... la ausencia no había disminuído mi pasión, sino que la había hecho crecer,... porque era como el cielo, que es -- más azul, cuando se vé más léjos..."

Tovar. La hora de Dios. p. 61

- (34) El amor debe tener por cualidades primordiales la pureza, la constancia y la intensidad, como lo expresa Palomo (1865)

"que cual divinidad celeste recibirá sin cesar el incienso de mi amor, tan puro como el aura de la mañana, tan constante como las estrellas del firmamento, tan intenso como el de Artemisa viendo muerto á su querido y malogrado -- Mausolo."

Palomo. Op.cit., p. 35

- (35) Díaz Covarrubias. Gil Gómez. XII, p. 241

(36) Id. XIX, p. 294

(37) Díaz Covarrubias. La Clase Media. XII, p. 396

(38) Ibid.

(39) Ibid.

(40) Payno. El fistol..., V, XV, p. 814

(41) Id. V, XXIV, p. 884, y

"... habia pensado que sólo la muerte podía dividir nuestra existencia, y... ¿qué digo? la muerte... la muerte nos habría abierto las puertas del cielo, para no separarnos ahí nunca, para amarnos en el seno de Dios."

Payno. Alberto y Teresa. p. 207

(42) Payno. El fistol..., V, XIII, p. 800

(43) Id. V, XXI, p. 864

(44) Palomo. Luisa... p. 344

- (45) Id. p. 245-246
- (46) Payno. El fistol..., II, XI, p. 312
- (47) Payno. ¡¡Loca!!, p. 115-116
- (48) Payno. El fistol..., II, XI, p. 310
- (49) Ibid. p. 312
- (50) Este falso combate entre el deber y el honor por un lado y el amor por otro es el que vemos muy claramente expresado en la obra de Palomo, Luisa ó San Luis Potosí de 1858 a -- 1860, publicada, en 1865 en que el padre, para conceder a su hija en matrimonio, le pide a su prometido una acción indigna; traicionar a su protector:

"de esa manera V. mismo pone insuperable barrera para - que Elisa sea mi esposa, porque mal querría V entregar un tesoro de virtudes al que enteramente despojado de - ellas, sería únicamente acreedor al mas profundo des- - precio."

Palomo. Op.cit., p. 15

La amada, no menos dignamente, responde a la proposición de - fugarse y casarse sin el consentimiento paterno:

- "Jamás será mi esposo el que carezca de honra; pero - tampoco lo será el que fuese rechazado por aquel á --- quien le debo el ser!

... nunca mi cariño por tierno y vivo que sea me hará - faltar á lo que me debo a mí misma!"

Ibid. p. 18-19

- (51) Payno. ¡¡Loca!! p. 113.

- (52) Tovar. La hora de Dios. p. 61-62
- (53) Díaz Covarrubias. "Inconstancia". Impresiones y sentimientos, p. 39

O puede igualmente engañarlo con falsas promesas:

"Rosa, la pérfida me engañaba, y mientras que yo me entregué á su amor con la candidez de un niño, ella, ¡ingrata!, cediendo a la ambicion, me sacrifica cambiando en desdén sus antiguas caricias."

Ríos. Op.cit. p. 20

- (54) Ríos. Op.cit. p. 47, y

... el está horriblemente apasionado de mí; loco y, además que me escribe unas cartas muy bonitas... me dice -- unas palabras tan poéticas, unas comparaciones que realmente me lisonjean..."

Díaz Covarrubias. "Quien mucho abarca, poco -- aprieta". Impresiones y sentimientos p.94

Pero no solo eso sino que usan a los que las aman como -- instrumentos.

"Además, yo nunca he correspondido su pasión con otra cosa que miradas, ligeras sonrisas y buena solicitud cuando en la sala está otro de mis galanes a quienes quiero dar celos y que rabian al verse humillados por un joven que en tres meses y medio que hace visita acá, no se ha mudado jamás su pobre vestido negro.

- Otras veces algunos ancianos dicen: ¡Qué muchacha tan desinteresada, cómo ama a ese joven oscuro, siendo ella tan rica y tan hermosa.

Ibid.

"en verdad solo siento haber quebrado porque pasará algún tiempo sin que mi nombre aparezca en los periódicos.

Ríos. Op.cit. p. 47

- (55) Díaz Covarrubias. "¡Hasta otra vista!". Impresiones y sentimientos. p. 35
- (56) Elizaga. Op.cit. p. 258

- (57) Ramírez. Una rosa y un harapo. p. 88
- (58) Díaz Covarrubias. "Rosas y cardos". Impresiones y sentimientos. p. 96
- "Pero la primera vez que la niña desconocida le dirigió la mirada, el pobre artista pensó con tristeza que habría producido mejor efecto en el ánimo de la que amaba si visiera levita."
- Ríos. Op.cit. p. 178
- (59) Palomo. Op.cit. p. 65
- (60) Ríos. Op.cit. p. 247, y
- "¡Dios mio! tartamudeaba, ¡Dios mio! yo he hecho mucho -- mal, pero si me concedes que Virginia me ame, seré bueno en adelante; solo ella puede sacarme del abismo en que me estoy hundiendo."
- Ibid. p. 189
- (61) Tovar. La hora de Dios. p. 24
- (62) Elízaga. Op.cit. p. 245
- (63) Tovar. Op.cit. p. 187
- (64) Id. p. 60
- (65) Ríos. Op.cit. p. 253
- (66) Díaz Covarrubias. "Juventud inútil". Impresiones y sentimientos. p. 48
- (67) Id. "Inconstancia", p. 43
- (68) Id. "¡Muerta para mí!" p. 64
- (69) Id. "Inconstancia". p. 41 (El subrayado es mío)
- (70) Id. "Juventud inútil". p. 48 (El subrayado es mío)
- (71) Id. Llantos y risas. p. 56
- (72) Elízaga. Op.cit. p. 233

- (73) Tovar. La hora de Dios. p. 62
- (74) Ríos. Op.cit. p. 201-202
- (75) Díaz Covarrubias. "Observaciones patológicas". Impresiones y sentimientos. p. 78
- (76) Palomo. Op.cit. p. 209
- (77) Tovar. La hora de Dios. p. 61
- (78) Palomo. Op.cit. p. 112
- (79) Díaz Covarrubias. Gil Gómez. XIX, p. 295
- (80) Elizaga. Op.cit. p. 257
- (81) Id. p. 234
- (82) Id. p. 454-455
- (83) Id. p. 508
- (84) Díaz Covarrubias. Gil Gómez, XVI, p.272-73
- (84) Ramírez. Una rosa y un hasego, p.136-37. (Los subrayados están en el texto)
- (85) Díaz Covarrubias. "Días Aciaños" Impresiones... p.20.
(El subrayado es mío)
- (86) Id. "Roses y cardos", p.96. (Los subrayados son míos)
- (87) Díaz Covarrubias. Gil Gómez VI, p.191.
- (88) Elizaga. Op. cit. p.475.
- (89) Id. p.220.
- (90) Díaz Covarrubias. "Casamientos". Impresiones... p.17
- (91) Y a pesar de todo, el dinero hace al amor más hermoso porque aleja las preocupaciones vulgares del vivir cotidiano:
- "¡Salomón era un millonario!...
y Salomón fue el poeta a quien debemos el Cantar de los canteres". Ramírez. Op. cit. p.127.

- (92) Id. p.115
- (93) Id. p.116. (Los subrayados están en el texto)
- (94) Id. p.27
- (95) Díaz Covarrubias. "Casamientos", Impresiones... p.18.
- (96) Ramírez. Op.cit. p.106. (Los subrayados están en el texto)
- (97) Id. p.146.

CONCLUSION

La sociedad mexicana de mediados del siglo XIX se nos presenta como regida por una serie de valores básicos que le dan su conformación general, pero que presentan desajustes en la realidad por sus contradicciones intrínsecas y por el relajamiento en su observación.

Se fundamenta en la superioridad masculina en la familia y en la institución matrimonial. La existencia del matrimonio como único fin lícito de relaciones entre los sexos engendra la seducción y el adulterio, que debido a la relajación relativa de las costumbres, no crea grandes tipos sociales ni es castigada.

El destino de las mujeres sólo presenta tres posibilidades básicas: el convento, el matrimonio o la prostitución, quedándoles a las solteras el recurso de ser bestas, compromiso entre el mundo y Dios.

La educación tampoco es adecuada a las metas ideales de la sociedad. La de las mujeres se dirige a la consecución del matrimonio, pero no a su conservación.

En la teoría, el matrimonio es la unión de cuerpos y almas, pero esta concepción se ve debilitada en sus cimientos por la idea de la maldad de la carne. Por eso, no se da el amor ecuaníme-cristiano que toma en cuenta a toda la persona humana, con sus cualidades y defectos, en el sentido sexual y en el espiritual. Se busca entonces reintegrarlo al matrimo-

nio, que es su modo peculiar de expresión, en un proyecto de reforma muy a la medida del hombre.

Por otro lado, el amor puramente erótico busca satisfacerse fuera de del matrimonio, y el puramente espiritual, el amor pasión, recurre como un ideal.

En la práctica, no parece prosperar la reforma del matrimonio por dentro, mientras el ideal del amor pasión, esencialmente distinto al matrimonio, se extiende y quiere integrarse a él. Al ser un amor que busca su realización en el otro mundo, no se puede adaptar a la vida conyugal. Busca olvidar su fin, pero su carácter tampoco es afín a la tranquilidad doméstica, e introduce un germen más de desajuste en el matrimonio por presentar un ideal imposible, que, al tratar de realizarse, engendra fracasos y desilusiones.

A los valores básicos que modelan la mentalidad de una época y cuyos cambios son lentos, vendrá poco a poco a añadirse un nuevo valor, el ideal del amor pasión en el matrimonio. En el momento en que dejamos el trabajo, lucha todavía por encontrar su lugar y ser aceptado por la sociedad..

APENDICE

EL AMOR RANCHERO

Tal como anotamos en la Introducción, los autores estudiados prestan poca o ninguna atención a la vida del campo mexicano de la época. Dos excepciones son dignas de mención, Payno y Luis G. Inclán. El primero sólo concibe el campo como una parte de la sociedad, aunque con sus características propias, pero no llega a describir ningún amor de lo que podríamos llamar "clase media campirana". En cambio Inclán presenta una visión más sistemática del mundo ranchero por lo que nos hemos referido únicamente a su novela Astucia para la redacción de este anexo.

Astucia se subtitula "novela de costumbres mexicanas con episodios originales", y trata de costumbres rancheras y charras. Antes de elaborar la idea del autor sobre el amor, tenemos -- que situarla en su contexto social y económico y en la escala de valores que rige esta sociedad particular.

El autor no se interesa en relatar las costumbres y el modo de vivir de los ricos hacendados que casi nunca se aparecen por sus tierras, tomándolas como lugar de vacación y recreo. Tampoco toca la vida de los peones y los indios más que incidentalmente; Inclán se ocupa más bien de un grupo social que se compone de los cuadros medios de las haciendas, administradores o caudillos, de los rancheros propietarios o arrendata-

rios y de las personas importantes de los pueblos o ranche---
rías.

Es toda la vida de los pueblos la que él retrata, la vida de_
los "criollos" que trabajan sus tierras en unión de su fami---
lia y que poco se preocupan de la vida de la ciudad cuyos - -
ecos ni siquiera les llegan. En ciertas ocasiones solamente, _
la ciudad, personificada en un gobierno tan odiado como des---
preciado, manda órdenes que sólo puede hacer cumplir por la -
fuerza de las armas. Son de notar tanto el apoyo de la pobla-
ción campesina a los que en una forma u otra se oponen al go-
bierno, como el desprecio hacia las tropas federales recluta-
das por la leva, mal vestidas, mal armadas, mal pagadas y cu-
yo único interés en el ejército es el pillaje. Este desprecio
participa igualmente del sentimiento de superioridad de los -
charros, gente de a caballo, sobre gente de a pie y más si la
han montado en caballos que no sabe manejar. También en la --
obra de Payno podemos observar este sentimiento de orgullo --
del rancharo.

La poca fuerza de los gobiernos de los Estados para mantener_
bajo su dominio todas las partes de su territorio y el descon-
tento que suscitan, favorecen pronunciamientos y segregacio--
nes continuas, trayendo una secuela de bandidaje y desolación.

Las conmociones políticas y la inseguridad se tornan más trágicas en el campo que en la ciudad, pues los bienes consisten en siembras y ganados que una vez destruídos sólo se reponen con tiempo y dificultades.

Sin embargo, esta sociedad del campo perdura a través de las conmociones gracias a la fuerza de los lazos sociales, principalmente familiares y de amistad, y de los valores que la rigen.

La familia patriarcal constituye la fuerza de cohesión más poderosa. El valor supremo que le permite adquirir ese poder — consiste en el respeto a los padres en todas sus decisiones y en la obediencia total a sus dictámenes. En caso de desobediencia, el amor mutuo entre padres e hijos puede encontrar una solución a los problemas y mediante la sumisión, castigo y perdón del hijo prófugo o rebelde, lo restablecerá en su lugar original, dentro de la familia. El peor castigo, que lleva en sí el deshonor, es la desaprobación de los padres, que lo hace sentirse fuera de su marco social y prófugo dentro de la misma sociedad.

La severidad del castigo impide a veces el volver a casa a pesar de los deseos de reintegrarse a la sociedad a que pertenecen y les hace llevar una vida al margen de la ley.

Los lazos familiares adquieren tal importancia que sólo las relaciones que se asemejen a ellos tendrán valor; de ahí el del compadrazgo y el de las uniones rituales que crean relaciones idénticas a las de la familia.

Los charros que se asocian para el contrabando del tabaco se constituyen en hermanos mediante una prueba e iniciación, con la obligación de quererse como tales y velar por el bien de las familias así unidas. Cuando los padres mueren o confían a sus hijos a sus amigos les confieren su paternidad a través de la palabra, con lo cual queda establecida la relación familiar, tal como si fuera real.

La profunda amistad entre hombres de bien se consolida con la promesa de velar por las familias mutuas y se ratifica con la ayuda moral y material en caso de dificultades.

El respeto a la mujer en cuanto madre, esposa o novia y hermana se justifica en su papel primordial, tanto en el desempeño de las labores del campo como en la transmisión de las tradiciones familiares. Sin embargo, la mujer es precisamente un ser que debe mantener alguna de estas relaciones con un hombre que, será entonces el soporte más efectivo de su honor, y éste siempre buscará quien la respalde en caso de que él llegara a faltar.

Las cualidades que se buscan en un hombre son las que caracterizan al hombre de bien. En éste se admiran la fuerza física, la valentía y el arrojo que hacen respetar su honor haciéndolo temible, la habilidad, la astucia, la inteligencia que unidos al trabajo le permiten alcanzar alguna fortuna y su libertad y, por fin y sobre todo, su formalidad y su puntualidad - en cumplir su palabra en una sociedad en que jueces y abogados, productos de la ciudad, deberían salir sobrando, aunque en ella se den los pleitos aún más a menudo que en las ciudades. (1)

Por otro lado, cierta instrucción es muy apreciada pero más - importa el conocimiento que se tenga de las labores del campo, de los caballos, del ganado y de todo lo referente a la vida campirana.

La "franqueza" y el trato respetuoso y amable, indican al hombre de bien con honor y respetabilidad. Y he aquí el hombre - que una muchacha deseará por esposo:

Yo quería un joven que no fuera ni muy feo, ni muy buen mozo, regular, alto porque me repugnan los chaparros; que fuera ranchero, es decir de a caballo, valiente, trabajador, hombre de bien y pobreton; todo esto tiene Tacho, y además otras ventajas porque es muy humilde, callado, franco y nada tonto; él se hace socarrón; pero ya le cogí el modo y no dudo que seríamos felices. (2)

A la mujer ranchera se le piden muy diferentes atributos que a las muchachas de la ciudad. Su honor y su honestidad deben ser intachables y antes que la belleza y los adornos, que también se aprecian, se busca a la mujer trabajadora, limpia y hacendosa que sabrá llevar una casa y aún deberá dedicarse a trabajos normalmente masculinos que son arar, ocuparse de los animales y aún cazar.

La buena rancherita pues tendrá que saber desde montar a caballo hasta bordar la ropa más fina y delicada. Mal vista está la mujer que sintiéndose de una clase social más elevada no sabe ni cocinar, ni limpiar su casa, ni atender a su marido.

(3) Otra de sus cualidades consistirá en tener hijos y saber educarlos.

En pocas palabras, el hombre de bien busca casarse con una muchacha guapa y trabajadora que le ayude en todos los trabajos del rancho y que sepa conservar el honor de su familia. (4)

... sabe lavar, coser, guisar, y sobre todo ya ve usted que tiene amor propio y vergüenza, ya vio también que es media marota, pica de jinete y decidora, es una tarabilla que desde luego da a conocer que no es tonta, ni de malas intenciones.

... sabe manejar la aguja, y ama de corazón a su futuro, no le gusta que ande sucio y le defiende con calor. (5)

El amor se manifiesta a menudo en la obra y estudiaremos la idea que de él se hace el autor.

El amor en la mayoría de los casos se presenta como un sentimiento, como una atracción a la persona amada, totalmente desconocido y que no deja actuar normalmente al que lo siente. -

(6)

¿Qué tendrá esta muchacha para mí, que me cuesta tanto el separarme de ella? Ni al despedirme de mi padre y de mi hermana he sentido un dolor tan profundo. (7)

El amor puede darse con la violencia del amor pasión, agudizado por las separaciones, o con la calma del afecto que nace del conocimiento y del trato mutuos. El principio de estos dos amores corresponde igualmente a su profunda naturaleza. - En uno nace repentinamente con la sola contemplación del amado:

Sentía nacer en mi corazón una simpatía, que por instantes se fué haciendo una pasión que me encantaba, ... tanto la miré y con tal fuego, que conseguí que me entendiera; porque después de haberme visto ella con demasiado interés, bajó los ojos -- apaciblemente, como dándome a entender que me agradecía la preferencia y que entendía lo que por mí pasaba. (8)

O por coincidencia con la imagen de un primer amor desgraciado logrando al avivar una pasión adormecida.

... juraría que esta amable niña era la misma niña era la misma Refugio en persona, mi único y primer amor - y cada vez que podía estudiaba una a una -- sus facciones que iban haciendo revivir un fuego - convertido en cenizas... (9)

Por el contrario, el tiempo y el trato mutuo engendran un amor más apacible, no por eso menos profundo.

La antigua amistad que tenían, el continuo trato e intimidad, fue motivo para que poco a poco se quisieran con exceso, y a los seis meses mutuamente -- se amaban tanto, que no podían estar separados. -- (10)

En ambos amores, la correspondencia es a la vez la recompensa y la condición necesaria para el amor. La unión de los que se aman produce alegría y deseo de permanecer unidos y no tristeza ni deseo de separación. (11)

El dolor está en la ignorancia del amor del otro, en la falta de reciprocidad.

Hay que dejarse llevar por la bondad del amor y en la pureza_ que da la libertad de expresarse y de realizarlo en el matrimonio. Esta libertad es lo que guarda al amor en el bien, los obstáculos engendran el mal y contaminan el amor natural -- transformándolo en pasión innoble:

No la fomento, sino que conozco que es natural, -- precisa, inevitable, y no está en nuestra mano so-focarla y para que no tome ese otro carácter que -- ustedes temen, no hay más que un remedio, mantener

la, en el estado de pureza que aconseja la prudencia, porque si comienzan con escrúpulos y boberías a evitarles que se hablen, que se miren con la franqueza de su edad, avivan el fuego en vez de apagarlo... (12)

El amor es pues cosa natural y propia de la juventud y tiene que perdurar en el matrimonio toda la vida. Nace de la simpatía y la comprensión que se tienen dos seres así como el deseo de no separarse. En efecto la separación y la ausencia son los males más terribles que pueden sufrir los amantes qui tándoles la felicidad de vivir y de trabajar. (13)

Por la presencia del amado y el deseo de hacerlo todo para complacerlo, impele al hombre que ama verdaderamente al bien:

Mas luego que volvió Refugio, apareció su genio festivo, y prosiguió en sus tareas con tanto empeño, que presentó una plana a su maestro muy bien hecha, estimulado de que le dijo Refugio que con muchísimo trabajo había leído cartas tan llenas de garabatos y borrones... (14)

Este amor se complace en la presencia y no en la ausencia del amado y en el deseo de agradecerle. Al contrario del amor pasión, la presencia es el estímulo del amado, y la alegría es la consecuencia de la unión.

El amor es bueno, el amor trae la alegría de los que se aman pero la sociedad rígida en que se da el amor no le permite expresarse antes de obtener su aprobación, a través de la de los padres (15) y a través de la prueba de que ambos se mere-

cen por sus obras en el trabajo y en el honor.

Ya sé, hija mía, que estás apasionada por Lorenzo, que se quieren desde la escuela, que según lo que me han contado, se ha conducido contigo con delicadeza y buena fé... que ese muchacho hasta ahora no ha dado qué decir de su persona, que desciende de una familia honrada; en fin que no tiene tacha alguna que ponérsele; pero vamos pensando con juicio y sin interés particular. ¿Qué porque reúna todas estas buenas cualidades puede con sólo ellas hacer la felicidad de una mujer? Para que esto sea es preciso que sepa también ganar un peso con el sudor de su frente, que sepa conservar intacta la honra de sus padres para que haga partícipes de ella a su esposa y legarla a sus hijos... es necesario que lo juzgue de cerca, que esté satisfecho de que su amor a tu persona no es una llamarada de petate. (16)

La muchacha que por preocupaciones sociales no se atreve a pedirle a su padre permiso para casarse no puede contraer matrimonio por la Iglesia porque se perdería su honor y el de su familia. Más que las consideraciones religiosas formales cuenta la aprobación de una sociedad severa en cuanto a las leyes del honor y a las de rango social, especialmente del grupo familiar, pues Dios está en todos lados y conoce la virtud, ante El y dos testigos deciden darse mutuamente en matrimonio.

Pues sin perjuicio de renovar nuestros votos ante los altares, cuando nuestra existencia no peligré, ni el honor de tu familia sufra menoscabo, ¿quienes que ante Dios que nos escucha que ve lo que pasa en el fondo de nuestros corazones, que juremos mutuamente amarnos hasta la muerte?

- Si. (17)

Al ser el matrimonio la formalización del amor ante Dios y ante la sociedad se necesita la aprobación de ambos que se encuentra en la virtud y en la buena reputación.

Ante la oposición total, se podrá recurrir al rapto de la muchacha pero se aceptarán las consecuencias sociales de este acto, que es el apartarse de todos como lo hace Astucia. Una posibilidad menos arriesgada consiste en depositar a la muchacha raptada en el curato para asegurar su honor y su reputación en la espera de la solución del conflicto familiar, y la esperanza de obligar a los padres a acceder al matrimonio por el miedo de que sufra la reputación de la muchacha.

Esta es la esperanza que concibe Lorenzo al raptar con su consentimiento a su novia Refugio para obtener licencia para su matrimonio. Las circunstancias no lo permiten y la muchacha queda bajo el amparo de un noble tutor y en la imposibilidad de volver al pueblo a causa de su reputación dañada por lo notorio de su fuga. Tampoco puede ya casarse con un hombre de bien cuyo padre se opone entonces al matrimonio por el deshonor que acarrearía a su familia.

El caso del rapto de Amparo por Astucia es distinto. Ella no podría obtener permiso para casarse con un hombre de distinto nivel social y cuya reputación se ve manchada por vivir al --

margen de la ley sin que afecte esto a su honrabilidad de bien o a su honor. No pueden revelar que se han fugado porque lo más probable es que, a pesar de ello, el padre de la muchacha consideraría más deshonroso para su familia el emparentar con un hombre tal que la pérdida de la reputación de su hija. No representa un pretendiente honorable y los dos huyen al monte — donde, lejos de la sociedad, viven bajo la mirada de Dios, — más benévola.

Al reconciliarse con sus padres y al formalizarse su matrimonio por la Iglesia, Amparo vuelve al seno de la sociedad aunque es necesario que toda la familia, para evitar la deshonra causada por la fuga de la muchacha y por su matrimonio con un prófugo, se muden de pueblo y que él cambie de nombre. Así, ya gozando de una reputación intachable a través del secreto, pueden gozar de la vida social.

Es tan importante el juicio social que el honor de una muchacha debe ser sin tacha y si ha perdido su reputación, aunque conserve su virginidad, no es digna de pertenecer a una familia que se precie de su honra: aunque el futuro marido pudiera aceptar esta situación, la cabeza de la familia, el paterno-familias, no lo puede soportar y la sola idea de ello llega a dañar su salud.

El desgraciado cuanto escandaloso exceso de Jungapeo; los antecedentes de enemistades anteriores... ofendieron a tu padre, como era natural obligaron su amor propio, su delicadeza y teme, con justicia que vulneren su honor (con este casamiento). (18)

En cambio, si la muchacha perdió su virginidad por la fuerza o por engaño conservando su inocencia y su reputación, puede convertirse en la esposa de un hombre de bien.

Lo que realmente importa es el secreto y mientras nadie lo conozca se puede contraer matrimonio. El deber de la muchacha consiste en referirle su historia a su amado y el de éste en vengarse de la afrenta con la humillación del seductor. Para esto necesita el derecho a la venganza, la palabra de casamiento de la muchacha. (19)

Después de la venganza y asegurado el secreto, puede realizarse el enlace sin menoscabo del honor ni de la reputación del marido.

Recordando el concepto de honor que hemos estudiado en las novelas referentes a la vida citadina "criolla" podemos advertir que es el mismo que el que se tiene en el campo, pero que se aplican sus leyes con una severidad mucho mayor.

Podríamos aducir varias causas y entre ellas la más importante nos parece residir en la organización familiar. En la ciudad la familia patriarcal tiende a disolverse y vemos que Li-

zardi, a pesar de proclamar la soberanía del grupo nuclear, -- acaba su novela de La Quijotita mostrando toda la gran familia reunida.

Los lazos familiares de autoridad y de obediencia supeditan a los miembros de la familia a las leyes del honor común y a la vez los individuos infaman al resto de la parentela.

Por otro lado, le hecho de que todos los miembros de esta sociedad se conocen y que no hay más salvación en el deshonor -- que la huída a otro lugar, así como la falta de anonimato, in fluye poderosamente en el rigor de las sanciones.

La separación geográfica de los ranchos no parece influir dentro de un area cuya extensión se podría calcular quizá en la novela de Inclán, pues los sitios geográficos están señalados. Esta area es la que marca el límite del poder del grupo social que puede aplicar las sanciones contra las leyes del honor.

Tenemos numerosos casos de "hijos desobedientes", o sea sin honor que tienen que huír de sus padres, de su ambiente social y geográfico para refugiarse en la ilegalidad. Si, arrepentido de haber faltado a la obediencia ciega que debía a -- a sus padres, pecado que siempre pesa sobre su conciencia y -- sin el perdón del cual no puede vivir en paz, vuelve al hogar

paterno, puede contar con su acogida y la restitución de su honor y de su puesto en la familia a través del castigo correspondiente a su culpa y el perdón.

La rigidez de la estructura familiar y el concepto del honor ligado con ella no permite más que someterse a ella o evadirse con los consecuentes problemas morales y psicológicos a -- que se ve sometido el que huye.

Una hipótesis de trabajo podría ser que en la vida ranchera se logra un apego relativamente mayor a los valores básicos -- "criollos", que en la sociedad criolla de la ciudad donde parecen irse relajando.

NOTAS

- (1) Es el caso de Lamparilla, en Los Bandidos de Río Frío.
- (2) Inclán, Astucia, XV, p. 217
- (3) También tenemos ésta descripción de una buena ranchera en Lizardi:

"Ella no es fea, ni muy bonita, respondió Pascual, es pasaderilla; tendrá dieciocho años, y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque. Si es para la cocina, hecha unas tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfaina y otros guisados como éstos, hasta se chuparan los dedos. Si es por lo que hace a cuidar a un hombre, es un reguilete, -- porque sabe coser, cavar y tejer unos ataderos y ceñidores que es un primor. Y ¿qué le diré a su mercé de cuidar las cosas de la casa, y del campo y de los animales. ¡Oh! para eso es una lumbre el dianté de la muchacha, porque ella sabe dónde dan quince y el sope, y volverse con el medio; porque sabe cuándo está culeca la gallina, cuándo se ha de echar, cuál es el cochino cebón, cuál es de media ceba, qué vaca está jorre y cuál no, y hasta para sembrar conoce el tiempo, y si su mercé la viera coser la garrocha y la yunta y sacar veinte surcos derechos, era mano de que la reventara."

La quijotita... XIII, p. 107

- (4) "Aún no cuenta dieciocho años, es media lamidita, muy mujer, con un genio de fiesta que desde luego da a conocer su corazón inocente, sumamente franca, jovial y candorosa, sin dejar de ser muy viva no tiene una pizca de malicia; en fin, Señor Gard No, es una muchacha de honor y provecho, que sin disputa hará la felicidad de cualquier hombre de bien."

L.G. Inclán. Astucia, XIV, p. 209

- (5) Id. XV, p. 214-215.
- (6) "... mi asiento estaba enfrente del de aquella mujer tan distraída, y yo no sé que secreto impulso me obligaba a estar en ella fijando mi atención."

Id. VIII p. 98

"¿Qué tiene este hombre que me acaba de ofender y no puedo demostrarle mi enojo?"

Id. XXVI p. 470

(7) Id. II p. 20

(8) Id. VIII, p. 98

(9) Id. XXVI, p. 468

(10) Id. II, p. 19

(11) "... el corazón me salta de alegría, y si no he aprovechado este instante, me ahoga la pena que me destrozaba el alma."

Id. XXVI, p. 476

(12) Id. II, p. 19

(13) "Cerca de dos meses duró esta ausencia, aunque se escribieron varias veces... siempre estaba triste, melancólico distraído y sin gana de trabajar."

Id. II, p. 20

(14) Id. II, p. 20

(15) " - ¿Pero no es más fácil que ustedes se casen sin su parecer? (del padre de él).

- Quizajas, eso cuando; yo también tengo mi aspiración y es la única tranca que le puse a Atanasio, que yo no me casaba con él, sin que no ayera de boca de su padre - que me adoptaba por hija."

Id. XV, p. 217

(16) Id. IV, p. 48

(17) Id. XXVII, p. 489

(18) Id. V, p. 04

(19) "... porque le puedo presentar una conciencia tranquila, una alma pura, un corazón inocente, pero un cuerpo profanado por un vil, un miserable que valiéndose de los medios más infames, se ha burlado de mí.

- Todo lo he sabido ya, María, y esta ingenua confesión que me acaba usted de hacer la purifica ante mis ojos, - esas lágrimas lavan tan horrorosa mancha, creo en su inocencia, y no porque sufrió esa desgracia que no estuvo de su mano evitarla, desmerece usted lo más mínimo de mi amor; la amo con toda sinceridad, nuestras almas se comprenden, lamento sus penalidades, me aflige demasiado su pesar; pero ni puedo aliviar su pena con lágrimas, ni mucho menos lamentarla en secreto; dígame que será mi esposa, para que pueda con franqueza satisfacer esa injuria, castigar esa afrenta."

Id. XIX, p. 323

BIBLIOGRAFIA

I. NOVELAS UTILIZADAS

Fernández de Lizardi, José Joaquín.

El periquillo sarniento Ed. y Prol. de Jefferson Rea Spell. 9a. - Ed. Porrúa, México, 1968, xiii - 432 p. (Col. "Sepan cuantos...", 1)

La quijetita y su prima. Introd. de Ma. del Carmen Ruiz C., Porrúa, México, 1967. xxvii - 296 p. (Col. "Sepan cuantos...", 71)

Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y día alegre. Ed. y Prol. de Jefferson Rea Spell. Porrúa, México. 1959. xxii - 220 p. (Escritores Mexicanos, 81)

Castillo, Florencio del.

Obras completas. Primera ed. precedida de algunos rasgos biográficos por L.G.O., Imp. en la calle cerrada de Sta. Teresa No. 3. México, 1872. xxxvii - 449 p.

Comprende:

Amor y desgracia

La corona de azucenas

¡Hasta el cielo!

Dolores ocultos

La hermana de los Angeles

Expiación

Botón de rosa

En un cementerio

Suicidarse por mano ajena (sic)

Dn. Manuel Eduardo de Gorostiza.

Payno, Manuel

El pistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas. Estudio --- prol. de Antonio Castro Leal. Porrúa, México, 1967. xxxii - 894 p. (Col. "Sepan cuantos...", 80)

Los bandidos de Río Frío. Prol. de Antonio Castro Leal. México, - 1968. xiv - 763 p. (Col. "Sepan cuantos...", 3)

El hombre de la situación. Imp. de Juan Abadiano, México, 1861. - iv - 249 p. (Sólo apareció el tomo I).

Tardes nubladas. Col. de novelas. Imp. de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1871. 480 p.

Obras de Don Manuel Payno. t I, Novelas cortas. Imp. de V. Agüeros, México, 1901. xvii - 541 p. (Bibl. Autores Mexicanos).

Las dos obras anteriores contienen:

El cura y la ópera
María Estuardo
Isabel de Inglaterra
El poeta y la santa
El castillo del barón d'Artal
La lámpara
Pepita
Granaditas
El lucero de Málaga
Viaje a Veracruz en 1843
María
Un doctor
El mineral de Plateros
La víspera y el día de la boda
¡¡Loca!!
El monte virgen
Alberto y Teresa
La esposa del insurgente
Aventura de un veterano
El rosario de concha nácar
Amor secreto
Trinidad de Juárez. Leyenda de 1648

Sierra O'Reilly, Justo

La hija del judío. Ed. y prol. de Antonio Castro Leal. Porrúa, México, 1959. 2 vols. xxvi - 364, 412 p. (Col. de Escritores Mexicanos, 80).

Un año en el hospital de San Lázaro. Obras del Dr. Don... . Tip. de V. Agüeros, Ed. México, 1905. 2 vols. 442 y 276 p. (Bibl. de Autores Mexicanos).

Truján, Luis

Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres mexicanas --

con episodios originales. Prol. de Salvador Novo. Porrúa, México, 1966. xix, 540 p. (Col. "Sepan cuantos...", 63)

Grozco y Berra, Fernando

La guerra de treinta años. t I. Imprenta de V. García Torres. México, 1850. 2 vols. 343 y 338 p.

Frías y Soto, Hilarión

Vulcano. Novela realista por Safir. Ed. "El diario del hogar". -- Tip. Literaria de Filomeno Mata, México, 1851, 55 p.

Ríos, Juan Pablo de los.

El oficial mayor. Novela de costumbres mexicanas. Librería de Rosa y Bouret, París, 1864. 336 p.

Palomo, Francisco de J.

Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860. Novela histórica. -- Tip. de Dévalos, San Luis Potosí, 1855. 352 p.

Elizaga, Lorenzo

Mauricio el ajusticiado o una persecución masónica. Imp. "La constitución social". México 1868. xvi - 523 p.

Tovar, Pantaleón.

La hora de Dios. Villa y Hno. Imp. La Habana, 1865. 260 p.

Ironías de la vida. Imp. de J. M. Lara. México, 1851. 2 vols. 392 y 392 p.

Esteve, José María.

(La mujer blanca. En verso.)

La campana de la misión. Novela mexicana. Enríquez. Xalapa, 1894. 306 p.

Ramírez, José María

Una rosa y un harapo. Imp. de F. Díaz de León y S. White. Ed. México, 1868. 438 p.

No localizadas:

Avelina y Gabriela. Librería de Rosa y Bouret, 1864. 140 p.

Gabriela. Tip. de V. García Torres. México, 1862, -- 128 p.

Mi frac. Imp. de Octaviano Ortiz, Morelia, 1868, -- 21 p.

Ellas y nosotros. Librería de Rosa y Bouret, París, 1864, 321 p.

Celeste. Librería de Rosa y Bouret, París, 1864, -- 321 p.

Días Covarrubias, Juan.

Obras completas. Ed. y notas de Cimentina Díaz y de Ovando. UNAM Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1959. 2 vols.

Contiene:

El diablo en México

Gil Gómez el insurgente

Impresiones y sentimientos

La sensitiva

La clase media

Rivera y Río, José

Las tres aventureras. Tip. de Nabor Chávez, México, 1861, 2 vols. iv - 353, 453 p.

Fatalidad y providencia. Imp. de V. García Torres, México, 1861. 2 vols. 375, 430 p. (cf. más lejos)

Cuéllar, José T. de.

El pecado del siglo en La novela del México Colonial. Prolog. Antonio Castro Leal, Aguilar, México, 1968. p. 1 pp 193-401 (cf. más lejos).

Riva Palacio, Vicente

Monja y casada, virgen y mártir, en La novela del México Colonial. Prolog. Antonio Castro Leal, Aguilar, México, 1968.

II. NOVELAS LOCALIZADAS QUE NO SE HAN UTILIZADO EN ESTE TRABAJO.(2)

Rivera y Río, José

La virgen del Niágara. Imp. Lit. y tip. de J. Rivera, Hijo y Comp., México, 1871, 592 p.

Pobres y ricos en México. Imp. Lit. y tip. de J. Rivera, Hijo y - Comp., 2a. Ed. Mexico, 1884, 412 p.

Mártires y Verdugos. Tip. de Nabor Chávez, México, 1861, 243 p.

Memorias de unos naufragos. Imp. Lit. y tip. de J. Rivera, Hijo y Comp., 2a. Ed. México, 1872, 635 p.

El hambre y el oro. Imp. de J. Rivera Hijo y Comp., México, 1869. 511 p.

Los dramas de Nueva York. Imp. Lit. y tip. de J. Rivera Hijo y -- Comp., México 1869. 2 vols. 327, 320 p.

Esqueletos sociales. Imp. Lit. y tip. de J. Rivera Hijo y Comp., México, 1873. 383 p.

Ancona, Eligio

La mestiza. Imp. Editorial, México, 1891. 268 p.

La cruz y la espada. Novela histórica. Libr. Rosa y Bouret, París, 1866. 2 vols. (4) xi - 296 p. y (4) 312 p. (existe una ed. de - - 1950).

Memorias de un alférez. Novela histórica. Obra póstuma. Imp. El - Peninsular. Mérida, 1904. 2 vols. viii - 263, 294 p.

Los mártires del Anáhuac. Novela histórica. Imp. por José Batiza, México, 1870. 2 vols. 326, 322 p.

El filibustero. Novela histórica. Lib. Rosa y Bouret, París, 1866. 2 vols. xv - 334, 356 p.

Cuéllar, José T. de

Ensalada de pollos. Novelas de estos tiempos que corren. "La Linterna Mágica". Tomo I, Ignacio Cumplido, México 1871.

Historia de Chucho el Ninfo. "La Linterna Mágica. Tomo V. Ignacio Cumplido, México 1871.

Isolina la ex-figurante. Apuntes de un apuntador. "La Linterna Mágica". Tomo III. Ignacio Cumplido, México 1871.

Las jamonas. Secretos íntimos del tocador y del confidente. "La Linterna Mágica". Tomo IV, Ignacio Cumplido, México, 1872.

Las gentes que "son así". Perfiles de hoy. "La Linterna Mágica". Tomos V y VI, Ignacio Cumplido, México 1872.

Gabriel el cerrajero, o las hijas de mi papá. "La Linterna Mágica". Tomo VII, Ignacio Cumplido, México, 1872.

Baile y cochino... . Novela de costumbres mexicanas. Tip. Lit. de Filomeno Mata, México 1886.

Los mariditos. Relato de actualidad y de muchos alcances. "La Linterna Mágica". 2a. época, Tomo IV, Espasa y Cía., Barcelona, 1890

Los fuereños y la Nochebuena. "La Linterna Mágica". 2a. época, Tomo VII, Imp. de El Atlántico, Santander, 1890.

Almazán, Pascual

Un hereje y un musulmán. México hace trescientos años. Novela histórica por Natal del Pomar. Imp. de Luis Inclán. México, 1870.

Calderón, Luis

Los novios. Juan E. Barbero y Cía. Ed. Neve Hnos. Impresores, México, 1872. 270 p.

Amores de ultratumba. Bohemia Literaria. México, 1872. 59 p.

Carrillo y Ancona, Crescencio.

Historia de Welinna. Ley. Yuc. en 2 partes y un apéndice de notas list. y crit. Imp. de J. D. Espinosa. Mérida, 1862. 4, 1, 7, 18 p. (2a. ed. Imp. de La Revista de Mérida, Mérida, 1883. 52 p.) (3a. ed. Ariel. Imp. Constitucionalista de la Cdad. de Mérida, Mérida, 1919. 59, 15 p.) (Bibl. Autores Peninsulares).

El Santuario de la Aldea. La Lámpara de tres siglos. Las doce estrellas. Imp. a cargo de J. Gamboa Guzmán. Mérida, 1886, 45 p.

Echáiz, Jesús.

El Paladín extranjero. Crónicas de la Indep. en 1817. Ensayo de una novela histórica. Ed. Siglo XIX. Imp. Ignacio Cumplido, México 1871. 420 p.

La envenenadora. Crónicas de la Indep. (1812-1813). Novela Histórica. Imp. de El Porvenir. México, 1875. 616 p.

Esteva, Roberto A.

Juana de Armendariz. León y White, México, 1868 - 108 p.

Una pasión italiana. 1869

Una mujer sin corazón. Episodio de una novela inédita. Roberto A. Esteva. México, 1868 - 22 p.

Plumadas sueltas. Ed. del Monitor. Imp. de V. García Torres, a cargo de M. García, México 1873 - 356 p.

El violín de White. Cuento leído en el concierto que tuvo lugar en el Casino Jalapeño el 30 de junio de 1875, y en que tomó parte el célebre violinista José White. Imp. de A.N. Rebolledo, Coatepec, 1875. 31 p.

III. NOVELAS NO LOCALIZADAS

Rivera y Río, José

Los misterios de San Cosme. Tip. de A. Campos de la Vega, México, 1851. 88 p.

El conde de Peñalva. Novela histórica. Imp. de Manuel Heredia Argüelles, Mérida, 1879. 429 p.

Alva, Manuel

La trinitaria. Imp. de A. M. Rebolledo, 1851. 41 p.

Barrera, Pantaleón.

Los misterios de Chan Santa Cruz. Por Napoleón Trebarra, Imp. de Aldona Rivas, Mérida, 1864, 144 p.

Carpio, Manuel.

Cartas de don Caralampio, molinero del cerro, a Doña Bibiana Cerezo, su mujer, vecinos de las Batuecas más remotas e ignoradas, sobre la felicidad y ventura de vivir en la corte. Recopiladas por el cronista. Ed. del Diario de Avisos. Imp. de Vicente Segura. México, 1860. 334 p. (3)

Gallardo, Aurelio

Adah o el amor de un ángel. Imp. de I. Paz. México, 1900, 294 p.

Goyc, Juan.

Vicio heroico y virtud criminal. Novela escrita para el actual estado moral de la República. Imp. de A. Boix. México, 1860. xvi -- 232 p.

Meléndez y Muñoz, Mariano.

El misterioso. Imp. por Teodosio Cruz-Ahedo. Guadalajara, 1836. - xvi - 318 p.

Pérez, Gregorio.

El ahorcado de 1848. Imp. de M. Aldana Rivas, Mérida, 1865, 95 p.

Robles, Pablo.

Los plateados de tierra caliente. Cuento semihistórico por Ferrobillos. Tip. Literaria de Filomeno Mata, México, 217 p.

Ramírez Aparicio, Manuel

Agustín o la cura de almas. Imp. de V. García Torres, México, --- 1856. 103 p.

Villamor y Armendariz.

Agripina y su Diente. M. Mimienza, Mérida, 1865. 2 vols. 295, -- 389 p. (Dedicado a la Emperatriz Carlota).

Zamacois, Niceto de.

El jarabe. Imp. de Luis G. Inclán. México, 1860.

Autores que se encuentran en los límites de las fechas estudiadas

Almazán, Pascual. Un hereje y un musulmán.

Calderón, Luis. Los novios.

Amores de ultratumba.

Carrillo y Ancona, Crescencio. Historia de Welinna.

El santuario de la aldea.

La lámpara de tres siglos.

Las doce estrellas.

Echáiz, Jesús. El paladín extranjero.

La envenenadora.

Esteva, Roberto A. Juana de Armendáriz.

Una pasión italiana.

Una mujer sin corazón.

Plumadas sueltas.

El violín de White.

IV. RELATOS DE VIAJEROS EXTRANJEROS. (4)

1. Sartorius, Carl. Mexico about 1850. reprint of Mexico, landscapes and popular sketches. 18 ill. by Moritz Rugendas, Brockhaus Komm, Stuttgart, 1961. 202 p.

2. Fossey, Mathieu de. Le Mexique. Plon, París 1857, 581 p.

3. Madame Calderón de la Barca. La vida en México. Trad. y prol. de F. Teixidor, 2a. ed., Porrúa, México, 1967. LXVIII + 426 p. -- (Col. "Sepan cuántos...", 74)

4. Mayer, Brantz. México, lo que fué y lo que es. Prol. Juan Ortega y Medina, Fondo de Cultura Económica, México, 1953. xlii + - - 518 p. (Bibl. Americana, Serie de Viajeros).
5. Thompson, Waddy. Recollections of Mexico. Wiley and Putnam, -- New York-London, 1846. 304 p.
6. Gilliam, Albert M. Travels over the tablelands and cordilleras of Mexico, during the years 1843 and 44, including a description of California, the principal cities and mining districts of that republic and the biographies of Iturbide and Santa Anna, with maps and plates. Wiley and Putnam, Philadelphia-London, 1846, 455 p.
7. Mason, R. H. Pictures of life in Mexico. Ed. Smith, Elder and Co. London, 1852, 2 vols. viii + 288, 263 p.
8. Wilson, Robert A. Mexico and its religion with incidents of travel in that country during part of the years 1851-52-53-54 and historical notices of events connected with places visited. - --- Harper and brothers, New York, 1855, xiii, 406 p.

V. OBRAS DE REFERENCIA.

- 1) Balzac, Honoré de. Physiologie du mariage.
- 2) Bédier, Joseph. Tristan et Iseult. París, 1910.
- 3) Bockus, Bárbara. La mujer mexicana en el siglo XIX vista a través de la novela. México 1959. 112 p.
Tesis (Maestro en artes) UNAM. Facultad de Fil. y Letras.
- 4) Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano. (Ed.) La mujer y el movimiento obrero mexicano en el siglo XI. Antología de la Prensa Obrera. México, 1975.
- 5) Chanson, Paul. Le mariage chrétien selon Saint Paul. Ed. du Levain, Paris, 1953, 181 p.
- 6) Descartes, René. Traité des passions. Présentations et annotations par François Mizrachi. 1965. Union Générale d'Éditions. 373 p. (Col. 10-18)

- 7) Gaos, José. Historia de nuestra idea del mundo. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1973. ix 748 p.
- 8) Gardinen G. H. Foreign travellers accounts in Mexico 1810-1910 Américas, VIII, (jan. 52) p. 321-351
- 9) González Peña, Carlos. Historia de la literatura mexicana. Porrúa. (Col. "Sepan cuántos..." no. 44)
- 10) González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México, 1951.
- 11) Henríquez Ureña Pedro. Las corrientes literarias en la América hispánica. F.C.E., México 1969. 340 p. (Bibl. americana)
- 12) Ibn H'azm al Andalusi. Le collier du pigeon ou de l'amour et des amants. Texte arabe et français de Leon Bercher. Ed. Carbonei, Alger, 1949. XIV - 427 p. (Col. Bibliothéque Arabe-Française, vol. VIII)
- 13) Jiménez Rueda, Julio. Literatura mexicana del siglo XIX. México, 1940.
- 14) ----- Historia de la literatura mexicana. 6a. Ed. México, 1957
- 15) León, Luis de (Fray). La perfecta casada. Espasa Calpe, 9a. - Ed. Madrid, 1968. 152 p. (Col. Austral, 51)
- 16) Lloyd Read, J. The Mexican Historical Novel. New York, 1939
- 17) Maetru, Ramiro de. Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Espasa Calpe, 11a. Ed., Madrid, 1972. 160 p. (Col. Austral, 31)
- 18) Marañón, Gregorio. Don Juan. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947 4a. Ed. (Col. Austral, 129)
- 19) Martínez Alier, Verena. Elopement and seduction in Nineteenth Century Cuba. Past and Present, Oxford, May 1972 (No. 55) p. 91-129.
- 20) Molière. Don Juan ou le festin de Pierre. Les éditions Bordas a Paris. 1970.

- 21) Montherlant, Henry de. et al. Don Juan. Theme de l'art univer sel. La Table Ronde. Nov. 1957, Flo. Paris. (119).
 Montherlant, Henry de. "Don Juan (Acte I)"
 Ortega y Gasse, José. "La figura de Don Juan".
 Van Loo, Esther. "La conversion et la mort du Don Juan historique"
 Doresse, Jean. "Don Juan, figure d'un siecle ou de toujours?"
 Dupuis, René. De la naissance espagnole de Don Juan a sa maturité française.
 Gouhier, Henri. "L'inhumain Don Juan"
 Pomeau, René. "Beaumarchais ou le mariage de Don Juan"
 Guillemín, Henri. "Clartés sur le mystere Byron".
 Meynieux, André. "Pouchkine et Don Juan"
 Sauvage, Micheline. "L'ombre du séducteur, Kierbegaard et Don Juan"
 Pradine, Maurice. "Les méprises de l'affectivité"
 Palau, Joseph. "Idées pour un Don Juan"
 Lilar, Suzanne. Deux mythes de l'amour: Tristan et Don Juan.
 Le Gall, André. "Don Juan n'est pas l'homme".
 Le Hardouin, Maria. "Passage de Don Juan"
 Amfreville, Henri d'. "Don Juan et la démocratisation de l'amour"
 Poulet, Robert. "Un Don Juan en prose".
 Déon, Michel. "La posterité de Don Juan".
- 22) Ortega y Gasset, José. Estudios sobre el amor. 16a. Ed. en castellano. Ed. de la Revista de Occidente. Madrid, 1966. 220 p.
- 23) Peristiany, J. G. Ed. Honour and Shame. The values of Mediterranean Society. The University of Chicago Press. Chicago, 1966 266 p. (The nature of Human Society Series)
- 24) Platón. Oeuvres Complètes. Le banquet. Texte grec et français de León Robin, Ed. des Belles Lettres, Paris, 1966, t. IV, 2eme. partie, CXXI + 92 p.
- 25) Prieto, Guillermo. Memorias de mis tiempos. 5a. Ed. Editorial Patria. México, D. F. 1969.
- 26) Rougemont Denis de. L'amour et l'Occident. Plon, 1971. 314 pp. Col. 10-18)
- 27) Rulfo y de Sosenzweig, Teresa. Las heroínas de la novela mexicana del siglo XIX. México (Unión Gráfica) 1954, 175 p. Tesis (Maestra en lengua y literatura española) UNAM. Fac. de Fil. y Letras.

- 28) Sánchez Mármol, Manuel. "Las letras patrias" en México: su evolución social. México, 1902.
- 29) Staples Anne F. La cola del Diablo en la vida conventual, Los conventos de monjas del arzobispado de México. 1823-1835. El Colegio de México. CEEH. 1970, 229 p. (Tesis mecanografiada)
- 30) Stendhal. De l'amour. Notes de V. del Litto. Editions Gallimard et Librairie Générale Française. 1969. (Col. Le livre de poche).
- 31) Warner, Ralph E. Historia de la novela mexicana en el siglo - XIX. México, 1953
- 32) Xirau, Joaquín. Obras. U.N.A.M., 1963. 429 p. (Facultad de Filosofía y Letras, Seminarios)

- (1) Los autores han sido clasificados según el orden cronológico de su primera novela publicada.
- (2) Las novelas listadas en esta sección no se han utilizado para este trabajo por estar en los linderos de la época que -- nos propusimos estudiar; pero el conocimiento en sí de su -- existencia proporciona tal interés que nos hemos decidido a -- incluirlas en esta bibliografía.
- (3) Esta obra es mencionada por G. H. Gardinen en "Foreign Travelers accounts in Mexico, 1810-1910". Américas, VIII, (Jan 52) p. 321-351 en el número 251 de esta bibliografía como obra -- de un extranjero, con el nombre de "Molinero del Cerro, Cara lampio"...
- (4) Los autores mencionados conocieron el país en la década de -- 1840-1850:

Sartorius desde 1824 y escribió su libro hacia 1850.

Fossey de 1831 a 1853 ó 54.

La Sra. Calderón de fines de 1839 a principios de 1842.

Mayer de noviembre de 1841 al mismo mes de 1842.

Thompson de abril de 1842 a principios de 1844.

Gilliam de noviembre de 1843 a julio de 1844.

Mason en 1848-49.

Wilson en 1851-54.